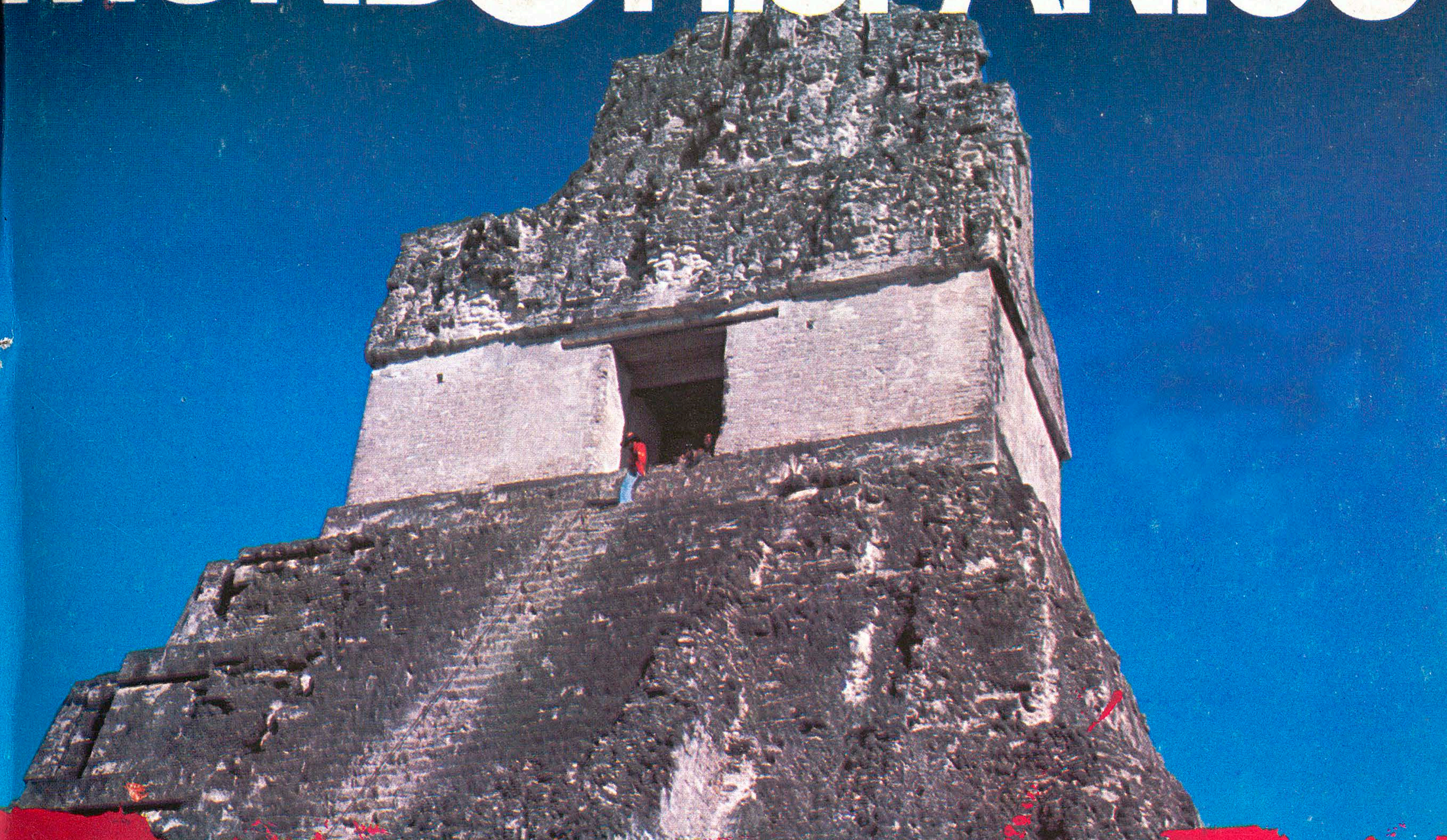
MUNDO HISPANICO



GUATEMALA: CAOS Y MUERTE



N.º 336 - MARZO 1976 - 75 Ptas.



MUNDO HISPANICO

MARZO 1976



Las milenarias piedras de la sabiduría maya siguen desafiando los tremendos embates de los terremotos en Guatemala pero siempre queda como testigo la huella del hombre. Y una vez más Guatemala recomienza su vida y su historia después de la hecatombe.

SUMARIO

DIRECTOR
J. L. CASTILLO-PUCHE

REDACTOR JEFE
Ramón Pedrós
REPORTAJES ESPECIALES
Felipe Mellizo
y
Javier del Amo
DOCUMENTACION HISPANOAMERICANA
Gastón Baquero
DIRECTOR ARTISTICO
César Olmos

MUNDO HISPANICO es una revista abierta a toda clase de colaboraciones, siempre que ofrezcan interés informativo, documental o de pensamiento para la comunidad iberoamericana. No obstante, las opiniones emitidas son exclusiva exposición del pensamiento de sus autores.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION: Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3. TELEFONOS: Redacción: 244 06 00; Administración: 243 92 79. DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: Apartado de Correos 245, Madrid. EMPRESA DISTRIBUIDORA: DESPLA, S. L. Altos Hornos, 16. BARCELONA. Impreso por Heraclio Fournier, S. A. - Vitoria. Entered as second class matter at the post office at New York, monthly: 1969. Number 258, «Mundo Hispánico» roig spanish books, 29 west 19th. Depósito legal: M. 1.034 - 1958. PRECIOS DE SUSCRIPCION: ESPAÑA Y PORTUGAL: Un año, 750 ptas. Dos años, 1.200 ptas. Tres años, 1.800 ptas.—IBEROAMERICA Y FILIPINAS: Un año, 21 dólares. Dos años, 36 dólares. Tres años, 51 dólares.—EUROPA, ESTADOS UNIDOS, PUERTO RICO Y OTROS PAISES: Un año, 30 dólares. Dos años, 52 dólares. Tres años, 75 dólares. En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario. Está solicitado el control de O.J.D.

N.° 336. Marzo 1976 **PRECIO: 75 ptas.**

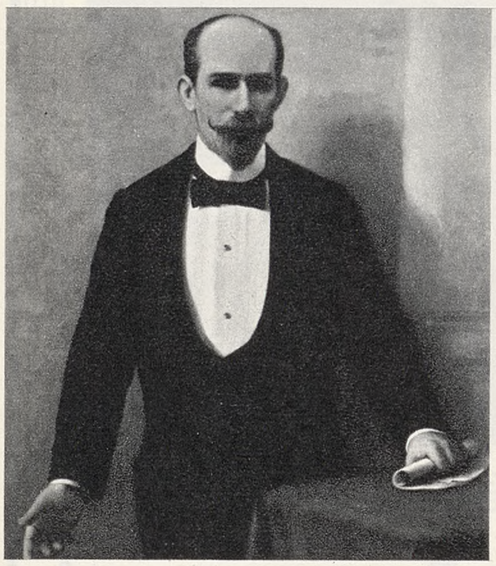
CARTAS AL DIRECTOR

UN SIGLO AL SERVICIO DE LA CULTURA HISPANICA

Se cumple este año el centenario de la fundación de una de las instituciones hispánicas más relevantes y permanentes del Nuevo Mundo: el Ateneo Puertorriqueño.

Va a conmemorarse, pues, la puesta en marcha del Ateneo más prestigioso del Caribe, en cuya ejecutoria destaca, por encima de cualesquiera otros méritos, el afán de fidelidad a los valores espirituales de nuestra estirpe como razón esencial del pueblo de Puerto Rico.

La celebración va a tener, en el ámbito puertorriqueño, una gran resonancia, sobre todo si se tiene en cuenta lo que representa el papel desempeñado por Puerto Rico como frontera de nuestra lengua frente a la penetración norteamericana.



Don Manuel Elzaburu Vizcarrondo, fundador del Ateneo Puertorriqueño.

El Ateneo surgió en abril de 1876, como fruto de la necesidad sentida por un grupo de intelectuales de elevar el nivel cultural del país, impulsar las ideas liberales y afirmar la personalidad nacional puertorriqueña. La iniciativa corre a cargo, fundamentalmente, de don Manuel Elzaburu y Vizcarrondo, criollo de padres vascongados y hombre dotado de gran sensibilidad.

Elzaburu, en efecto, logró reunir a un grupo formado por don José Julián Acosta, don Alejandro Tapia y Rivera, don Ignacio Díaz Caneja, don Pablo Sáez, don Gabriel Ferrer, don Francisco del Valle, don Felipe Gutiérrez Espinosa y don Francisco de Paula Acuña y Espinosa. Con tal excelente núcleo, el Ateneo comenzó a andar, estableciendo su sede en el número 28 de la calle de la Fortaleza, la más importante del hoy llamado Viejo San Juan.

Al mismo tiempo que se formaba una biblioteca que llegaría a ser espléndida, se ofrecían ciclos de conferencias, se editaban publicaciones y se llevaban a cabo otras actividades, los ateneístas, en 1888, iniciaron cursos universitarios de Filosofía y Letras, Derecho, Medicina y Ciencias.

Mediante un concierto con la Universidad de La Habana, todos los años se desplazaba desde ella a San Juan un grupo de catedráticos numerarios para examinar a los alumnos y dar validez a las materias superadas por éstos.

Así habrían de transcurrir las cosas hasta 1898. Establecido el régimen de ocupación de los Estados Unidos, con la consiguiente desaparición del sistema de gobierno autónomo de que había gozado Puerto Rico por concesión de España, fue disuelto el instituto universitario del Ateneo. Fue el momento en que pareció que la obra creada por Elzaburu iría a disolverse en la nada. Por fortuna, pese a los graves inconvenientes del duro tránsito de soberanía, el Ateneo supervivió.

Esas circunstancias ambientales inesperadas hicieron que el Ateneo, sin abandonar su orientación primitiva, ocupase un papel de vanguardia en la defensa del idioma y de la cultura heredadas en España, al mismo tiempo que se convertía en centro propulsor de la lucha por las libertades —individuales y colectivas— de los puertorriqueños. Fue, a partir de entonces, un verdadero bastión hispánico y así sigue siéndolo un siglo después.

Las más prestigiosas figuras de España e Hispanoamérica han desfilado por su tribuna, se han creado escuelas de pintura, música y teatro, se ha facilitado la aparición de otras instituciones nacionales como el Instituto de Cultura Puertorriqueño y, en una palabra, se ha logrado una creciente promoción intelectual, a veces de manera heroica ante la incomprensión de algún gobernador enviado por Washington.

En este su primer centenario, el Ateneo Puertorriqueño —que cuenta hoy con unas magníficas instalaciones en el sanjuanero distrito de Puerta de Tierra— ha de contar con el orgullo de sus grandes realizaciones como estímulo y ejemplo para las entidades culturales del mundo hispánico.

Emilio de la Cruz Hermosilla
Director del «Diario de Cádiz»

MANIFIESTO DE LOS ATENEISTAS

Al cumplirse el Centenario del Ateneo de Puerto Rico, me permito molestar su atención rogándole reproduzca el «Manifiesto de los ateneístas», firmado por 141 personas y que apareció publicado en «Claridad»:

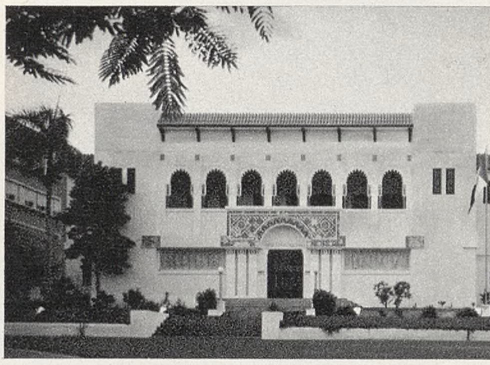
«Los abajo firmantes, socios, amigos y colaboradores del Ateneo Puertorriqueño, repudiamos el clima de irracionalidad e intolerancia, así como las malas prácticas administrativas que han caracterizado últimamente la presidencia del licenciado Rodríguez Otero. Mientras no se haga claro, de manera inequívoca, que ha cambiado el clima lamentable que se ha generado en la institución, manifestamos nuestra determinación de no colaborar en forma alguna con el Ateneo Puertorriqueño mientras el licenciado Rodríguez Otero sea presidente. Para justificar nuestra decisión, pueden señalarse los siguientes ejemplos:

1 El rechazo, por razones políticas, de distinguidos escritores e intelectuales, llegando al punto de impedir que puedan ingresar como socios del Ateneo.

2 La falta de escrúpulos del licenciado Rodríguez Otero y de los miembros de la Junta que le apoyan, al combatir a los miembros de la institución que no están de acuerdo con la forma en que Rodríguez Otero dirige el Ateneo, como lo prueba la campaña de difamación desatada contra ellos.

3 Las muy cuestionables prácticas administrativas del Presidente y la confusión que existe ante el estado financiero de la institución, agravadas aún más por la renuncia del licenciado Rodríguez Otero a contestar los graves cargos que se le formularon en la última Asamblea extraordinaria. Rodríguez Otero optó en aquella ocasión por escamotear los cargos, recurriendo a la campaña anti-comunista, que aún continúa, como única respuesta.

4 La práctica arbitraria e insólita del Presidente de retener actas e impedir a los miembros de la Junta el acceso a las mismas.



Sede actual del Ateneo de Puerto Rico.

5 El reiterado intento del Presidente de intervenir arbitrariamente en la autonomía de las Secciones.

Estas y otras razones análogas han ocasionado un daño irreparable a la institución. La doctora Margot Arce de Vázquez ha renunciado al Premio de Honor que le otorgó el Ateneo y se ha dado de baja como protesta. Seis miembros de la Junta de Gobierno que combatieron las prácticas del Presidente y sus defensores han renunciado a sus cargos: doña Isabel Gutiérrez de Arroyo, presidenta de la Sección de Historia; doctor José Emilio González, presidente de la Sección de Literatura; doctor Agustín Martínez de Andino, presidente de la Sección de Ciencias Físicas y Naturales; doña Aida Negrón de Montilla, subsecretaria, doctor Miguel A. Riestra y el doctor Ferrer Canales. El licenciado Cruz Contreras, Myrna Báez, presidenta de la Sección de Artes Plásticas; doctor Luis Nieves Falcón, presidente de la Sección de Ciencias Políticas y Sociales y la licenciada Nilita Vientós Gastón, vicepresidenta del Ateneo han permanecido en sus puestos respaldando los planteamientos de los distinguidos ateneístas que han renunciado. A causa de estas renuncias la mitad de los miembros de la Junta deben ahora sus puestos al Presidente; no han sido electos por los socios.

Todo ello indica la gravedad de la situación, sin precedentes en la historia de la institución. Reiteramos, por tanto, nuestro repudio y nuestra decisión de no participar en ninguna actividad, foro, conferencia, concurso científico, literario o artístico, homenaje, reunión, asamblea o acto de clase alguna auspiciado por el Ateneo Puertorriqueño mientras Eladio Rodríguez Otero sea presidente y mientras dure el clima de intolerancia, discriminación y persecución que él y sus defensores han logrado establecer en el Ateneo. Exhortamos a los escritores, artistas, profesionales, intelectuales, socios, colaboradores y amigos interesados en el quehacer cultural que ha representado el Ateneo a solidarizarse con nuestra determinación.»

Augusto Rodríguez
Puerto Rico

GUATEMALA: caos y muerte



UNA vez más Guatemala ha hervido en sus aguas y en sus tierras y la desolación se ha adueñado de este paisaje, entrañable y único, de barros coloreados y miel colgante, y sus gentes, sencillas y resignadas, han sucumbido masivamente bajo el terror y los escombros del siempre temido y presentido terremoto, azote secular, pavor permanente que hace más fascinante y misteriosa esta tierra, asiento de culturas milenarias. La dulce quietud de los lagos, los volcanes soñolientos, las montañas de impresionante belleza y las ciudades, primitivas y bullidoras, han sentido de repente el trallazo hecatómbico de la naturaleza enfurecida, y todo lo que era paz, bendición y trabajo —esa inigualable artesanía guatemalteca— ha entrado en el desastroso embudo de la destrucción, jornadas tristísimas de luto y caos.

Al unísono con Guatemala España también se ha estremecido en sus raíces espirituales y sentimentales, y desde el primer instante ha estado al lado de la conmoción y el dolor guatemaltecos, lo mismo ante la pérdida catastrófica de vidas humanas que ante la irreparable destrucción de reliquias históricas, en un país justamente de sueño y leyenda, pero también de ricas y hermosas realidades humanas. Por eso, España fue la primera en llegar, con el director de nuestro Instituto al frente, para ofrecer a Guatemala no sólo ya aliento y ayuda práctica, sino unidad auténtica con el pasmo, el dolor y la consternación guatemaltecos, y la distancia se ha hecho corta y leve para nuestra presencia al lado del país hermano y para los envíos de alimentos, medicinas y otros socorros y consuelos.

Según las noticias de agencias, un español ha muerto en el bárbaro seísmo, y este español, sepultado entre sus hermanos guatemaltecos, es como un símbolo de la perfecta hermandad entre nuestros pueblos, porque siempre hay un español —muchos españoles— junto al dolor o la alegría, de los pueblos hermanos de América. Juntos en la muerte terrible del cataclismo sísmico, como juntos en la tarea cuotidiana de hacer grandes a nuestros pueblos, de hacer grande a un pueblo pequeño como Guatemala, pero grande ya en el éxtasis poético, ejemplar cuna de una civilización original y admirable.

Como una película de salvaje furia, nos quedan los documentos gráficos de esta aniquilación terrible; pero por todas partes vemos también la verdad de los rostros guatemaltecos, asustados pero no vencidos, atormentados pero no derrotados. Y Guatemala volverá a ser Guatemala, ya que la tenacidad y resistencia de esta raza, descendiente de los antiguos mayas, es admirable y ancestral. Fueron para nosotros días felices cuando recorrimos esta tierra, ahora hundida y atormentada, donde las flores, los frutos, los pájaros, el agua y el cielo, tienen el sello aromado de la paz y la belleza arrobadoras, y donde tan intensamente fraternales fueron los amigos, donde tan puros e indelebles también fueron nuestros sentimientos de gratitud y gozo.

Estamos con Guatemala en esta hora difícil, y no son palabras que se lleve el viento. El pueblo español ha temblado con sus temblores, ha sufrido con su dolor y está en pie para vivir comunitariamente la recuperación, la reconstrucción y el renacer del pueblo guatemalteco. Existe en nuestra lengua común una expresión —«nobleza obliga»— que resume la actitud española en estos momentos, y podemos asegurar que en estos días cada vez que se pronuncia el nombre de Guatemala, se nos rompe el corazón en un terremoto de amor, y aún nuestras expresivas palabras se quedan cortas.—J.L.C.-P.

CASTELAO

Por CELSO EMILIO FERREIRO

ES muy posible que el nombre de Castelao apenas les diga nada a muchos de los lectores hispanoamericanos de esta revista, salvo a los del área rioplatense donde se desarrolló una parte importante de la vida de este autor y donde, consecuentemente, su nombre adquirió merecida fama. Por ello, y con destino a los lectores poco informados, antes de hablar de la significación del hombre y de su obra, demos un breve esquema biográfico del mismo, para encuadrarlo como antecedente.



Autocaricatura de Castelao sobre la silueta de Galicia. En la página siguiente, una interpretación gráfica de la emigración: «Se siguen marchando».

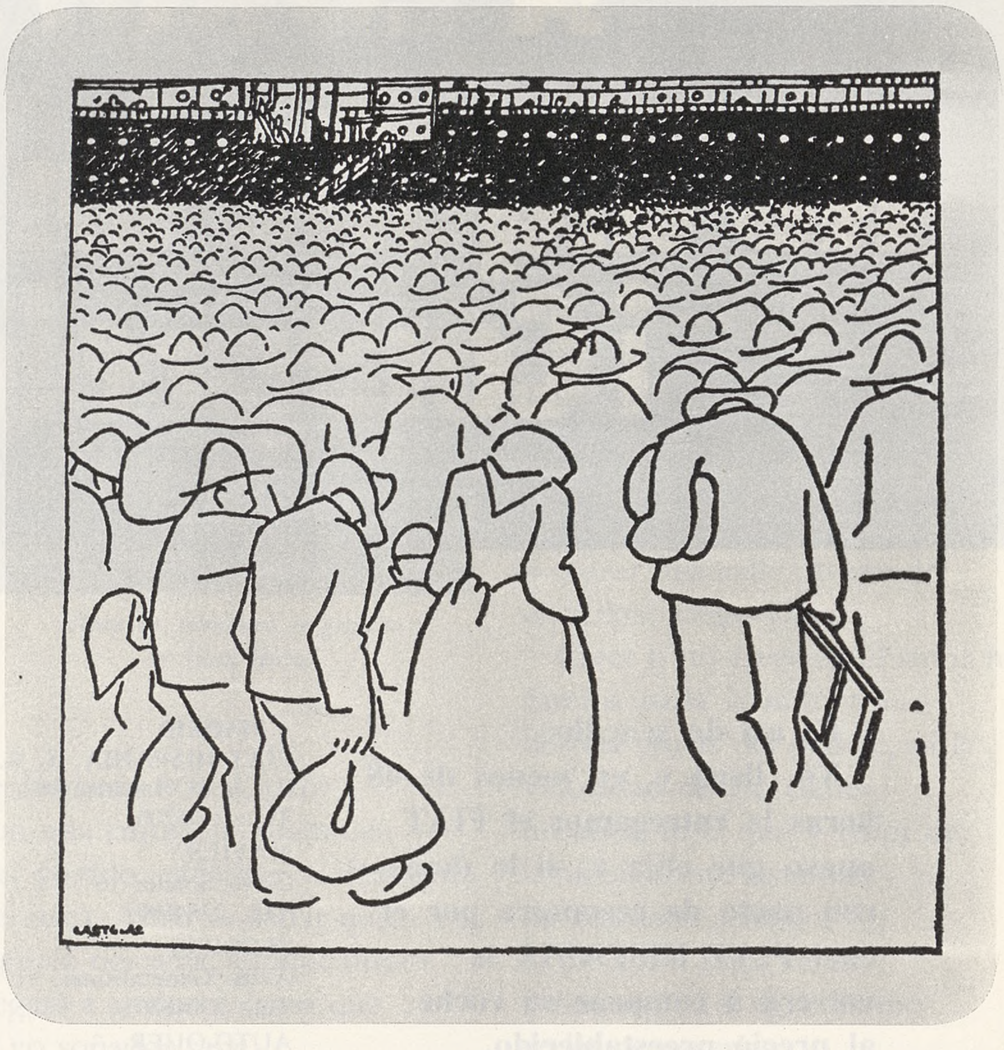
Daniel Alfonso Rodríguez Castelao, vástago de una modesta familia de pescadores, nació en la villa marinera de Rianxo (La Coruña) el 30 de enero de 1886. Pocas semanas después, su padre emigra a la Argentina estableciéndose en la localidad de Bernasconi, en el entonces territorio nacional de la Pampa, donde, pasados nueve años, se le unirán la esposa y el hijo. En 1900, dueño ya el padre de una modesta fortuna retorna con toda su familia al lugar de origen. En 1902, finalizado el bachillerato, Castelao inicia en Santiago de Compostela la carrera de medicina, que terminará en Madrid en 1909; profesión que apenas ejercerá, según él mismo reconoció, «por amor a mis hermanos los hombres».

En 1912 realiza con gran éxito su primera exposición pictórica en la galería Iturrioz de Madrid. En esta época se adhiere a una organización política denominada Liga de Acción Gallega, adhesión ésta que suponía su primera toma de posición política a favor de los campesinos y marineros gallegos, cuya causa no sólo asumió y defendió siempre, sino que habría de ser la razón fundamental de su vida y de su obra. En 1915 gana la tercera medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, incorporándose por aquel tiempo a las Irmandades da Fala, donde con Vilar Ponte y otros luchadores, inicia la renovación del galleguismo y de sus actividades reivindicadoras de la lengua y la cultura gallegas marginadas. En 1919 expone en diversas ciudades gallegas los cincuenta dibujos del Album Nós y pronuncia una conferencia sobre «Arte y galleguismo». En 1920 escribe «Dibujo humorístico y caricaturas», y publica su primera narración, «Un ollo de vidro». Al año siguiente realiza un viaje de estudios por Francia, Países Bajos y Alemania. En 1924 es director de arte y letras en el Seminario de Estudios Gallegos donde pronuncia una conferencia sobre «Do novo esprito». En 1926 publica su primer libro de «Cosas» y es nombrado miembro de la Academia Gallega. Colabora en diversas revistas españolas y argentinas. Viaja a la Bretaña francesa y producto de este viaje es su libro «As cruces de pedra na Bretaña» que publica en 1928. Aparece su segundo libro de «Cousas» y poco después publica «Cincuenta homes por dez reás».

En 1931 es elegido diputado a las Cortes Constituyentes de la república y pronuncia en el parlamento un importante discurso a favor de la lengua gallega. Funda con otros el partido galleguista y colabora en el estudio y aprobación del Anteproyecto del Estatuto. En 1933 realiza los decorados para el estreno en Madrid de «Divinas Palabras» de Valle Inclán. Al año siguiente Castelao es desterrado a Badajoz por el gobierno de turno. En 1935, ya terminado el destierro, publica «Retrincos», serie de relatos ilustrados por el pintor Maside. Publica también su novela «Os dous de sempre».

«NOVA GALICIA»

En 1936 es elegido nuevamente diputado. Funda la revista «Nova Galicia» y se editan sus «Albumes de Guerra». En 1938 expone en Moscú sus «Estampas de guerra». Viaja a Nueva York donde expone su álbum «Milicianos». En 1939 pronuncia en La Habana una conferencia sobre «Galicia y Valle-Inclán» y aparece su «Album de negros». En 1940 llega exiliado a Buenos Aires. El Centro Gallego de aquella capital le tributa un gran homenaje. La Editorial Emecé publica, traducido al castellano, «Cincuenta homes por dez reás». En 1941 estrena en aquella ciudad, con grande éxito, su obra dramática «Os vellos non deben namorarse». Dirige «Pensamiento español» y publica su trabajo sobre «El problema de las lenguas». Comienza también a realizar los que han de ser sus cuatro monumentales dibujos de ciego, «Meus compañeiros». En 1944 publica «Sempre en Galicia». Dos años después viaja a París para ser nombrado ministro del gobierno republicano en el exilio. A los pocos meses renuncia al cargo y regresa a Buenos Aires, donde fallece el día 7 de enero de 1950. En 1960, la municipalidad bonaerense dio el nombre de Castelao a una plaza de la ciudad. En 1964, el parlamento argentino aprobó la erección de un monumento a Castelao en la plaza que lleva su nombre.



Castelao fue un dibujante extraordinario de gran talento creador, comprometido con su pueblo y con su cultura marginada. Fue también, acaso sin él saberlo, un sociólogo eminente que conocía como nadie la idiosincrasia de sus compatriotas, cuyo humor, agudeza e ironía supo trasladar maravillosamente a sus obras. Castelao es el heredero espiritual de Rosalía y de Curros. Su lápiz de dibujante se complementa con su pluma de escritor, sin duda el mejor prosista en lengua gallega de todos los tiempos. Pluma y lápiz son como dos bisturís (los bisturís que como médico nunca quiso usar) con los que sajaba las carnes infectadas del cuerpo social de su tiempo. Ver los dibujos y los textos de su «Album Nós» es acercarse al escalofrío a través del sarcasmo. Ya el mismo autor lo decía: «Cierto que la tristeza de estos dibujos quema como un rayo de sol después de pasar por una lupa». El desalmado usurero que increpa al humilde campesino: «Decías que eras pobre y resulta que tienes una vaquita». O la madre que rodeada de tres niños reza «un padrenuestro para que Dios nos libre de la justicia».

Pero Castelao no fue solamente, con serlo mucho, un escritor o un artista plástico, sino que fue también ensayista, periodista e investigador, siempre al servicio de su pueblo y de sus gentes. A lo largo de la obra de Castelao aparecen estudios sobre temas políticos, de arte europeo, de humorismo y de caricatura. Cuando se leen sus relatos —especialmente «Os dous de sempre» e «Retrincos»— se capta fácilmente el grande fondo humanista que de ellos trasciende y el gran conocimiento sociológico de que el autor hace gala. Sean descritos o dibujados, los protagonistas son los mismos: arquetipos humanos, sacados de la realidad cotidiana.

Don Leandro Pita —otro exiliado, compatriota de Castelao— dice que Castelao siempre le produjo la impresión de que era una criatura genial. Sus actividades artísticas, en efecto, eran el dibujo y las letras pero sólo como instrumentos al servicio de un ideal que él consideraba más alto. Su obra no tenía por objetivo la belleza, sino el bien, la justicia y la libertad. Sentía una profunda solidaridad con los que sufrían, con los desheredados, con los humildes. Galicia le suministró material abundante para sus designios creadores. Galicia fue su entorno y su amor, pero sus sentimientos se remontaban más allá de un mero patriotismo y llegaban a cualquier lugar, dondequiera que el sufrimiento y la injusticia reinasen. Por ello hay en su obra hombres que no son los suyos, y sin embargo se acercó a ellos como si de compatriotas se tratase. No es tanto Galicia como lo que vio en ella, el tema de su íntimo sentimiento artístico. Y por supuesto, estos sentimientos tan fuertes y profundos, habrían de llevarle necesariamente a la política como solución a unos males que él no creía irremediables; y le obligarían también a refugiarse en el humorismo, que es el arma que los gallegos tienen para luchar contra el infortunio y mantener viva la esperanza.—■

EL AMOR

Por JAVIER DEL AMO

EL amor: lo que es y lo que no es se hunden en su esencia; su ser y su no ser no se oponen ni complementan ni contradicen sino que forman su entraña, constituyéndola.

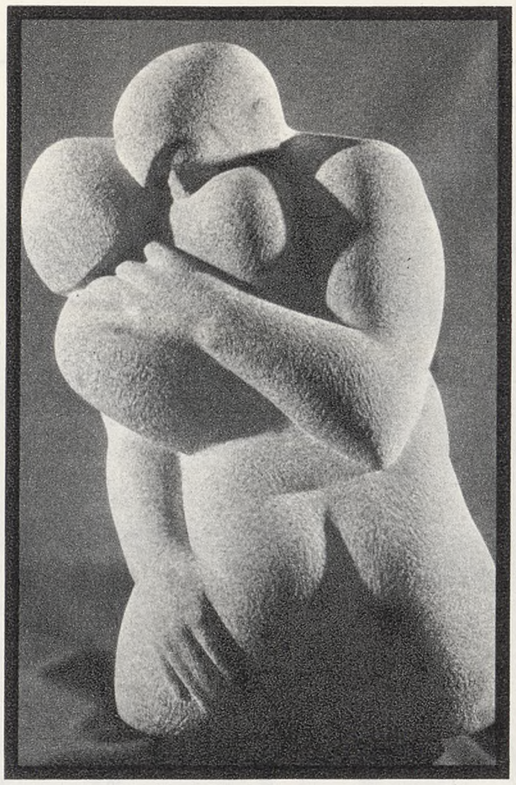
El amor es un itinerante deslizarse hacia otro ser, mientras éste se escapa. Es la posibilidad de entregarnos, a fondo perdido, a una persona, haciendo acopio de jirones de entrega, de pedazos de generosidad, de restos —quizá— de afectividad que quedó en un pasillo de la infancia.

Es el amor la gran inquietud y curiosidad, es tener nada y creer que lo tenemos todo, es compartir con alguien el fracaso de no poder amar. Amar es hacer de la rutina de una calle el paraíso perdido. El amor es el gesto flexible que adoptan las estatuas griegas.

El amante es el ser extremadamente débil, pero extremadamente audaz en su impotencia a la hora de entender lo que está sucediendo en sus dos corazones, el biológico y el emocional.

Lo sublime del amor lleva en su entraña el riesgo de su degradación por imperativos de la rutina, del naufragio del proyecto vital (lo que quise ser, lo que soy).

El amor es la compañía y la soledad, poseer y no poseer; presencia y recuerdo: amamos aquí y ahora con un sentimiento actual, pero con una emoción —también— del pasado, amamos el fantasma del otro. Amar es soñar que alguien nos ama, aunque nunca llegará a amarnos (cosa que el yo soñador sabe).



«Abrazo», escultura en granito de Juan Haro.

El amor sentido plenamente nunca es del todo presente, pues, sino una referencia continua, incesante, desesperada, a un momento primero en que fuimos capaces de vibrar profundamente.

Amar es inventarnos, descubrirnos; es llegar a alcanzar zonas insospechadas de dicha, de desconsuelo, de tristeza nueva.

Amar es no poder ser uno mismo y llegar a los umbrales de la identidad. Amar es imaginar y hacer, imaginar que hacemos, hacer como si imagináramos.

El amante es un niño perverso, estridente, egoísta y dispuesto a cruzar una calle olvidando el peligro ciego y real.

Creer o no creer en el amor no cambia nada la monotonía del vía crucis del paisaje, ni la velocidad de los trenes urbanos, ni el olor y color de la niebla sobre las moles de cemento armado, ni el súbito rugir de la tormenta, ni el agrio humo de las cervecerías.

El amor trae la culpa, la quiebra de los ideales, la paz: con sus manos vacías lo trae todo.

Amar es saber oscuramente que el cuerpo que se entrega, que las dulces palabras en su relamida convencionalidad, son insuficientes; detrás del abrazo más maravilloso está el infinito y la nada.

Amar es encontrar un más allá en el beso pobre, amargo, en el beso que es como una lágrima en forma de pulpo, como un perfumado aliento de charco, como el implacable tufo de las cosas vivas.— ■



Una conversación con la escritora

ELENA QUIROGA Y LA NOVELA ESPAÑOLA DE POSGUERRA

Por PILAR EQUIZA

LAS paredes blancas y encaladas del breve claustro que conduce a la casa de Elena Quiroga me hicieron pensar por un momento en una entrevista distante e inaccesible. Un ambiente de silencio, de serenidad. *Aquí vivieron Jerónimos Agustinos. Fue, en tiempos, el Nuevo Rezado*, y la sombra más cercana de Menéndez Pelayo que vivió en esta misma casa en donde Elena Quiroga me recibe.

Estamos en un barrio que debería llamarse «de los literatos». Unas casas más abajo murió Cervantes; por esta calle pasaría a diario, camino de su hogar. Cerca, frente a las Trinitarias —en donde celebraba Lope de Vega misa, y a donde acudía Cervantes con frecuencia— la de Quevedo. En la calle paralela, la casa —y el patio y el pozo— de Lope.

La casa en que me hallo está toda ella, desde el portal hasta los pasillos, o esta sala, poblada del recuerdo de los monjes Jerónimos que fueron, y de todos los grandes hombres que vivieron para la Historia y en la Historia. La habitación es sobria, refinada y acogedora. Libros por todas partes. Elena Quiroga se reveló al gran público con «Viento del Norte», que obtuvo el Premio Nadal 1950.

—¿Qué significó en su quehacer literario la concesión del Premio Nadal?

—Cuando se está empezando, sobre todo, recibir un premio literario de la categoría del Nadal fue un estímulo enorme para mí, y acrecentó mi sentido de responsabilidad frente a mí misma.

—¿Es usted partidaria de los premios literarios? ¿Cree que contribuyen a la difusión de un determinado tipo de literatura?

—Me parecen necesarios; creo que han venido a sustituir en cierto modo —los premios, las becas de las Fundaciones— a los antiguos mecenas. Todos los grandes escritores los tuvieron.

Con la diferencia, ahora, cuando se trata de un premio concedido por una editorial, que también representa para ésta un interés económico, al margen de su valía literaria. En cuanto a si contribuyen o no a la difusión de un determinado tipo de literatura, puede decirse que, a grandes rasgos, es cierto. Todos sabemos qué tipo de libro acepta una u otra editorial. Pero también creo sinceramente que el novelista que lo es no piensa en la editorial en absoluto, sino en la consecución de su obra, y el que se atenga a fórmulas o tendencias determinadas no és un creador auténtico por mucha facilidad de pluma que tenga. La creación, por su propia naturaleza, no puede someterse a desvíos.

LA GUERRA Y EL HOMBRE

—Qué sucesos hubo en su niñez o adolescencia que influyeron posteriormente en su proyección literaria? ¿De qué manera influyó la guerra civil en su personalidad humano-literaria?

—La guerra civil ha venido, para bien o para mal, marcando a todas las generaciones, sucesivamente, en distinto grado, por supuesto, incluso en la negación actual existe una postura viva nacida de ese momento crucial en nuestra historia, en nuestro mundo. Yo no viví cerca de los frentes de combate ni de las ciudades bombardeadas: estuve el primer año en Roma, en un colegio, y los otros dos años en un pequeño lugar de la provincia de Orense, donde puede decirse que la guerra llegaba de rebote, y hería profundamente la sensibilidad mucho más el denso silencio y la resignación dignísima de unos y de otros que las balas o las bombas.

La guerra y los dos bandos de hermanos llegaron a mí por la interpretación de aquellos silencios, por lo sugeridor de aquellas resignaciones tremendas, por un clima de grandeza y de sufrimiento. Para mí no se trataba de rojos ni de azules: se trataba de Manuel, o de Rogelio, o de Eustaquio...



Desde siempre ha predominado en mí un sentido de humanidad que todo aquello acrecentó: yo no podía creer en el mal de aquellos a quienes tan bien conocía desde niña, que llamaba, y me llamaban, por el nombre, en cuyas casas entraba con entera libertad, acogida con calor. Y ellos en la mía. Escuchaba las palabras de unos y de otros, adivinaba lo que apenas se decía, compadecía, procuraba comprender, y me empavorecían las armas.

—¿Está de acuerdo en que las novelas reflejan en cierto modo una parte de la personalidad del escritor?

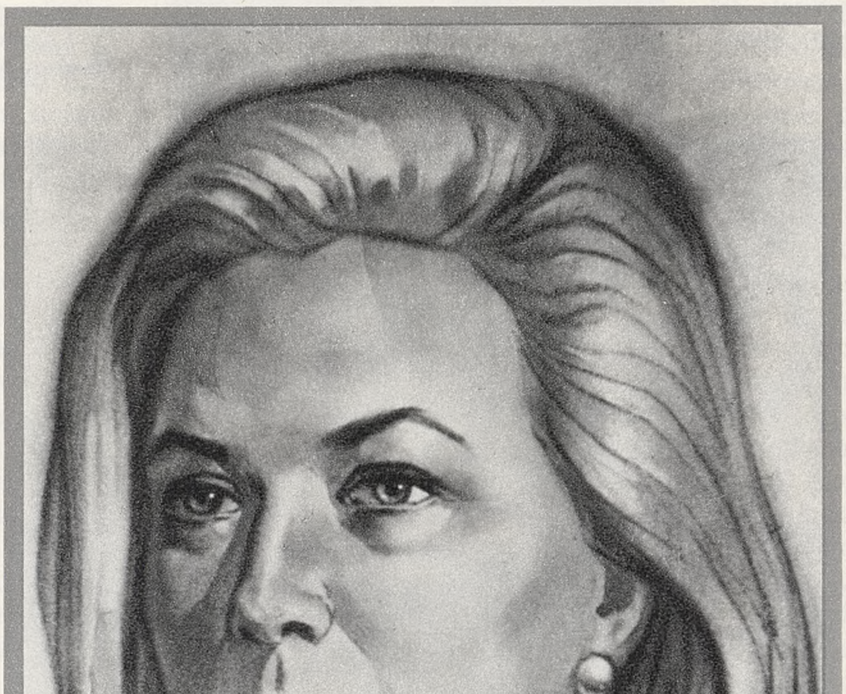
—Me pregunto hasta qué punto. Perdón por acudir a la tan manida metáfora de la gestación y del parto, pero es realmente válida para el creador y su obra: una mujer engendra un hijo y la criatura nace de ella, se desarrolla dentro de la madre, existe pues un profundo nexo germinal entre los dos —entre los tres— pero ¿es más que biológico? Hay a veces hijos parecidos a los padres, no sólo físicamente, pero no siempre, no necesariamente. Creo que lo mismo sucede con el novelista y su obra.

—Usted forma parte de los novelistas de la llamada generación de la postguerra, ¿cuál es su visión personal de esta novela, cómo la definiría globalmente?

—Me parece que algún día se estudiará la indiscutible calidad e importancia de libros como «La colmena», de Cela, o «Mrs. Caldwell habla con su hijo», de Delibes, «El camino» y «Diario de un cazador», o «La puerta de paja», de Vicente Risco, o ese encanto literario que es «Industrias y andanzas de Alfanhuí», de Rafael Sánchez Ferlosio, o «Gran sol», de Ignacio Aldecoa, o «El cíngulo», de Castillo-Puche, o «Palabras en el muro» de Ramón Hernández, o «Inés just coming», de Alfonso Grosso, o «Tiempo de silencio», de Martín Santos, y «El Libro de la memoria de las cosas», de Jesús Fernández Santos, o su «Paraíso cerrado», o «Una tumba», de Juan Benet, o «La saga-fuga de J. B.», de Gonzalo Torrente Ballester. Todos diversos. El comentario de esta diversidad nos llevaría muy lejos. Pero, por favor, búsqueme usted por la literatura de otro país un grupo semejante de novelas. Y en punto a narraciones, ¿ha leído «Helena o el mar de verano», de Julián Ayesta, o «Las cosas del campo» de José Antonio Muñoz Rojas, libros poemáticos perfectos? ¿Puede en conciencia silenciarse una época literaria así por motivaciones extraliterarias?

—Entre sus compañeros de generación, la crítica ha señalado dos grupos fundamentales: los que buscan entroncar con la generación del 98 y los que se acercan a escuelas novelísticas como la generación americana, el neorrealismo italiano y el objetivismo francés. ¿En cuál de ellas se situaría usted?

—No creo que ningún escritor haya buscado entroncar con la generación del 98: han sido espontáneamente epígonos de dicha generación, de una manera natural, absolutamente genuina. Ni tampoco creo en el acercamiento intencionado a ninguna de las literaturas que me cita. ¿Y por qué no a la alemana, o a la checa, o a la inglesa? ¿Cómo olvidar a Ernest Wiechert, o no reconocer a Gunther Grass, o negar que Kafka y Joyce llegaron a nosotros? No se puede seguir escribiendo, después de conocerles, como si no hubieran existido. No se trata de influencias, sino de cultura o incultura, simplemente.



Elena Quiroga. «He crecido, he vivido. Lo absurdo y antinatural hubiera sido el inmovilismo, la inmadurez.»

«LA CARETA»

—Su novela «La careta» publicada en 1955 ha hecho pensar a los críticos en ciertos aspectos de la novela norteamericana. ¿Está usted de acuerdo con esta opinión?

—Esa fue una opinión del momento, revisada hoy. Ha sido de mis libros el que ha merecido más estudios, entre ellos una interesante tesina de McGloin de la Universidad de San Luis, en Missouri. Porque fue, creo, la primera novela que en España rompió con todo molde realista, dejó fluir la conciencia, fundió el espacio-tiempo.

El tiempo ha sido siempre, y es, una de mis constantes. Y no me importó nada que me pusieran una etiqueta: «demasiado tecnicismo». ¿Por qué si estábamos viviendo el auge de la técnica en el mundo? ¿No era absolutamente natural que la novela reflejara su propio tiempo? Dijeron que estaba influenciada por Faulkner, pero no lo dijo así Melchor Fernández Almagro que tanto sabía de literatura y que la señaló cuando su publicación como «una extraordinaria singularidad en la novelística española de hoy», ni Coindreau, traductor de mi obra para Gallimard, que lo era a su vez de Faulkner para la misma editorial francesa, y que, agudamente, al trabajar con los testos de los dos, apunta el romanticismo de Faulkner, ausente de mi libro, y el distinto concepto del tiempo.

Ciertamente yo habría asimilado la genial lección de Faulkner, forma ya parte de mi conocimiento, como Faulkner asimiló a su vez a nuestro genial Valle Inclán. El germen de «Mientras agonizo» está en «Luces de bohemia».

—¿Existe en su novela una relación entre el tiempo histórico y la forma literaria?

—Toda obra está asentada en el tiempo, incluso aquella que lo evade: como en un negativo ▶



allí está. El tiempo somos nosotros mismos.

—¿Cómo clasificaría usted su obra?

—*Lo ha sido ya por especialistas literarios como existencialista conflictiva. Aunque creo que la novela absoluta, la novela total, debe asumir todas las tendencias. Quisiera llegar a eso.*

—¿Considera que existe una fuerte evolución en su producción literaria desde «Viento del norte» hasta «Presente profundo», su última publicación?

—*He crecido, he vivido. Lo absurdo y antinatural hubiera sido el inmovilismo, la inmadurez en el transcurso de estos años. Convertirme en estatua de sal. Aunque aclaro que no se trata de un deseo, de un propósito deliberado, sino de una vitalidad natural.*

—¿Ha pensado en un determinado público a la hora de escribir sus novelas?

—*Nunca, claro. No se piensa en eso. Se piensa en lo que se está haciendo y es lo único que importa. Es un mundo enajenante, en el mejor sentido. ¿Quizá, en el fondo, se escriba para uno mismo?*



HISPANOAMERICA Y EL «BOOM»

Hablamos sobre Hispanoamérica. Elena no ha estado allí, aunque le interesaría conocerla, y naturalmente le pregunto sobre el «boom» de la novela hispanoamericana y su clara introducción en los ambientes universitarios.

—*Hay cuatro o cinco nombres verdaderamente importantes, con «boom» y sin «boom». Mas bien podría decirse que éste no les ha beneficiado por la confusión creada, nivelándoles con medianías. La palabra tiene en sí misma un lamentable e ingrato sentido comercial. No ha perjudicado a la novela por cuanto, deslumbrados por aquel éxito, algunos escritores aquí se dejaron de sequedades sociales —toda novela es social aunque no se lo proponga— y se lanzaron tras el nuevo barroco de lenguaje y situaciones, volvieron a aceptar que la imaginación era esencial, incluyeron la magia más como truco muchas veces, todo hay que decirlo, que como elemento poético o metafísico.*

Ha ido muy bien como revulsivo. Y creo que la expansión en ambientes universitarios se ha realizado a través de los profesores de literatura que los introdujeron para su estudio, sin duda y ante todo porque eran lecturas de su preferencia particular, y también porque a toda la literatura escrita aquí se la infravaloraba, salvo contadas excepciones que nada demuestran, generalmente por la inveterada desgana hacia lo propio, o el temor de equivocarse ante una obra en marcha, e incluso por un apartamiento intelectual de la situación creada en España que englobaba a todo, y ésta era ya una postura política, quizá inconsciente.

—¿Existe en este momento en España una literatura femenina, si así se puede considerar?

—*No creo en la literatura masculina o femenina. Existe la literatura.*

—¿Cuál es normalmente la reacción del escritor frente al crítico de su obra?

—*El escritor desea ser comprendido.*

—¿Cree que la novela debe aspirar a transcribir una experiencia, a testimoniar una situación, a defender una postura ideológica o a crear un mundo independiente?

—*La novela no me parece que admita definiciones más que parceladas. Sí sé lo que no debe ser, y en ello incluiría la defensa de posturas ideológicas.*

—¿Qué ha tratado de revelar con su obra? ¿Lo ha conseguido?

—*En principio no me propongo nada y me propongo todo: escribir, crear.*

Ha sido una larga charla. Damos un repaso a su producción: «Viento del Norte» (1951), «La sangre» (1953), «Algo pasa en la calle» (1954), «La enferma» (1955), «La careta» (1955), «La última corrida» (1958), «Plácida la joven» (1959), «Tristura», que obtuvo el Premio de la Crítica de 1960, «Escribo tu nombre» (1965), «Presente profundo», último libro. Le pregunto qué obra elegiría ella como lectora, qué autor único entre todos los demás. Contesta sin dudarlo:

—*Dostoyewski.*

—¿Qué mundo le preocupa ahora, Elena?

—*¿Como escritora? Aquel en el que estoy, en el que continúo, el mundo de Tadea. Comenzó con «Tristura» y «Escribo tu nombre», y ahora estoy terminando la tercera parte: «Se acabó todo, muchacha triste», o al menos por ahora creo que se llamará así.*

Pienso ahora que su personalidad reservada y el deseo de no participar en ninguna confusión son factores decisivos voluntarios que limitan la imagen popular de esta gran escritora. Pero ¿le preocupa la popularidad? Después de conocerla puedo afirmar que sólo le preocupa su obra por hacer. — P. E.

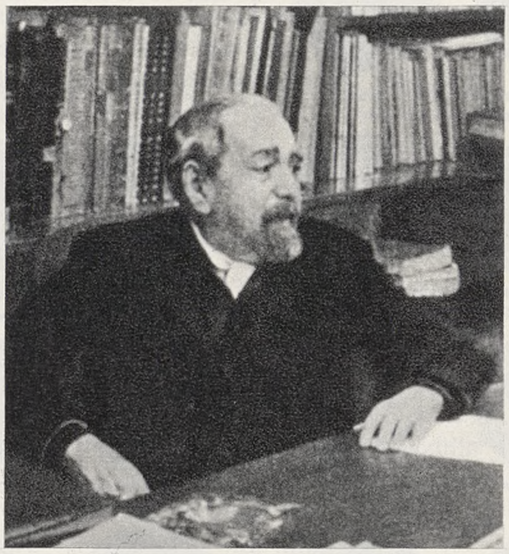
OLIVERIO GIRONDO

Por GALVARINO PLAZA

¿EN qué sitio de la literatura, y más exactamente de la poesía, podríamos inscribir la obra de Oliverio Girondo? Su incansable búsqueda por una autonomía de la imagen poética sí puede emparentarle a otros escritores argentinos y sudamericanos que fueron sus contemporáneos: Jorge Luis Borges, González Lanuza, Marechal y Norah Lange, surgidos y unidos por el rechazo común al modernismo: los vanguardistas de los años veinte. Pero, ¿dónde y cómo encuadrar su actitud poética, la del perfecto suicida? Esa parece haber sido la actitud asumida por Oliverio Girondo, desde un principio, desde que comenzó a frecuentar tertulias y relaciones poéticas. Lo que sus compañeros de generación consideraban parte del «juego» dadaísta, no era en Girondo otro hecho que la búsqueda de la destrucción de su vida y su obra. Una lúcida destrucción de la cual tal vez esperaba ver surgir una expresión poética verdaderamente nueva, sin el más mínimo recuerdo de la que él consideraba totalmente superada.

Si tuviésemos que encontrarle a Girondo otro poeta que con él mostrase alguna semejanza, este otro podría ser Huidobro, chileno fundador del Creacionismo, más que con cualesquiera de sus compatriotas. Pero Girondo experimenta una diferencia esencial con Vicente Huidobro, aunque se hallen unidos por logros que les son comunes.

Cuando hablamos de esa diferencia entre Huidobro y Oliverio Girondo no estamos refiriéndonos a un sistema de valores poéticos sino a las formas de encarar la poesía como acto creador y con ella la vida. Esa diferencia entre los dos más auténticos buscadores de la imagen capaz de ser definida como una recreación del universo expresivo, radica en que Huidobro es el creyente con plena conciencia de su herejía; su cuestionar la fe en unos valores en los que ya no cree. Para su nueva fe Huidobro busca la audiencia, reclama un proselitismo por parte de la juventud y de sus contemporáneos. Prueba de ello son los manifiestos que se preocupa por difundir. En Girondo, por el contrario, la fe parece experimentar en él una ruptura, una ruptura que se va haciendo cada vez más una espiral hacia su conciencia interior. Girondo es el símbolo más diáfano del poeta que es absolutamente consciente de que la poesía es una forma de revelación que se consume y consuma como una experiencia individual



y cuya repercusión hacia el exterior es un hecho secundario, en el cual el azar juega sus cartas, cartas de una baraja manejada en la mayoría de las ocasiones por intereses extrapoéticos; es decir, que muchas veces las cartas suelen estar marcadas.

Las influencias que emanan de la obra y la actitud de Girondo es un hecho que se produce en sordina; a pesar de él mismo y de haberse percatado de ello habría sido el primero en sorprenderse. Se ha dicho que la aparición de Julio Cortázar habría sido poco menos que imposible sin la existencia de Oliverio Girondo. Y esto viene a ser aún más esclarecedor con respecto a su actitud y la de sus contemporáneos: ha sido necesario que pasara el tiempo y que entraran otros jugadores con una nueva baraja. En su tiempo Girondo fue —y en una gran medida lo continúa siendo— un creador escamoteado a la realidad literaria de los movimientos poéticos que en la Argentina han sido. Girondo no encaja en la literatura argentina sino como lo que es y fue; un islote hinchado de arborescencia y flora en la que vivía una fauna de hermosos pero extraños animales, un islote aún sin descubrir. Durante su vida, que no es corta —nació y murió en Buenos Aires: 1891-1967)— no experimentó un verdadero reconocimiento, en torno a su figura, no se agruparon jóvenes poetas en la Argentina, como se produjeron en torno a Huidobro en Chile con el grupo «Mandrágora». Tampoco se le puede vincular de una manera precisa a los movimientos europeos; sí se podría decir que entre estos movimientos y Girondo hubo una serie de coherencias, más o menos semejantes, debidas más que a una profesión de fe a un acontecer histórico. De lo que no cabe duda es que debió conocer perfectamente los corrillos europeos, y de hecho los frecuentó: «su condición de hijo de familia patricia explica sus estudios en Inglaterra y Francia y su título de abogado por la Universidad de Buenos Aires que no ejerció nunca, ocupado siempre en viajar» (1).

La obra de Oliverio Girondo está dominada por un filo cortante, por la fuerza de un nihilismo que le hace ser el autor de una poesía en que el humor es mordaz y corrosivo, implacable. Su poesía se anticipa muchos años en forma y fondo a lo que se ha venido últimamente a llamar «Antipoesía». Sólo el desconocimiento de la obra de Oliverio Girondo, por no decir que la ignorancia, ha permitido que existan poetas que hoy se signifiquen como creadores de una antipoesía. O tal vez tengan razón: Girondo supo construir una poesía dentro de la misma poesía.

Hablando ahora de Girondo no puedo menos que pensar en lo insuficientemente valorada que ha sido su obra y su actitud de poeta, asumida hasta sus últimas consecuencias. Es más, pienso cómo sus propios contemporáneos, los que aún viven, con tal de mantener el olvido en torno a Oliverio Girondo, prefieren buscar sus relaciones literarias y sus preferencias en los sitios más alejados, en las literaturas más desconocidas, más desconocidas aún que la poesía de Girondo.—■

(1) JOSE ALBERTO SANTIAGO, *Antología de la Poesía Argentina*, Editora Nacional, Madrid, 1973.

EL BRASIL ESPERA ENCONTRAR PETROLEO

Por JOAO ALVES DAS NEVES

Se acabó el monopolio estatal del petróleo brasileño, por lo menos en los sectores de proyectos y exploración, según fue anunciado hace unos días por el presidente Ernesto Gaisel. La iniciativa puede ser explicada en pocas palabras: el Brasil sólo produce alrededor del 20% de sus necesidades de consumo y, en estas condiciones, el extraordinario aumento del precio del petróleo desde 1973 desequilibró considerablemente la balanza comercial del país.

La única manera de reducir el «déficit» es producir más. Pero ¿cómo? Intensificando la exploración. Pero ésta, obviamente, sólo puede efectuarse cuando ya fueron halladas otras fuentes de producción. Es en este aspecto cuando entran en vigor los llamados «contratos de riesgo», esto es, los contratos firmados entre el gobierno y las empresas nacionales o extranjeras que estén dispuestas a detectar el petróleo, explorando inmediatamente y obteniendo el derecho a una parte de la producción. La parte restante —y la más importante— revierte a «Petrobrás», que continuará siendo la empresa estatal de petróleo y que, por supuesto, continuará con sus actividades de proyectos, exploración, refinado y distribución.

Al comunicar al país la decisión de su gobierno, advirtió el presidente Geisel que la empresa estatal de petróleo —que él mismo dirigió hasta ser designado para la jefatura de la nación— debería ser autorizada, «sin quiebra del régimen de monopolio», a realizar contratos de servicio, con cláusula de riesgo por cuenta de la empresa que ejecutará los trabajos, en áreas previamente seleccionadas». Y agregó que tales contratos tendrán como base la experiencia de «Braspetro», filial de «Petrobrás», que ya obtuvo diversas concesiones en el extranjero y está haciendo proyectos prospectivos en algunos países, aunque sin resultados positivos hasta hoy.

PROTESTAS Y APLAUSOS

Debe recordarse que el monopolio estatal del petróleo fue instituido en el Brasil en 1953, año de la aparición de «Petrobrás» (que es hoy la mayor empresa nacional), establecida con el objetivo de promover la investigación y muestreo no sólo de ese producto sino también de otros hidrocarburos fluidos y gases raros. Asimismo fue también reservada a la empresa estatal la refinación de todo el petróleo, incluido el importado, así como el transporte marítimo o por medio de oleoductos.

El proyecto monopolístico del transporte marítimo del petróleo y sus derivados se concretó a partir de 1963 (hasta entonces el Brasil disponía de pocos tanqueros). En cuanto al refinamiento, la mayor parte es efectuado en las instalaciones de «Petrobrás», pero aún funcionan algunas pequeñas refinerías particulares (en proceso de incorporación y por parte del Estado, por otra parte). La distribución del petróleo y sus derivados es hecha hasta el momento por algunas empresas privadas, pero debe señalarse que la «Petrobrás Distribuidora» va aumentando cada vez más su red en todo el país.

Durante muchos años, la «Petrobrás» fue también una bandera política, consustanciada con el «slogan» de que «el petróleo es nuestro». Pero, en realidad, petróleo había poco... De hecho sólo recientemente fueron descubiertos yacimientos considerables, aunque insuficientes, conforme lo proclaman las cifras: el Brasil consumió en 1975 alrededor de 317 millones de barriles pero sólo produjo 67.525. Las perspectivas de producción y de consumo pueden ser evaluadas a través de los siguientes números:

1975: producción de 67.525 millones de barriles y consumo de 316.948 millones.
1976: producción de 91. 250 millones de barriles y consumo de 332.795 millones.
1977: producción de 109.500 millones de barriles y consumo de 349.435 millones.
1978: producción de 109.500 millones de barriles y consumo de 366.907 millones.
1979: producción de 127.750 millones de barriles y consumo de 385.252 millones.
1980: producción de 182.500 millones de barriles y consumo de 404.514 millones.

Quiere decir que el esperado aumento de la producción no impedirá el aumento de las importaciones, que continuarán creciendo. De este modo —según el gobierno— no había otra solución que no fuese encontrar más petróleo, pero de ahora en adelante en cooperación con empresas especializadas extranjeras. Y en verdad ya han aparecido diversas empresas brasileras, americanas, europeas y hasta japonesas dispuestas a aceptar los «contratos de riesgo».

Entretanto, la medida fue inicialmente atacada por la oposición al «Movimiento Democrático Brasileño» y hasta por algunos militantes del partido gubernamental («Alianza Renovadora Nacional»), en nombre del monopolio estatal. De cualquier manera, colocados delante de las cifras, la oposición ya disminuirá sus críticas a los «contratos de riesgo», considerados por muchos como inaplazables.—■



SAHARA:

El Sahara Occidental, hasta hace poco Sahara Español, pasa por momentos dramáticos. Se trata, sin duda, de un problema político, de un problema económico, de un problema histórico, el que se ha de resolver. Pero, por encima de toda otra consideración, se trata de un problema humano. En el inmenso desierto viven los saharauis, gentes silenciosas y honradas con las que nosotros, los españoles, hemos convivido largamente. Una muy notable parte de ellos, encuadrados en el Frente Polisario, combaten por su idea de la libertad y de la independencia y tratan de hacer oír su voz en el concierto internacional.

Bajo la bandera roja, negra, verde y blanca, hombres, mujeres y niños sufren. Da lo mismo cuál sea su argumento. Importa más su condición humana. De todos los espectáculos que deben doler a la gente sensible, ninguno más injusto que el de los niños en armas, las mujeres en armas. Los saharauis han sido siempre gentes calladas y tradicionales y es seguro que habrían preferido mantener sin quebrantos sus propias formas de vida, en una tierra abierta, interminable, azul en las madrugadas, dorada al mediodía, malva al atardecer. Una tierra que parecía inhóspita al ciudadano de las grandes urbes verticales y henchidas, pero que a ellos les parece naturalmente el único lugar digno de ser vivido. Es, ha sido y será para siempre un misterio la razón por la cual, súbitamente, los seres humanos deciden que exponerse a la muerte merece la pena.

Hélos aquí, en sus tiendas, diminutas en la llanura gigante. He aquí a sus hombres, secos, con el rostro tallado por la ventisca. He aquí a sus mujeres, finas, construidas en el silencio y la parvedad, y ahora aceptando la disciplina del orden militar. Los cuencos de leche agria de camella, los pocillos de arroz con carne de gacela han quedado olvidados en la tienda. Las manos morenas, cargadas de ajorcas plateadas, empuñan ahora un arma. El niño acostumbrado, como todos los de su estirpe, a mirar lejanías, alarga su búsqueda con los prismáticos. El hombre, con ademán de pastor, cuida el poblado como antes cuidaba el rebaño.

En los campos de refugiados de Jdiria, Oued Saguia, Tifirit, sin el agua necesaria, sin los alimentos necesarios, hay maestros que enseñan a leer, y no sólo a leer las cosas escritas, sino aquellas que sólo pueden ser vistas con los ojos interiores del alma.

Naturalmente que la historia puede ser contada de otro modo, recurriendo a las gestiones diplomáticas, los oficios de las Naciones Unidas o las justificaciones oficiales de todos los países que, de una u otra forma, han rozado el alma de los saharauis y vivido bajo el cielo infinito, quieto, inolvidable, del viejo desierto. En éste, como en otros asuntos, hay razones mecánicas que fuerzan los acontecimientos de la historia y precisamente nosotros, los españoles, sabríamos dar esas razones tal vez mejor que otros. Pero insistimos en que no es eso lo que importa, lo que nos importa en este instante. Hacemos un esfuerzo para mirar el paisaje desde más arriba para que nada nos oculte el espectáculo más serio y más emocionante: hombres en una situación extrema.

También podría hacerse otro tipo de literatura recurriendo a las viejas fábulas urdidas por los europeos ante el desierto, cuentos de «Beau Geste», sueños de caballeros atacados por la imponente melancolía del «cafard», viejos lugares comunes del colonialismo, lirismo para novelas de aventuras. Pero eso sería una falta de respeto para todos los que, de una u otra manera, por una u otra causa, están en estos momentos tendidos en la arena y con la pupila fija en el punto de mira de un fusil.

Hace mucho tiempo, en situación distinta pero, por azar, recordable, un poeta misterioso, Carl Sandburg, cantó a los hombres de los grandes espacios abiertos. Puede valer su cita para transmitir a los lectores el sentimiento adecuado ante el Sahara Occidental en este momento: «Trataríamos de definir el horizonte, / inútilmente. / He aquí que no hay cobijo. Sólo el aire. / Pero ha bastado tan enorme abismo / para que el hombre hincara sus raíces, / entre sus bestias propias, / bajo sus propios sueños, / sin lecciones ajenas. / Vivió. / Construyó ritos. Buscó pozos y rutas. / Inventó así su historia y su destino.»

Nómadas, viajeros, parece como si al cabo los hombres del Sahara estuvieran dispuestos a fijarse sobre su lugar. No dejarán de ser lo que son y ese lugar que están buscando será su costumbre, el aire libre, la búsqueda constante de ese horizonte inapresable.— ■

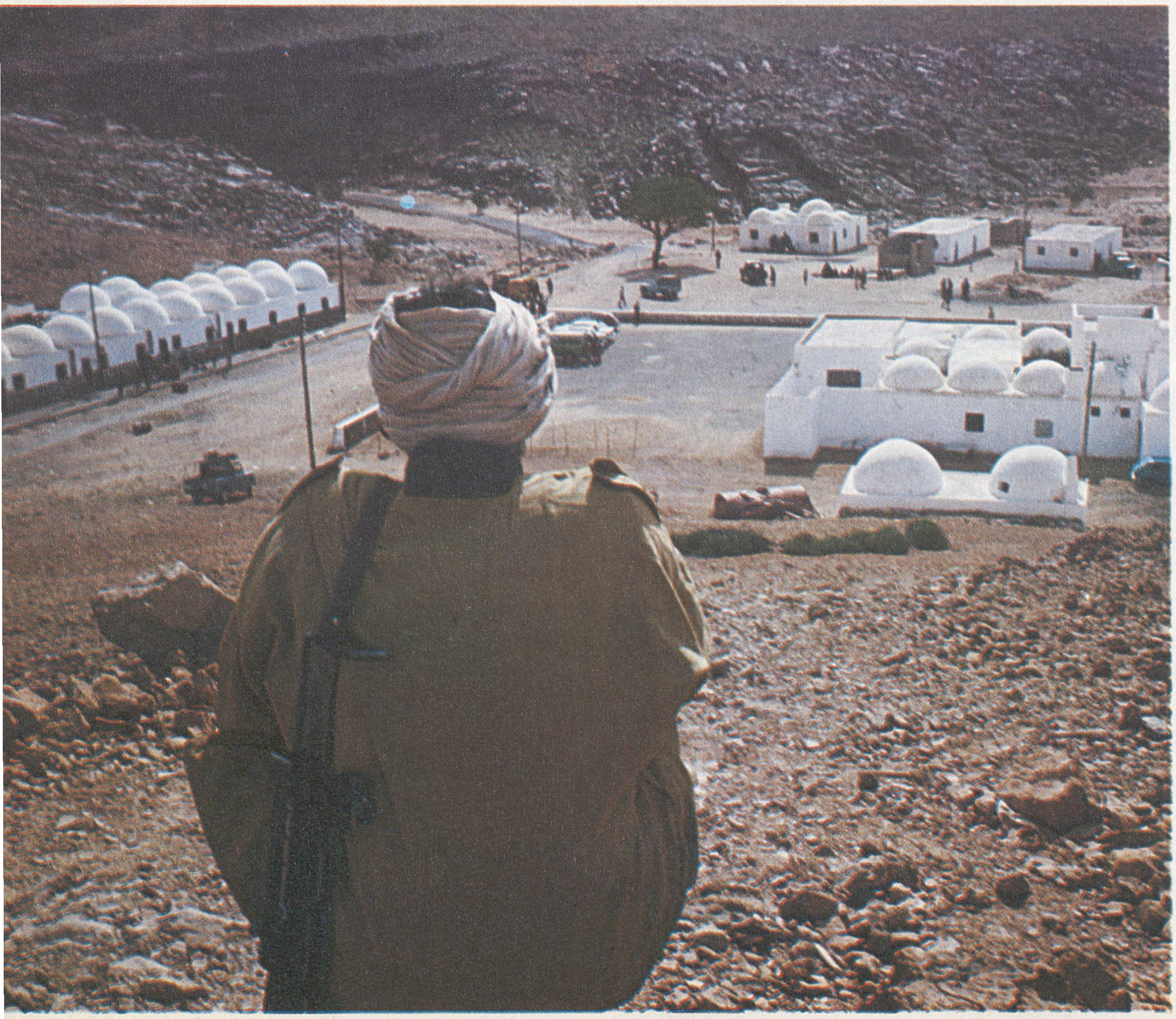


Ojos acostumbrados a la lejanía, alargan su búsqueda con los prismáticos.— Las mujeres, finas, silenciosas, empuñan las armas.—Tiendas, diminutas en la llanura gigante.—Hombres silenciosos, en el paisaje sin horizontes.

SILUETAS DE ARENA EN EL HORIZONTE







Siluetas sobre la arena, premonición para los seres definitivamente ubicados en los cielos de cemento, en los acantilados de ventanas...— Un niño armado. El mejor símbolo del dolor.



El hombre desierto

La inmensidad del hombre y la inmensidad del desierto. Un personaje de William Faulkner, Mink Snopes, puso —en el momento supremo de la agonía— un manto protector para que la tierra no llevara a cabo su universal acción destructora; protegido por ese manto, entró en los estadios celestiales, en esas moradas del cielo que están en nuestras profundidades.

Los hombres del Sahara, todos los días, a todas horas —desde la lejana niñez hasta el duro presente— interponen también entre ellos y la arena, para que su hermético corazón no sufra en exceso, la ropa, la tienda, el camello, el profundo párpado.

Son hombres en la arena, pero no de la arena; en el crepúsculo pero no del crepúsculo, porque son de otra tierra; en la frontera pero sin otras fronteras que el gesto, el sueño, el silencio.

Caminan - para - la - inmovilidad, reposan para - la - reflexiva - caminata.

Sus siluetas sobre una arena que parece la tremenda ola del océano son un recordatorio, una premonición para los seres definitivamente ubicados en los cielos de cemento, en los acantilados de ventanas, en los cráteres de acero conmemorativos de masas civilizadoras-amenazantes.

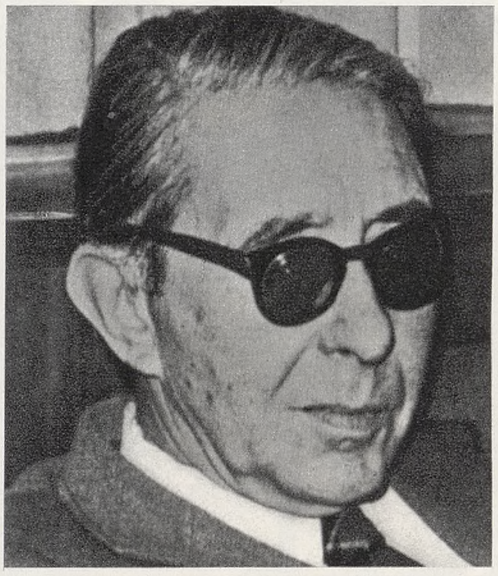
Inmenso no es el desierto sino el hombre. En el Sahara no hay un sólo desierto, sino miles de criaturas que son desierto. Los hombres-desierto, los hombres-Sahara. Cada uno de ellos lleva intimamente unido, en el ojo vigilante, todo el ciclo implacable del sol-que-amanece, del sol-que-llega-al-cenit, del sol-que-pierde-peso-en-las-dunas.

Desiertos, abandonados corazones los suyos: almas de arena, de pupila que vió todo el mundo al nacer y sin embargo siguió viviendo; almas de deseo, de espera, de espera...



Memorial de mckównville

II. EL PROFESOR EMIGRANTE



Por GONZALO TORRENTE BALLESTER
De la Real Academia Española

LA moderna teoría de los signos viene a decirnos, de modo más convincente y científico, lo que antes se predicaba de la realidad: que es libro abierto y que no hay más que leerlo. Pero también que caben tantas lecturas como hombres, y que hay hombres incapaces de lectura, que se enredan en los meros signos y no van más allá. El pensador, para quien lo que existe es un cosmos coherente dentro del cual es lícito establecer cualesquiera relación entre la más mínima parte y el asombroso todo, no tiene más que tirar del hilo para sacar su ovillo, como el hombre religioso trae a Dios a colación a propósito de un pedrusco. Un poco más abajo ponemos al sociólogo, a quien el viaje de un profesor emigrante con toda su familia pudiera dar lugar a un comentario sobre la fuga de cerebros, sus causas y consecuencias, y si conviene favorecerla o estorbarla. Pero el protagonista del acontecimiento, ni metafísico ni sociólogo, y que para ver a Dios en los pedruscos tiene que hacer grandes esfuerzos, ni pone su viaje en conexión con las grandes realidades del Destino y sus leyes (o caprichos), ni con las menos grandes, aunque más favorecidas, de la sociología. El profesor emigrante se comporta como un hombre cualquiera, que siente abandonar su patria; que espera algo, no sabe qué, del país adonde se encamina, y que, en el aeropuerto, toma unas fotografías de los que han ido a despedirle. Años después, cuando los hechos se le recuerdan y pretende describirlos, todo lo que saca en limpio del esfuerzo realizado es un puñado de cenizas: ni un pensamiento brillante, ni una observación aguda, ni una metáfora suficiente. Todo lo más, algunas imágenes aisladas, supervivientes del olvido: ninguna de las cuales, sin embargo, ofrece garantías de autenticidad, ya que se entremezclan con las de viajes posteriores. La única que puede individualizarlo sin lugar a dudas, la única a cubierto de sospechas, es la de Juan Pablo en su capacho, acomodado en un rincón, ora llorando, ora riendo, que de todo hubo durante el viaje. Tenía seis meses la criatura.

El Aeropuerto Kennedy, al que arribamos tras siete horas de vuelo y casi una más de espera, llegó después a serme tan familiar como el «Port authority bus terminal» de Nueva York: de ambos conocí los recovecos, los trucos, las precauciones; en ambos presencié el ir y venir apresurado de gentes de muchas razas, individuos atentos a lo suyo, nómadas en una muchedumbre. Algo de lo que he visto quizás salga en este cuento. De momento, no estaba para observaciones, porque la entrada en los Estados Unidos no da lugar a devaneos: éramos ocho en atravesar el filtro de la aduana y la policía. Tardamos mucho tiempo. Tampoco la recogida de maletas fue tarea mollar, no por dificultades intrínsecas, sino por inexperiencia. Al final de este periplo nos esperaba el profesor Fernández, piloto de la expedición a partir de este momento. El nos llevó al aeropuerto nacional, desde donde otro aparato había de conducirnos a la capital del Estado. Fue una espera muy larga, porque el avión se había averiado, y en vez de despegar a las ocho, lo hizo a media noche. A la una de la madrugada aterrizamos en Albany. Del mundo de allá abajo, el mundo en que iba a vivir, sólo advertía, desde el aire, las luces. Supongo que volábamos por encima del Hudson, zona superpoblada. La azafata del avión era una negrita muy graciosa.

Nos esperaban unos cuantos colegas con sus esposas, y Laura, la de Javier Fernández, con tres o cuatro coches. Repartidos en ellos, nos llevaron a la casa que nos tenían destinada, el n.º 1 de Parckwood St., en McKownville. Después de brindar por nuestra llegada y desearnos felicidad y descanso, allí nos dejaron, muertos de sueño como estábamos.

LA CASA AZUL DE PARCKWOOD ST.

Se parecía mucho, se parece todavía (pues hoy la han reformado), a una casa de cuento de niños: azul, con las ventanas blancas, un portal clásico, y dos terrazas con columnas, blancas también. De madera, por supuesto; los techos, de gran pendiente, y grises. Un generoso césped, en parte libre, en parte cercado, y, detrás de la casa, grandes y añosos árboles. Hacía esquina a la ruta principal, Western Avenue, por la que pasan los autobuses que llevan a la ciudad. Tenía dos plantas: en la inferior, la cocina, el comedor y el salón; en la otra, abuhardillada, los dormitorios. La escalera que las comunica arranca del salón, frente a la puerta de entrada: pronto los niños se acostumbraron a sentarse en ella, uno en cada peldaño, de mayor a menor. Una vez que estuvo a visitarme Emilio González López, y los vió todos juntos, en aquella posición, comentó, en gallego: «E unha escoliña».

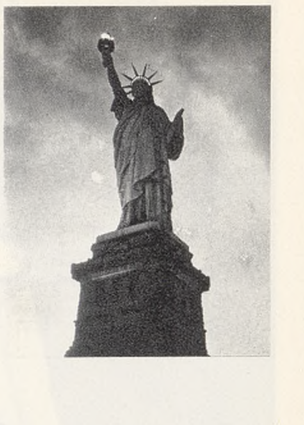
El salón tenía dos ventanales de buena altura, abiertos a las terrazas, y una chimenea de ladrillo de muy buen porte. Cuando lo tuve amueblado, y adornado con las cosas llevadas de España, quedó muy bien, aquel salón.

De momento, a nuestra llegada, todo estaba desnudo, sin otros muebles que unos catres, alquilados, para dormir. Yo traía de España, amén de libros, algunos cuadros y objetos antiguos. Lo demás tenía que comprarlo, y lo hice en cuanto pude. Las costumbres comerciales, sin embargo, no son como las nuestras. Elegidos los muebles, fueron llegando con bastante parsimonia, a lo largo de tres meses. Cada vez que el camión del reparto se detenía frente a la casa, había un estallido de curiosidad, y los niños se congregaban en torno al embalaje. Para las navidades, la casa estaba completa. Me las había agenciado para hacer, de uno de los dormitorios superiores, mi lugar de trabajo. Allí instalé los libros, una mesa antigua que había llevado, un sofá negro que compré, algunos cuadros Quedó holgado y simpático. Pero no lo usé mucho, ya que pronto me habitué a trabajar en la universidad, más a cubierto de ruidos.

UN GALLEGO APROVECHADO

A propósito de mis bártulos, quiero contar lo que me sucedió con un gallego que se encargó de su transporte, desde Nueva York, hasta Albany.

Alguien me lo había recomendado, en España, y desde España le escribí, con el anuncio de mi llegada por avión, y la de mi equipaje en barco. Me pidió peso y volumen, y se los dí exactos. Después de varias cartas, me señaló un precio que no le discutí porque no estaba en situación de hacerlo. Me limité a aceptar el trato que me proponía, sin otras condiciones de mi parte que la de que el transporte había de entenderse, no hasta la puerta de la casa, sino hasta su interior, piso o bajo, según fuera menester. Se lo reiteré en la entrevista que tuvimos, recién lle-



gado yo, y los fardos en la aduana. Al amigo que me acompañaba le pareció muy caro el precio, y me lo dijo, pero yo preferí callarme. Me anunció el servicio para tal día, pero los trastos no llegaron hasta un par de semanas después, en un camioncito que conducía un negro lo menos septuagenario y no de gran apariencia física, sino más bien caquéctico. El descargo no fue difícil, porque llevaba el camión artilugios que lo facilitaban, pero no de los que hubieran permitido ascender unos cuantos escalones sin esfuerzo. Ví cómo el negro se derrengaba con las primeras cajas de libros, y le indiqué que lo dejase todo sobre el césped, que ya lo meteríamos nosotros: lo cual no nos fue fácil, pero lo hicimos a trancas y barrancas, después de atronar el barrio a martillazos para desbaratar los cajones. Al final, ya cayendo la tarde, alguien de la vecindad nos echó una mano: mi primera experiencia de la amabilidad norteamericana. Al que nos ayudó, le pareció una estafa el precio del servicio, pero ya no tenía remedio.

Alguna vez tuve ocasión de inquirir noticias sobre el gallego de marras: era un puntal de la colonia franquista, y no faltaba a ninguna fiesta o recepción que hubiera en el consulado. Tenía una gran fachenda, y llevaba siempre un negro sombrero duro, de financiero. Su fama era de muy rico. Las dos o tres veces que volví a verlo, fingí no reconocerle: me hubiera repugnado tener que darle la mano, y recriminarle hubiera sido inútil.

Años después, a mi regreso, el peso y el volumen de mis enseres doblaban los iniciales. Vinieron a buscármelos a casa, se los llevaron en un santiamén y los dejaron al pie del barco. No tuve que esforzarme en ayudarles, porque venía gente de sobra. La factura fue de cien dólares menos.

Supongo que el gallego que así aprovechó mi ingenuidad dará buenas limosnas, los domingos, en la iglesia española de la calle catorce. Que le sean a su alma de provecho.

EL MUNDO A MI ALREDEDOR

Era un inmenso bosque, atravesado de grandes carreteras, perforado de callecitas cuyos nombres incluían el del bosque: Elmwood, Parckwood, Glenwood..., y, en ellas, las casas de madera, las más de ellas blancas, pero también rojas, pardas o grises. Las dos que había verdes, pertenecían a gentes de ascendencia irlandesa. Con su césped abierto y su pequeño cercado de livianas vallas. Nada lujosas, todas ellas confortables, según fui descubriendo. Las de mi lado, con entrada y sin salida, pues terminaban en el campus de la Universidad, al que había que subir por las trochas abiertas en el ribazo. Se veían, a la redonda, ocho o diez campanarios, y pronto pude comprobar que el número de iglesias por kilómetro cuadrado superaba a todo lo conocido e imaginado. La que nos correspondía, la católica, estaba consagrada a santa Margarita María, supongo que de Alacoque, y distaba de la casita azul algo menos de media milla, por la Western Avenue.

La casa azul está enclavada en el municipio de McKownville, y los terrenos del contorno, el campus incluido, pertenecieron a la familia holandesa de los Stuyvessant, muy recordados en aquellos contornos, que habían enseñoreado. Muy cerca de mi casa, a dos cuadras, habían dado su nombre a una *plaza* (así, en castellano) a la que se abrían tiendas, cafeterías y restaurantes. Stuyvessant Plaza fue un lugar que frecuentamos mucho, único lugar cercano de relativo esparcimiento.

Albany empezó a llamarse así después que los ingleses adquirieron por compra el estado de Nueva York. Su nombre primitivo fue el de Fort Orange, y era un puesto de compra de pieles a los indios, los mohicanos, si no me informaron mal. La fundaron a principios del siglo XVII, y es de las ciudades más antiguas de la Unión. En 1910, cuando pasó por aquí Karl Jung, que había venido a Boston con Freud a dar una conferencia, le escribió una carta a su mujer describiéndosela como prototipo de ciudades modernas, y, su tráfago urbano, como excepcionalmente ruidoso. Fueron, al parecer, buenos tiempos de la ciudad, y de las juergas que organizaban en sus hoteles los millonarios se cuentan todavía, más como estravagantes que como escandalosos, los baños de champán a que sometían a las prostitutas antes de usarlas. La condición de capital del estado la hace centro burocrático, residencia oficial del gobernador, y, su universidad, es la primera de las cincuenta que el estado sostiene. Parece una ciudad inglesa bastante destartalada. Hay estatuas de bronce, a caballo y a pié, en paseos y cruces de calles, una de ellas a los soldados que nos vencieron en Cuba. Detrás del edificio del capitolio, cuya fisonomía, a primera vista, parece la de un castillo del Loira, el gobernador Al Smith mandó construir un elevado edificio de estilo más moderno. Mientras yo me hallaba allí, Nelson Rockefeller, que era también gobernador, derribó en pocos meses un par de barrios viejos y acometió la construcción de unos cuantos rascacielos de muy moderna traza para albergar a la administración. El contraste entre estos edificios y las casitas de madera o ladrillo que los rodean es grande. Su altura dejó reducida a la catedral católica, que está aledaña, al tamaño de una ermita.

Albany, ciudad, quedaba a tres o cuatro millas de mi casa, y se llegaba pronto en autobús. Carecía de alicientes, pero tenía para mí el muy importante de permitirme prolongar, en aquellas latitudes, mi hábito latino del café, y no porque hubiera alguno de este nombre, sino porque en dos de sus cafeterías le dejaban a uno instalarse por dos o tres horas, y leer o escribir sin que nadie molestase. La una estaba en una calle pina, que baja desde el capitolio a la estación. La otra, en la central de los autobuses. A la primera concurrían gentes de edad, con aire de funcionarios jubilados, mujeres y hombres, que se tomaban allí sus sandwiches y hablaban de sus cosas. Tenía el inconveniente de carecer de servicios, y así lo advertía un rótulo. La de los autobuses era más amplia y menos frecuentada; tampoco agobiaba en ella el calor de la calefacción. Podía uno pasarse el día entero en ella sin verse obligado a repetir la consumición o a hacer otra nueva. Buen lugar para observar las gentes que van y vienen, pero yo soy poco observador. Me instalaba en un rincón a corregir mis páginas, y así hasta que me cansaba.

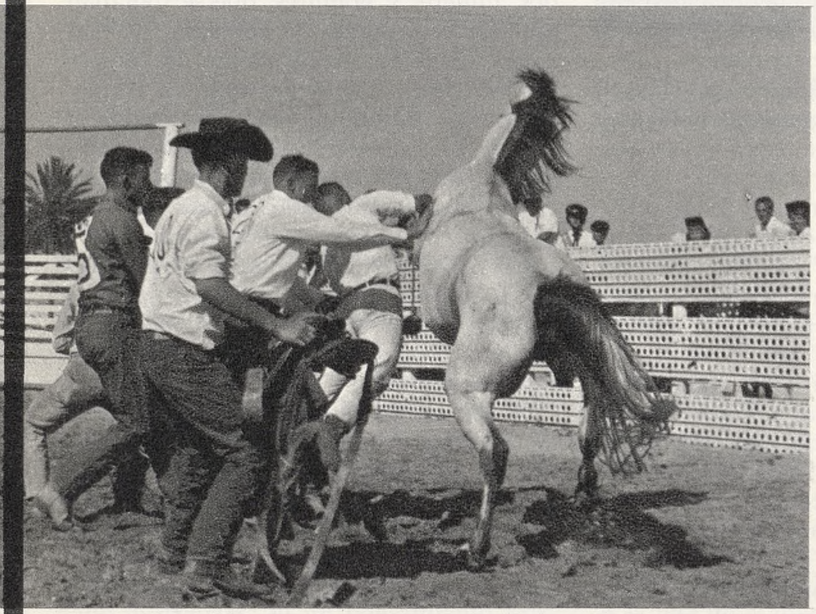
A las seis de la tarde, hora del cierre de oficinas, Albany empezaba a despoblarse. Entonces aparecían los negros, los más de ellos en coches suntuosos. Qué hacían entonces, no lo sé. «No ande usted por las calles después del anochecer», le recomendaban a uno. «No atraviese usted el parque como no sea de día.» El parque es grande y hermoso, con lagunas, montecillos, flores y arbolado, pero sin niños y sin ancianos. Por donde yo vivía, en cambio, no había que tomar precauciones, al menos en aquel tiempo. Hoy, parece que las cosas han cambiado, y hay que protegerse, no de los negros, de los gamberros. De todos modos, alguna vez me preguntaron: «¿Cómo es que no tiene usted un rifle detrás de la puerta?» La gente que me rodeaba era pacífica: la mayor parte de origen italiano, muchos anglosajones, pocos irlandeses, un par de familias judías. Los había muy patriotas, y, en una de las casas, todas las fiestas nacionales se izaba la bandera. Con el tiempo me enteré de que Albany es un viejo feudo democrático, y así van las cosas en el municipio, que no tienen un real para arreglar las aceras rotas. Los que gobernaban en McKownville eran republicanos, con buenísimas escuelas y excelentes servicios. Mis amigos votaban «democrático» en las elecciones para presidentes y senadores, «republicano» para alcaldes y consejales. No dejó de sorprenderme, pero acabé entendiéndolo como «matiz» de la democracia americana.—■

«Calamity» Jane, en el Salvaje Oeste

POESIA Y VERDAD DEL FAR~WEST

Por ALVARO CASTILLO

LA conquista del Oeste fue una epopeya de hombres, una larga aventura de ruindades y traiciones forjada entre whisky ocre, delirios, balaceras y escupitajos. La historia del hombre blanco —*gun-men*, predicadores, asesinos, soñadores: colonos a la fuerza expulsados de las ciudades del este a punta de miseria— que durante más de un siglo avanza sin cesar hacia el Pacífico ha configurado una leyenda puramente masculina de pesados revólveres y caballos salvajes. Por eso, las pocas mujeres que compitieron cara a cara con los feroces conquistadores destacan como fieras extrañas a su sexo, hembras hechas hombres por extrañas mix-



turas biológicas y ambientales. Un vistazo apresurado nos propone de inmediato a la bellísima Annie Oakley, estrella del circo de Buffalo Bill, a China Polly, tiradora legendaria, a Belle Starr, ladrona de caballos, a Pearls Hart, asaltante de diligencias, a Kate Fisher, que en 1881, sin ayuda de nadie, prendió fuego a un hotel en Houston (Texas) para liberar a su amante que estaba detenido. El amante —que iba a ser colgado al día siguiente— no era otro que el famoso dentista-tahur-pistolero John Henry «Doc» Holliday, quien seis meses más tarde, en compañía de Wyatt Earp y sus hermanos se enfrentaría a la temible banda de otros hermanos —los Dalton— en el duelo más célebre de la historia del Oeste americano: la batalla del *O.K. Corral.*

JUANITA CALAMIDAD

Tal vez la más notable entre todas las amazonas de las praderas y los desiertos americanos haya sido una muchacha rechoncha y poco agraciada que nació en 1848, bajo el nombre de Martha Jane Cannarray, en algún punto borroso entre Princeton (Missouri) y Marion Township (Mississippi). A los veintiún años, después de un matrimonio frustrado y de algunos oscuros incidentes de tabernas, ya se la conocía por el apodo con el que la recibiría la posteridad: «Calamity» Jane, que algunos castizos han traducido como Juanita Calamidad. Gran bebedora de cerveza, empecinada fumadora de tabaco en rollo, enamoradiza, mal hablada —se cuenta que su vocabulario incluía expresiones que llegaban a escandalizar incluso a los rudos hombres de la frontera—, pendenciera y mentirosa, Calamity Jane protagoniza la tragicomedia con faldas del Salvaje Oeste.

Entre 1867 y 1871 anda sin prisa de un lado a otro, como una pesada mariposa turbulenta, realizando faenas exorbitantes para una mujer: fue ayudante de postín para las diligencias de la «Union Pacific», traficante de mulas para unos dudosos revolucionarios mexicanos, curtidora de pieles de bisonte, «cow-girl» en Iowa y Montana. La leyenda la persigue a saltos: en las postrimerías de 1869 destruye a balazos y golpes de silla una taberna de Kansas, pocos meses después se fuga con un borrachín en parte médico y en parte barbero de un pueblecito cercano a Denver (Colorado): viven un romance más etílico que apasionado, Calamity aprende a beber whisky y al poco tiempo abandona a su enamorado después de propinarle una paliza.

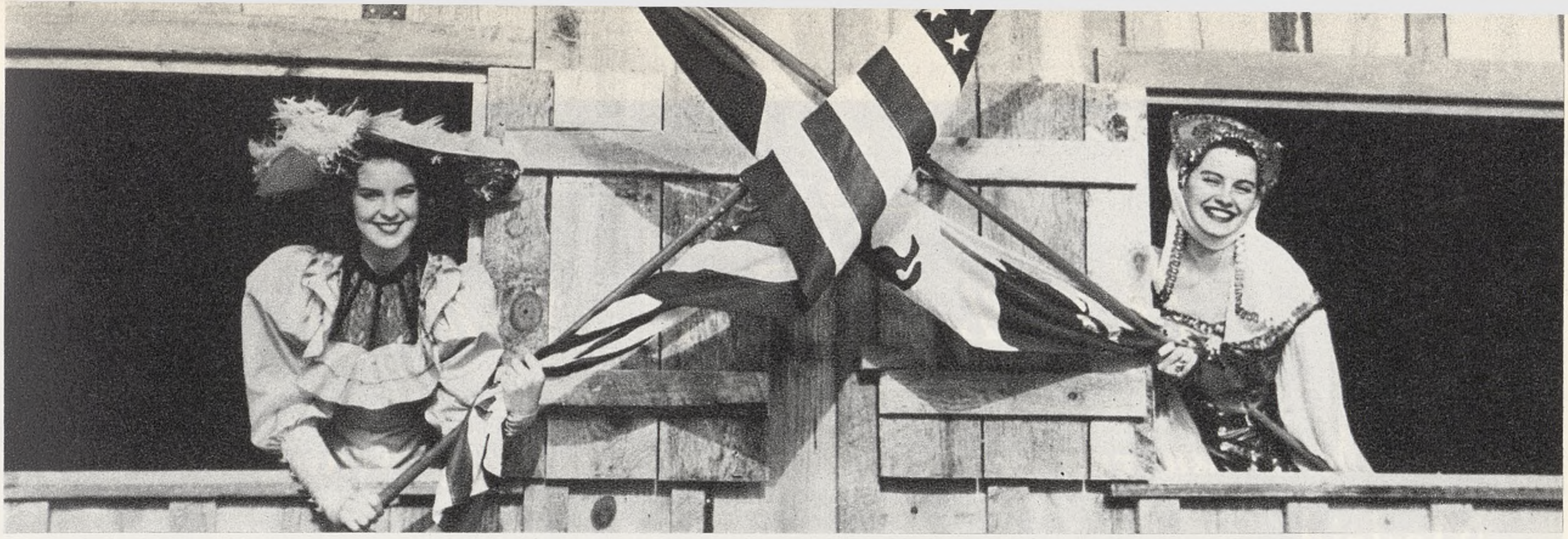
BALAS Y WHISKY

En 1872, Calamity se presenta en el cuartel federal de Fort Knox para alistarse en el ejército federal que pronto marcharía a las praderas de Indiana a combatir a los comanches. Charles M. Farr —que entonces era adjunto a la comandancia y en pocos años, gracias a méritos contraídos en acciones de guerra, llegaría a general— fue testigo directo de aquella entrevista.

Muchos años después, ya viejo, tal vez con la memoria gastada u obnubilada, recordaría: «La mujer vestía ropas de hombre —botas altas, pantalones bolsudos, camisa abierta al cuello, chaqueta de piel de venado, pañuelo en torno al cuello, sombrero de alas anchas— y se hubiera dicho que era un hombre de no ser por la presencia de un suave prendedor entre los pechos, por la tersa línea de los senos y por la redonda firmeza de las ancas. Era pequeña, fornida y olía a una mezcla de sudor, alcohol y tabaco. Y sin embargo tenía una cualidad secreta que la hacía apetecible. Recuerdo que durmió con casi todos los oficiales jóvenes de la guarnición, también conmigo.»

La única carta de presentación que llevaba consigo la feroz Calamity era una bolsa de cuero mal cosido, de la que fue extrayendo, con dulce parsimonia, hasta 28 cabelleras arrancadas a los indios, según ella, con sus propias manos. Muchos años después, en su casi póstuma autobiografía, Calamity Jane escribiría: «No es verdad que odiara a los indios. No podía odiarlos, porque para mí siempre fueron animales. Me gustaba cazarlos como a conejos.» Sin embargo la verdad es muy distinta: las 29 «scalps» relucientes que sus manos orgullosas depositaron sobre la mesa del coronel le habían sido prestadas —e incluso arrendadas— por amigos y conocidos.

Por otra parte, el destino se ha mostrado cruel con la amazona, incluso en la posteridad: no hay pruebas de que Calamity Jane haya matado nunca a un ser humano. Tal vez impresionado por el múltiple trofeo de guerra de la muchacha, tal vez divertido, tal vez simplemente distraído, un coronel cuyo nombre no nos lega la historia aceptó a Calamity como tropera de la sangrienta excursión que se preparaba. La campaña del Ejército Federal contra los comanches del oeste de Indiana fue real-



mente espeluznante: según cálculos parciales provenientes de los mismos vencedores, la masacre alcanzó los diez mil muertos en el correr de medio año.

Sin embargo es dudoso que Calamity haya tomado parte en otras acciones bélicas que las primeras escaramuzas: en abril de 1873 correteaba tras un domador de potros por Nebraska, en los primeros meses de 1874 estaba mil kilómetros al Oeste —de nuevo en Denver (Colorado)—, en compañía de una dudosa pandilla de bebedores de whisky y jugadores de poker y en 1875 volvía a alistarse en una expedición contra los indios. Para entonces ya había aprendido a manejar el rifle y a preparar nudos de horca —según sus propias palabras era una fanática del linchamiento, por el linchamiento en sí, sin tener en cuenta motivos ni consecuencias, pero ya se sabe: hay que dar poco crédito a lo que esta mujercita decía de sí misma—, ya bebía día y noche el terrible whisky amargo de las destilerías de la frontera y en su revólver —un Colt 44 demasiado pesado para cualquier mano de mujer— constaban varias muescas fatales. Y falsas.

En esta oportunidad, la expedición militar se hacía contra los sioux, y su comandante era un tal coronel Crook, al parecer de triste memoria en el recuerdo de los pieles rojas: no era un Custer pero le estaba cerca. Con veintisiete años, llena de esperanzas y rodeada de hombres, Calamity partió feliz a la batalla. Sin embargo, tampoco en esta ocasión pudo participar en ningún enfrentamiento: ni siquiera alcanzó a ver de lejos un indio. Un oficial escandalizado —y sospechosamente púdico para el buen nombre de los Ejércitos de la Unión— la expulsó violentamente al descubrirla bañándose desnuda entre unos cuantos soldados del regimiento. Abatida, derrotada por segunda vez por su homónima la calamidad, Martha Jane Cannarray tornó grupas de Dakota del Sur dispuesta a ahogar sus penas en las tabernas que encontrara al paso: whisky y balas. No sabía —adelgazada por el desierto agobiante, curtida hasta las llagas y las grietas por el sol— que ya iba dejando detrás estelas de leyenda y que se encaminaba, como llevada por la mano del diablo, al cénit de la gloria.

LAS PACIFICADORAS DE WILD BILL

Durante el largo viaje de retorno a ninguna parte se encontró con James Butler «Wild Bill» Hickok, a quien muchos expertos señalan como el más mortífero «gun man» que ha pisado el Oeste. Bien pagadas, las pistolas de «Wild Bill» —dos artefactos colosales a los que su dueño, enternecido, llamaba «las pacificadoras»— incluso se resignaban a ponerse de parte de la ley. La posteridad irrespetuosa hizo de él un «bueno eterno» del cine.

Según la leyenda y el cálculo de probabilidades, la viril «Calamity» —masticando tabaco, bebiendo whisky, soltando injurias arrastradas por saliva espesa por un costado de la boca— y el elegante, atildado, fúnebremente afeminado «Wild Bill» —se manicuraba, se lustraba las uñas, se hacía rizar el pelo: tenía unos hermosos bucles blondos que le acariciaban los hombros— vivieron un romance más o menos intenso. Y breve. Porque apenas unos meses después de su entrada gloriosa a Deadwood —pagadas por colectas entre los habitantes comunes las pacificadoras iban a terminar con la tiranía de los grandes ganaderos: por lo tanto el pistolero fue recibido con flores en las calles, hubo vivas a su paso, se pronunciaron discursos, la noche concluyó en borrachera general— James Butler Hickok, conocido por el apodo temible de Wild Bill, moría baleado a traición bajo el fuego de un fusil pagado con dinero de los terratenientes.

En este punto, la leyenda se diverge, y la autobiografía de «Calamity» no aclara las cosas, porque la triste y grotesca amazona, al parecer, quiso desterrar de su vida el recuerdo tinto en sangre de Wild Bill y ni siquiera lo menciona, al pasar, en sus recuerdos. La leyenda diverge, es cierto, porque mientras una historia cuenta que, transida de dolor, sola en el caballo blanco de Wild Bill, armada con un cuchillo Bowie y un rifle de repetición, Calamity salió en busca del asesino, otra historia señala que, herida de muerte por la tristeza, se encerró a emborracharse en un hotel.

La primera de las dos versiones indica que Calamity encontró al que buscaba, un borrachín pendenciero llamado McCall, y después de tres días de acoso consiguió atraparlo. A partir de aquí, las dos historias convergen y vuelven a hacerse una: Calamity estaba presente, bebiendo, la tarde en que colgaron a McCall. La leyenda dice que se quedó mirando el cuerpo encapuchado que pataleaba en una larga agonía. Dice que Calamity no parpadeó siquiera, durante once minutos.

FINAL DE UNA PARODIA

Como todas las mujeres, Calamity Jane era un animal de dos caras. Su cara menos notoria —¿por increíble?— la hace parienta de misioneros y de mártires. Como una Florence Nightingale de modales bruscos y de lenguaje basto, Calamity sirvió de enfermera *full-time* y sin salario durante una epidemia de viruela que —como un castigo del cielo— azotó a Deadwood y sus contornos pocos meses después del asesinato de Hickok. Ahora convertido en un pueblo fantasma de apenas quinientos habitantes, en el extremo sur de Dakota del Sur, Deadwood recuerda a su heroína, Martha Jane Cannarray, *ejemplar único de la solidaridad humana*, en una placa de bronce roída por los años y las intemperies.

Después de veinte años de vagabundaje, las postrimerías del siglo encuentran a Martha Jane trabajando en un circo, representando, tarde a tarde y noche a noche, una triste parodia de sí misma. En una ocasión, «con el alma destrozada y llena de alcohol» —según ella misma hace constar en su autobiografía—, Calamity deshizo a balazos una taberna hiriendo gravemente a dos agentes del orden que intentaron detenerla. Fue la vez que estuvo más cerca de matar a un ser humano y al parecer se sintió abatida y derrotada por este nuevo fracaso.

Una especie de piedad mezclada con un lejano respeto impidió que «Calamity» fuera a dar con sus huesos en la cárcel. El patrón del circo, sin embargo, se vio obligado a expulsar a su payaso estrella. Pocos años más tarde, con el siglo, Calamity moría, a los cincuenta y dos años de edad. Dejaba atrás una leyenda cuyas aristas limaría el tiempo, dejaba atrás una mínima autobiografía impresa en el papel más ordinario —Calamity vendía sus memorias taberna por taberna y «saloon» por «saloon» para pagarse el whisky, el tabaco, el lecho, los fríjoles, el rato para los recuerdos—, dejaba un nombre y una vaga locura, dejaba también una misteriosa hija de apenas siete años. De la niña nunca más se supo nada.—■

HOTEL IFA MADRID

* * * * *

En la zona residencial más agradable y tranquila de Madrid

A corta distancia del centro comercial y, sin embargo, alejado del ruido y contaminación



- SUS MAGNIFICAS HABITACIONES Y SUITES
- SUS SALAS PARA REUNIONES Y BANQUETES
- SU BAR «EL FARO»
- EN VERANO, SU PISCINA, RODEADA DE JARDINES

Y EN INVIERNO...

- SU RESTAURANTE «LA CHIMENEA». FUEGO DE LEÑA Y EL MAESTRO URIA AL PIANO



Y las mejores especialidades de la cocina española e internacional

Avda. del Valle, 13, Madrid - 3 · Teléf. 459 38 00

SANCHEZ ALBORNOZ:

SOLITARIO PEREGRINO

Por MANUEL MARIN CAMPOS



DE idealista a peregrino se extiende todo un proceso de poetización. La misma densidad de poesía recoge la vida del hombre que se entrega a la lucha por un ideal que la del hombre que se consagra a peregrinar hasta los pies de una imagen que recoge el fervor de un pueblo. Ambos condensan el hecho poético de consagrar parte de su vida a algo que se encuentra por encima de las tristes realidades de la vida.

En el ilustre historiador español Claudio Sánchez Albornoz se ha condensado este proceso de poetización que lleva al hombre a erigirse en idealista de un pensamiento o en peregrino de un sentimiento.

Claudio Sánchez Albornoz pertenece a esa estirpe de historiadores españoles que penetraron hasta los más hondos rincones de la historia nacional para poner al descubierto todo el desenvolvimiento de la vida medieval de España. En esta trayectoria destacaron hombres como Ramón Menéndez Pidal, Eduardo Hinojosa, Marcelino Menéndez y Pelayo y Antonio Ballesteros Baretta.

Menéndez Pidal, quizá alentado por el recio castellanismo que impuso la generación del 98, acudió a buscar inspiración en la historia de Castilla como sabia alfarera que modeló la unidad y constitución de España. Bajo la inspiración de sus ideales medievalistas compuso *La España del Cid*, *El Cid Campeador* y *Castilla; la tradición, el idioma.* La antiquísima Castilla de los mesnaderos, de los juglares y de los frailes andariegos fue estudiada y reconstruida por las manos de Ramón Menéndez Pidal.

Claudio Sánchez Albornoz también profundizó por los senderos de romances de la Edad Media. Profundizando en la Edad Media española saltó por encima de la significación que Castilla tiene en la obra de constituir una nación para acercarse a los principios de la vieja monarquía española. Pasó por encima de las márgenes del Duero para buscar aquella lejana cueva norteña donde nació un sentimiento de libertad nacional unido al sueño de modelar una monarquía con inconfundible cuño ibérico. Mientras Ramón Menéndez Pidal tuvo como eje de su producción las márgenes del Duero, Claudio Sánchez Albornoz adoptó como principio de su labor la sagrada gruta de Covadonga.

Es cierto que de Covadonga al Duero se extiende el hecho trascendental del despertar de un pueblo. De Covadonga al Duero se extiende el proceso de formación de una nación que había quedado descompuesta por obra de una invasión. De Covadonga al Duero se extiende la alborada de un pueblo.

Por esta razón, si Menéndez Pidal había tenido como límite, en su acción reconstructora, las márgenes del Duero, para llegarse a la total reconstrucción de la Edad Media hacía falta un hombre que siguiera investigando hasta alcanzar la cueva escondida de Covadonga. Esta misión la asumió Claudio Sánchez Albornoz. Así, en 1921, en que Ramón Menéndez Pidal terminaba su *España del Cid* y era designado doctor «honoris causa» de la Universidad de Toulouse, Claudio Sánchez Albornoz iniciaba su magna obra *Historia de la monarquía asturiana.* Coincidiendo con el XII centenario de aquel día en que Pelayo, capitaneando un grupo de valientes asturianos, triunfó en Covadonga sobre las hordas de Alcama, el profesor Sánchez Albornoz proclamaba su proyecto de reconstruir la historia de los reyes del principado asturiano.

Después de muchos años de trabajo, callado y silencioso, ilusionado y fructífero, Claudio Sánchez Albornoz ha conseguido culminar esta interesantísima obra que recoge la figura de aquel Pelayo, sabio constructor de un pueblo, de aquel Favila, montaraz y desconocido que murió despedazado por las garras de un oso, de aquel Alfonso I «el Católico», iniciador de la obra grandiosa de la Reconquista, de aquel Alfonso II «el Casto», que ordenó la creación de un templo para guardar los restos de Santiago, de aquel Alfonso III «el Magno», que señaló como límites de sus reinos la línea del Duero, y de aquel Ordoño II que llegó cabalgando sobre su caballo hasta las puertas de Mérida.

La Reconquista, y con ella, la reestructuración de España, comenzó en Covadonga para terminar en Granada. Por tanto, para conocerse la España que terminó de forjarse a los pies de la Alhambra hay que conocer la España que comenzó a latir entre las paredes rocosas de Covadonga. Esta España inicial está recogida en *La historia de la monarquía asturiana* del maestro Claudio Sánchez Albornoz.

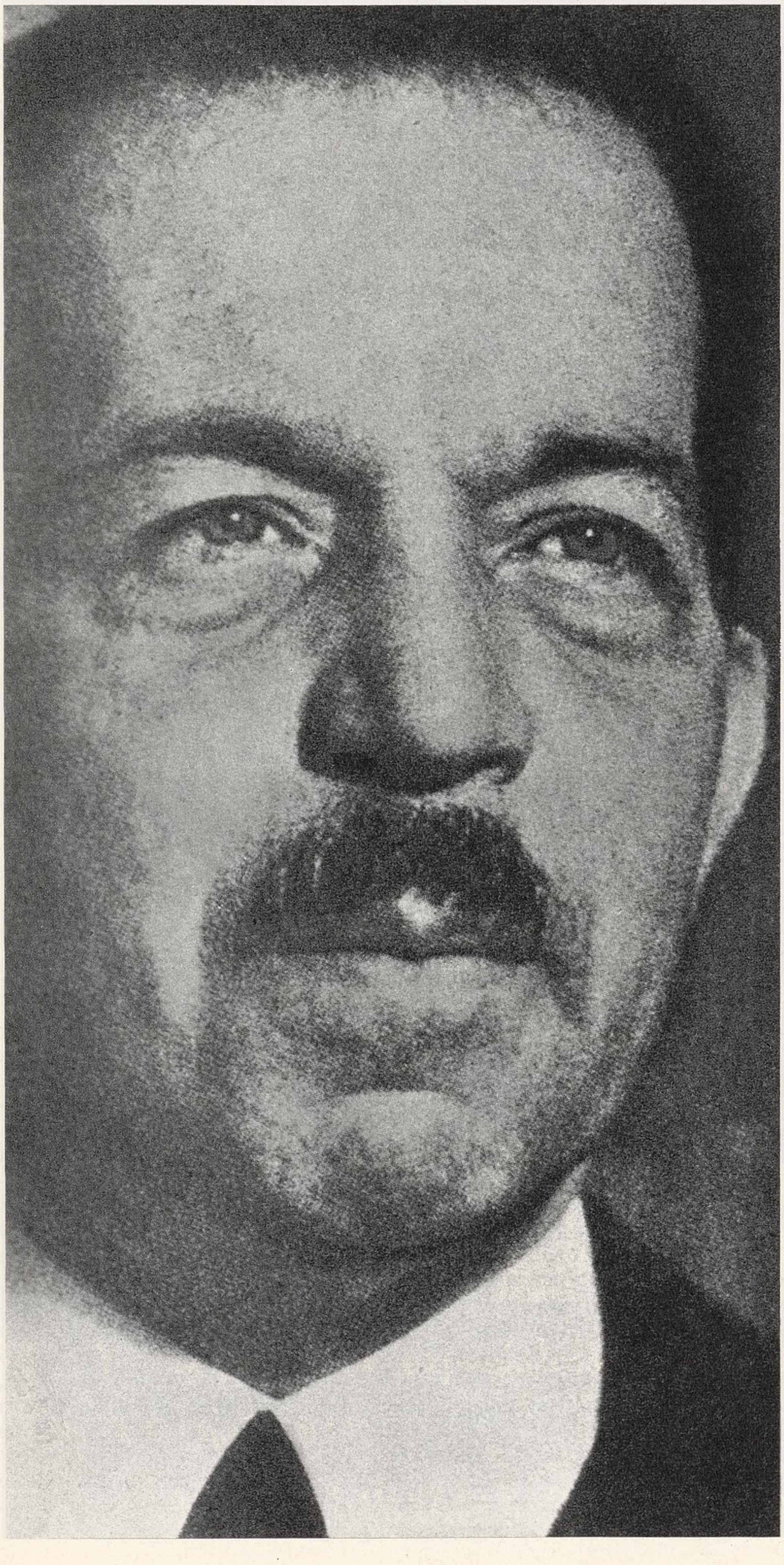
El haber consumido parte de su vida en el sacramento de conocer y escribir *La historia de la monarquía asturiana* lo ha conducido, paso a paso, a concebir la idea de efectuar un peregrinaje por las tierras hispánicas hasta alcanzar la sagrada Covadonga donde se forjó la libertad de España.

Así, en la carta dirigida a su discípulo Pedro Caravia, catedrático asturiano, dice: «Deseo vivamente peregrinar a Covadonga. ¿Tendré fuerzas, allá para la Primavera, para realizar este viaje y volver a gozar de esa tierra...?»

Este ilustre profesor español que perteneció a la Acción Republicana que dirigía Manuel Azaña, que fue ministro de Estado en el Gabinete Diego Martínez Barrios, y que fue embajador de España en Lisboa, abandonó su país en 1936, para acogerse a la hospitalidad de Argentina. En la Universidad de Buenos Aires se consagró a la investigación.

Así, hoy, cuando este viejo profesor siente todo el peso de la gloria gravitando sobre su sensibilidad intelectual, sueña con peregrinar por los riscos orgullosos de los Picos de Europa hasta alcanzar la caverna histórica de Covadonga. Cuando sus pies de viejo español, enamorado de la historia nacional, penetre por Covadonga, se habrá cerrado en su vida el proceso poético que lo ha llevado de idealista a peregrino.—■

MAESTROS DE AMERICA / PEDRO HENRIQUEZ UREÑA



La realidad de Hispanoamérica puede ser abordada seriamente, siguiendo el camino de su historia efectiva y atendiendo a la voz de hombres como Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, etc., generaciones que al despuntar el siglo, emprendieron la recuperación de nuestra cultura, entendiendo que la verdadera independencia hispanoamericana se inicia con la recuperación de más de tres siglos que permanecieron sepultados. Ellos ya reconocieron que la primera tarea de este pueblo, es la de vencer la dificultad de desconocerse, activando la memoria. Del esfuerzo erudito y crítico de estos hombres, vivimos hoy, y éste deberá ser nuestro punto de partida obligatorio.

En el transcurso de su vida, Henríquez Ureña se ve acuciado por el problema de la originalidad e identidad de su pueblo. Esta es la columna vertebral que atraviesa toda su obra, tanto en los aspectos que conciernen a la crítica literaria y a los estudios sobre el lenguaje, como a sus ensayos propiamente históricos y políticos.

Su reflexión está atada al devenir histórico y al análisis de las realizaciones del hombre hispanoamericano en todos los campos; es decir, en el derecho, la literatura, el periodismo, el arte, etc. A partir de esta consideración aparecen dos grandes temas conectados entre sí; primero, el pasado compartido, y segundo, el proyecto futuro común (lo que él llama la «utopía» de América). Analizaremos brevemente estos dos temas.

LAS RAICES

Cuando se habla de unidad de Hispanoamérica, no se hace referencia a la unidad geográfica o continental, ni tampoco a una unidad política que accidentalmente pueda existir entre las naciones. Más bien nos referimos a la unidad manifestada en un «ethos» particular e irremplazable que tiñe a todas estas naciones, diferentes entre sí, pero unidas en sus respuestas a la realidad y en su modo de habitar el mundo. Henríquez Ureña dice: «No se trata de una raza... ni siquiera de una particular mezcla de razas, sino el resultado de muchas generaciones de hombres de distinto origen que han vivido juntos y bajo las mismas condiciones. Es resultado, como dice Ricardo Rojas, no de un «ethnos», sino de un «ethos». Ya Bolívar había reparado en ello: «Nosotros somos —dijo— un pequeño género humano.» Y al emplear la primera persona del plural pensaba, como solía, en toda la América hispánica» (1). Este ethos es el que hace de la independencia de nuestras naciones, por ejemplo, un fenómeno continental. La necesidad de independencia y de constituirse en nación es simultánea. La unidad a que se hace referencia es la clave de nuestra personalidad. ¿En dónde, pues, buscar la raíz de esta unidad? En la historia vivida y compartida.

En 1492 comienza a gestarse Hispano-

IDENTIDAD Y ORIGINALIDAD DE HISPANOAMERICA

Por GRACIELA ROMANO

américa. Es el fruto del encuentro, choque y comunión de grandes civilizaciones, la española y las indígenas. Podría objetarse el hecho de que Hispanoamérica comience con el descubrimiento, puesto que se conocen grandes civilizaciones en este suelo desde el siglo IV. A lo que se responde que se podría establecer el origen antes del descubrimiento, si se considerase que el indígena en todas sus formas culturales, desde la lengua hasta las formas cotidianas de existencia (comida, cultivo, tejido, etc.) da un estilo de vida inconfundible a la nueva sociedad y conforma el «ethos» del nuevo hombre. Es decir, es origen en tanto parte fundamental del ser hispanoamericano, junto al español. Pero ninguna de las dos es originaria si se las toma aisladas. Además, por lo que se sabe, hasta el descubrimiento, América no se presentaba como una realidad única, pese a que las grandes culturas se habían expandido bastante. El continente estaba habitado por innumerables pueblos, con distintas lenguas, razas, tradiciones, religión y organización política. Algunos se conocían entre sí, otros eran absorbidos cultural y económicamente por los pueblos indígenas conquistadores, como los incas en América del Sur o los aztecas en México, y muchos no tuvieron nunca contacto entre sí.

El comienzo del Nuevo Mundo y del nuevo hombre estará señalado por el momento en que ambas culturas se enfrentan. ¿Cómo ve el europeo al Nuevo Mundo y a sus primitivos habitantes?

SUEÑOS Y UTOPÍAS

Europa vuelve los ojos a América, a través de las cartas del descubrimiento, de los relatos de Américo Vespucio, de el *De orbe Novo*, de Pedro Mártir, viendo en ella la materialización de sueños y utopías. La utopía es descubierta nuevamente, junto con el Nuevo Mundo. Tomás Moro la ubica en una isla descubierta por un compañero imaginario de Vespucio, Campanella levanta su *Ciudad del Sol* al sur del Ecuador, en la *Nueva Atlántida* es significativo que se hable en español. Con el renacer de la utopía se renueva el secular contraste entre cultura y naturaleza. ¿Era el hombre bueno por naturaleza?, ¿era el indio el hombre natural? Para toda Europa, con excepción de la Península Ibérica, los indios pertenecen a una especie de edad de oro, sin leyes, libros, jueces, ni propiedad, eran los «naturales», un fruto de la naturaleza incorrupto. Pero mientras Europa debatía estos problemas teóricos, españoles y portugueses se enfrentaban en América al problema práctico del trato con los indios. Para estos colonizadores, los indígenas no eran sólo naturaleza, sino que eran considerados siempre como vecinos, ya fueran amigos o enemigos, como otros hombres y no como la personificación de la naturaleza. «Solamente en el siglo XVIII, a raíz



José Vasconcelos: «Entre nosotros, la propaganda desleal de todo un siglo nos afirma el prejuicio antiespañol y la gloria del coloniaje se difama con las palabras explotación y oscurantismo.»

del descubrimiento de la cultura china, Europa intentó una interpretación de México y Perú. Los españoles que tomaron parte en la conquista y vieron los dos imperios en todo su esplendor, jamás llegaron a dudar de la grandeza de aquellas civilizaciones... Pero esto era el resultado de una experiencia inmediata que al parecer no fue comunicable al resto de Europa.» (2)

Continuando junto al pensamiento de Henríquez Ureña advertimos que la conquista ibérica presenta un carácter peculiar. Pone de manifiesto que esta conquista no se puede interpretar esquemáticamente como un acto de dominación de un pueblo sobre otro. La peculiaridad del hecho en este caso es la siguiente: España fue el único y el primer pueblo que, siendo conquistador, puso en cuestión los derechos de la conquista. El cuestionamiento partió de sacerdotes como fray Antón de Montesino, fray Pedro de Córdoba, Bartolomé de Las Casas, fray Pedro de Gante y muchos otros. Córdoba y Montesinos llevaron la discusión a España, y de ésta surgieron las leyes de Burgos sobre la condición de los indios. Las Casas logró con su esfuerzo, en 1542, las Nuevas Leyes, Victoria afirma el derecho de to- ▶

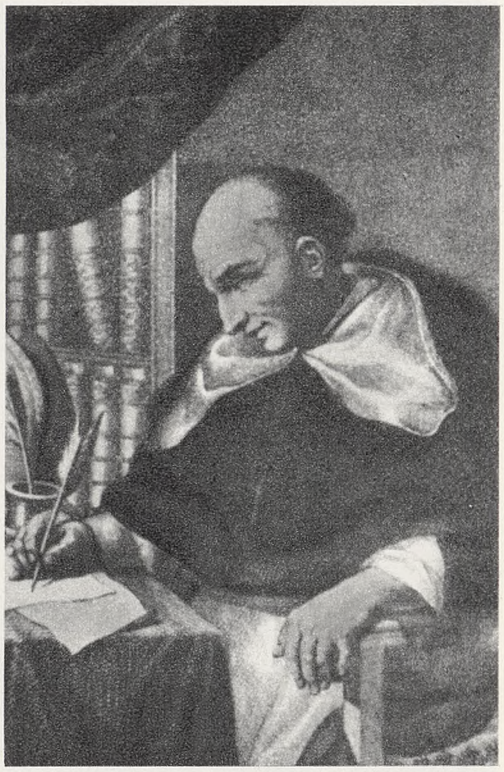
dos los pueblos a la libertad, y el derecho de las naciones a su independencia. Luis Vives declara en el siglo XVI que la división entre guerras justas e injustas es un ardid utilizado por los traficantes de la guerra en su provecho. «Por muchos que hayan sido sus errores, la España del siglo XVI, merece el nombre que Karl Vossler le ha dado de mentora de la ética entre las naciones europeas. Por desgracia, los esfuerzos de Las Casas produjeron otros resultados. Los enemigos del imperio español se apropiaron de sus escritos polémicos, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, para levantar sobre él la leyenda negra de España.» (3)

UN HOMBRE NUEVO

No se puede hablar, simplemente, de transplante de la cultura europea a América y de su fusión, tal como se daba en España, con la indígena. José Ortega y Gasset, citado por el autor en *Las corrientes literarias*, sostenía que el español se convirtió en un hombre nuevo tan pronto como se estableció en el Nuevo Mundo. El cambio no requirió siglos; fue inmediato y el correr del tiempo no hizo más que reafirmarlo. La característica del español, a diferencia del inglés, por ejemplo, es su capacidad por adaptarse en seguida a los más diversos países. Así se fue constituyendo una nueva sociedad y un nuevo hombre que se diferenciaba y a menudo se revelaba contra las formas del mundo peninsular.

La raíz hispánica se prolonga desde el descubrimiento hasta después de la independencia dando personalidad y cohesión a nuestro ser; es lo que nos permite, en el caso de la independencia, una toma de conciencia continental. Es lo que ayuda a que se manifieste una conciencia supranacional de los problemas actuales de Hispanoamérica. Desconocer estas raíces que unifican es suicida. La conquista sajona propagó la inutilidad, inferioridad y los vicios de todo lo español en beneficio de las culturas anglosajonas. Enfrentó al indio con el mestizo y a éste con su medio hermano, el criollo de origen español, mientras que paralelamente el liberalismo fue seccionando desde el comienzo la economía de las nuevas naciones. Dice José Vasconcelos: «Entre nosotros, la propaganda desleal de todo un siglo nos afirma el prejuicio antiespañol y la gloria del coloniaje se difama con las palabras: explotación y oscurantismo. Nos enseñaron la lección los viejos rivales del imperio español, y nosotros la repetimos sin sospechar que no sólo tuvo encomiendas Cortés, sino que también fue negrero el mismísimo Washington, libertador de su casta, y no de la extraña. Es decir, menos libertador que Bolívar, y que Morelos y que San Martín.» (4)

De este modo, volvemos la espalda a la propia cultura, sumidos en la decadencia moral, fruto de la falta de fe, que es la que priva de fuerza de resistencia y nos roba el porvenir. Así, nos acostumbramos a ver durante largo tiempo la derrota económica y política como una segunda naturaleza, y pedimos la salvación o el apoyo al extranjero ávido y civilizado que se dirige a nosotros como a pueblos jóvenes y sin experiencia, nosotros que poseemos una tradición formidable de cultura aún antes del descubrimiento.



Bartolomé de Las Casas.

PROYECTO DE FUTURO

Hemos dado el primer paso en busca de la unidad de Hispanoamérica al señalar un pasado común, daremos el segundo dirigiéndonos al futuro, al proyecto de esta realidad histórica (5). Este proyecto futuro es lo que Henríquez Ureña llama la utopía de América. Aquí, el término utopía no tiene el sentido más generalizado que se da a la palabra, de irrealidad, lo despegado del suelo. Por el contrario, el autor connota con este término el despegue espiritual o racional hacia el futuro a partir del suelo, de la realidad efectiva y personalidad de un pueblo. Es a partir de lo autóctono, y no de lo ideal, de lo ya dado, cómo un pueblo comprende su proyecto y concreta su expresión. Dice H. Ureña: «Hay que devolver a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzándonos porque el intento de reforma social y justicia económica no sean el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre individual y social, cuyas normas únicas sean la razón y la justicia. Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea.» (6)

CULTURA Y NACIONALISMO

¿Cuáles son los medios para concretar la utopía en América? Para nuestro autor son dos: el primero es la cultura y la educación popular; el segundo, el nacionalismo.

Se habla de cultura que parte de las raíces y el suelo propio de un pueblo. Es la que pone de manifiesto a Iberoamérica como creadora al mostrar a sus hombres su ser y condición. Esta visión se opone a la concepción que ve a Hispanoamérica como un vacío a ser llenado por otras culturas, o bien como naturaleza y no como una realidad humana e histórica.

En cuanto al nacionalismo, H. Ureña se refiere a un nacionalismo más bien espiritual que político. Esto significa que no se trata solamente del nacionalismo que surge de la necesidad de defender el carácter genuino de cada pueblo ante la amenaza que uniforma e instrumentaliza el imperialismo, sino más bien se trata de un nacionalismo espontáneo de todas las horas de un pueblo. Es la manifestación libre y emancipada de la vida de los pueblos, su modo auténticamente esperanzado y creador de ser. No se debe entender esta actitud como cerrazón y odio a lo extranjero, sino como apertura hacia otras culturas desde el horizonte previo de la propia. Agregamos, también, que es la actitud opuesta a la cerrazón y a la indiferencia ante las otras naciones, porque comprender la propia necesidad de ser y de expresarse es entender la de los demás. Este nacionalismo espiritual deberá complementarse con una clara actitud que afirme a nivel político la soberanía de los pueblos iberoamericanos.

Henríquez Ureña ha iniciado, entre otros, la tarea. Las ideas fundamentales de su obra coinciden en armónica síntesis con su vida de hispanoamericano. En él se unen la fe y la confianza en su tierra. con la disciplina y el trabajo que recomienda incesantemente a sus discípulos para traer a la realidad la expresión de Hispanoamérica. Y discípulos de hombres como él nos consideramos todos aquellos que identificamos nuestra realización personal con la de nuestra tierra. Hispanoamérica sólo será por sus hijos. — ■

(1) Henríquez Ureña. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. F.C.E., México, 1949.

(2) O. c., pág. 26.

(3) O. c., págs. 24 y 25.

(4) Vasconcelos, José. *Bolivarismo y monroísmo. Temas iberoamericanos*. Ed. Ercilla. Biblioteca Americana, Chile, 3.ª ed., 1937, pág. 73.

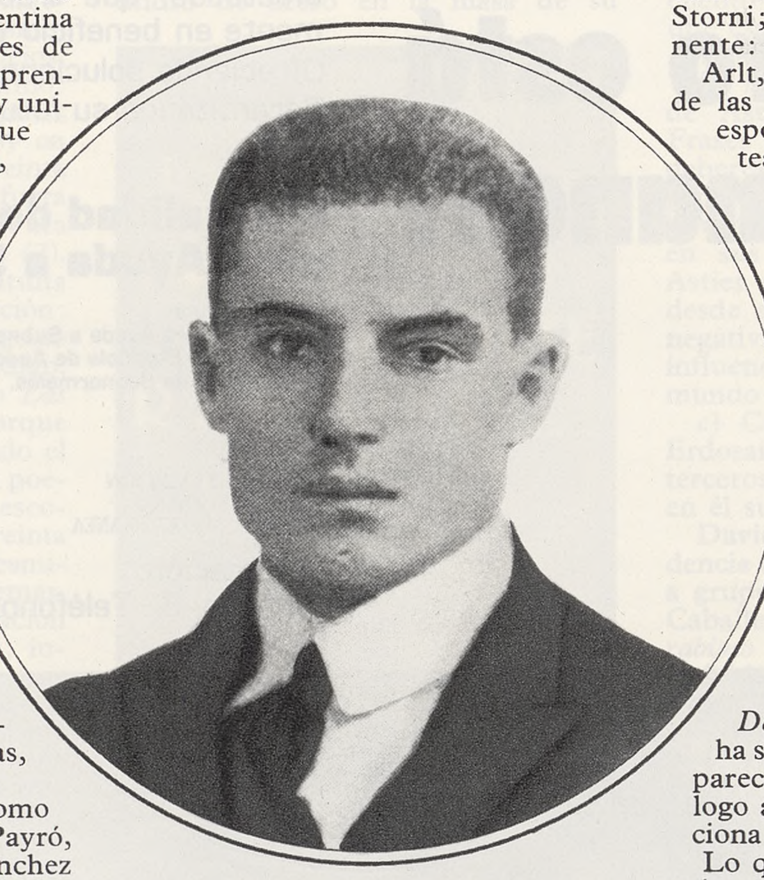
(5) Henríquez Ureña. *Plenitud de América. Ensayos escogidos*. Peña, del Giudice Editores, Bs As. 1952.

(6) Henríquez Ureña. *La utopía de América*. En *Plenitud de América*. Peña del Giudice Editores, Buenos Aires, 1952, pág. 13.

ROBERTO ARLT O

EL CORAZON EN LA BOCA DEL TIGRE

Por LUIS DE PAOLA



DESDE el *Martín Fierro* de Hernández, sin olvidar epopeyas como *La cautiva* de Esteban Echeverría y el *Facundo* de Sarmiento, Argentina no había vuelto a dar escritores de fuerza titánica, capaces de comprender a fondo la realidad nacional y universalizarla. (Bien dice Rulfo que todo buen escritor es regional, coincidiendo con la premisa de Tolstoy; por antítesis, podríamos decir que todo mal escritor no es ni siquiera parroquial, aunque describa su barrio.)

La verdad que hasta 1926 la literatura del país fue una derivación de Hernández o una imitación de la europea: en todo caso, por lo general, un juego de frívolos. Es cierto que en el camino hubo gente seria como Benito Lynch o Ricardo Güiraldes; pero también es cierto que ellos son los últimos mohicanos de un estilo de vida pastoril que, hacia el tiempo de la ejecución de sus obras, declinaba.

Descontando narradores como Horacio Quiroga y Roberto Payró, dramaturgos como Florencio Sánchez y Defilippis Novoa, poetas como Almafuerte, Lugones y Carriego (y ello haciendo una muy cuidadosa selección de sus obras, lo que hace que cada uno sea un gran creador fragmentario), en lo que va de la epopeya fundamental del siglo pasado al primer cuarto del presente, no hay casi nada importante que recordar con especial emoción.

En 1926 surge un novelista más preocupado por el destino del hombre que por el encuentro de un adjetivo exacto: Roberto Arlt publica *El juguete rabioso*, su primera obra. También ese año se publica *Don Segundo Sombra*, hermoso canto de cisne de una nación agropecuaria y satisfecha que ya estaba cambiando para siempre.

Cuando el héroe de Güiraldes acaba su relato con estas palabras: «Me fui, como quien se desangra», está señalando el crepúsculo de los dioses rurales. Con Silvio Astier, protagonista de la novela de Arlt, entra en escena un nuevo personaje de la vida argentina: el hombre torturado de la ciudad, el hijo de inmigrantes perdido en una selva de cemento que se está mecanizando implacablemente y deshumanizando a un ritmo paralelo.

Arlt, hijo de alemanes, expresaría como nadie el desconcierto, la angustia y el universalismo de las populosas corrientes inmigratorias en momentos que el mundo temblaba como una catedral sacudida por un terremoto.

El país (su habitante) ya es otro: un extraño al que todos ven pero nadie, hasta el día de hoy, conoce. Leopoldo Lugones con *Prometeo*, y fundamentalmente Martínez Estrada con *Radiografía de la pampa* y Raúl Scalabrini Ortiz con *El hombre que está solo y espera*, intentan descifrar la esencia del ser nacional.

EL DESENGAÑO DEL MUNDO

En medio de semejante maremágnum, el más asombrado —y por lo tanto el más angustiado— es Roberto Arlt. Lo que con similar pureza Enrique Santos Discépolo llamaría en uno de sus tangos «el desengaño del mundo», Roberto Arlt lo transformará en un «leit motiv» metafísico de fuerza colosal, sobre todo en su segunda novela: *Los siete locos*, de 1929. (Era la época en que los escritores se mataban: Lugones, Quiroga, Alfonsina Storni; además de un político eminente: Lisandro de la Torre.)

Arlt, como «los luminosos ángeles de las historias» que por generación espontánea se encuentran «chapoteando en las tinieblas», está en un medio que no acepta como naturalmente suyo, y ante el que reaccionará con la furia y el desencanto de los desesperados y los locos, pero provisto de un talento que las letras nacionales no han vuelto a tener. Lo que para sus criaturas es un drama de identidad frente al mundo, como para Hamlet y Raskolnikoff, en los héroes de otras novelas coetáneas no pasará de melodrama o chiste. En otras palabras: el único argentino con la suficiente profundidad como para hacer algo equiparable a *Doktor Faustus* o *Las pobres gentes* ha sido Roberto Arlt, lo que Borges pareciera aceptar cuando en el prólogo a *El informe de Brodie* lo menciona de pasada.

Lo que en ajedrez se denomina «el valor relativo de las piezas» (un peón en el centro del tablero puede ser más importante que una torre situada fuera del frente principal de las operaciones), en literatura significa que un escritor menor que viva en París o Roma puede trascender mucho más que un genio vecino de Las Flores o Venado Tuerto.

Si Arlt no hubiera nacido en un puerto del arrabal del planeta, sería ya reconocido como el precursor que es. Reconstruyendo su época, comenta Gaspar Pío del Corro: «El desarrollo de un yo y el devenir de una comunidad aparecen como el desencadenamiento de un complejo de fuerzas que, en determinado momento de maduración, se tornan ciegas, necesarias. Esto es contemporáneo de cierta visión, entonces dominante, signada por una suerte de fatalismo de la historia. Son los años en que por el mundo se expanden o se están gestando la *angustia* de Heidegger, la *náusea* de Sartre, la *decadencia* de Spengler, los *antimitos* de la *tristeza*, la *soledad*, la *incomunicación* del hombre argentino: todas maneras de la *deshumanización* caracterizada por Ortega» (1). Con anterioridad, observa el ensayista: «Hay una persistente intuición del acontecer habitual como algo *extraño;* la conciencia que algunos personajes tienen de sí mismos como de ser *extranjeros* en el mundo; la sensación de *desarraigo* en la tierra y en el tiempo: Erdosain "está solo, solo, en un siglo de máquinas de extraer raíces cúbicas y cinema parlante".»

(pasa a la pág. 31)

Conviene tener en cuenta, como dato anecdótico, que *Los siete locos* apareció antes que *La náusea*, lo que no significa que Arlt sea el precursor de Sartre y Camus (seguramente nunca lo oyeron nombrar), pero sí el mérito de haber intuido el existencialismo en una metrópoli culturalmente mucho más atrasada que París.

Conviene tener en cuenta también que Erdosain reacciona violentamente en un mundo en que «han asesinado a los dioses», no con el tedio de Roquentin ni con la indiferencia del extranjero, clásicos héroes del existencialismo. En este sentido, el autor va más lejos, tal como señala Raúl H. Castagnino: «¿Puede desconocerse que algunas de las actitudes de iracundia hoy en boga ya estaban en Arlt hace treinta años? Antes de que la iracundia fuera actitud literaria "a la moda", Arlt era en cierta manera un iracundo» (2). Esto se verifica en la crueldad gratuita de algunos de sus seres de ficción: cuando Silvio Astier en *El juguete rabioso* le prende fuego a un mendigo, o cuando los macrós del cuento *Las fieras* castigan a sus mujeres porque están aburridos, sin contar cuando el propio Arlt (según testimonio del poeta González Lanuza) insultaba a desconocidos en un tren subterráneo, treinta años antes de que Ginsberg se desnudara en público para leer sus poemas.

Por lo ya señalado (incorporación de una metafísica existencialista, incorporación de la temática metropolitana) Roberto Arlt es el padre de la narrativa argentina moderna aunque su liderazgo no sea hoy absoluto, ya que no faltan discípulos de maestros posteriores (Borges, Marechal, Cortázar). Pero además Arlt inaugura, con una nueva cosmovisión, un nuevo lenguaje.

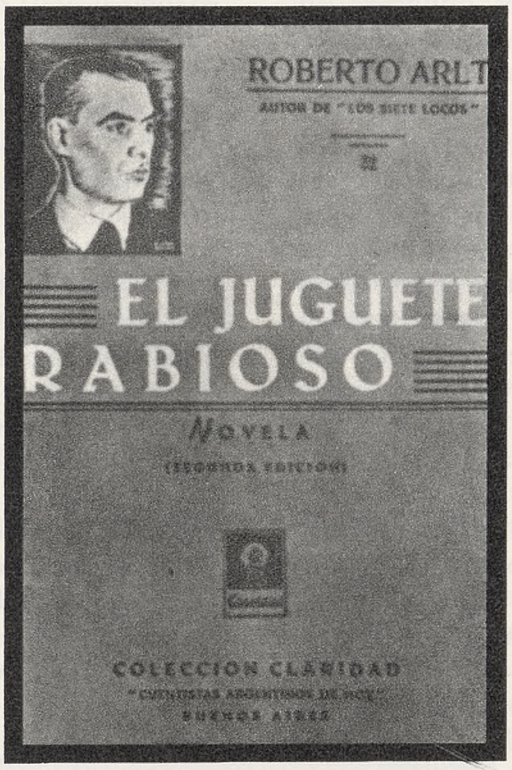
El idioma callejero adquiere desde entonces jerarquía de idioma literario. Cuando el retoricismo y la pusilanimidad eran el tono dominante de la prosa de su tiempo, la sinceridad brutal del lenguaje de Arlt irrumpe como un rinoceronte en una cristalería.

Por ese realismo verbal, en un primer momento —y hasta años después de su muerte— fue considerado un escritor realista (3), cuando ciertamente el Buenos Aires de toda su narrativa (y hasta de algunas estampas de «Aguafuertes porteñas») no es menos fantasmal y onírico que el de Borges, Marechal o Sábato. (La capital argentina ha sido siempre, curiosamente, un criadero de temas fantásticos, a tal extremo que no existe un solo libro de ficción importante que la enfoque desde un ángulo realista en el sentido clásico de la palabra. Pero el realismo es más profundo si se considera que la metrópoli es un juego de luz y sombra permanente, de lucidez y pesadilla, en el que seres reales y espectros conviven en un carnaval tenebroso que por momentos no deja diferenciar los rostros de las máscaras).

ANGUSTIA E INADAPTACION

Los temas capitales de la obra artliana son, para mí, dos: la angustia y la inadaptación. Que tienen como principales derivaciones: *a*) el sexo como vehículo de la abyección, con un subderivado de castración expresada o tácita, y el miedo al amor; *b*) el sentimiento de horfandad como consecuencia de una infancia desdichada; y *c*) la lógica consecuencia de los dos puntos anteriores: una reacción antisocial, nihilista, en forma de violencia física hacia terceros y autodestrucción.

La capacidad de sufrimiento (y el talento para expresarlo) de Arlt-Erdosain, da sin embargo una medida de la grandeza del autor-personaje: «Existía otro sentimiento, y ése era el silencio circular entrado como un cilindro de acero en la masa de su



cráneo, de tal modo que lo dejaba sordo para todo aquello que no se relacionara con su desdicha. (...) Conoció horas muertas en las que hubiera podido cometer un delito de cualquier naturaleza, sin que por ello tuviera la menor noción de responsabilidad... él ya estaba vacío, era una cáscara de hombre movida por el automatismo de la costumbre. Esta atmósfera de sueño y de inquietud que lo hacía circular a través de los días como un sonámbulo, la denominaba Erdosain "la zona de la angustia"... "Erdosain se imaginaba que dicha zona existía sobre el nivel de las ciudades, a dos metros de altura... Esta zona de angustia era la consecuencia del sufrimiento de los hombres» (*Los siete locos*).

Profundizando en las derivaciones antes apuntadas se observa:

a) Las relaciones amorosas y sexuales de sus personajes son sádicas o masoquistas. Erdosain experimenta un placer en la humillación cuando Elsa, su esposa, se va con otro hombre. (Había sentido terror cuando ella, la noche de bodas, se desnudó con absoluta naturalidad.) En el cuento *Las fieras*, los cafishios recuerdan que a cada uno de ellos una mujer les destrozó la vida, y que ellos a su vez arruinaron la vida de alguna mujer. El amor aparecerá solamente como categoría platónica: en el matrimonio del Astrólogo y la ex prostituta Hipólita, el acto sexual no se concreta porque él es castrado, como se ve en *Los siete locos* y *Los lanzallamas;* en esta última novela, Haffner, El Rufián Melancólico, cuando agoniza a causa de los balazos que le infligieron otros maleantes, le confiesa a la Ciega —única mujer que no lanzó a la prostitución— que la ama, lo que dadas las circunstancias significa la imposibilidad de toda posesión sexual. Pero la mujer elevada a entelequia se ve más claramente en la evocación que el narrador hace en el cuento *Esther Primavera* (de un lirismo desacostumbrado en Arlt). Cuando las mujeres son reales e implican una decisión responsable, el hombre opta por la huida la misma noche de la boda, como en el cuento *Noche terrible*, si bien es cierto que esa actitud conlleva una reacción ante la moral pacata de la época.

b) En *El juguete rabioso*, el padre de Astier lo trata con brutalidad. Frases habituales como «¿Hiciste los deberes, imbécil?», o el castigo físico, generan en el niño una permanente humillación que después se repetirá en sus relaciones con la sociedad. Astier y Erdosain son desamparados desde siempre y para siempre, y el negativismo paternal tendrá directa influencia en la visión negativa del mundo de los dos.

c) Como todo humillado, Astier-Erdosain descargará su odio contra terceros, tal como su padre descargó en él su fracaso y resentimiento.

David Maldavsky (4) señala la tendencia de Astier y Erdosain a sumarse a grupos marginales. El Club de los Caballeros de la Noche de *El juguete rabioso* prefigura, es cierto, la secta dirigida por el Astrólogo en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*. Dice Maldavsky: «Esta mística constituye, en realidad, la expresión de un negativo de las relaciones grupales aceptadas. Si en apariencia la gente realiza grupos para alcanzar ciertos objetos creadores y al mismo tiempo "trabaja" así al grupo mismo, lo va creando, en la mítica de Arlt se invierten los términos, y los personajes se unen para destruir, y en tanto esto no ocurre el grupo se autodestruye.»

Pero también es cierto que estos desesperados se unen porque la vida no es, como quien dice, un jardín florido. Haffner, en *Los lanzallamas*, razona: «No, no, la vida tiene que ser otra. Lo evidente es la crueldad. Unos se comen a los otros. Es lo evidente. Lo real. Los únicos que escapan a esta ley de ferocidad son los ciegos y los locos. Ellos no devoran a nadie. Se los puede matar, martirizar. No ven nada los pobrecitos. Oyen el ruido de la vida como un encalabozado la tormenta que pasa.»

La verdad que los motivos que se pueden encontrar para juzgar favorable o desfavorablemente la ética de los actores del drama de Arlt son incontables. Queda una unidad, una gran obra, que es en definitiva lo que vale. Arlt deja el ejemplo de un hombre que, como aquel personaje de Dostoiewsky, «quería sufrir por todos». Expuso su corazón a las fauces de la angustia durante toda su vida, buscando un sentido de la vida. Y la angustia —ese tigre— le comió el corazón.— ■

---

(1) Gaspar Pío del Corro: *La zona novelística de Roberto Arlt*. Universidad Nacional de Córdoba, 1971.

(2) Raúl H. Castagnino: *El teatro de Roberto Arlt*. Universidad Nacional de La Plata, 1964.

(3) Mirta Arlt y Raúl H. Castagnino, con mayor sensatez, lo consideran superrealista.

(4) David Maldavsky: *La crisis narrativa de Roberto Arlt*. Editorial Escuela. Buenos Aires, 1968.

VIAJEROS ROMANTICOS en América

Por JESUS FERNANDEZ SANTOS

A mediados del siglo XIX llega a Quito, Ernest Charton, pintor y escritor cuyos dibujos publicará en París, meses más tarde. Aunque su itinerario comienza en Guayaquil, la mayor parte de sus recuerdos se refieren a la capital a la que llega remontando el río entre islas flotantes y masas de verdor cuyos perfiles y contornos baña y trasforma una luz vaga y cambiante. A la humedad del ambiente sigue, sin transición apenas, un sol radiante que anuncia la gran llanura, antesala inmensa entre la cordillera y la capital. El viajero se detiene sobrecogido ante la cresta solemne de los Andes y en especial ante el Chimborazo, para después cruzar las treinta leguas que restan aún entre bosques, cumbres nevadas y verdes pastizales.

Quito, con sus tres mil metros de altura, colgada entre volcanes en la imponente geografía de los Andes, es, cuando nuestro viajero la visita, una villa de abruptas calles debido a la proximidad de sus montañas. Por entonces esa misma cordillera constituía su más importante escollo en el camino hacia otras villas y aun en el anhelado curso hacia el progreso.

La capital era, por entonces, tal como la describe nuestro viajero, una ciudad vacía, de calles casi desiertas a partir de las ocho de la tarde, sin conciertos, ni teatros, ni fiestas importantes a no ser las religiosas, con sus procesiones interminables y su fin obligado, a base de danzas populares en las que a veces, incluso el clero participa.

LAS GENTES Y LA CATEDRAL

Lo que más atrae a este pintor francés, son las gentes, su aspecto noble, su forma de vestir, simple y variada a la vez, y su gusto especial para combinar matices y colores. Costureras y bordadoras van y vienen muy de mañana a contratar, entregar o coser visillos, pañuelos y ropa para bodas, en tanto indios infatigables traen agua de los manantiales vecinos en enormes tinajas que mantienen sobre sus espaldas con correas de cuero que cruzan el pecho.

Quito, con su aristocracia reducida, tan escasa en lugares de esparcimiento, era en cambio, rica en iglesias y conventos. El viajero ha dejado para nosotros la imagen de su catedral, de sus grandes cúpulas y su torre barroca, asomando sobre los modestos tejados de una plaza que preside y centra el rumor entrecortado de una gran fuente. Más allá, a un lado y otro, se adivinan esas calles por donde la ciudad se aleja hacia los arrabales, en balcones colgados, de oscura madera, muros de adobe y hornacinas ante cuyas imágenes rezan mujeres con los niños colgados a la espalda.





QUITO

Aguadores, jinetes de ancho sombrero y poncho de colores, amazonas de oscuros ojos y negras trenzas, indias con su leve carga de canastas vacías, mestizas de breve pie y vestido de encaje, examinando estampas que desde el suelo ofrece un viejo de lentes sucios y sandalias destrozadas. Calles por donde Quito se empina y crece a lo largo de humildes muros o iglesias suntuosas como la de San Francisco.

Sin embargo, por encima de todas ellas, la catedral domina la fe y el arte a mediodía, cuando el sol, rompiendo el aire puro y trasparente, ilumina de lleno sus vidrieras. Su interior, en penumbra hasta entonces, se trasforma. Nacen de nuevo, como siglos atrás, tallas y formas acumuladas a lo largo de generaciones, hasta cubrir los muros pintados de rojo, desde los zócalos hasta el arranque mismo de las bóvedas.

El oro luce allí intacto como recién arrancado de las montañas vecinas, como si se acabaran de retirar las manos que lo trabajaron, esas manos de las gentes de Quito, siempre con vocación y facilidad para todo tipo de artes y en especial para aquellas que requieren minuciosidad y paciencia.

UN GENIAL AUTODIDACTA

Ya en el siglo XVII, un mestizo llamado Miguel de Santiago llegó a gozar en la ciudad de gran estima como pintor. Descubierta su vocación aún niño y dispuesta a seguirla a pesar del ambiente poco favorable entonces, le fue preciso inventar, improvisar, materiales y técnica, comenzando desde la nada hasta llegar a formar escuela en aquella villa remota, perdida entre volcanes.

Como un artesano del Renacimiento, como un nuevo Robinsón de la pintura, inventó la forma de preparar sus telas, componer sus colores e incluso fabricar sus pinceles, y como suele suceder en tales casos, su obra, en contraste con la de tantos artistas actuales ha llegado intacta hasta nosotros como el oro de la catedral, trabajado también con amor y paciencia por otros desconocidos artesanos locales. El viajero, asombrado, describe sus obras, anotando la impresión que le producen.

«Lo natural del dibujo —escribe—, una cierta pureza de formas, la expresión de las figuras, lo vivo de sus colores, encantan aún hoy a los que visitan Quito.

Y aún son más de notar si se recuerda que Miguel de Santiago, artista autodidacta, ni siquiera conocía las nociones técnicas más elementales de su arte.»

De fecundidad extraordinaria, decoró por sí solo el convento de San Agustín y diversas iglesias de Quito; éstas ya en colaboración con los discípulos que pronto le siguieron.



En los tiempos en que M. Charton visitó la ciudad, otro artista como el legendario Miguel de Santiago siglos atrás, acaparaba los encargos de las comunidades religiosas. Cierto día, el viajero decide visitar a su colega. Le encuentra en su modesto taller donde unos diez jóvenes de distintas edades aprenden concienzudamente sobre sus rústicos caballetes las reglas que les va enseñando pacientemente su maestro. Es éste un anciano de rasgos oscuros y ojos expresivos que le recibe de buen grado y le muestra el resto de la casa, donde por todas partes se preparan lienzos y colores. Cuando el forastero le felicita por tener tantos alumnos, el pintor ríe de buen grado:

—Estáis equivocado —responde—; aquí nadie se molesta en aprender este oficio y mucho menos en tomar lecciones. Todos esos muchachos son hijos míos. De los veinte que tengo, diecisiete trabajan conmigo. Le voy a presentar a los mayores. Esos, como podréis comprobar, saben aprovechar mejor mis enseñanzas, aunque para la clase de pintura que aquí se estima, con un poco de oficio y otro poco de buen gusto, se sale del paso sin gran dificultad.

VILLA DE ARTISTAS

Los hijos mayores se llaman Rafael y Domingo y pintan en grandes lienzos temas piadosos, tratados libremente en tonos y colores delicados. Cuando el visitante se extraña ante la falta de modelos, se muestran unas litografías no mayores que la palma de la mano.

—Pero —insiste— en estas malas reproducciones ¿cómo podéis adivinar los colores?

—Es fácil. La diferencia de colores se adivina por la huella del buril. Según sea más o menos profunda, sabemos a qué tono corresponde. Y es que el talento para armonizar esos colores nunca falta desde la adolescencia en estos singulares artistas quiteños.

Así era la ciudad que nuestro viajero francés conoció a mediados del pasado siglo, una villa de artistas nacidos del pueblo, comerciantes y artesanos, funcionarios públicos y seis o siete familias principales cuyo entretenimiento consistía en visitarse unas a otras como en un círculo perpetuo que incluía muertes, bautizos, bodas.

Quito, capital de un país que gracias a la dulzura de su clima, la fecundidad de su suelo y el lugar estratégico que ocupa podría llegarse a convertir —concluye el viajero—, en uno de los más prósperos de América del Sur a poco que la industria le ayudara.—■





a pesar de todo GUATEMALA EN PIE

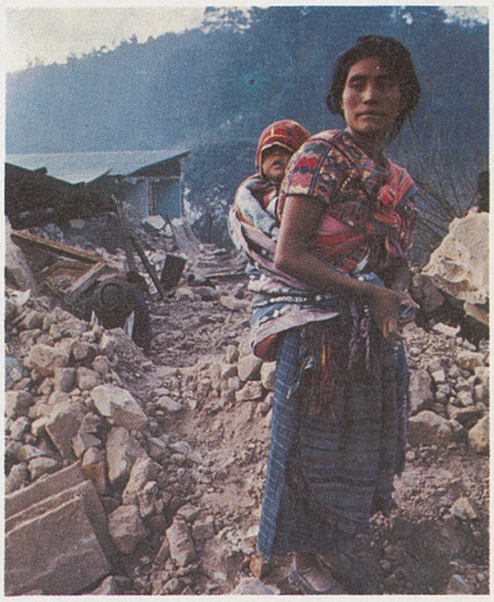
La muerte no es la muerte, es la irrevocable ausencia de quien ha estado junto a otros hombres; respiró junto a ellos, en ellos estuvo en sus recuerdos, en sus olvidos; dejó objetos personales, voz, el perfume de su vida («olerás cómo he sufrido», dijo César Vallejo).

La muerte —que no es la muerte sino el que muere— se hace ininteligible porque alrededor todos viven.Pero cuando miles y miles de seres humanos mueren, bajo la potencia aniquiladora del seísmo, nuestra sensibilidad queda anonadada, ya no puede captar el infinito de vidas truncadas, de cascotes, de hambre, de dolor. Ahora, como tantas veces, las palabras son imposibles: por eso han de ser depositarias de la necesidad imperiosa de tener el universo como hermano nuestro.

4 de febrero

LA fuerte sacudida que rápidamente se extendió a amplias zonas de Centroamérica causó especial daño y dolor en la República guatemalteca. A las dos de la madrugada del día 4 de febrero, hora local, el terremoto alcanzaba ya la in-



Arriba, así era Guatemala, limpia bajo la luz, hasta que la catástrofe cambió el paisaje. Pero Guatemala volverá a brillar, sonora, por la voluntad de sus hijos. Sobre estas líneas, al llegar la catástrofe, primeras señales de luto, asistencia sanitaria y dolor.

tensidad de 8 en la escala de Ritcher. A la primera sacudida siguieron otras ocho, de parecida intensidad.

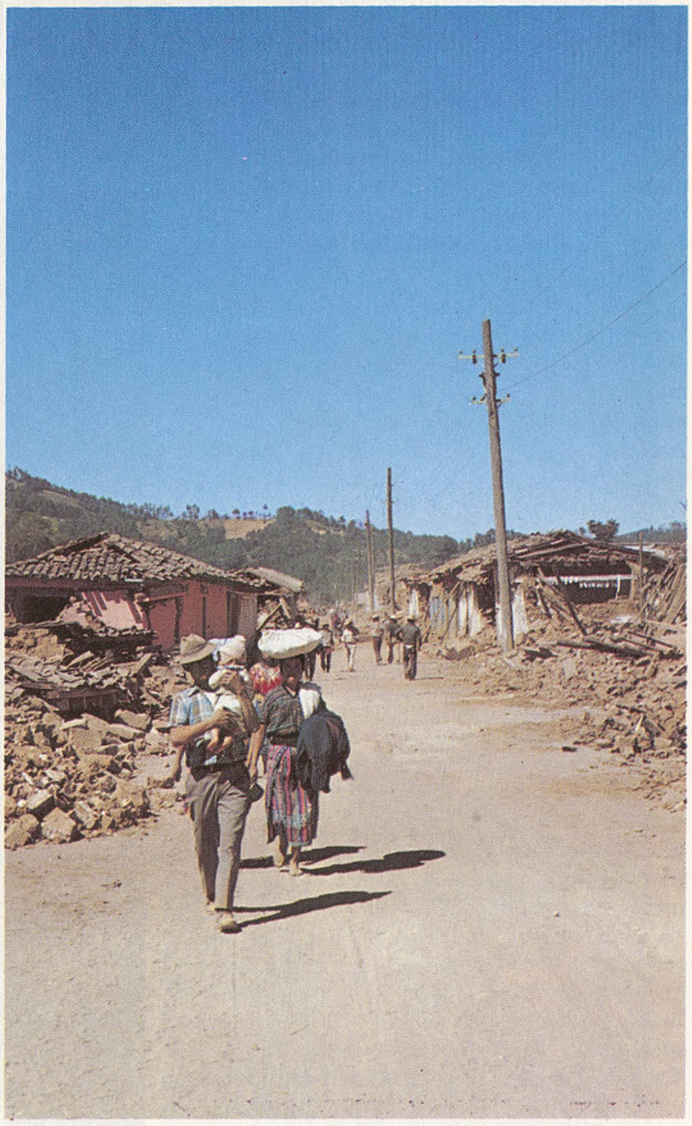
Pasado el caos de los primeros momentos, las cifras estimadas daban un saldo de 5.000 heridos y 250 muertos. La ciudad, incomunicada, sin servicios de agua ni de luz, iniciaba la difícil tarea del rescate de cuantos habían quedado aprisionados bajo los cascotes. Los bomberos y el Ejército guatemalteco desarrollaban una febril labor. La parte sudoccidental de la ciudad fue la que más sufrió. Manzanas enteras de casas se han derrumbado. Numerosos hoteles y templos quedaban destruidos en su totalidad, y el número de víctimas se hacía incalculable.

Ante el peligro de epidemias se movi-




VISITA
DE 15 a 20 horas, todos los días
PROHIBIDO TERMINANTEMENTE
PERMANECER EN EL INTERIOR
EDIFICIO DESPUES DE LAS
DE LA NOCHE









Imágenes del pasado trágicamente actualizadas. El bello arte colonial también sufrió las consecuencias. Pueblos enteros desaparecen bajo los escombros.

lizaron rápidamente los servicios médicos del país, cuando sobre la ciudad se precipitaba una lluvia torrencial, que dificultaba en todo momento las labores de rescate y desescombro. El pánico cundía entre la población, que pugnaba por refugiarse en los parques y lugares no cubiertos. Ardían los hospitales. Las Fuerzas de la Policía improvisaba campamentos para atender a la población damnificada, cuando llegaban, de una forma confusa, las noticias que indicaban que los efectos del terremoto se habían dejado sentir en las repúblicas hermanas de Honduras y El Salvador. Afortunadamente, la ayuda, desde muchos puntos distintos del continente americano, empezaba a acudir para remediar lo más elemental y urgente.

En el Palacio Presidencial guatemalteco, uno de los edificios que se libraron del seísmo, se hallaba reunido el Gabinete para buscar soluciones y coordinar la política a seguir de cara a remediar lo que parecía imposible. Sin embargo, a medida que pasan las horas la situación se revela en toda su tragedia, y el Comité de Urgencia Nacional creado al efecto, daba las oportunas instrucciones a una población que no salía de su pasmo.

Quedaba prohibido entrar en las casas, se preveían —como ocurrió—, nuevos movimientos sísmicos. La población, enloquecida, intentaba rescatar a las numerosas víctimas que todavía estaban bajo los cascotes, y un mal de diferente naturaleza pero no peor —el saqueo y el pillaje—, empezaba a ver su aparición.—■

LLANTO Y CONSOLACION DE GUATEMALA

¡AY de ti, Guatemala, nuestra hermana bellísima, herida por los zarpazos de ese monstruo que te acecha de siglos bajo tierra, celoso de la hermosura de tus valles y de las joyas que España te dejó! ¡Ay de ti, Guatemala, de tu pueblo humildísimo, laborioso y cristiano si los hay, que ahora entierra por decenas de miles a sus muertos, sin perder su esperanza ni su fe!

Yo te he admirado largamente cuatro veces, querida Guatemala, en todo el esplendor de tu belleza, junto a las maravillas mayas de tus selvas del Petén, entre los cocoteros calientes de tus playas, en lo alto de tus sierras y de tus frescos barrancos, sobre tus verdes lagos de Amatitlán y Atitlán, bajo los conos foscos de tus volcanes sin número. ¡Ay, que el agua y el fuego, en perpetua contienda, combaten en tus entrañas y en tu faz! Eres tan bella que resultas frágil, como las porcelanas y las sedas. Como las mercancías más preciosas, tienes que pagar tributo a las aduanas cósmicas del Mal.

Me dicen que tus tesoros de arte no han sufrido mermas mayores, que las ruinas sublimes de tu Antigua se han tambaleado una vez más pero continúan en pie, que tu catedral neoclásica de Santiago no se ha hundido, que están intactas tus pirámides casi verticales de Tikal. Pero la carne y los huesos de tus hijos han sido triturados más que tus piedras ilustres. Hay docenas de pueblos arrasados, como Chimaltenango que recuerdo bien, con su iglesia que partía aguas entre el Atlántico y el Pacífico, el de la plaza llena de gentío junto al quiosco de colores y la fuente virreinal. Hay cientos y cientos de cadáveres y de heridos bajo los escombros de esos pueblos, como en la aldea idílica de Patzizía, como en Zaragoza y en Sacatepéquez, como en los barrios más pobres de tu rica capital, como en tantos remotos caseríos de adobes en los que las tejas y las vigas han maltratado los cuerpos de los hijos de Dios.

Ya acuden a tu socorro, querida Guatemala, tus hermanos de América Central, bien probados ellos mismos hace poco con el terremoto de Managua y el huracán de Honduras. Ya te llegan los aviones y los barcos de la madre España, cargados de alimentos y de ropas, de medicinas y de amor. Ya afluyen los poderosos medios del gran vecino norteamericano y las ayudas humanitarias de Europa y del mundo entero.

Con esos socorros pero, sobre todo, con el esfuerzo estoico de tus hijos —raza de bronce bajo sus trajes polícromos—, tú, hermana Guatemala, te reharás.

Recobrarás el vuelo de tu quetzal simbólico, pájaro de color que vuela en libertad. Volverás a ser bella, alegre, y confiada, henchida de pueblos y de artesanía, rumorosa de mercados y de fiestas, como aquella colmena de trabajo y abundancia que describió hace siglos, con enamorado corazón, tu cronista criollo don Antonio de Fuentes y Guzmán. Español de esta hora, enamorado también de ti, yo pido por la paz de tus muertos y por el buen ánimo de tus vivos a nuestro padre del cielo, Tata Dios. Me pongo como tu pueblo, de rodillas, ante tu Señora del Rosario —«mayordoma de plata» que cantó tu Miguel Angel—, y ante la imagen negra de tu Santísimo Cristo de Esquipulas. Ellos, benignos, te consolarán.—Ernesto LA ORDEN MIRACLE.









LA TRAGEDIA CONSTANTE

EN este año del 76 nos disponíamos a evocar el Bicentenario de la Fundación de la Nueva Ciudad de Guatemala, y el Bicentenario de la Universidad de San Carlos. Hace justamente dos siglos que concluyeron los guatemaltecos de crear una nueva capital, abandonando la primitiva —La Antigua—, por el estado en que quedara tras otro zarpazo de la naturaleza.

La catástrofe de este año no tiene, en lo cuantitativo, comparación con ninguna de las que se recuerdan. Miles de muertos, pérdidas materiales por unos seis mil millones de dólares, cincuenta mil heridos y un millón de personas sin hogar, es un balance estremecedor. Habría que agregar la reacción psicológica que indudablemente se producirá en la población, surtiendo efectos en materia de emigración, pesimismo, pérdida del entusiasmo, e inseguridad para todas las manifestaciones—artísticas, políticas, económicas—, que demanden un mínimo de confianza en el porvenir.

Pero no debe olvidarse que el pueblo guatemalteco, que tiene en su historia páginas tan terribles como las escritas por la Naturaleza en 1541, 1717, 1751, 1757 y 1765, hasta llegar a 1773, atesora, también, una historia humana de primerísimo orden. A la ciega fuerza destructora, han opuesto ellos, siempre, una entereza ejemplar. La Antigua, que era en realidad capital de un territorio que se extendía desde Chiapas hasta Panamá, no quedó nunca abandonada del todo. A las virtudes del carácter indígena, de notable profundidad y de larga tradición en lo de «entendérselas» con las fuerzas superiores a las del hombre, se unió en Guatemala el carácter fuerte y tenaz de los fundadores. Un Pedro de Alvarado, por ejemplo, es hombre que está a la altura de un terremoto y de un volcán en erupción.

EL RECUERDO DEL SIGLO XVI

En los Anales de los Xahil —la obra conocida también como *Memorial de Tecplán-Atitlán*— se habla de la catástrofe del 1541 en esta forma: «Durante el año hubo un gran desastre que destruyó a los hombres Castilán en Panchoy.» En el lenguaje de los cakchiqueles, «Castilán» son los españoles. El relato de esa catástrofe guatemalteca de 1541 dio lugar en 1542 a la aparición en México, en la imprenta de Juan Pablo Cronberger, de uno de los primeros textos periodísticos, si no el primero, de América: «La Relación del terremoto de Goatimala.» Ese texto histórico está recogido por José Toribio Medina y por González Obregón, el tradicionalista mexicano. Pero contemporáneamente fue evocada la destrucción de la capital, primero por Alcides d'Orbigny, el siglo pasado, y en este siglo por el español don Antonio Rey Soto.

EL RELATO DE ALCIDES D'ORBIGNY

La capital del Estado de Guatemala es la antigua de este reino denominada Guatemala Antigua. Esta ciudad fue fundada por Alvarado. Después que este caudillo español hubo dado cima a la conquista de las provincias de Soconusco y de Tolana, llegó a la vista de la capital del reino de los rachiquels, donde, si hemos de creer al historiador Velázquez, el rey Apotzozril le recibió con las más distinguidas muestras de benevolencia. Atravesó Alvarado el territorio de este príncipe para ir a atacar a los zugitiles que resistían aún; empero, llegado al sitio que llamaban Almolonga (manantial), quedó tan enamorado de aquella posición, que decidió echar en ella los cimientos de una ciudad. Dice la crónica que esta fundación fue inaugurada el 25 de



junio de 1524. Esta primera fundación fue poco duradera; más produjo lo que se llama todavía hoy, Ciudad Vieja. En 1527 se había ya dado principio en este punto a algunas fábricas, y entre ellas a una linda catedral, varios conventos de dominicos, franciscanos y frailes de la Merced; pero el 11 de septiembre de 1541 sobrevino una tremenda catástrofe que derribó de todo punto a la ciudad naciente. Una de las cumbres volcánicas que parecen amagarla vomitó de golpe torrentes de agua con tanto ímpetu y devastación, y arrastrando ante ellos peñascos y troncos de árboles tan enormes, que sumergieron enteramente la ciudad.

LA VISION DE ANTONIO REY SOTO

Fascinado por el volcán de agua, escribe el poeta:

«Al pie de este prodigioso monumento de la naturaleza, como si fuesen los restos de las remotísimas construcciones ciclópeas que se necesitaron para levantarlo, están las magníficas e interesantes ruinas de dos ciudades. Ambas fueron capitales de esta floreciente Capitanía General, en tiempos de la Colonia. Fundó la primera, en el valle de Almolonga, don Pedro de Alvarado, el 22 de noviembre de 1527, en plenos días de sol, sangre y llamas de la conquista.

»El volcán se alzaba, entonces igual que ahora, como un coloso vigilante y protector de la tierra. Parecía, sin embargo, inocente y dormido. Llevaba siglos apagado. El Conquistador debió de imaginarlo un acogedor penate. El volcán velaba por los suyos; y se preparaba. Tenía tiempo para dar su golpe definitivamente mortal, en el corazón, a los invasores de la llanura; y esperaba tranquilamente su hora. El volcán no tenía ya fuego en las entrañas; pero era lo mismo; tenía agua en el fondo de la inmensa copa de su cráter, y le subía hasta los bordes. Y aquella agua, que debió de tornarse amarga primero, se enfureció después, y, una noche de tempestad embravecida —la del 8 de septiembre de 1541—, embistiendo contra las altas paredes que la contenían, tuvo empuje bastante para abrir en ellas el amplio boquete que le dio la libertad ambicionada. Y salió el agua furiosamente magnífica. Saltó desmelenada y cárdena, rugiente y centelleante. Corrió ciega, acreciendo, segundo a segundo, su frenesí implacable. Derrumbó peñones, descuajó árboles centenarios, arrastró, como briznas, cuantos seres y cosas se le pusieron por delante; y llegó, por fin, a la meta de sus iras. Con ímpetu de catapulta chocó su frente rebelde contra las recias murallas de la ciudad sojuzgadora, y las deshizo. Después se metió por entre las calles y ensanchó su pecho en un supremo alarido de venganza. Se cuarteaban los muros al oírlo.»

MARTI

En la apasionante obra *Por la señal de Hunab Ku*, de José Castillo Torre, se analiza a la perfección el peso que en el alma del hombre maya deposita el paso de los siglos. Las teogonías precristianas, los vaticinos terribles, forzaban a la raza a andar, dejando detrás un mundo en cenizas. Pero la fusión de esa alma con la llama del cristianismo, determinan que en las cenizas se vea una señal de continuidad. Se huía «del derrumbe de esas ciudades arrebatadas a la vida por un incomprensible y funesto remolino». El cristianismo pone un dique a la huida. Ya no se huirá más, sino que, con entereza, se afrontará la reconstrucción. En 1717, cuando el terremoto de San Miguel, la población organizó procesiones, y mientras el volcán continuaba arrojando lava, los devotos llevaban coronas y cruces de espinas. Quiso el obispo trasladar la ciudad nuevamente, pero el gobernador se opuso. Hubo cabildo abierto, votación democrática, y la ciudad se quedó donde estaba.

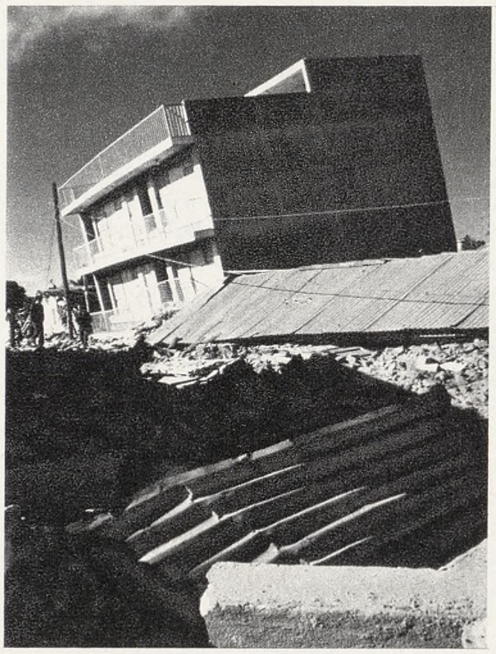
Un siglo después, hacia 1876, la capital guatemalteca es un centro de belleza, por sus paisajes, y un centro de cultura americana. ▶



Por esa fecha vive en ella el ardiente espíritu de José Martí, que dice:

«Viniendo de Izabal por el ancho camino carretero, que llevará pronto al Norte —¡gran perspectiva!— los azúcares y el café del Oeste, vense a lo lejos, más allá del río, altas iglesias sobre ameno valle, vasto perímetro, diáfana atmósfera, gentil señora, bella y gran ciudad. (...)

»Tendíase no lejos el encantado valle de Pauchoy, el de ricas aguas, vecinas canteras, pastos sobrados, flores menudísimas, por río colgado, por dormidos volcanes coronado; y a él se fueron los habitantes fugitivos. No cielo más azul cubrió, ni más sabroso aire respiró ciudad alguna de la Tierra. Pero de pronto, preñado el suelo con el llanto de fuego de los indios, reventó en espantosos terremotos que sacaron de quicio torres y palacios, hendieron las bóvedas y echaron fuera los cimientos de la soberbia catedral.» — ■



CARACTER RELIGIOSO DEL INDIO MAYA

El indio maya es un ser extremadamente religioso. Todo tiene para él un significado teológico y su vida está pendiente de satisfacer, por medio de sus actos más nimios, a la divinidad. Individualmente está en permanente actitud reverencial, realizando un culto y unos sacrificios, privadamente, y manteniendo una constante demostración de religiosidad, antes y después de cada crisis de su vida familiar, con su ayuno, continencia, plegarias y ofrendas de alimentos y de incienso.

Teniendo todas estas disposiciones y poseyendo en su mano el misionero todas las facilidades para realizar su ministerio, toda la población maya debería ser, ayer y hoy, eficaz y ejemplarmente cristiana. Pero por una serie de causas, en las que no hay que excluir el número limitado de religiosos, el resultado es muy otro. El maya, en el siglo XVIII, a doscientos años de la Conquista, es sólo teóricamente cristiano, y a su creencia tradicional ha sumado aquellas otras cristianas que mejor le cuadran con su idiosincrasia.

El indio es un vencido silencioso. Su carácter taciturno, su inexpresividad exterior, le hace aparecer como intelectualmente mediocre, y el método empleado para su evangelización es como si de niños se tratara. Se le instruye en los rudimentos de la religión y se le insiste en que sus creencias pasadas paganas son no sólo antinaturales, sino absurdas.

En el siglo XVIII la Corona no se encuentra ya abrumada por los problemas teológico-jurídicos acerca de la libertad de la conversión. Las Leyes de Indias acusan esta preocupación, que se evidencia en que los indios pueden ser coaccionados a oír la enseñanza del Evangelio, por ser no sólo útil a la religión, sino al Estado. Se da por sentado que la primera y fundamental razón de la presencia hispánica en Indias es la evangelización de sus naturales, confiada, además, por la Santa Sede. Se coacciona, directa o indirectamente, al indio para que entre a formar parte de la Iglesia, y ni una sola vez se llega a pensar que esta obligatoriedad puede rechazarla el indio.

Todos los indios mayas son cristianos por el hecho de haber recibido el bautismo. Y como súbditos de la Iglesia, tiene ésta pleno derecho a obligarles a la observancia de la fe recibida, recurriendo a la fuerza del brazo secular, si fuere preciso. Es el método que, en mayor o menor grado, se aplica en Guatemala. La instrucción religiosa sigue siendo la misma que en los primeros tiempos del siglo XVI. Se obliga a los párvulos a la asistencia diaria a la escuela para aprender la doctrina cristiana. Y los doctrineros tienen la obligación de enseñar los domingos, en la homilía, algún punto de doctrina. La asistencia se exige de todos los indígenas: aquellos que dejasen de asistir a las ceremonias eclesiásticas, por cualquier motivo, eran castigados, con azotes, por los justicias.

El indio escoge el camino más fácil que a su frente se le muestra: entre la religión de sus antepasados y la que se le impone por el europeo, traza una bisectriz, amalgamando enseñanzas cristianas con las que le superviven de su pasado. El siglo XVIII, a media distancia entre la Conquista y el día de hoy, es lugar de observación excelente para estudiar y observar el proceso de este amalgamamiento. Porque, religiosamente, el indio se debate entre dos campos perfectamente delimitados: su vida como cristiano y su vida tradicional apegada a la vieja costumbre prehispánica, restos de un caudal rico anteriormente y modificado por la acción del tiempo y de las circunstancias.—FRANCISCO DE SOLANO (*Los mayas del siglo XVIII*, Ediciones Cultura Hispánica, 1975).

SOLIDARIDAD Y DOLOR

EL MUNDO, CON GUATEMALA

Por FELIPE MELLIZO

TRES días después del primero de los terremotos, la Prensa de Guatemala abría las primeras páginas de los periódicos con el recuento dramático de sus muertos: 7.375, de los cuales, 125 habían caído para siempre en la localidad de Mixco, destruida en su 70 por ciento. Importantes zonas del país quedaban incomunicadas, bien por la desaparición de puentes, bien por las intercepciones habidas en las carreteras. El país vivía, ciertamente, la angustia de los temblores sucesivos, algunos de los cuales alcanzaban los 4,5 grados de la ahora actualizada escala de Mercalli.

En los cementerios, los nichos se mostraban al descubierto. A lo largo de las vías públicas, los derrumbes se sucedían. Sólo en la carretera Interamericana, tres de estos grandes derrumbamientos obstruían el paso en escasos quinientos metros. En Chimaltenango, el golpe telúrico se había llevado por delante a más de 4.000 personas. Y municipios enteros, como el de San Martín de Jilotepeque, se encontraban en ruinas. Pero ya, desde los primeros momentos, fluye hacia Guatemala la ayuda mundial. Pueblos y gobiernos, solidarios con las víctimas del terremoto, rivalizan en la prestación de toda la ayuda necesaria. En Nicaragua se organizan «marathones» radiales; en México, la recaudación de partidos de fútbol pasa a engrosar la nómina que tiene a Guatemala y a sus horrores por mira.

Los EE.UU., respondieron pronto y contundentemente. La ayuda oficial británica, no la privada de aquél país, ni la de particulares ciudadanos, dólidos por el problema, ha sido denegada. Gravita, aún en estos momentos, el fantasma de Belice sobre la dignidad guatemalteca.



MAS MUERTOS

El 9 de febrero, cinco días después de la tragedia, el número de muertos alcanzaba ya la cifra de 17.000. Se recurdecía también el problema que ocasiona el saqueo y el pillaje. Según *Diario La Tarde,* seis ladrones habían sido fusilados, aquel mismo día. Por otro lado, los cálculos estimados de las víctimas que aún permanecían enterradas en el interior del país, auguraban cifras sombrías. En la Prensa, enlutados recuadros, con origen en el Consejo Nacional de Federaciones de Cooperativas, se dirigían a los ciudadanos en los siguientes términos: «Guatemaltecos, reincorporándonos al trabajo inmediatamente, sacaremos avante a nuestra patria.» Y tres «niñitas tristes» anunciaban, compungidas, la desaparición de su perrito, un Cocker Spaniel.

LA AYUDA ESPAÑOLA

Si bien la población española en Guatemala está constituida por sólo 2.500 personas, desde el primer momento, nuestro país se volcó —metáforas aparte—, entristecido por la suerte que había corrido una de las naciones hermanas. El envío consistía, principalmente, en material sanitario, ropa y alimentos, todo lo cual componía —en la primera remesa llegada a aquel país—, un total de veintitrés toneladas de peso.

La ayuda española serviría para paliar en parte el desolador aspecto que ofrecía el país. Las últimas cifras indicaban que eran los muertos ya 18.123, y 57.000 los heridos. 1.120.000 personas habían quedado sin hogar, y las necesidades inmediatas de algunos centros urbanos —Simaltenango, con 10.500 muertos; Comalapa, con 4.000; Sumpango, con 350—, eran verdaderamente angustiosas.

El Presidente de la nación, Laugerud, exponía los males mayores: había que atender al problema de la vivienda; a los apuros que el frío y la lluvia ocasionaban a la población.

Tiendas de campaña, mantas, ropa de lana, equipos depuradores de agua, desinfectantes, antibióticos y vacunas caían como verdadera «agua de mayo» sobre un pueblo exhausto, cansado del mal trato que sufre por parte de la Naturaleza.

Por parte española, en la medida de nuestras posibilidades, se quiso ayudar desde el primer instante al drama que tuvo —y tiene—, a Guatemala como protagonista. El Instituto de Cultura Hispánica estuvo presente en la tragedia, pues su director, Juan Ignacio Tena Ybarra, tuvo el honroso encargo del Gobierno español de acompañar el primer envío de 23 toneladas de ayuda médica y alimentos, primero también en llegar a Guatemala, de un país extra americano.

Al director del Instituto le acompañaban el embajador de España en Managua, señor García Bañon, y el delegado del Instituto Español de Emigración, señor García Lorite, siendo esperados al pie de la escalerilla del avión por el ministro de Relaciones Exteriores, don Adolfo Molina Orantes, y diferentes miembros del Consejo Nacional de Emergencia. Posteriormente, fue recibido personalmente por el Presidente de la República.

El propio ministro de Educación y Ciencia, Carlos Robles Piquer, hispanoamericanista también de la primera hora, ha lanzado una campaña —«Escuelas españolas para Guatemala»— que tratará de cubrir las necesidades escolares que sin duda pesarán sobre la nación guatemalteca cuando empiece a recobrarse del desastre.

En total, la ayuda española supera, en los momentos de cerrar esta edición, los cincuenta millones de pesetas. Diversas campañas para socorrer las necesidades guatemaltecas están en marcha, y, a no dudar, en las próximas jornadas nuevas remesas de aliento, alimento y donativos saldrán de nuestro país con destino a Guatemala con su carga cordial y esperanzada.— ■

«EL IDIOTA DE LA FAMILIA»

Es un poco difícil explicar lo que es «El idiota de la familia» en un artículo: este título corresponde a una obra de Jean-Paul Sartre presentada en tres grandes volúmenes, cuyo contenido representa la aplicación más perfecta del método «progresivo-regresivo» en la persona de Gustave Flaubert. Quizás se nos compliquen las cosas por haber hecho alusión a este método, y para situarnos mejor nos tendremos que ir al año 1943 para encontrarnos con «L'Etre et le Neant», libro en que el autor empieza a hablar del «psicoanálisis existencial» como método para comprender la realidad humana *situada* en el mundo. Esto le llevó a diferenciar dos tipos de psicoanálisis; por una parte, el psicoanálisis empírico (cuyo padre fue Freud) que toma exclusivamente a la conducta humana como objeto científico y no va más allá de esta objetividad científica, y por otra, el psicoanálisis existencial que además de basarse en el psicoanálisis empírico, es decir, además de tomar también a la conducta humana como objeto científico, abre una especie de biografía o historia en relación a la persona con el fin de determinar las causas profundas de su comportamiento.

En 1952 aplica este proceso a Saint Genet; en 1960 lo aplica a Baudelaire y a un caso colectivo que lleva el título de «Reflexión sur la Question Juive»; en 1964 se lo aplica a sí mismo en una obra titulada «Les Mots», y en 1971 y 1972 culmina su aplicación en la persona de Gustave Flaubert cuyo libro es «El idiota de la familia».

Preguntando al autor sobre qué habría que entender por método «progresivo-regresivo», nos responde así: «Método "progresivo-regresivo", es decir el va-i-ven de las significaciones más abstractas a las significaciones más concretas, la ida y vuelta de la obra al hombre y del hombre a la historia.» En este proceso se puede decir en síntesis que la significación abstracta y concreta, el hombre, su conducta humana, las circunstancias en que

Jean Paul Sartre: Psicología existencial y absurdo aplicados a Flaubert en «El idiota de la familia».



Por EUGENIO NKOGO ONDO

vive o la historia constituyen el campo a través del cual realizamos este doble movimiento «progresivo-regresivo» de va-i-ven, de ida y vuelta. Y aplicando este método a Gustave observa que éste fue el verdadero «idiota de la familia»; como hombre que nació en 1821 y murió en 1857, no sólo vivió los acontecimientos de su patria sino también el momento central de agitaciones revolucionarias en toda Europa.

FAMILIARIZADO CON LOS CADAVERES

Gustave tuvo por padre a Achille-Cleophas Flaubert, de la burguesía francesa, hijo de un veterinario. Estudia medicina y se doctora en la materia en París. Su tesis doctoral se deja influir exageradamente por el Vitalismo. Fue uno de los cirujanos más célebres de Rouen, en cuyo hospital había ganado «por oposición» el puesto de director. Fue anticlerical, ateo y «loco de orgullo» por ser uno de los grandes médicos y cirujanos a la vez. Achille-Cleophas Flaubert fue un hombre acostumbrado a partir cuerpos humanos, un hombre acostumbrado a tratar al hombre como un puro objeto y no dedicaba ningún tipo de atención ni cariño a sus hijos. Gustave lo pagará más que sus hermanos. Si ha aprendido algo de su padre es haberse familiarizado con los cadáveres desde la edad de cuatro años. Su madre, Caroline Flaubert, hija del doctor Fleuriot y de Anne-Charlot-Justine, procedente de la nobleza, es huérfana de madre desde los diez años de edad, y el cariño que hubiera podido dar a su madre, se lo pasó a su padre quien al poco tiempo también muere.

La madre de Gustave tampoco se cuidó de él ni le dio una educación necesaria para vivir, el niño crecía como «el idiota de la familia» que estaba más cerca de ser el «niño lobo» de la familia: en realidad fue un niño retrógrado porque sus padres no supieron insertarle en el mundo. Por eso en Gustave nos encontramos con un hibridismo ingenuo y salvaje: unión de la «bestia» con el hombre, unión de lo masculino con lo femenino. En sus cartas de juventud, en «Quidquid Volueris», por ejemplo, vemos a orangutanes que se acuestan con mujeres humanas. Pero de este idiota que, en principio, capta mal la esencia del mundo, se llega a un genio capaz de escribir «Madame Bovary» que es una verdadera «masculinización femenina» o «femenización masculina», algo que nos indica que Gustave, como niño varón no se asimiló a su padre ni a su madre y que ni uno ni otro le ayudó a incorporarse en el mundo.



DE FLAUBERT A LAURENCE LECOMTE

A mi entender, parece que lo que se puede calificar de «idiota de la familia» no acaba en la persona de Flaubert. Desde su muerte hasta nuestros días, la sociedad francesa ha conocido innumerables casos que con razón deberían bautizarse con este nombre de idiota de la familia.

Esta vez no ha sido Flaubert sino una niña inmaculada que apenas sabría pronunciar muchas palabras; sólo la mirada sintetizaba todo lo que quería: era la pequeña Laurence Lecomte, de 11 meses de edad, que murió en París por deshidratación el día 5 de diciembre de 1975.

La madre de Laurence es una joven de 27 años llamada Annie Lecomte, y su padre, de 29 años, Noël Lecomte. En la noche del día 24 de diciembre de 1975, se presenta en la Comisaría de Policía de Plessis-Robinson (Haute-de-Seine) una mujer que pretendía buscar a su hija que habría desaparecido cuando ella estaba comprando medicamentos en una farmacia: era la madre de Laurence. El día 25 de diciembre, la Alcaldía de la localidad lanza a la calle un coche radio anunciando tanto la pérdida de la niña como la busca y captura de un posible raptor o agresor. El día 29 se confía directamente el asunto a la Brigada de Protección de Menores, y las investigaciones llevadas a cabo demuestran la ausencia total de la huella de un individuo eventualmente sospechoso. No obstante, los vecinos más próximos del matrimonio Lecomte atestiguan haberse dado cuenta, en estos días, de un olor extraño en el edificio, y en efecto, la señora Lecomte compraba excesivos productos desodorantes.

LOCURA Y PANICO

El día 1 de enero, los padres de la supuesta desaparecida fueron convocados a la Brigada de Protección de Menores, y después de visitar su apartamento los policías encontraron el cuerpo de la pequeña Laurence escondido en el interior de un sofá-cama. La madre, indignada, dijo: «Desde el comienzo del mes de diciembre no daba nada de comer a Laurence ni le lavaba. Pero cuando me di cuenta de que había muerto, me quedé arrebatada de pánico. Primero escondí el cuerpo en un armario. En la víspera de Navidad pensé que ya no podía decir que Laurence estaba enferma: parientes y amigos traerían regalos a casa. Quité el cuerpo del armario, lo envolví en una bolsa de plástico y lo escondí en el colchón de la cama» (1). Aunque la mujer hubiera tenido tanta habilidad para ocultar todo a su marido, es difícil creer en la total ignorancia del padre ante la dramática muerte de su hija; en consecuencia, los dos esposos se encuentran en la prisión de Fleury-Mérogis esperando que las autoridades competentes dicten la pena que debe caer sobre ellos.

Laurence, igual que Flaubert, no era hija única. También tenía hermanas: Caroline, de 4 años, y Pascale, de 3, ambas estaban siempre muy bien cuidadas, pero «el idiota de la familia» no ha sido objeto de ningún tipo de cuidado, parece que hubiera nacido de un árbol y ha sido víctima del odio irracional e inexplicable de su familia. — ■

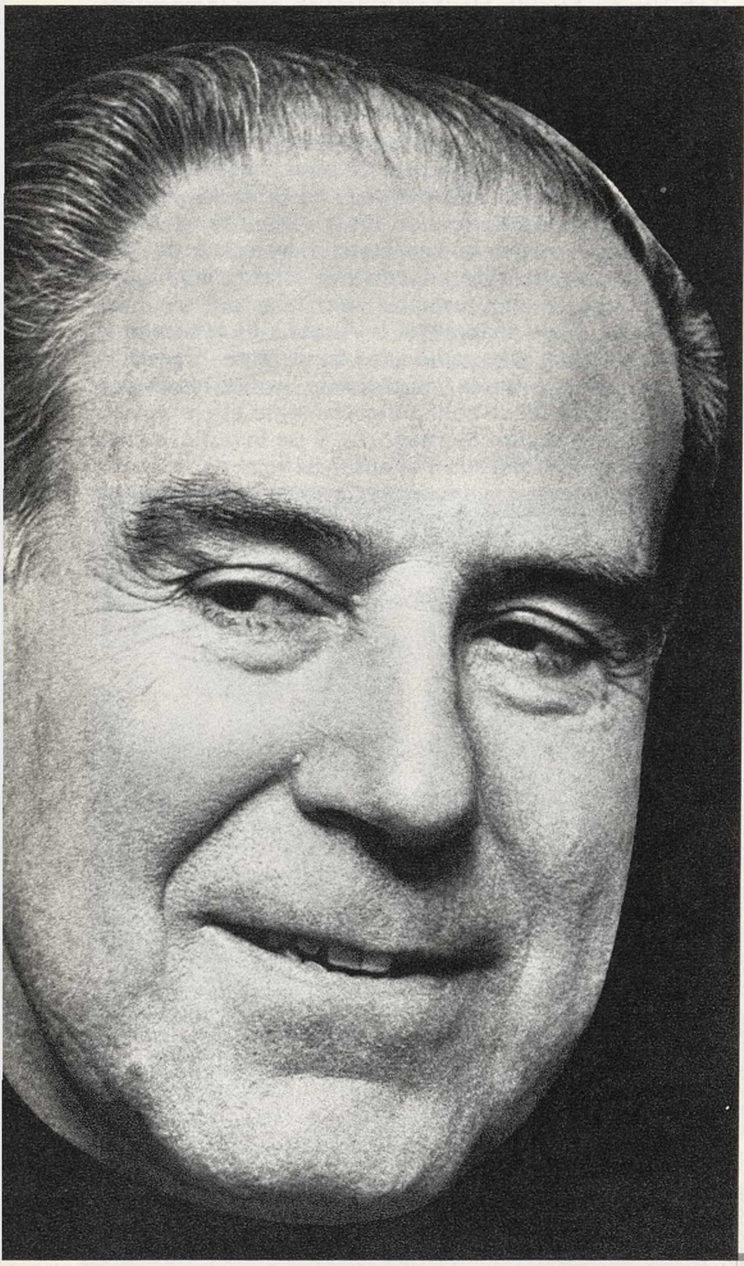
---

(1) Le Figaro, Sam. 3 Dim. 4 Janvier 1976, pg. 4.

ALONSO ZAMORA VICENTE

entrevista de Javier Villán con el Secretario de la Real Academia Española

EL MERIDIANO DE LA LENGUA NO PASA EXCLUSIVAMENTE POR MADRID



DON Alonso Zamora Vicente es académico de la Real Academia de la Lengua desde 1966. Ocupó la vacante de Melchor Fernández Almagro y su candidatura fue presentada por Dámaso Alonso, Luis Rosales y Manuel Gómez Moreno. Los méritos que lo han llevado al sillón «D» son muchos y variados, pero, fundamentalmente, sus estudios e investigaciones sobre dialectología. Define la Academia como lugar de trabajo y en la utilización precisa y armónica del lenguaje se va definiendo en su charla como un hombre equilibrado, correctísimo, levemente irónico, seguro de lo que afirma. Es secretario de la citada corporación creo que desde 1969, ve con lucidez y flexibilidad los problemas del lenguaje y, desde su óptica de filólogo, aporta las soluciones que le parecen oportunas y necesarias. No se le advierte, sin embargo, ningún énfasis de protagonismo y en más de una ocasión ha definido así su misión en la Academia: «Soy un ayudante para las tareas filológicas, en las que la Academia trabaja sin descanso».

Su trayectoria como investigador y analista del lenguaje, como estudioso de los grandes escritores de nuestra lengua ha oscurecido quizá su condición de narrador. Gran parte de sus narraciones se hallan recogidas en el volumen *A traque barraque*. Cuando le pregunto si no le molesta que su vena creadora sea poco conocida dice que ni le preocupa ni se le ocurre hacer comparaciones entre sus dos actividades, que nadie puede saber el alcance de, etc... En definitiva, es la reafirmación de una vieja postura. Sobre el mismo tema dijo en alguna ocasión: «No doy ningún valor a mi obra narrativa. Escribo porque me divierte.» En el fondo, yo creo que en toda obra hecha con entrega y cariño hay siempre un aspecto lúdico y festivo. Es lo que identifica profesionalidad con diversión. Una síntesis fructífera.

Cuando se dice que una persona habla bien una lengua, ¿qué quiere expresarse exactamente?

—Yo creo que no se quiere decir nada. Hay un ideal de lengua al cual la gente pretende acercarse más o menos. Pero yo creo que en nuestro país no hay amor por la lengua. El ideal de lengua varía según los tiempos. Hubo un momento en que se consideró como tal la lengua toledana. Y esto no era exacto porque las formaciones que han llevado al español a ser lo que es venían de Castilla la Vieja. En otro momento, se pensó en una norma sevillana porque era lo que respondía a lo más amplio del mundo hispánico. En cierta forma yo soy conservador y pienso que el ideal de lengua ha de estar en los medios educados cualquiera que sea el lugar de nacimiento.

PLANO UNIVERSAL DE LA LENGUA

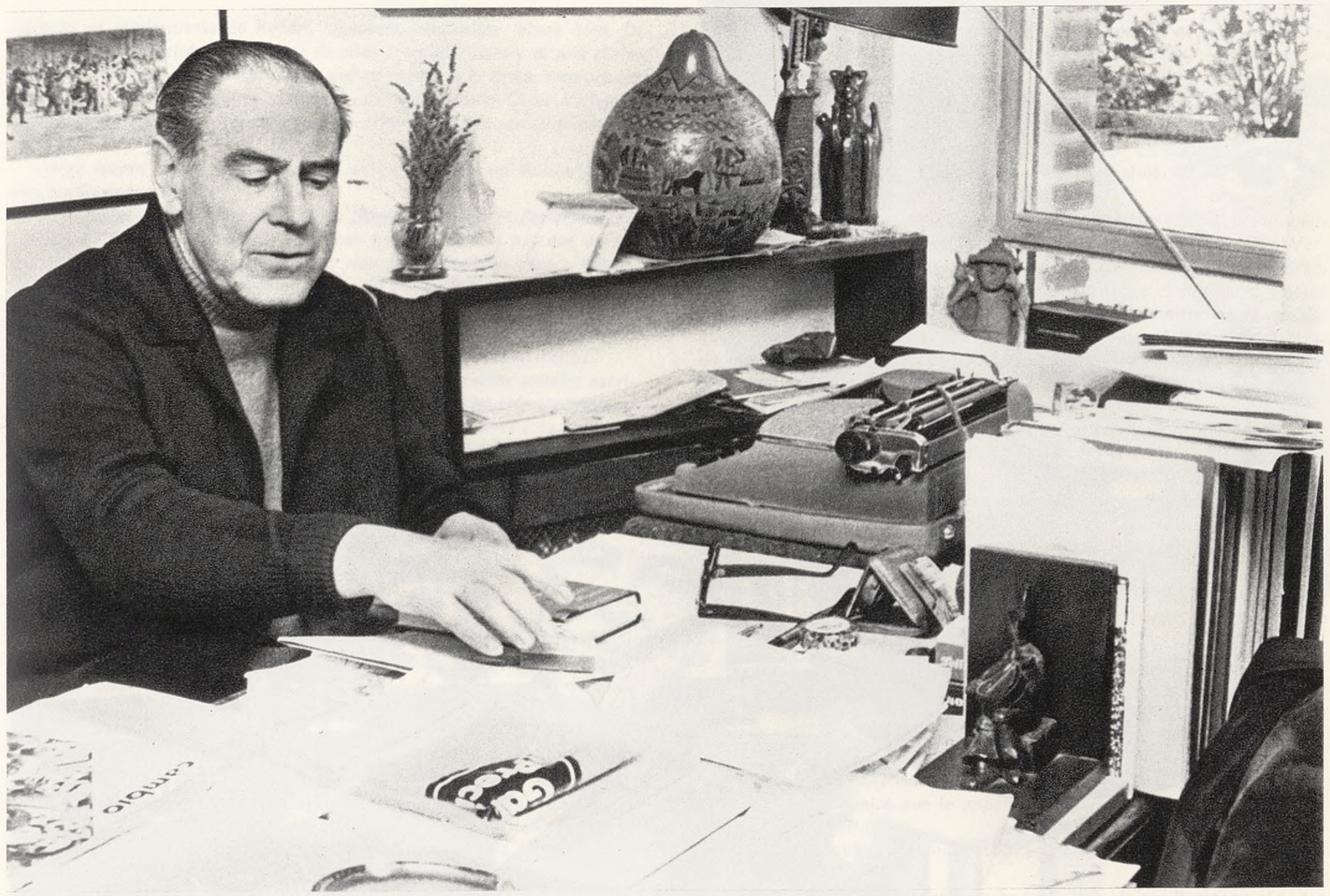
—Consecuentemente, como ocurre a menudo, no puede identificarse la pureza de la lengua con determinadas regiones.

—Evidentemente. Se trata de un fenómeno sociocultural. La lengua se mueve en un plano general en el que estamos todos. Cuando este nivel general desciende entramos ya en un habla dialectal, y cuando ese nivel asciende se hace literatura. El nivel de lengua, pues, viene dado por esa franja intermedia, por ese plano general en el que dentro de unos formas de respeto, de educación y de cultura, nos hallamos todos.

—Esto supone la posibilidad de llegar, a través de la lengua, a conclusiones, a deducciones de índole varia. Es decir, que el lenguaje puede aportar una serie de pistas para analizar los contenidos y el carácter de una época, de un individuo.

—Cierto. A través de la conversación, la persona que tenga el mínimo de olfato lingüístico nota en seguida de qué pie cojea la persona que está hablando. Según el carácter y la formación intelectual hay una predilección por ciertas palabras, por determinados sufijos. Hay incluso una entonación especial que fuera del ámbito en que la persona vive no tiene vigencia. De la misma manera pueden detectarse ideologías, formas de pensamiento, etcétera...

—Cuando la fuerza numérica de los españoles ha sido rebasada por Sudamérica, con mayor cantidad de hispanohablantes, ¿qué fuerza puede tener España para imponer sus normas lingüísticas?



—Pues, mire usted, el tema es lo suficientemente importante para hacer algunas consideraciones. Los españoles peninsulares somos en estos momentos una minoría y hasta si me aprieta usted una minoría arcaizante. Es decir, que el meridiano de la lengua ya no pasa por Madrid. Aquello que dicen de que los españoles somos los dueños del idioma no es verdad. El dueño del idioma es cualquier persona que hable español donde quiera que esté y su obligación es cuidarle, cultivarle y buscarle nuevas facetas. El meridiano de la lengua hoy, por muchísimas razones, es una línea en zigzag que pasa por Buenos Aires, Lima, Bogotá, México, Madrid, La Habana, diversos sitios, en definitiva, donde hay distintas estructuras políticas, distintas concepciones de la sociedad y donde hay unos conglomerados humanos gigantescos. Las ciudades tienden siempre un poco a ser guía de la colectividad.

—En definitiva, que cualquier país sudamericano podría dictar normas sobre el lenguaje con idéntico derecho que España.

—Naturalmente que tienen derecho a ejercer un papel rector en la vida del idioma. Como usted sabe, en todos estos países hay una Academia de la Lengua y la visión de futuro de la Real Academia Española ha sido tal que hoy se la puede considerar la entidad que sencillamente rige el idioma. Está en situación de igualdad con las Academia sudamericanas. Hay una asociación de Academias de la lengua española, un pacto multilateral firmado por todos los países que hablan español. La entidad decisora es el Congreso de estas Academias a través de su Comisión Permanente que reside en Madrid. Lo que ocurre es que las Academias hispanoamericanas conceden por cortesía y por respeto al valor histórico cierta dirección a la Real Academia Española. Los Congresos se reúnen cada tres o cuatro años. El próximo se celebrará en Santiago de Chile. No hay, como usted ve, condicionamientos políticos. Los contactos entre las distintas Academias están por encima de realidades y circunstancias políticas de los distintos países.

LITERATURA HISPANOAMERICANA

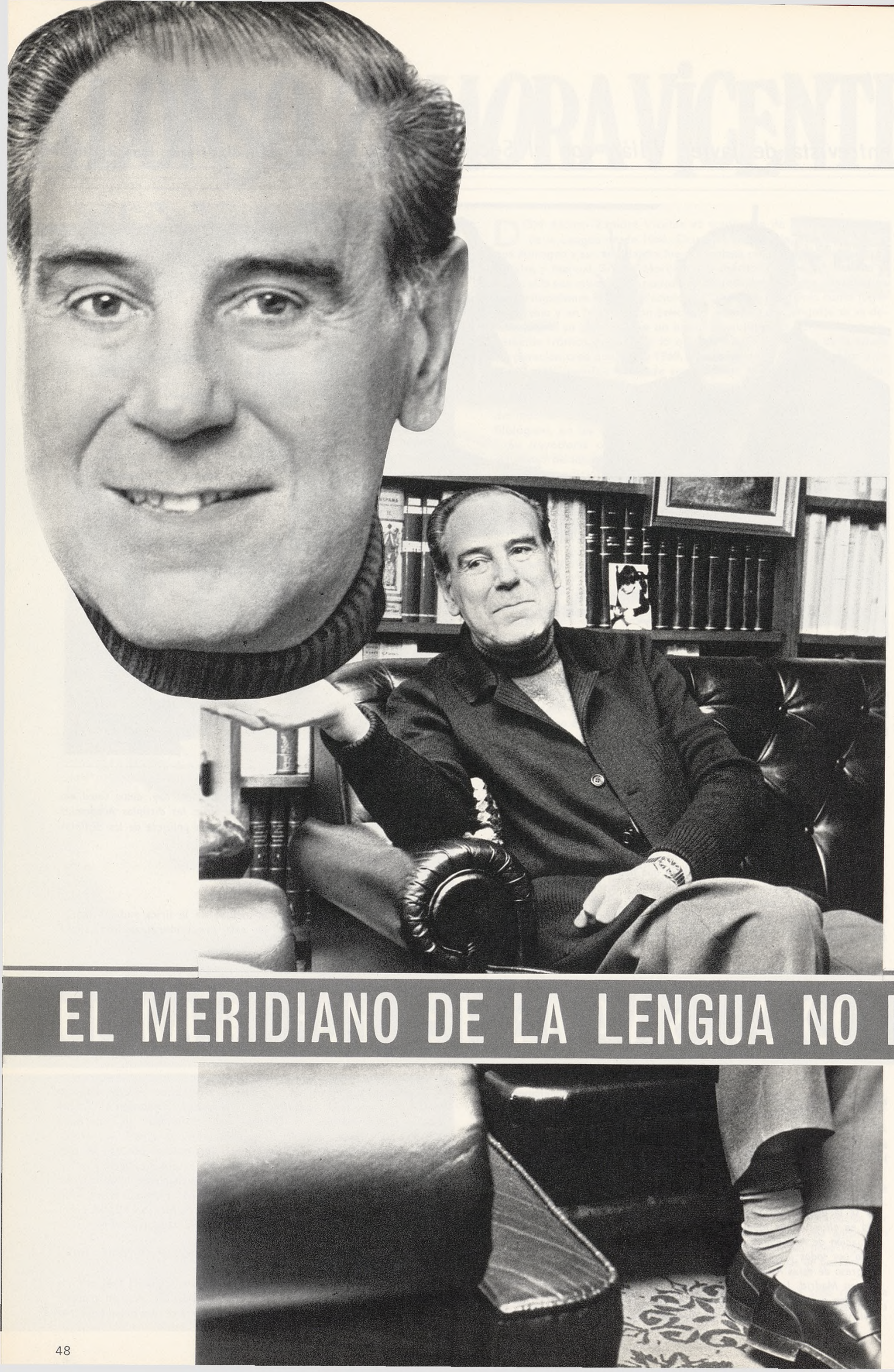
—El vitalismo de la narrativa e incluso de la lírica sudamericana, ¿puede ser elemento decisivo en esta preponderancia lingüística?

—Si usted habla, incluso en ambientes universitarios, de este vitalismo literario, creo que todos pensarían en los novelistas. Pensarían en Vargas Llosa, en García Márquez, en Donoso, Fuentes, Cortázar, etc... En estas cosas hay siempre una especie de pequeña erudición superficial a veces errónea. Hablando de Méjico, seguramente que muchos pondrán los ojos en blanco al hablar de Rulfo, por ejemplo. Me parece muy bien, y es un excelente escritor, pero muy pocos conocerán probablemente las novelas de Elena Paniatoski. Hasta verte Jesús mío, *por ejemplo, es un libro prodigioso si bien yo sigo pensando que lo mejor de Méjico es Carlos Fuentes que en una estructura extraordinaria de novela ha logrado encerrar los grandes problemas del mundo sudamericano.*

—¿Usted cree que concurren idénticas características en la novelística de los distintos países?

—Yo creo que, sobre todo, la literatura sudamericana ha sido una voluntad de existencia, un deseo de demostrar que están ahí. Pero no se olvide que han dado cimas muy destacadas a lo largo del XIX; los románticos, por ▶

ALONSO ZAMORA VICENTE



EL MERIDIANO DE LA LENGUA NO PASA EXCLUSIVAMENTE POR MADRID

ejemplo, el modernismo de Rubén, la novela indigenista. Ahora bien, la novela se ha convertido en portavoz de unas preocupaciones y de una realidad social de estos momentos. Por lo que se refiere a la lírica, siempre ha habido una lírica espléndida. Ahí está una figura como César Vallejo o Molinari, el movimiento modernista, etc... Porque claro, nuestros modernistas...

—Hay quien sigue pensando que el gérmen de un Rubén Darío está en Salvador Rueda.

—Son ganas de perder el tiempo. La poesía de Rueda es destacable, es buena... En España, además, nos dominan los localismos y hay que defender al escritor de la propia tierra. En vida jamás hicieron caso a Rueda, pero si luego se le ocurre a usted dudar de Rueda le ponen en el furgón de cola.

—Estábamos hablando de la posibilidad de que sea este dinamismo creador lo que dé la primacía del idioma a los sudamericanos.

—No, no creo que sea esto, si bien la mayor parte de estos grandes escritores pertenecen a la Academia de su país. Si alguno no ha sido elegido académico, como es el caso de Octavio Paz, es porque se pasa la vida viajando. Lo que yo creo es que los sudamericanos cultos van viendo cada vez con mayor claridad que lo que puede unirnos es la comunicación que puede existir entre ellos y que esta comunicación hay que expresarla en español. Son muy buenos colaboradores.

INNOVACION Y TECNICISMOS

—Quisiera que usted me hablara de la evolución del idioma, de las necesidades de transformación e incorporación de nuevos vocablos y del purismo y fidelidad a unos orígenes. Llegan los tecnicismos, aparecen conceptos nuevos, ¿hasta qué punto es real o ficticio este aparente enfrentamiento?

—Yo entiendo muy bien que usted se plantee este problema. Yo veo el problema, fundamentalmente, en lo que usted ha dicho de los tecnicismos. La lengua es siempre el espejo más eficaz donde se ve la realidad sociocultural en que se está viviendo. El español es, dentro de las lenguas románicas, la que posee mayor riqueza desde un punto de vista literario. Hay que decir a gritos que es la única lengua románica que ha creado mitos universales. La Celestina, don Quijote, don Juan, etc... son inconcebibles en otro ámbito lingüístico distinto del español. Pero desde el punto de vista de la técnica, de lo que podríamos llamar puro racionalismo, el español es una lengua pobre. No hemos inventado el binomio, ni el microscópio. La ciencia que han hecho los españoles es una aportación digna, sencilla, pero incomparable con lo que hemos tenido en otros campos. Los místicos, por ejemplo, hoy tan poco valorados, cuando leer a Santa Teresa creo que es una de las aventuras más espléndidas a que uno se puede entregar. Y no digamos de San Juan de la Cruz. Pero esto en la sociedad en que estamos, o hacia la que vamos, no se lleva. Estamos asistiendo a la muerte de una cultura y al nacimiento de otra, basada, sobre todo, en un cierto tipo de ciencias experimentales que han venido mostrando sus balbuceos desde los años veinte y que están en pleno auge. Fíjese usted dónde se queda el éxtasis de Santa Teresa o dónde se queda ese prodigio de ternura y de sátira que es don Quijote al lado de la desintegración del átomo o de los viajes a la luna. Esto no se hace en español. Así que nos invaden una serie de palabras a las que hay que hacer frente. Por ello en los Congresos se han creado unas Comisiones de vocabulario técnico que trabajan en estrecha unión con las Academias científicas y cuya misión es fijar el nombre de todas esas cosas de una forma castellanizada dentro de la vida fonológica del español. Yo creo que se van consiguiendo bastantes resultados.

—Y los puristas, ¿no se alarman?

—Una defensa únicamente purista no vale para nada. El purismo es una especie de ortopedia, de encorsetamiento que acaba por petrificar el idioma y secar la savia creadora. A mí no me alarma esta flexibilidad para acoger vocablos procedentes de otras lenguas. Piense usted, por ejemplo, que en el siglo XIII, y a causa de los peregrinos que venían a Santiago, el castellano se llenó de galicismos. ¿Quién piensa hoy que jamón o mesón son galicismos? O jardín u otras muchas palabras. Sin embargo, en el siglo XVI es la vida europea la que se llena de hispanismos. Hay momentos en que los pueblos siguen un proceso de brillantez política o cultural y entonces se los imita. A mí, lo que me preocupa en este caso es que los españoles no se dediquen a crear ciencia.

—Supongo que este remozamiento del idioma, esta influencia foránea ha de afectar solamente al vocabulario. El, digamos, esquema de la lengua, la estructura, sus pecualiaridades sintácticas, etc... han de permanecer invariables, ¿no?

—Claro, cuando le digo a usted que todos esos tecnicismos procuramos adaptarlos a la vida fonológica del español es pensando en eso, en las estructuras de nuestra lengua. Y ya le digo que se va logrando mucho. No es excesivamente difícil, porque tenga en cuenta usted que el inglés, el alemán y no digamos el francés recurren constantemente a los orígenes de las lenguas clásicas. Los franceses, que también se ven amenazados, están haciendo una labor extraordinaria. Han creado un alto Comité (vea usted otro galicismo) para cuidar del vocabulario técnico del francés. Estamos en contacto con ellos. Es curiosa la diferencia de actitud ante la propia lengua. Los franceses publican en una especie de Boletín Oficial del Estado, por decreto, las palabras que deben ser empleadas. Figúrese usted si un día por decisión del Consejo de Ministros, se empezara a ordenar a la gente, aquí (que se organizan las mayores griterías porque no se ha elegido académico a un amigo), cómo y qué palabras se deben utilizar, cómo se han de utilizar los acentos, etc... Lo que iban a decir de nosotros.

—Dirían que se habían politizado ustedes. Por cierto, la Real Academia ¿es un organismo apolítico?

—Hombre, qué cosas dice usted. Yo soy el secretario, y secretario viene de secreto.

—Aparte de secretario es usted académico.

—Bueno, yo tengo mis ideas políticas y además las ejerzo. Lo que ocurre es que el «zoon politicón», que decían antes, y que ahora creo que se ha quedado sólo en «zoon», ha de manifestarse en una comunidad. La Academia, y esto se puede afirmar rotundamente, es enormemente respetuosa con sus miembros. A nadie se le pregunta jamás por ese tipo de ideas. A la Academia lo único que le importa es la labor que se hace en pro del idioma y de la cultura.

—¿Nunca se rechazó a un posible académico en razón de algún tipo de ideología?

—Yo creo que no y, si alguna vez ha ocurrido, y lo que llamamos el poder ha conseguido imponer sus puntos de vista, la paciencia de la Academia, muy bien documentada, lo ha remediado al cabo de algún tiempo.

NECESIDAD DE COMUNICACION

—La Academia ¿es la primera responsable del idioma o se limita a sancionar lo que a través de la lengua popular le llega?

—El español es una lengua hecha de abajo a arriba. La Academia se limita, en todo caso, a encauzar posibles deformaciones. Pero la Academia lo que hace es consagrar, dar un espaldarazo de vigencia a lo que se ha ido haciendo en la calle.

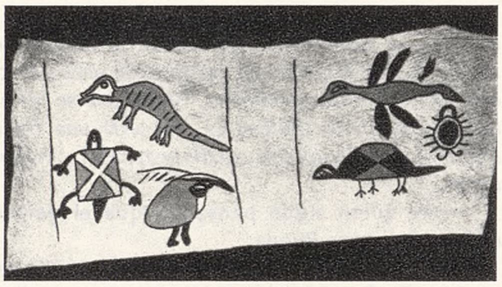
—¿Qué ocurriría con el idioma si por cualquier imprevisto la Academia desapareciese?

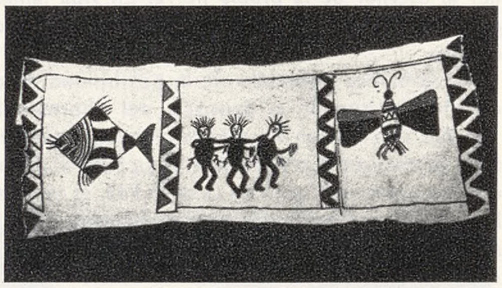
—Pues no sé qué decirle a usted. Hay idiomas que no tienen Academia. Los ingleses, por ejemplo, no se han preocupado mucho de su lengua. No le puedo contestar porque sería como escarbar en el futuro y yo no soy ningún vidente. No creo que pasara nada grave en un principio. Pero a la larga se notaría en esta enorme comunidad de hispanohablantes y habría, quizá, consecuencias no del todo justificables en algunas de estas comunidades que forman la comunidad total. Piense, por ejemplo, en Puerto Rico, gravemente sometido a un peso extranjero, o en las comunidades hispanohablantes del Sur de Estados Unidos. El ideal de lengua de estas gentes pienso yo que ha de estar en México, pero por razones de índole política, de influencias y proximidades culturales y sociológicas, están un poco alejados del español. Quiero decir que si existe una necesidad de comunicación dentro del inmenso mundo hispanohablante, la norma unificadora que pueda ser aceptada por todos ha de partir de la península.—J. V. (Fotos: UBEDA.)

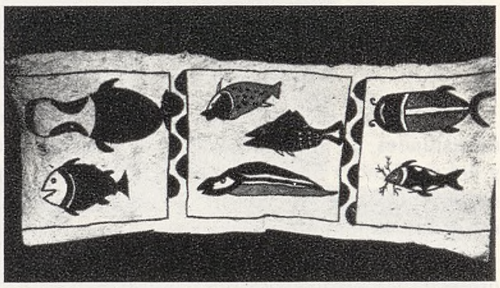
LA CULTURA DE LOS TURURIS

El Instituto de Cultura Hispánica presentó en sus salones una Exposición curiosísima. Cortezas de árboles, con toda la apariencia de textiles pintados o tejidos, nos traen el fruto del arte de los Tururis, tribu de la región colombiana del Chocó. Estas cortezas han adquirido considerable prestigio, y valor económico, en el mercado de la pintura naif o ingenuista hispanoamericana. Su variada utilización como materia prima para trajes, adornos y pinturas, ha hecho nacer una industria popular. La técnica seguida para obtener la corteza en forma que permita su utilización posterior es muy curiosa, y la explica el arquitecto Dicken Castro en el catálogo de la Exposición diciendo que se comienza por macerar el tronco del Antiaris Saxidor, «el árbol de la tela», pero suavemente; luego se sumerge el tronco en agua hasta que se desprende la corteza, que queda lista para teñirla y darle el tratamiento que se desea. «De este mismo material se producen los vestidos en forma de cono, los cuales cubren completamente el cuerpo dejando aperturas para los brazos, y son usados para danzas funerales, ceremonias de iniciación, o la celebración de una buena cosecha, o ceremonias de intercambio de gusanos, que se utilizan como alimento ceremonial entre las tribus. El vestido está decorado con máscaras de animales, con sus respectivas plumas y picos. Estos vestidos ceremoniales también llevan decoraciones siempre geométricas, semejantes a las que se presentan en las cortezas». En la foto, un momento del acto inaugural.









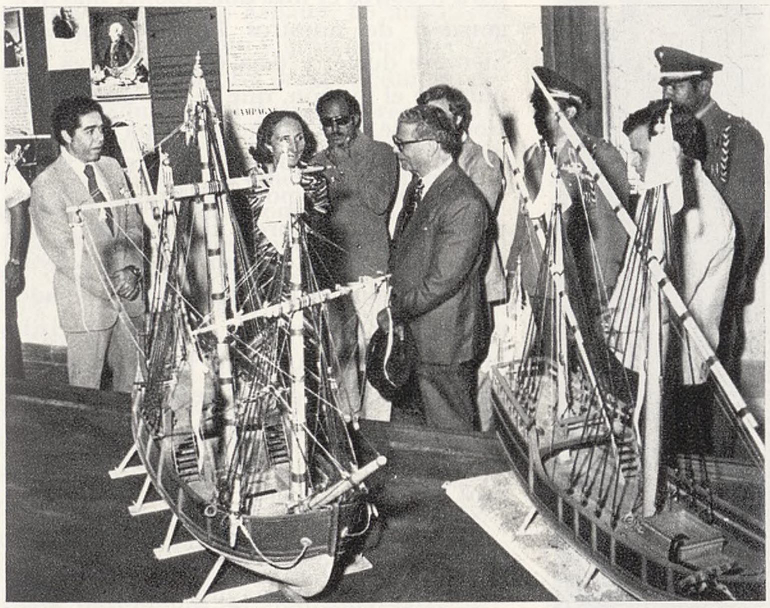
CURSO PARA PROFESIONALES BRASILEÑOS

En la sede del Instituto se suceden los cursos de especialización, bien para estudiosos procedentes de un solo país, bien para interesados en una materia determinada, llegados de todas partes del mundo iberoamericano. En el IV Curso de Administración Pública y Municipal para profe-



sionales brasileños, organizado conjuntamente por el Centro Internacional de Intercambio Universitario y Tecnológico de Brasilia (C.I.I.U.T.), el Instituto de Cultura Hispánica de Brasilia, y el Instituto de Madrid, participaron cuarenta profesionales venidos del Brasil expresamente para seguir este interesante programa de especialización.

COOPERACION HISPANO-DOMINICANA



La ayuda técnica española a la República Dominicana se ha intensificado notablemente. Después de la magna obra de Valdesia, se ha acometido, en la provincia de la Vega, el emporio agrícola dominicano, la construcción de la presa del Rincón, obra de la empresa española Agroman, a cuya inauguración asisitieron el Presidente de la República, doctor Balaguer; el Embajador de España, don Javier Oyarzun, y el general Imbert, presidente de la Corporación del Rincón. Pero la asistencia técnica no se limita a los grandes centros hidroeléctricos y a las fábricas de cemento. También se ha cooperado en la restauración del Museo de las Casas Reales, llevada a cabo por el arquitecto Pérez Montas, la museóloga Consuelo Sanz Pastor, y la colaboración de los Ministerios españoles de Asuntos Exteriores, Educación y Ciencia, Trabajo, y el Instituto de Cultura Hispánica. La foto recoge un momento de la visita del Presidente Balaguer al Museo.

GUATEMALA, ANTES DEL TERREMOTO



La vida cultural guatemalteca, interrumpida hoy provisionalmente a causa del terremoto que ha asolado el país, es de las más brillantes e intensas de Centroamérica. Poco antes de la terrible catástrofe, el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Molina Orantes, inauguró los Cursos de este año en la Escuela de Relaciones Internacionales. La primera lección corrió a cargo del Embajador de España, don Carlos Manzanares, a quien presentó el propio doctor Orantes.

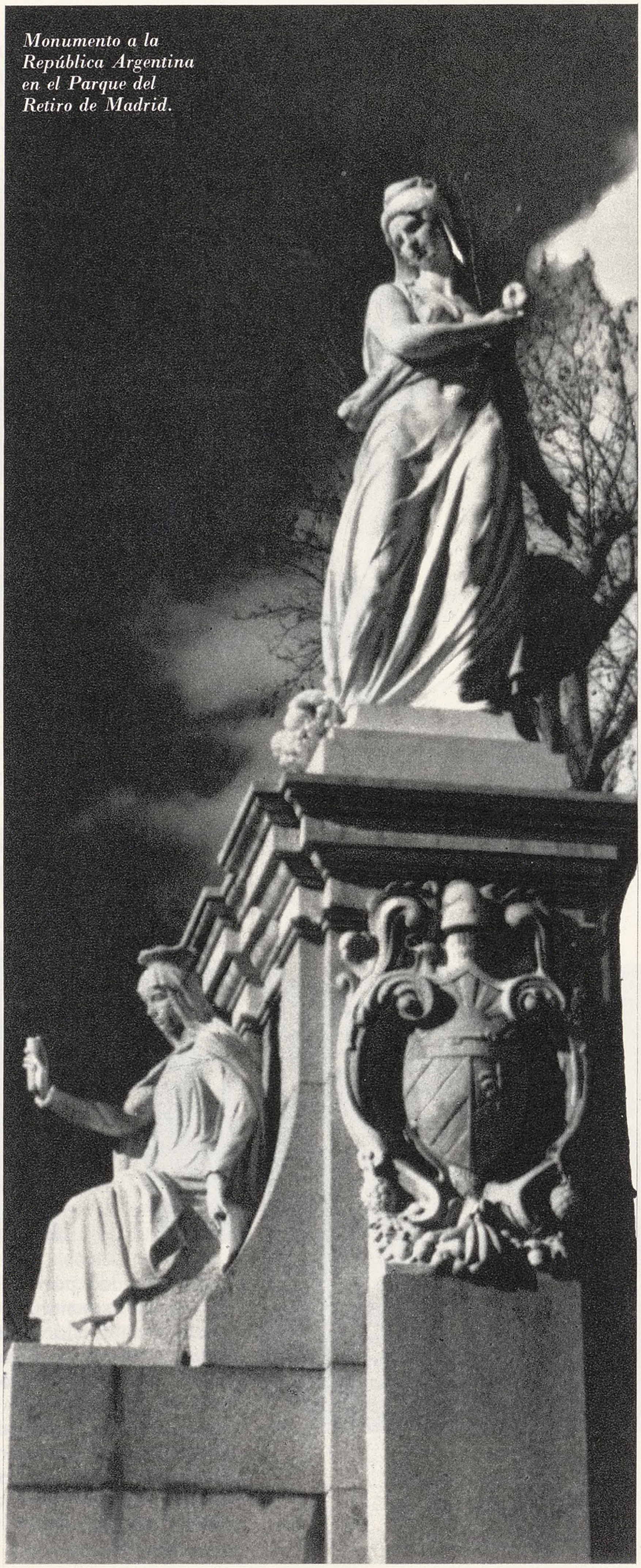
PREMIOS DE NOVELA EN PARAGUAY



Patrocinados por la Embajada de España en Asunción, el Instituto Paraguayo de Cultura Hispánica y el Banco Exterior, se celebran en aquella República concursos de novela corta. El «Hispanidad» 1975 fue entregado por el embajador don Carlos Fernández Shaw a Ana Iris Chaves de Ferreiro por su novela *Andresa Escobar*. Otro premio recayó en Teresita Torcida, y hubo, además, seis menciones de honor.

LA HISPANIDAD Y MADRID

EL RETIRO:



Monumento a la República Argentina en el Parque del Retiro de Madrid.

EL XIX fue un siglo catastrófico para España, tanto en política nacional como en política internacional. Cada Gobierno (o Gabinete), de tantos como se sucedieron, por el procedimiento de la zancadilla, gobernó un poquito peor que el anterior, batiendo marcas ya muy difíciles de batir. Internacionalmente, en cuantos tratados firmados, la imprevisión o la cobardía, que no la suerte, nos deparó «la más fea» para proseguir el baile del gran cotarro europeo. La figura de «roer el hueso» es muy gráfica para nuestros casos. Y para colmo de nuestros entuertos catastróficos perdimos todos nuestros Virreinatos y provincias de América y Oceanía.

En verdad esta última catástrofe resultó para nosotros el más doloroso, el más vergonzoso de nuestros fracasos políticos. Siempre duele, y deja en carne viva, supurante el muñón, que se nos desgaje del tronco y se nos cercene del alma las ramas más frondosas y los más sazonados frutos entrañables: religión, lenguaje, cultura, mestizaje, costumbres, idiosincrasia. Pues tales ramas y frutos eran nuestras provincias y virreinatos de Ultramar, arraigados en paisajes fascinantes. A partir de 1810 fueron abandonando su hogar materno, para, sencilla, lógica y responsablemente vivir «sus propias vidas» y sus propias cuentas, hombres y tierras que ya sentíamos de nuestro mejor linaje.

Entre 1810 y 1898 España se desentrañó de tantos amores centenarios como el Destino —así, con mayúscula— le permitió engendrar, parir, educar, mantener en vilo de emociones y orgullos. España con sus hijas sumó el Imperio más amplio, vario, luminoso y hermoso conocido por la historia universal desde que el mundo es mundo.

UNA FAMILIA DE PAISES

Y, curiosa circunstancia que se repite, inexorable, tanto en los países como en las familias: mientras cada nación mantiene intactas, a su lado y sometidas a su gobierno, las geografías parciales —que engendró con tratados o conquistas bélicas—, como si dijéramos, con modelo familiar: padres e hijos que están entrañados por leyes naturales más dignas y sinceras que las políticas, apenas si países y padres valoran a diario, con sabia apreciación, tales tesoros, pues que las habituales y hasta rutinarias relaciones bastan a su convicción de creerlos ligados a sí mismos por consustanciales e irrompibles razones ya políticas, ya naturales, cuya significación y cuyo signo quedan grabados a fuego en los anales de sus historias. Para que las naciones y los padres empiecen a valorar, también a diario, y con exultación nueva,

UN ALBUM DE NOMBRES INOLVIDABLES

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

el amor que profesan a quienes saben tan allegados a su existencia, es preciso que ramas y frutos se les desgajen de los troncos, con el terrible dolor que causa el hacha que corta sin piedad y que desconoce los métodos para cicatrizar la carne viva y serenar melancólicamente las almas. Entonces, sí, es cuando padres y países se deciden a convertir los hermosos recuerdos en permanentes motivos de fecunda evocación.

Pues bien, todo lo dicho es aplicable a España y, más concretamente a Madrid, capital, tamiz, motor, guía, protagonista de lo español, y el sello certificado de su vigencia irrefutable. Durante el siglo XIX —consúltense crónicas y guías urbanas capitalinas— Madrid, en representación plenipotenciaria de España, no manifestó a las claras su íntimo y gran amor por sus hijas emancipadas. En parte se comprende este mutismo verbal y gráfico, recordatorio, pues que aún las heridas de las bruscas y dramáticas separaciones (diré con mayor propiedad: amputaciones, pues que el enorme tronco y sus frondosas ramas eran ya unidad universal) estaban en carne viva y supurante. Dar tiempo al tiempo... Y cuando transcurrieron los años, la primitiva y egoísta irritación maternal por las filiales sublevaciones fue transformándose en evocación triste, en serena reflexión, pero, dicho está, en resignación melancólica. ¡Las muy amadas hijas que con ella, España, formaron, y siguen formando, uno de los máximos y más ejemplares testimonios de compenetración espiritual, cultural, religiosa, costumbrista, idiomática, racial, de que pueden dar cuenta los siglos en cualquier geografía! A partir de 1898, año en que la terrible poda se consumó en sus últimas ramas (las que ya estaban más sabrosas de hispanidad: las islas del Caribe y las Filipinas), Madrid empezó a rezumar amorosos recuerdos de su troceado imperio, y necesitó ir diciéndolos y escribiéndolos por doquier, para quienes quisieran oírlos o leerlos. Hasta después de la infausta fecha de 1898 (la literatura española de lo infausto se hizo obelisco admirable y sugerente en este año), luego de reflexionar contrita acerca de sus propios y muchos pecados familiares, Madrid no sintió los irresistibles comezones de ir clavando en sus carnes los nombres inolvidables de sus hijas emancipadas del ciego y egoísta amor materno.

EN EL CORAZÓN DE MADRID

Si se busca con alacridad en guías urbanas y crónicas oficiales matritenses anteriores a 1898, no se encontrarán jamás ni para nada esos nombres: desde el de México hasta los de Chile y Argentina, pasando por los de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, los de las seis hijas centroamericanas y los de las hijas del Mar Caribe, y el de la hija —graciosamente rota, como las piezas de un maravilloso puzzle— del Mar de Filipinas... Sí, nombres olvidados —sin olvidanza—, para ser recuperados, poco a poco, lágrima a lágrima, apenas amanecido el siglo XX. Repito: en 1898 España —depauperada y desesperada, con localización menesterosa en el mapa de Europa—, se quedó materialmente (pues que el espíritu no admite finiquitos en su inmortalidad) sin las últimas agarraderas ultramarinas, hispanizadas a fuerza de sangre derrochada y de titánico esfuerzo. Pues bien, es entonces cuando Madrid siente la apremiante necesidad de que los nombres recuperados —en fuego y oro— en su alma, y las gracias y las virtudes de las emancipadas hijas, se prodiguen en su recinto, tantas veces milenario, espectacularmente, porque el orgullo de haber sacado a luz, de un oscuro mundo sin cartografía sospechada exige la honrada y tozuda publicidad. Desde 1901 empezó a decretar que varios de sus paseos y calles, plazas y avenidas fueran bautizados, por lo ortodoxo, con los inolvidables nombres: Cuba, Perú, Nicaragua, Puerto Rico, Filipinas, Bolivia, Paraguay, El Salvador... Sí, nombres luceros de los antiguos virreinatos de Nueva Granada, de Nueva España, del Río de la Plata, de las Cuatro Audiencias (México, La Española, Guatemala y Nueva Galicia), de las otras cinco Audiencias (Los Reyes, Quito, Panamá, Santa Fe, Potosí). Y para empezar a cumplir sus propios decretos, ¿dónde empezará Madrid la publicidad solemne —documental a ojos vistas— de estos nombres inolvidables? ¿Qué tiene Madrid de más bello, de más lírico, de más señor acaudalado, de más sugerente para todas las artes? Fácil de encontrar: el Retiro, el que fue Real Sitio del Buen Retiro y es hoy Parque de Madrid, propiedad inalienable matritense, y uno de los más famosos y hermosos y acreditados parques de ambos hemisferios achatados, y al que la universal literatura ha dedicado panegíricos miles, en verso y prosa, en pinceles y pentagramas. ¡El Retiro, escenario de piezas fundamentales en la historia española!

PASEO POR LA HISTORIA

Noticias generales son éstas: el Real Sitio del Buen Retiro lo fundaron y costearon los madrileños, con miles y miles de ducados sudados en oro para un rostro y un escudo reales, aun cuando las malas lenguas de la Historia (que las tiene, guadianas de su prosopopeya y de su gravedad dataria) atribuyan su fundación —1631— y su pago al favorito Conde-Duque de Olivares, para regalarlo en efemérides gloriosa (comentada en comedias, zarzuelas y romances) al rey don Felipe IV. Dentro de este Real Sitio: un palacio, un teatro, un lago —para naumaquias— y varios arroyos, laberintos vegetales, ermitas barrocas de ilustres personajes del santoral romano, estatuas ecuestres y pedestres en bronces y mármoles preciosos, pajareras exóticas sonorizadas día y noche y expendedoras de plumas cuajadas en todas las gamas, fuentes regadas por amorcillos y sátiros sobre pilones salpicones, raros surtidores elevadores de pulverizados arcos iris, templetes columnados y con bovedillas como de tarta disanta para recoger en ella los primeros duos de amor de los primeros falsos pastores de porcelana precisamente del Buen Retiro, patios porticados a lo toscano para el juego de pelota o el caracoleo de los reales caballos velazqueños, islillas peanas de bien recortadas y peinadas choperas y olmedas, el estilizado cipresal con el *memento* de la muerte inevitable para los regios y aristócratas pecadores... Pero es importante no olvidar que hacia 1898, este Retiro —ya perdida su realeza y ya de la propiedad del pueblo de Madrid—, había quedado en muy disminuida amplitud. Desaprensivos Concejos (muy empachados de urbanismo tasado en pesetas y hasta en reales), sin contar con el permiso de su propietario, habían ido sisando a las claras acaso las hectáreas del mejor recuerdo: aquéllas sobre las que se había levantado el gran palacio filipino y sus más importantes dependencias (entre las hoy Plaza de la Independencia y calle de Antonio Maura) y de las que son vestigios admirables el hoy Museo del Ejército y el Casón, muy retocado éste. Este gran «mordisco» sirvió para que se pavoneasen los urbanistas de la apertura de gran parte del barrio «del Museo del Prado y de la Real Academia», de la buena alineación de las calles de Alfonso XI y Alfonso XII, Juan de Mena, Montalbán y Lealtad... dejando el esquinazo noroeste para el regodeo de la sociedad finisecular, durante los largos estíos, un gracioso recinto: los Jardines del Buen Retiro, buen pasatiempo en las noches veraniegas, con un teatrillo de tablas: «El Felipe», un kiosco para la música de banda militar, varios aguaduchos para los azucarillos y el aguardiente pregonados con música de Chueca, sillas de alquiler «a perra gorda» y varios recodos floreales para disimular los idilios tempraneros aún sin el visto bueno de los progenitores...

EL RETIRO

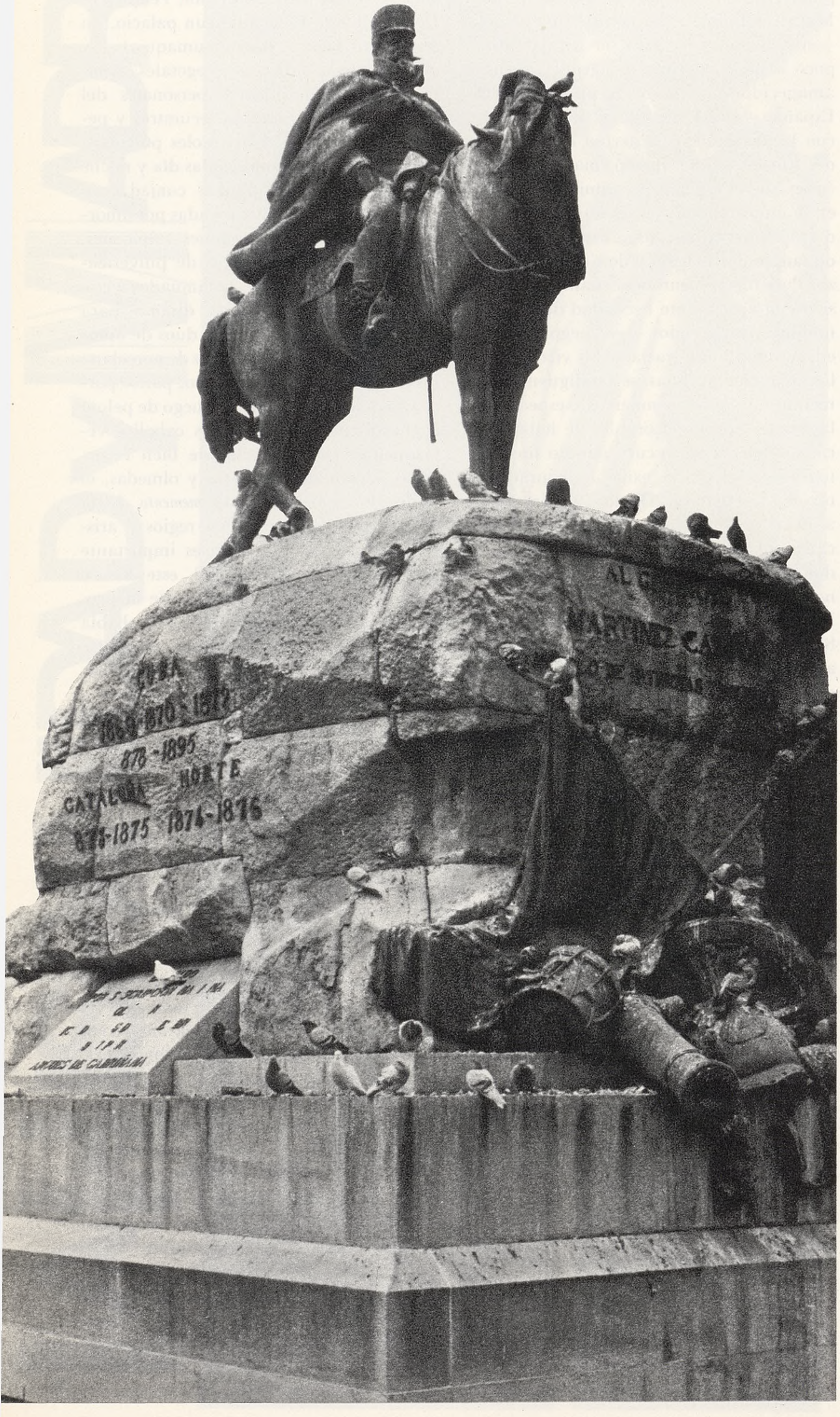


Figura ecuestre del general Martínez Campos.

INVENTARIO DE UNA FIDELIDAD

Pues bien, Madrid en éste su Retiro un tantico mermado, pero siempre seductor y fabricante incansable de amores nacientes y de duelos rubricados por la más suave de las melancolías, empezó a dedicar paseos y avenidas, plazas y glorietas a la publicidad— a su mucha honra y a su mucha gloria— de los nombres inolvidables de sus emancipadas hijas ultramarinas. Y hoy mismo, quien desee hacer inventario de esta publicidad, comprobará cómo Madrid ha seleccionado inmejorablemente los lugares para su evocación. A México y la Argentina ha dedicado los dos grandes paseos que nacen en sus dos puertas principales: la de la Independencia y la de la Lealtad. Aquél termina en la Plaza de Nicaragua, en cuyo centro está la que fue fuente de la reina Isabel II (hoy conocida por la «de los Galápagos»); y éste conduce al mismo centro del gran estanque navegable, y en cuya orilla Este se alza el grandioso monumento al Rey don Alfonso XII. Importa advertir que este Paseo de la Argentina es más conocido por Paseo de las Estatuas, porque en él y a sus lados se alzaron varias de las que fueron labradas para ser colocadas como coronación del Real Palacio y adornos de las aristas e impostas del piso principal, pero cuyo destino truncó un sueño de la Reina doña Isabel de Farnesio, esposa de don Carlos III, en el que se desplomaban tales estatuas, simbolizando el derrumbamiento de sus hijos colocados en varios tronos de Europa merced a su sutil política de fémina talentuda.

La Avenida de Cuba, largo paseo en gamba, une la glorieta del Angel caído con la plaza de Honduras. En esta breve plaza se centra la famosa fuente de la Alcachofa, que primero estuvo situada en el paseo de Trajineros, junto a la Puerta de Atocha. De esta Plaza de Honduras nace el Paseo de Venezuela que termina en el Paseo de Coches (o de Fernán Núñez). El Paseo del Uruguay une la Glorieta del Angel caído con el Paseo de Fernán Núñez. La Avenida del Perú se eslabona con el Paseo de Venezuela y la Glorieta de Martínez Campos (en cuyo centro se alza la estatua ecuestre de este general español recordado con gran gratitud por los pueblos hispanoamericanos por su noble comportamiento al comba-



tirlos). El Paseo del Paraguay nace en el bellísimo Parterre (de exquisita vegetación en disposición geométrica) para desembocar en la Plaza de Honduras. En la Plaza de El Salvador se alza el noble monumento a Cuba, único dedicado a una nación americana en el Retiro. Y en la Plaza de Guatemala se centra el ya aludido monumento dedicado al general Martínez Campos. En la Plaza de Costa Rica se centra el sencillo monumento a Fray Pedro Ponce de León (1520-1584), inventor del método oral puro para enseñar a leer, escribir y contar a los sordomudos. Y paseos o glorietas no menos bellos están dedicados a Panamá, Colombia, Chile, Puerto Rico, República Dominicana, Bolivia, Ecuador... En verdad puede afirmarse que en el Retiro no hay titulaciones (no más de media docena) que no aludan a los nombres inolvidables de las Repúblicas de estirpe hispánica. ¡Asombroso y gozoso que las venas y las arterias del Retiro sean los nombres inolvidables!

¿Cómo iba a olvidarse Madrid de su hija muy amada, Filipinas? En el mismo Retiro y el 10 de junio de 1887 se celebró una Exposición dedicada a ella, a sus hijos, a sus costumbres, a su arte, a sus vetas tan firmemente hispanas. Delante del pequeño lago que se romantiza, aún hoy, ante el Palacio de Cristal, construyóse éste y el dedicado a las Exposiciones de Bellas Artes, y en sus numerosas salas —y en una gruta artificial ladera a ellos y construida en el mismo tiempo— fueron exhibidos los más preciosos objetos de la cultura tagala. En torno a los palacetes se establecieron rancherías de igorrotes; y en el lago hubo piraguas y varios caimanes; y hasta una atemorizante serpiente boa dentro de una gran jaula. En un improvisado escenario, instalado ante el Palacio de Exposiciones de Bellas Artes, fueron representadas las danzas y teatralerías más típicas de las Islas, cuyos productos de arte o utilitarios, luego de asombrar a los madrileños, fueron comprados por éstos, celebrándose animadísimas subastas. Y es que las riquezas del Archipiélago magallánico son tan numerosas como curiosas, y de una asombrosa peculiaridad.



Arriba, Paseo de las Estatuas, y sobre estas líneas, un aspecto del estanque del Retiro en una tarde primaveral.

MONUMENTO CARNAL

Ante el Monumento a la República de Cuba, que se alza en la Plaza de El Salvador, salta una irremediable interrogación: ¿Por qué este monumento, el único dedicado, «en conmemoración total a un país hispanoamericano» en el Retiro, en Madrid? ¿Por haber sido Cuba la hija que tardó más años en independizarse de España? ¿Por ser una de las hijas más enternecedoramente querida? ¿Por ser, aún hoy, una de las que más vivamente, más orgullosamente presume de su linaje hispano? La razón de la ternura puede ser cierta. ¡Tantos más años que sus hermanas vivió Cuba arrimada a la Madre! Su pérdida fue el golpe decisivo en el corazón materno. Sin embargo, hubo de pasar bastante tiempo para que España convirtiera su resquemor dramático en serena melancolía. Uno de los presidentes de Cuba, el general Machado, dio repetidas muestras de su afecto a España. Y fueron estas muestras cordiales las que decidieron a Madrid a proyectar su fervor en un testimonio perdurable. (No debe olvidarse que Cuba, con anterioridad, había dedicado en la ciudad de La Habana otro monumento muy bello a la Madre eterna de la Hispanidad.) Cuando el proyecto iba a convertirse en realidad, fue derrocada la Monarquía Borbónica, y la Segunda República hizo abortar el proyecto.

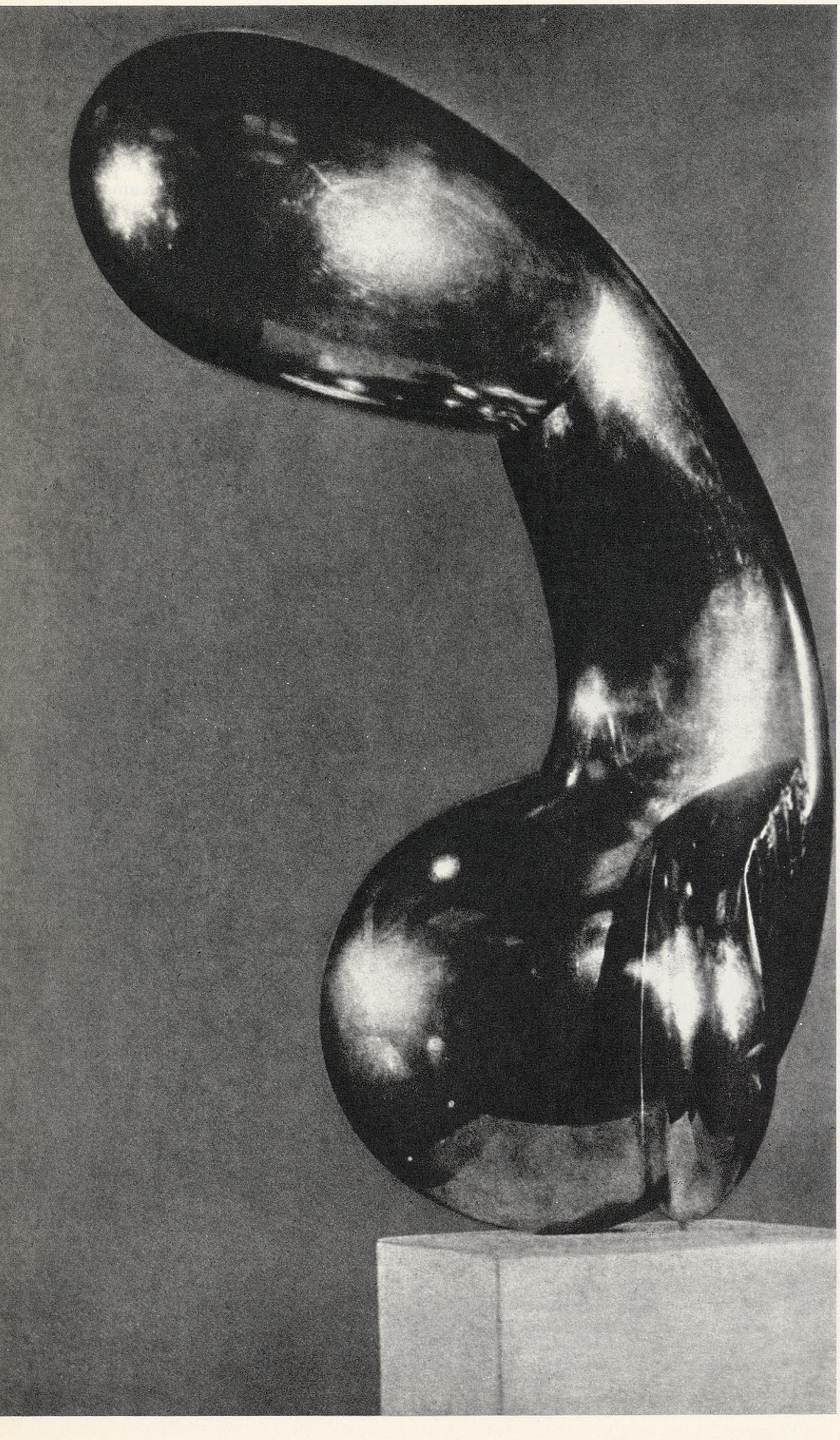
Pero éste revivió hacia 1950; y dos años después fue inaugurado solemnísimamente, compartiendo el entusiasmo los elementos oficiales y el pueblo madrileño. El monumento comprende tres cuerpos, en torno a cuyos cuatro frentes se adosan cuatro pilones semicirculares de granito; desde la gradería de este primer cuerpo se eleva el segundo, que, como la mayor parte del monumento, es de piedra caliza, y del que sobresalen, en sus frentes anterior y posterior, la proa y la popa de una carabela (en bronce) debidas al cincel de Mariano Benlliure, autor de los restantes motivos decorativos. Sobre este segundo cuerpo, las estatuas de la reina Isabel la Católica (obra de Juan Cristóbal) y de Colón (obra de Francisco Asorey). En este cuerpo se afirma el pedestal que sostiene la estatua en que se personifica la gran nación antillana: una gallarda figura femenina, obra de Miguel Blay. Lo que se dice, «a lo chulo», una real hembra, hija inconfundible de su real madre.

Después de lo por mí escrito, ¿quién se atreverá a negar que el Retiro es un álbum, gozosamente melancólico, de nombres inolvidables?.—F. C. S. R.

UN CENTENARIO

CONSTANTIN BRANCUSI

Por JORGE USCATESCU



TAREA ardua y complicada, la de descubrir las motivaciones del arte de nuestro siglo. Ha sido por mucho tiempo, y sigue siéndolo, un arte que se ha movido como en ninguna otra época, en un prolongado e inagotable clima de vanguardia, un arte que ha combinado la llamada del futuro con la melancolía de las supervivencias, que ha hecho lema y dogma suyos la ambigüedad, los manifiestos, las ideologías, las repeticiones en experiencias siempre renovadas, siempre las mismas en sus despliegues formales.

La ambigüedad ha multiplicado las presencias, ha hecho difícil la aparición de personalidades auténticas, cuyas experiencias constituyen criterio definidor de la capacidad creadora y de la imaginación del siglo. Problema difícil fue el de los factores que aseguraran la gestación del nuevo arte. Problema difícil de concretar aún fue el de ver en las cuestiones del espacio representativo, plástico e imaginativo, la cuestión clave del arte del siglo, que condicionará profundamente forma, color, volumen, cuerpo, idea del arte, su dimensión cultural.

En esta atmósfera se produce el impacto de la obra de Brancusi. El tema nos ha llamado la atención más de una vez y podemos reafirmar que ha interesado profundamente tanto a la sociología como a la psicología del arte. En efecto, no es cosa indiferente establecer las fechas en que se realizan las grandes mutaciones en los conceptos estéticos. Momentos así los representan el arte egipcio en su prolongada fase culminante, con su principio de la frontalidad y su eleatismo, la plenitud del arte griego o, en nuestro propio contexto cultural, las grandes revoluciones figurativas del Quattrocento y del Impresionismo.

Dos fechas concretas han sido establecidas más o menos arbitrariamente para marcar estas dos grandes mutaciones del concepto estético de lo pictórico: 1480 y 1880. La irrupción de la obra de Brancusi en la vida artística de nuestro siglo nos ofrece una fecha concreta: el año 1926. Es el año de una curiosa aventura, a la cual hemos aludido alguna vez, pero que ahora vamos a seguir a través del «racconto» que nos brinda la mejor monografía sobre Brancusi aparecida hasta la fecha: la de Ionel Jianou, publicada por la editorial Arted de París.

El hecho ocurrió a mitad de camino entre esta hora y la hora del nacimiento del gran artista: en el mes de noviembre de 1926, cuando Brancusi cumplía sus cincuenta años. En una atmósfera apacible, como nos cuenta Jianou, en un momento de serenidad en la vida del artista. Brancusi se apresta a realizar su primera gran exposición en la Brummer Gallery de Nueva York. Gran parte de la obra del artista estaba ya realizada. Sus grandes proyectos, incluidos los que iba a realizar más tarde, estaban ya maduros, gran parte de ellos habían tenido ya sus primeras versiones. Treinta y siete esculturas y una buena cantidad de dibujos estaban preparados para esta gran exposición personal.

Ahí estaban las obras maestras: «El Beso», en su versión en piedra de 1908; «La Maiastra», de 1912; cinco versiones del «Pájaro en el Espacio», en mármol blanco, mármol amarillo y bronce pulido; «El Pájaro de Oro», «Mademoiselle Pogany», en bronce pulido y mármol; «La Princesa X», «El Pez», «El recién nacido», «El principio del mundo», «La negra rubia», en bronce pulido, y esculturas en madera como «El hijo pródigo», «Adán y Eva», «Sócrates», «El jefe», «La columna sin fin» y «La quimera». Paul Morand presentaba el catálogo de las obras, integrado por poemas ocasionales firmados

por Myrna Loy y Jean Robert Foster y una serie de testimonios firmados por Clibe Bell, Ezra Pound, Carl Sandburg, Forbes Watson, H. Mac Bride, Walter Pach, Ralph Flint, Angus Wilson, Andre Salmon, Paul Westheim, Jacques Doucet, Flora Merrill y Albert Dreyfus.

INCIDENTE EN LA ADUANA DE NUEVA YORK

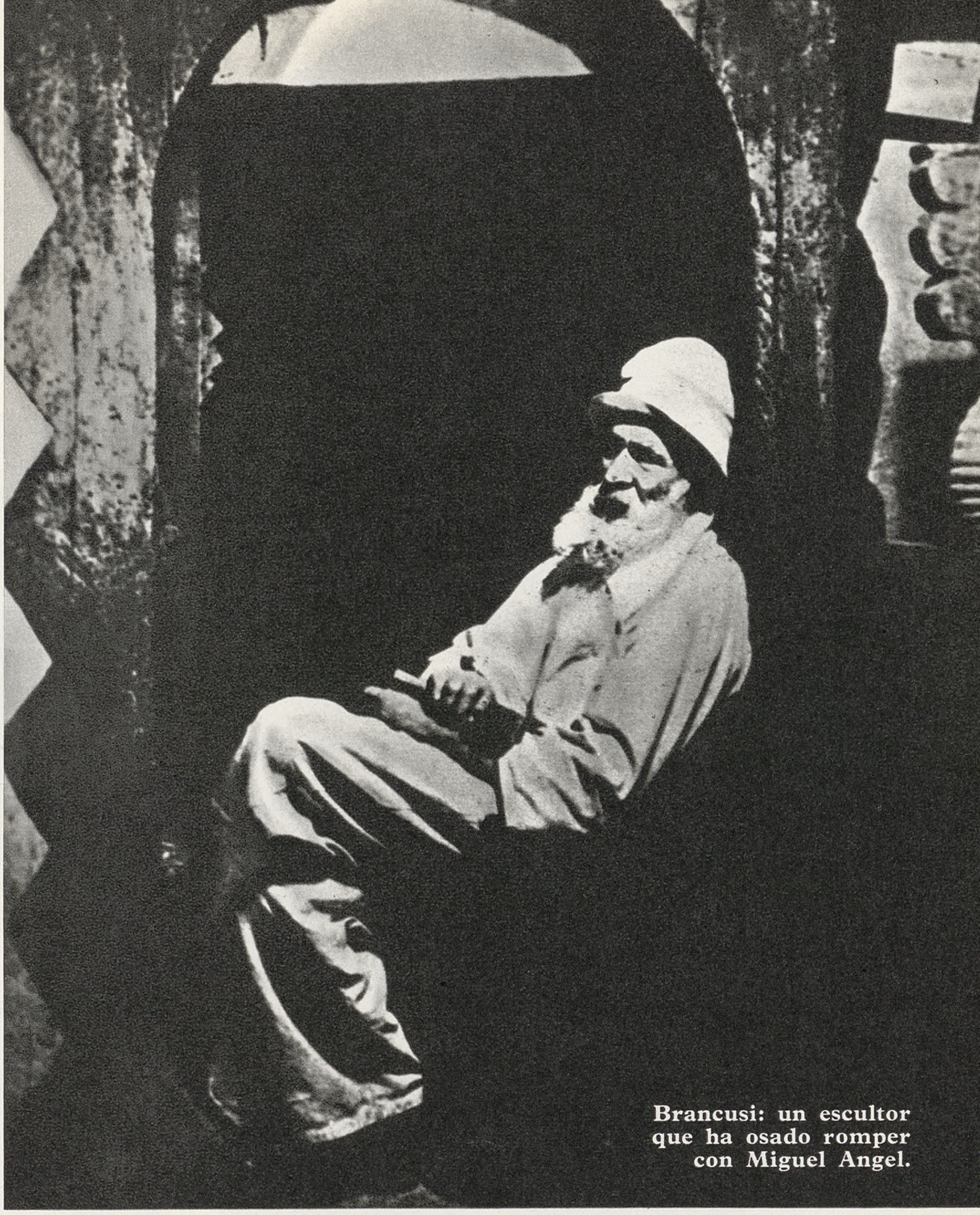
El éxito fue total y se vendieron gran cantidad de obras. Pero el acontecimiento vino acompañado de lo verdaderamente significativo. Al llegar parte de las obras a la aduana de Nueva York, los funcionarios de la misma denegaron la franquicia prevista para las obras de arte a una de las grandes obras de Brancusi: «El Pájaro en el Espacio». Se exigió un impuesto de 210 dólares como derecho de Aduana para esta obra considerada como objeto industrial aislado. «A pesar de sus protestas, escribe Jianou resumiendo el incidente, Brancusi fue obligado a pagar, propuso un pleito a la oficina de Aduanas reclamando la restitución de la cantidad percibida. El proceso enfrentó a los pardarios del academicismo y los defensores del arte moderno. Los escultores Robert J. Aiken y Thomas H. Jones, designados como expertos por el tribunal, contestaron que no podía ser considerada ni como obra de arte, ni como escultura, porque no despertaba ningún placer estético y constituía un abuso de la forma normal de una escultura».

Los detalles del proceso constituyen un auténtico «dossier» incluido por Carola Giedion Welker en su excelente monografía sobre Constantin Brancusi. El juez Byron S. Waite preguntó a uno de los testigos de la defensa: «¿Si usted viera un pájaro así en el bosque lo reconocería usted y se sentiría tentado a cazarlo?» Sin embargo, no faltaron numerosos y entusiastas testigos dispuestos a defender el carácter artístico de la obra de Brancusi.

Lo hicieron el escultor inglés Jacob Epstein, el crítico de arte Henry Mac Bride, el director de la revista *Vanity Fair* y el artista fotógrafo Edward P. Steichen.

En uno de los reportajes publicados por la Prensa de Nueva York se reproducía el interrogatorio del juez a Epstein. A la pregunta del juez; «¿Por qué este objeto es una obra de arte?» Epstein contestaba: «Este objeto satisface mi sentimiento de belleza. Yo lo encuentro muy bello». «¿Entonces una barra de cobre muy bien pulida y armoniosamente curvada puede ser considerada también como una obra de arte?», volvió a preguntar el juez. «Puede convertirse en arte» contestó Epstein.

A la pregunta de un juez si un simple obrero podría ejecutar esta obra, Epstein replicó que un simple obrero no puede realizar una obra de arte. Un simple obrero puede realizar un pulimento pero no puede concebir la obra de arte. Mientras para Epstein resultaba secundario si la obra representaba un pájaro en el sentido zoológico del término, para el juez neoyorkino la obra en cuestión podía sugerir igualmente la quilla de un barco o la luna y para el abogado de la Aduana un pez o un tigre. «Por primera vez —concluye el biógrafo de Brancusi—, un Tribunal americano era requerido a decidir si una escultura que no ofrecía una imitación servil de la naturaleza podía ser considerada como una obra de arte. Algo considerable estaba en juego y por ello en torno a esta escultura de Brancusi se libró una verdadera batalla sobre los principios mismos del arte moderno y el derecho del artista a una libre interpretación de la forma escultural.»



Brancusi: un escultor que ha osado romper con Miguel Angel.

DEFINICION DEL ARTE MODERNO

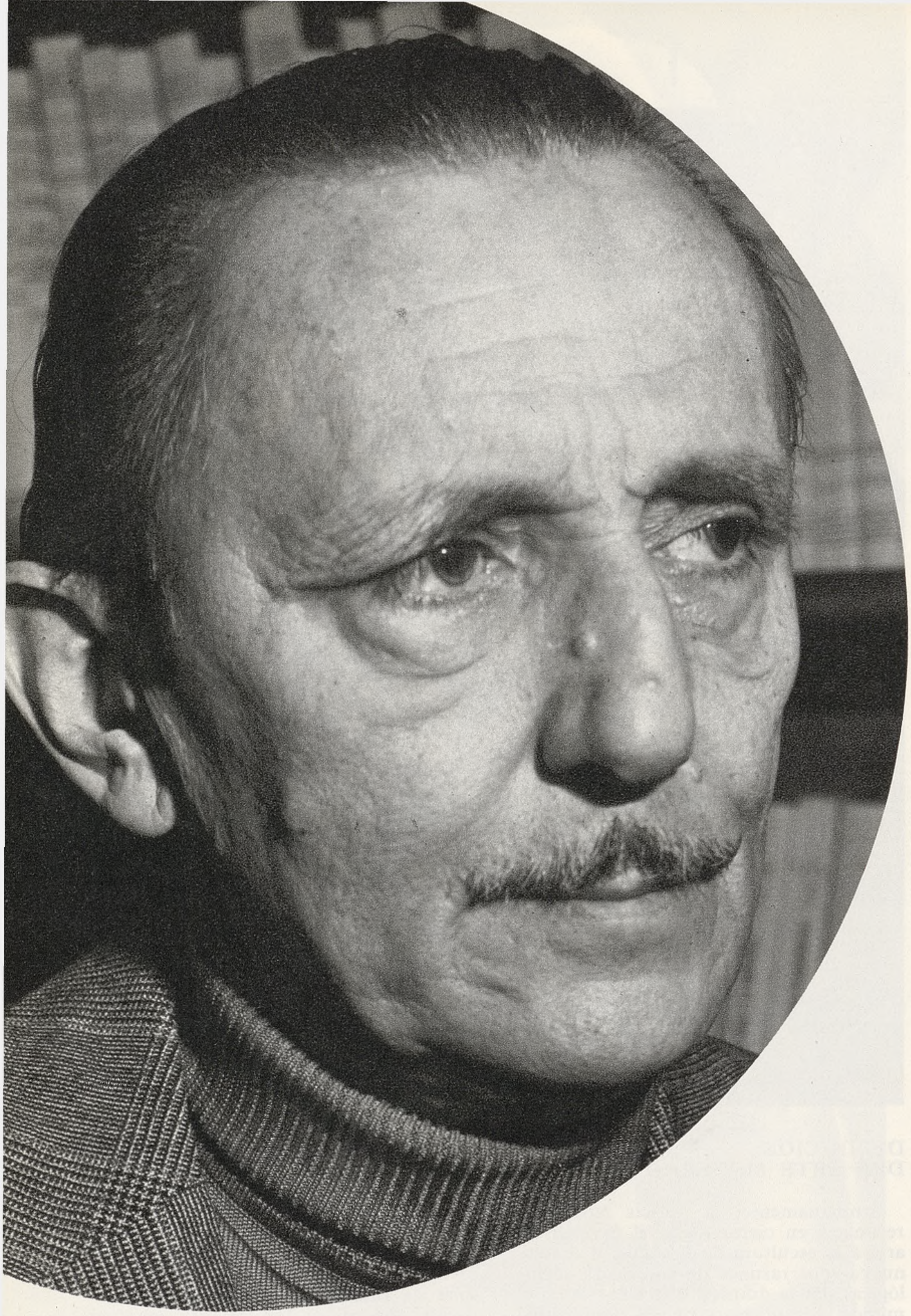
Ambiguamente, la justicia americana reconocía en cierto modo el carácter de arte a la escultura de Brancusi y al «arte nuevo» por razones de naturaleza sociológica: por la difusión que tenía ya en el mundo el «arte abstracto». Es significativo que provocara este reconocimiento jurídico del arte como hecho sociológico un artista para quien la concepción plástica correspondía a una versión integral del arte. Para quien supo integrar en un contexto artístico una serie de elementos que rodearan la obra de arte en sí y para quien «no es la forma exterior lo real en la obra de arte, sino la esencia de las cosas». He aquí al *primitivo* Brancusi anticipando a otro *primitivo:* Martín Heidegger. Plástica y Metafísica que se encuentran en una concepción única del arte. Lo decorativo y lo esencial operan a partir de Brancusi un encuentro que será la definición auténticamente moderna del arte de nuestro siglo.

Porque Brancusi, que fue creador de formas, fue también buscador de esencias y buscador de «nombres». Los «nombres» acompañan toda su obra, varían y ofrecen renovadas significaciones. «Pájaro en el Espacio», «Pájaro maravilloso», «Columna sin fin», «Columna del inifito», «Beso», «Puerta del Beso», «Mesa de los hambrientos» —de los «hambrientos del espíritu» (que en palabras de un viejo comentarista fueron para Brancusi, allá en el París de 1911, entre otros, Apollinaire, Blaise Cendrars, Le Corbusier, Fernand Leger, Modigliani), «Masa Omeniei» (de aquella intraductible hombría de bien o buena hombría rumana)—, «Mesa del recuerdo» y finalmente «Mesa del silencio» en la realización definitiva y monumental —arquitectónica— de la famosa «Mesa redonda» de Brancusi. En esta *Mesa del buen consejo,* cuyos caballeros son la visión solar de Brancusi, los viejos campesinos dacios que nunca han muerto sobre el haz de sus tierras, encontramos la expresión postrera de esta búsqueda de la esencia de las cosas que fue lo esencial en la obra de este gran artista cuyo centenario se celebra ahora.

TRIPLE MILAGRO

Porque se cumple este año algo más importante que el cincuentenario del nacimiento oficial del arte moderno. Se cumple el centenario del nacimiento de Constantin Brancusi. Conmemorarlo significa de hecho concentrar en su nombre un triple milagro. Milagro de la plástica de nuestro siglo, en el cual el artista realizó un papel similar en cierto modo al de Dédalo.

Un Dédalo de la claridad absoluta: la claridad del esfuerzo. Milagro de la esencia y destino del arte contemporáneo. Milagro, por fin, gran milagro, que rompe cualquier límite de una racionalidad histórica, de la cultura de su pueblo. Un triple milagro que asegura una presencia artística virgen y arrebatadora. Así se explica que el siglo haya dado un escultor que osara romper con Miguel Angel. Con la forma plástica hecha carne o con la carne dolorida hecha piedra.—■



UNA FACETA OCULTA DE BUERO VALLEJO

«¿Por qué no podría haber sido yo un pintor?»

Por FRANCISCO PORTES

IMPRESIONANTES DECLARACIONES DEL CELEBRE DRAMATURGO Y ACADEMICO ESPAÑOL

ESTOY sentado frente a Antonio Buero Vallejo. Me sugiere que podemos empezar la entrevista, y me mira como desde dentro, con una mirada reflexiva y seria. Este hombre, aquí y ahora, me recuerda los famosos versos de Rubén: «Silencioso y misterioso iba una y otra vez. Su mirada era tan profunda que apenas se podía ver.» Y también, Buero, cuando habla tiene un dejo de timidez y de altivez. Me ofrece tabaco... Su voz es como un largo hilo humano al que le sonaran los huesecillos. Habla con tal cautela, con tal ansia de precisión que parece estar sacándoles punta a las palabras. Se me ocurre hacer la entrevista saltando de un tema a otro bruscamente para intentar que no se acomode, que no se interiorice en exceso. Hay que romper, si es posible, esos pies de plomo, esa cautela; aprehender, con una arriesgada estrategia, algo hondo y espontáneo.

—Empecemos, Buero. El telón se levanta en Guadalajara el día...?

—*29 de septiembre de 1916. ¡Ya ha llovido!*

—¿Qué es la infancia?

—*Hay muchas infancias. No es lo mismo la infancia de un chico de obrero, como la infancia de un niño rico, como la infancia de un chico de la clase media... como fui yo.*

—¿Cómo eran sus padres?

—*Mi padre era ingeniero militar. Mi madre era una mujer sencilla, de extracción más bien rural. Mi padre era un hombre que recuerdo con mucho afecto. Era muy aficionado a la literatura y a la pintura. Yo he leído mucho teatro en las colecciones que él compraba. Todo eso indudablemente me fecundó mucho de chico.*

—¿Y qué pasó con el Buero pintor?

—*Yo podría decir humildemente que en el fondo no era pintor y que por eso abandoné la pintura. Pero acaso esto no sería exacto. ¿Por qué no podría haber sido yo pintor? Yo era un chico bien dotado para la pintura...*

—¿Por qué empezó a escribir?

—*Esto sería un poco oscuro de analizar. En fin, si yo empecé un día a escribir de una manera premeditada y consciente era, probablemente, porque aunque me creía pintor de chaval ya en el fondo llevaba dentro un escritor, aunque yo mismo no me diera cuenta.*

—¿Qué poeta prefirió en su juventud?

—*Probablemente, Antonio Machado.*

COMPAÑERO DE CELDA DE MIGUEL HERNANDEZ

—¿Qué fue la guerra española, Buero, vista ahora, a los cuarenta años...?

—*Yo creo que la guerra española fue un disparate espantoso. Pero no, sin embargo, absurdo. Fue la consecuencia de un conflicto de intereses muy grande, debido a las grandes tensiones políticas y sociales que el país sufría de largo tiempo atrás, en el sentido de un deficiente desarrollo del país como tal y en el sentido de una distribución arcaica y equivocada de la riqueza, sobre todo de la riqueza rural. Todo esto determinaba en España un cuadro de injusticia social flagrante que fue conducido inevitablemente a la guerra, probablemente porque ante el ímpetu creciente de las clases trabajadoras en el ejercicio de su derecho de pedir más y de tratar de llevar las cosas a sus propios intereses de clase se sublevaron y alarmaron a las clases pudientes. De esto surgió un conflicto que tendría que haberse resuelto por vías más conciliadoras y que, sin embargo, se resolvió por una tragedia de la cual todavía estamos pagando las consecuencias.*

—¿Sacó de la cárcel alguna experiencia fundamental?

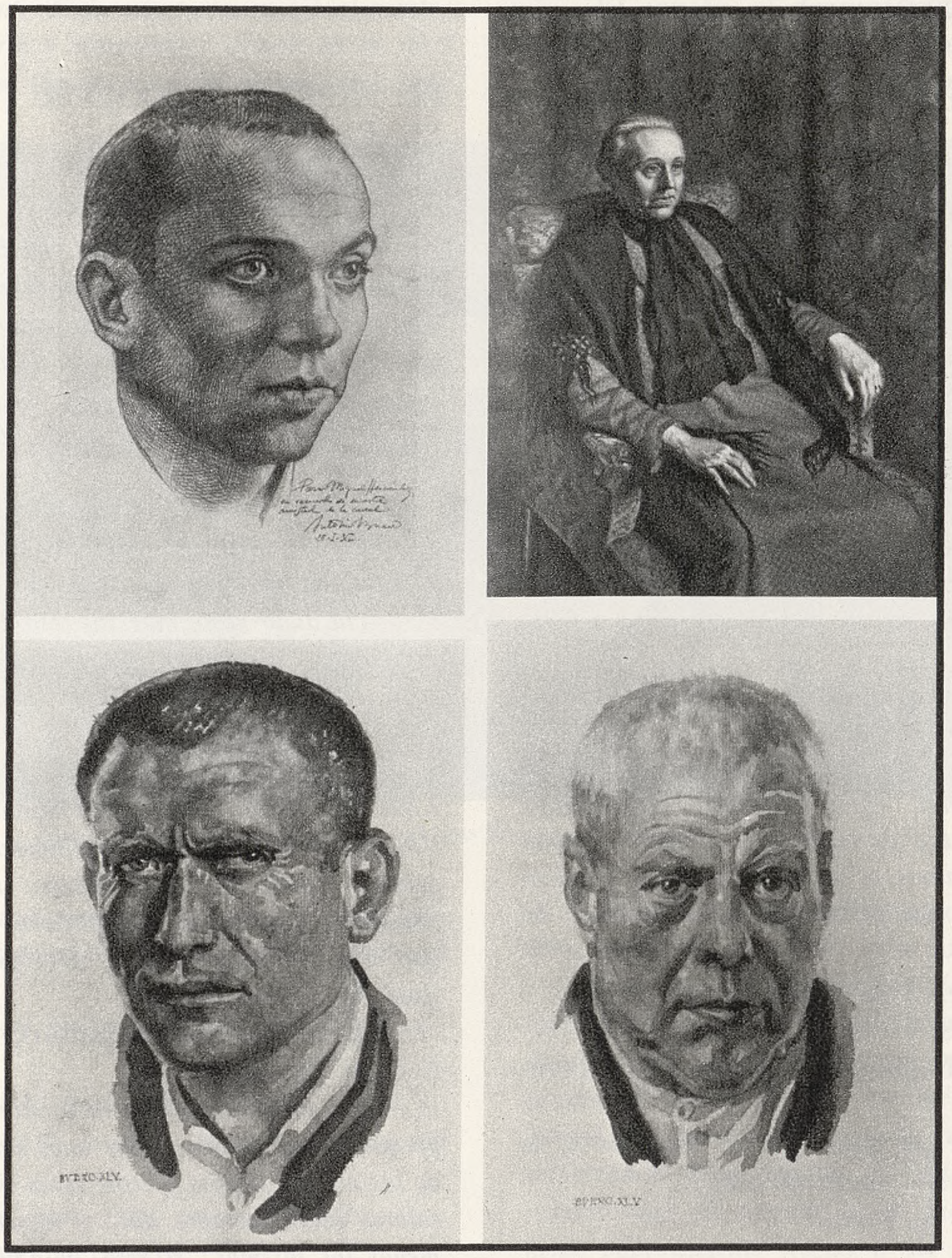
—*Para mí la cárcel no ha sido ni muchísimo menos una experiencia negativa. El período carcelario, como tal, aunque está lleno de cosas tremendas, de amarguras grandes y de incomodidades de todo tipo, «donde toda incomodidad tiene su asiento», que ya decía Cervantes refiriéndose a las cárceles que conoció, entraña mucha vida, mucho compañerismo...*

—¿Recuerda tres o cuatro nombres de compañeros?

—*Y doscientos o trescientos también... Siempre es obligado citar a Miguel Hernández, porque conviví con él en la cárcel. Lo había conocido en la guerra pero de una manera superficial. En la cárcel convivimos durante un año aproximadamente y entonces sí llegamos a ser muy amigos. Este es un recuerdo imborrable por la gran categoría de este muchacho... Muchacho se le podía llamar todavía cuando desapareció.*

—¿Pintó usted a algún compañero en ese período?

—*Sí. Yo me pasé los seis años y medio de reclusión casi con el lápiz en la mano. Hice incontables retratos a los compañeros.*



Cuatro dibujos originales de Antonio Buero Vallejo. A la izquierda, dos retratos del poeta Miguel Hernández; a la derecha, los padres del dramaturgo y académico español, también notable pintor y dibujante.

Hay algo que no sé cómo preguntárselo. Enciendo un cigarrillo..., y me decido: —Buero, ¿podría decirme qué pasó con su padre?

Le da unas chupadas al cigarrillo. Mueve la cabeza con tristeza y me responde muy lentamente:

—*Bueno, esto es una historia muy triste y muy desagradable para mí. No es algo de lo que yo suela hablar porque he comprobado que cuando se toca este tema, siempre se producen reacciones equivocadas. Es decir, unos piensan que yo apruebo lo que sucedió y otros piensan que me da vergüenza hablar de lo que sucedió...* (Ahora, Buero, me mira de frente y con fijeza. La más clara y humana mirada que me dirige en toda la entrevista). *Le diré, sencillamente, que en los primeros tiempos de la guerra, cuando se extendió la alarma, promovida por un general del campo vencedor, en el sentido de que Madrid sería tomado por la Quinta Columna y no por ninguna de las cuatro que se acercaban, se produjeron muchísimas detenciones preventivas y mi padre, en su calidad de militar, fue detenido también. De momento sin acusación concreta. Era una cosa que nos dejó relativamente tranquilos porque veíamos que no era una detención por motivos ni acusaciones concretas. Pensábamos que sería pasajero, como en efecto lo fue para muchos de los detenidos, una vez que pasaron los peores momentos. Pero muchos no tuvieron esa suerte y a mi padre le tocó la china también. En los primeros días de noviembre,* ▶

cuando las fuerzas de Franco acosaban a Madrid y hubo inminente peligro de que la ciudad cayera, organizaciones o grupos, más o menos incontrolados, fueron a las cárceles con sus listas y sacaron a muchos para fusilarlos... Y a mi padre le tocó ese triste destino.

«NO SE HACEN LAS REVOLUCIONES SACRIFICANDO A GENTE INOCENTE»

—¿Qué les diría usted hoy a los que mataron a su padre?

Otro tenso silencio. Noto como si Buero me hubiera agradecido la pregunta.

—Yo les diría... que... no se hacen las revoluciones sacrificando a gente inocente. Que lo piensen..., si todavía viven.

Se ha emocionado. De la voz se le descuelgan casi imperceptiblemente jirones de ternura y de violencia.

—¿Nombre de tres dramaturgos modernos?

El brusco viraje le sosiega.

—Yo citaría a Pirandello. Es padre del teatro moderno. En unas proporciones todavía no muy bien entendidas. En el caso de España, citaría a Valle Inclán y a García Lorca.

—¿Qué es lo que fundamentalmente se le ha escatimado al hombre español?

—En este largo interregno, las libertades fundamentales del ser humano han estado bastante deterioradas. Para el escritor la libertad de expresarse, y para el hombre, la libertad de asociarse o de protestar o de plantear huelgas, etc., son cosas que pertenecen a los derechos del hombre.

—¿Pintó alguna vez a su madre?

—Sí. Dos o tres veces.

—¿Y usted se ha hecho alguna vez su autorretrato?

—Pictórico, sí. Hace ya muchos años. Esto no es la consecuencia de un supuesto narcisismo sino...

—¿Su pintura está en venta?

—No, no...

—¿De qué color es la justicia?

Sonríe. No sé si me contesta un poco en broma.

—La justicia en el sentido absoluto de la palabra es blanca.

—¿Y el miedo?

—Es negro, claro.

—Valle, Alberti, Lorca y Buero introducen en su teatro un ingrediente apasionante que yo llamaría «dialéctica pictórica». Ingrediente más bien estético en Alberti y Lorca, más conflictivo en Valle y Buero. ¿Es así? En caso afirmativo, ¿es porque tanto Valle como Buero son hombres de teatro más totales que los otros dos?

—No. Yo no me atrevería a decir que Valle Inclán y yo seamos hombres de teatro más totales que los otros dos. No me parece que las razones de esa supuesta dialéctica más conflictiva en unos y más estética en otros procedan de que Valle Inclán y yo podamos ser más hombres de teatro que los otros dos, sino simplemente de cuestiones que podríamos llamar de carácter.

—¿No ha hecho usted nunca directamente los figurines y bocetos de alguna de sus obras?

—Nunca me he propuesto suplantar la acción propiamente dicha del figurinista y del decorador. Ahora bien, lo que sí he hecho muchas veces, a título de ayuda y de aclaración de lo que a mí me interesaba, ha sido algunos ligeros bocetos, tanto de posibles decorados como de algún aspecto del atuendo, o incluso de la caracterización.

EL PAPEL DEL COLOR EN EL TEATRO

—¿Sus pintores actuales?

—En España ha habido siempre muy buena pintura. Yo ya voy para los sesenta e inevitablemente mi sensibilidad ha podido quedar un poco anclada en algunos de los pintores que me entusiasmaron de más joven. En ese sentido, me han gustado Picasso, Gutiérrez Solana, Vázquez Díaz..., y, ya un poco más tarde, Zabaleta, Pancho Cossío, Palencia...

—¿Tapies, Viola, Barjola?

—Por supuesto. Me gustan mucho Barjola y Viola...

—¿Qué me puede decir del grupo «El Paso»?

—Ha dado gente muy interesante. Pero yo propendo a lo individual. Me parece que aunque todo esté muy colectivizado, inclusive la cultura, y nadie seamos nada si no es con el concurso directo o indirecto de los demás, la forma propia de la creación artística verdadera me parece que sigue siendo, y que va a seguir siendo, predominantemente individual. Por ello, prefiero hablar concretamente de personas, no de grupos. Puedo citar a Sempere, cuyos geometrismos, muy finamente cromáticos, me parecen extraordinarios. Habría que citar a muchos más... De las últimas promociones a José Hernández, a...

—¿Con qué colores pintaría el actual mapa político de España?

—Eso me parece que viene a estar como ha estado siempre, porque lo que sucede es que unos colores flotan más al calor de las circunstancias y otros están más soterrados... Pero los colores están siempre ahí, y vienen siendo siempre más o menos los mismos: el rojo, el azul, el verde..., tal vez el blanco.

—¿Ha pintado alguna vez a su esposa?

—No. Y es un dulce reproche que ella me hace algunas veces.

—¿Y a su padre?

—Mi padre murió cuando yo tenía 19 años. Esto quiere decir que no hubo tanta oportunidad para decidirme a pintarlo, como años después hice con mi madre. Ahora bien, de muchacho sí le hice algunos dibujitos, incluso alguno con intención caricaturesca, otros en serio...

—¿Juega en su teatro el color un papel distanciador?

—No sé si se le podría llamar un papel distanciador. Me parece que el color sí juega en mi teatro, puesto que, al fin y al cabo, he tenido siempre una gran sensibilidad para lo plástico. Ahora bien, el papel que el color, según mi criterio, en cada caso, pueda jugar, lo mismo puede ser distanciador en determinados aspectos de la obra, como ser

todo lo contrario: una manera de aumentar la aproximación del espectador frente a ella.

—Al decir un papel distanciador quiero decir que provoque una situación crítica en el espectador. Las pinturas negras en «El sueño de la razón» llegan al espectador ya no tan sólo como pinturas negras sino con determinadas y determinantes connotaciones históricas y estéticas. Se produce una situación crítica.

—*Por supuesto. En esa obra es donde quizá esto se expresa con más claridad. Todo esto tiene, inevitablemente, la distancia de la historia y representa y cumple en la obra un papel que pudiéramos llamar no sé si distanciador pero sí de comentario y de interpretación personal de esas pinturas. Ahora bien, también están ahí esas pinturas como un elemento emocional...*

—Contésteme a una pregunta que yo no le haya formulado.

El nuevo corte en el hilo del discurso causa su efecto. Se le impacienta la voz, mueve las manos nerviosamente y dice:

—*Yo soy muy torpón para estas cosas... No sé...*

—¿Podría dictarme su epitafio?

—*La verdad es que no he pensado en mi epitafio... Lo más probable es que, si hay una tumba, ponga: «Antonio Buero Vallejo. Escritor». Y nada más.*

COMPROMISO DEL ESCRITOR CON LA VERDAD

—Dice Sartre: «La cultura no salva nada ni a nadie, no justifica.» ¿Usted lo cree?

—*No. Sartre es un pensador eminente y un gran escritor. Pero esto no le impide tener desigualdades o descensos de nivel y, siquiera de una manera críptica, contradicciones. Sartre puede haber dicho en un momento de humildad que la cultura no justifica. Pero yo no creo que en el fondo él lo crea del todo. Entonces no escribiría. Cuando uno escribe novelas, teatro, ensayos filosóficos, etc., es porque cree que de alguna manera tienen una virtud salvífica y justificante.*

—¿Qué es el compromiso del escritor?

—*El escritor no puede estar de espaldas a los hombres, ni a la sociedad, ni a su tiempo. El escritor está, por lo tanto, comprometido con los hombres, con la sociedad y con su tiempo en el sentido de tratar de, en sintonía con ellos o en discusión con ellos, mejorar y avivar la conciencia de los problemas humanos y sociales que tenemos siempre rodeándonos. Resumiendo: el escritor con lo que está comprometido es con la verdad. El escritor es un hombre que debe buscar y defender la verdad.*

—El artista, el dramaturgo ¿es como un espejo? O más aún ¿como una conciencia?

—*Yo creo que es como una conciencia.*



Buero Vallejo responde a las preguntas de nuestro colaborador Francisco Portes.

—¿Y no cree que además de ser un espejo y una conciencia es también una subconsciencia?

—*Por supuesto. Siendo las vías propias de la creación estética no solamente las del razonamiento lógico sino también las de la emoción y las de los efectos subliminales, los grados de conciencia pero también los grados de subconsciencia que puede haber en toda creación estética tienen una importancia muy similar. E incluso muchas exploraciones e intuiciones del creador en las cuales hay un fuerte componente subconsciente llegan a ser mucho más luminosas y aclaratorias que las que él ha podido abordar solamente por la vía consciente.*

—La ciencia puede revelarnos las características sociales del individuo o...

—*O incluso los procesos electroquímicos de su cerebro... Todo eso está muy bien. Pero el creador busca una verdad más de fondo y más inmediata. Y entonces se mete en unas honduras que todavía no están bien iluminadas por la ciencia pero que siguen siendo vitalmente necesarias de abordar y de comprender... y de vivir por el hombre.*

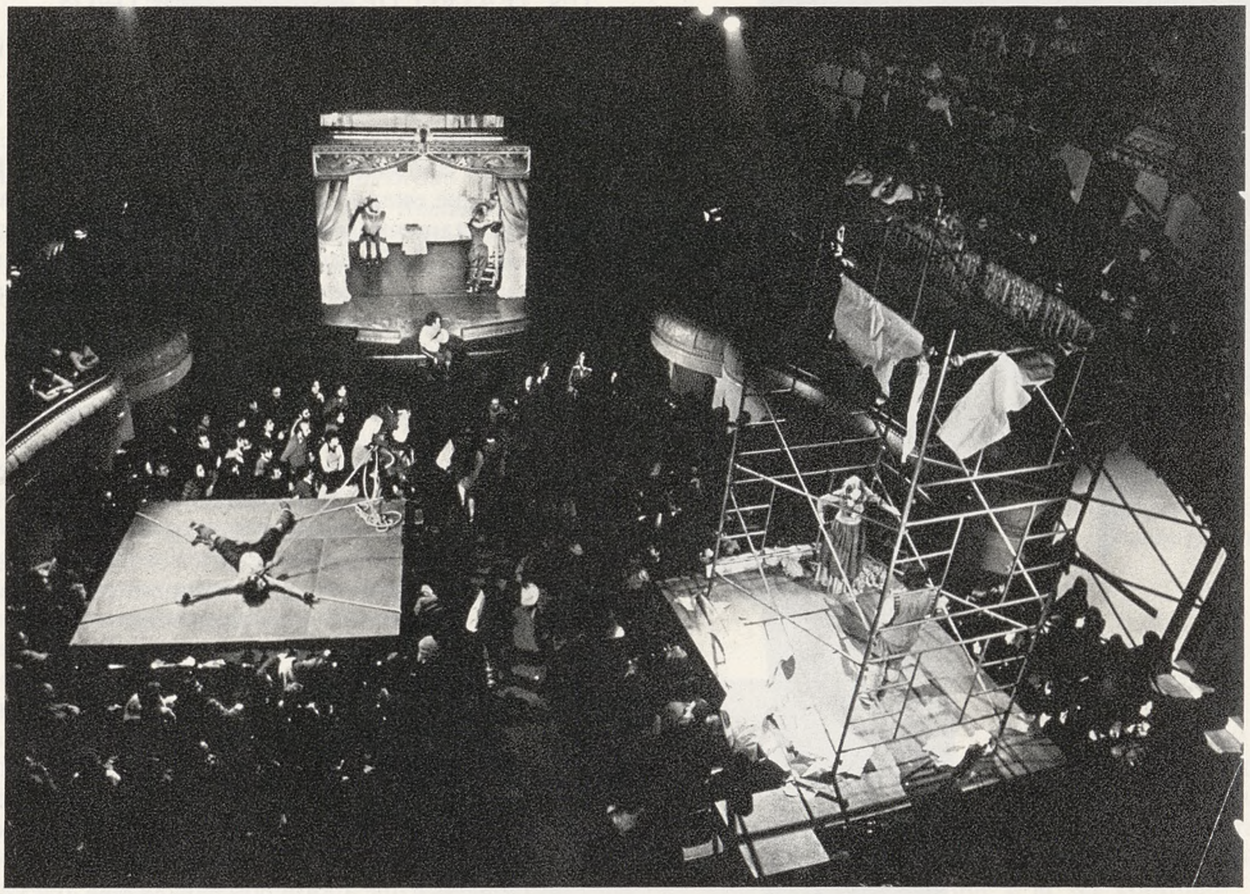
La conversación ha terminado. Entra en la salita en donde estamos, Victoria, su mujer —magnífica actriz, por cierto— y la charla se generaliza. Noto en Buero algunos detalles dulces, tiernos, para con su mujer. El matrimonio me acompaña hasta la puerta. El telón cae... mientras me alejo pensando en la hermosa necesidad de algunas lúcidas conciencias...—■


HERACLIO
Fournier s/a
VITORIA · ESPAÑA ·
artes gráficas
FABRICANTES DE
NAIPES
DE ALTA CALIDAD
IMPRESORES DE SEGURIDAD
SELLOS POSTALES
PARA NUMEROSOS PAISES
ESPECIALIDAD EN
LIBROS
REPRODUCCION
IMPRESION
ENCUADERNACION
Calle HERACLIO FOURNIER, 19 - APARTADO 94 - TEL. 251100*
TELEX 35 5110 FOURN E - VITORIA (ESPAÑA)
PRIMER CENTENARIO
1868 * 1968
HERACLIO
Fournier
VITORIA (ESPAÑA)

A MODO DE BALANCE DEL AÑO 1975

LA CULTURA CATALANA HOY

Por PATRICIA GABANCHO

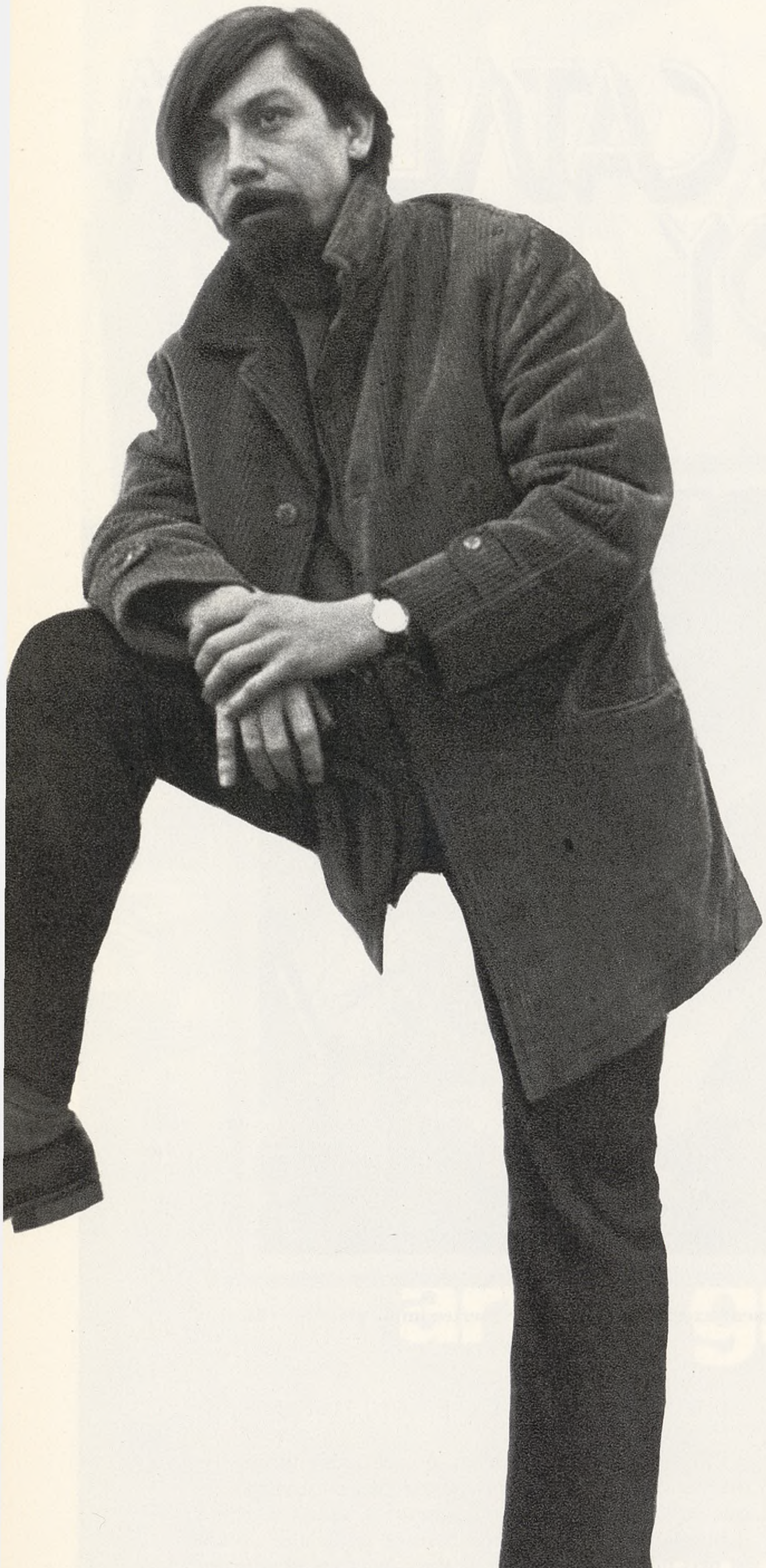


«Alias Serrallonga», del grupo Els Joglars, en el Teatro Romea: excelente montaje de fuertes implicaciones críticas.

MIRAR hacia atrás no es la mejor manera de comenzar un año. Sin embargo, pienso que sería muy difícil interpretar este 1976 si no intentamos aunque sea un balance superficial de la vida cultural catalana durante los doce meses que acabamos de cerrar. Y no estoy ahora respondiendo a la costumbre de pasar cuentas y poner en orden el activo y el pasivo para retomar el camino con las páginas en blanco. Algo de esto hay, pero fundamentalmente creo que es imprescindible para comprender lo que nos permitirá vivir 1976. La cultura no es cuestión de calendario. Es una continuidad, un camino. Un camino que de tanto en cuando marca hitos, destaca fechas o produce momentos que sin exageración pueden ser llamados históricos. Pequeñas o grandes cosas que se van sumando y dan como resultado un «ambiente colectivo», un mundo, una esencia. De esa esencia, expresada en los hechos cotidianos —un reclamo, un libro, un premio, una representación teatral—, saldrá la producción cultural de la que hablaremos durante el presente año. No estará desconectada de 1975: recogerá lo hecho hasta ahora y seguirá adelante. Seguirá con nuevas coordenadas, con etapas ya cumplidas, con metas recién perfiladas, con lastres y esfuerzos de años, de siglos.

ALGUNOS HECHOS EXTRA-CULTURALES

El que la cultura catalana no sea una cultura normalizada, oficial, es inseparable del entusiasmo que ciertos logros pueden despertar. Cuando el camino es demasiado escarpado, cada paso es un avance notable. Si más no, constituye una victoria de la voluntad por encima de las circunstancias adversas. Es, en definitiva, la decisión tácita de seguir adelante. Y si muchas de las piedras que cerraban el camino se van superando y apartando, todavía estamos lejos de poder decir que transitamos por una llanura. Seguimos trepando, ganando terreno. Y caminando, que es lo importante. Que es lo que este corto y apurado balance puede confirmar. Incluso introduciendo hechos extraculturales (¿cuáles son los límites de la palabra cultura?) que completan el panorama de una situación colectiva. Porque la cultura, en cualquiera de sus niveles —y es preciso que existan todos para que se estructure sólidamente y evolucione— no está desligada de lo que ocurre en la calle. Es un proceso paralelo, que se entremezcla constantemente: público y creador marchan juntos, se contestan, dialogan, participan en el esfuerzo. Sin esta estrecha vinculación, la cultura se convierte en un círculo cerrado, estéril, incapaz de mover la vida intelectual del país. ▶



Baltasar Porcel,
premi Prudenci Bertrana 1975.

Por eso, no podemos dejar de mencionar que el año 1975 empezó con el repudio popular cuando 18 concejales del Ayuntamiento de Barcelona votaron en contra de un presupuesto de ayuda a la cultura catalana. La protesta multudinaria obligó a rectificar la decisión.
Es un hecho significativo, porque demuestra la voluntad de permanencia, de fidelidad a una lengua y una cultura.
Demuestra, en todo caso, que el hecho cultural no discurre demasiado alejado de las inquietudes de la gente de la calle, que no es un mundo aparte dentro del mundo de la realidad colectiva. Cómo así lo testifica la adhesión total a la iniciativa de celebrar el Congrés de Cultura Catalana, también lanzada a principios de 1975, otro intento de acercarse a la normalidad. O que el diario *Avui*, primero en catalán de la postguerra, haya llegado a su etapa definitiva, gracias al apoyo que, una vez más, brindó la gente en pleno.

Son, sí, hechos extra-culturales.
Pero son necesarios para comprender, para descubrir una fidelidad. Todo esto pasará, culminará, y no dejará ninguna obra sólida en el patrimonio cultural.
Sin embargo, sirve para que, en el momento de presentar esa obra concreta, la respuesta popular se produzca y no pase desapercibida o ignorada por un pueblo que no vive su cultura.

Sirve para formar un público, unos seguidores, lectores o espectadores, que son los depositarios de la cultura.

UN TEATRO DE NUEVOS OBJETIVOS

Quizás sea el teatro uno de los terrenos de influencia más directa sobre el público. Se recibe un mensaje, un contenido, en dos horas y con la fuerza de la imagen. El libro exige otros mecanismos de penetración. El teatro catalán no caminaba demasiado seguro y la palabra «crisis» sigue estando presente, por razones que no están directamente relacionadas con la creación pura.
Pero el año 1975 permitió conocer dos obras importantes, en una línea que se había intentado antes con diversos resultados. Fue el año de los estrenos en Barcelona de «La Setmana Tràgica», un montaje colectivo realizado por el Grup de l'Escola de Teatre de l'Orfeó de Sants y de «Alias Serrallonga», creación de Els Joglars, el grupo de más constante y larga trayectoria en la escena catalana. Las dos obras buscaron una visión histórica, estructurada con un planteamiento actual, de hechos fundamentales para Cataluña.
Eran obras diferentes en cuanto a concepción, efectividad y amplitud, pero respondiendo ambas a una inquietud por rescatar un pasado colectivo.

La primera, muy ceñida a la circunstancia concreta de 1909, con un montaje renovador y una desigual interpretación por parte de los alumnos, constituía el teatro-histórico propiamente dicho. La gente acudió en masa al Casino de l'Aliança del Poble Nou a vivir la tragedia de un pueblo que deja inconclusa una revolución espontánea. Es, sin duda, un camino interesante para acercar al público una historia que no tienen acceso a las escuelas y que aporta enseñanzas aplicables a la vida actual. «Alias Serrallonga» planteaba otros objetivos. Entre ellos, la universalización del tema, que era igualmente válido para un público no catalán.
Partiendo del personaje popular —«legendario»— de Joan Sala, bandolero catalán del 1600, la obra discurría entre el drama y la comicidad, buscando simbolismos certeros y presentando crudamente el abismo entre el mundo campesino y la corte, que acabó con la revuelta de los «Segadors» en 1640. Analizar ahora todas las conclusiones que la obra ofrecía (incluyendo un final de gran fuerza, que cortaba el clima y la anécdota histórica para traernos a la época actual, en sólo cinco minutos de una crítica despiadada) sería demasiado extenso. Lo importante es dejar constancia de estas dos producciones básicas del teatro catalán, de su intencionalidad y de la utilidad de conectar al público con su historia y su pasado.

Quizás, ya en otro nivel, cabe señalar la gran actividad que tuvo el teatro independiente, con obras que posiblemente no alcanzan la calidad de estas dos, pero que reflejan una inquietud popular indispensable.
Nuevos grupos, montajes colectivos, propuestas que permiten prever un futuro sólido a la escena catalana.
Es siempre un riesgo basar la producción en los grupos independientes, amenazados constantemente por el fantasma de la disolución, pero son a la vez una escuela y una formación —tanto profesional como conceptual— para quienes constituirán la nueva generación teatral.

Y entre los autores jóvenes, Jordi Teixidor obtuvo el premio «Ciutat de Granollers» con *Dispara, Flannaghan!*, mientras comenzaba a representarse en Barcelona otra obra suya, *La Jungla Sentimental*, espectáculo muy logrado y que



Salvador Espriu.



Josep Plá.

consolida la calidad del autor de ese gran éxito que fue *El Retaule del Flautista.* Es preciso recordar también que este verano volvió a montarse con éxito la *Ronda de Mort a Sinera*, el excelente trabajo de Ricard Salvat sobre textos de Salvador Espriu, que ha recorrido con fortuna diversos escenarios europeos. Una obra intemporal, que un público mayoritariamente joven aplaudió en el Teatre Grec de Montjuïc.

PREMIOS LITERARIOS SIGNIFICATIVOS

Como todos los años, el 75 se vio jalonado por premios literarios, esa especie de recurso que tiene la cultura catalana para dar a conocer nuevos autores o para reconocer la trayectoria de los consagrados. Este año se sumaron a los ya tradicionales algunos convocados por primera vez, coincidiendo con el despertar cultural de comarcas y tierras de habla catalana. Valencia es un ejemplo con el éxito de los premios «Octubre» y la novedad de los «La Safor». Una Valencia que vivió también la campaña multitudinaria de afirmación de la catalanidad de la lengua valenciana. (Y lo menciono porque estos hechos quizás son inimaginables años atrás.) O que vio premiado el esfuerzo fundamental de un hombre como Joan Fuster, artífice de la conciencia valenciana y nombre imprescindible de nuestra cultura, con la concesión del Premi d'Honor de les Lletres Catalanes en mayo del 75. Mientras que en las Islas Baleares se vivió el reconocimiento a otro de los hombres insustituibles de nuestro laborar cultural: Francesc de Borja Moll, el incansable lingüista y editor, fue consagrado doctor Honoris Causa de la Universidad de Barcelona.



Símbolo femenino, del maestro Clará, que preside la Plaza de Cataluña, en Barcelona.

No recorreremos cada uno de los premios concedidos en el año 75. Pero no podemos dejar de señalar los más importantes. Como el «Prudenci Bertrana», de novela, que conquistó Baltasar Porcel con su extraordinario «Cavalls cap a la fosca» que acaba de ponerse a la venta. Una obra madura de un autor siempre ascendente, que narra el intento de búsqueda de la propia identidad en medio de un clima de violencia y destrucción, a través de una serie de personajes sometidos a la pasión y de situaciones engañosas que transcurren a lo largo de los siglos en su Mallorca natal. Novela amplísima en temas y capaz de despertar reflexiones que van más allá de la anécdota sabiamente tejida: la labor destructora del tiempo, el destino del hombre, las motivaciones de los actos, los mitos; elaborada en un lenguaje riquísimo, con un clima que roza el patetismo y la grandeza, sin duda será una de la producciones fundamentales del mundo literario.

El «Sant Jordi», concedido en esa manifestación cívico-cultural que fue la fiesta de Santa Llúcia del año pasado, consagró a un escritor menorquín, Pau Faner. Un hombre que todavía no está literariamente solidificado, pero que ya ha superado la etapa de «promesa». Y es que hay toda una nueva generación que aporta nuevas inquietudes temáticas, que intenta caminos formales diferentes, que, en definitiva, asegura una continuidad. No olvidemos que 1975 vio aparecer las últimas novelas de Oriol Pi de Cabanyes, de Josep Albanell, el libro de poemas —premiado con el «Carles Riba»— de Ramón Pinyol. Una generación que se compone de muchos otros nombres, que a veces se muestra vacilante, que produce tanto avances como retrocesos, pero que constituirá —en el momento de su madurez— una etapa más en este camino.

FE Y ESPERANZA

¿Se justifica presentar esta visión demasiado rápida de algunos hechos que marcaron la vida cultural catalana de 1975? Sí, porque ahora vivimos la continuidad de ese esfuerzo, que a la vez continuó el del año anterior, y así sucesivamente hasta llegar a los primeros balbuceos en lengua catalana. Era preciso situarse en contexto, que así resumido puede parecer esperanzador, pero que todavía está sitiado por demasiados factores contrarios, que, afortunadamente, sirven de estímulo. Joaquim Molas, en su lúcido, por momentos desencantado y siempre positivo «Fragments de diari», ensayo que ganó el Premi Gasiel convocado por primera vez en 1975, dice: «El escritor catalán vive en un mundo en ruinas, caótico, que lo anula poco a poco. Una oscura fe, sin embargo, lo sostiene más o menos armada de voluntad y de esperanza. Una fe que pretende dar forma al caos. Una esperanza y una voluntad de transformar las ruinas en una mansión mínimamente habitable.»

Sí, la cultura catalana es una construcción sobre ruinas: unas ruinas que no alcanzaron a las bases, que dejaron vivos los cimientos para poder levantarse otra vez, superada. Una cultura que es expresión de un pueblo y que caminará con él hacia el camino todavía esquivo de la normalización y el aporte efectivo al patrimonio universal. Sin duda, este año 1976 nos permitirá ser testigos de este esfuerzo y de este lento pero indefectible avanzar hacia las metas fijadas. – P. G.

LA REAL BIBLIOTECA DE EL ESCORIAL

Por FELIPE MELLIZO

AQUI, en El Escorial, nació Luis Felipe Vivanco, del que súbitamente, mientras el viento de Abantos me limpia el rostro, recuerdo un verso: «Señor, en cuanto puedo, siempre vuelvo a lo mismo...» Yo también. Este lugar fue la patria de mi juventud. Aquí fui estudiante, enamorado, lector, solitario, cantador, paseante y pendenciero. Aquí aprendí, en una primera instancia, las letras iniciales de la adoración al monumento, ese Monasterio que, en cuanto uno se descuida, incita al tópico, a la retórica o, en el mejor de los casos, a los sonetos del primer Ridruejo. Pero aquí aprendí, ya aposentado, las letras segundas y más sutiles, ya sin retórica, cuando el silencio de los viejos domingos —esta luz es la misma— me permitió comprender sencillamente algo tan sencillo como un pedazo de mi propia Historia. El Monasterio, a mí también, me quitó un poco de vida, a cambio de otro poco de vida distinta.

* * *

La Real Biblioteca está, desde 1592, en el piso tercero de los llamados «claustros menores», sobre el zaguán que da entrada al Patio de Los Reyes y a la escalinata de la Basílica. La gran sala, luminosa, tiene una puerta de madera tallada sobre cuyo frontis se lee algo que, tal vez, debería presidir la entrada de todas las Bibliotecas: una excomunión pontifical contra todo aquel que se lleve algún objeto o algún libro. Sobre un largo pedestal de jaspe sanguíneo, la larga estantería. Ciento ocho metros, con los plúteos enmarcados en columnas dóricas y mostrando los libros al revés que en todas las Bibliotecas del mundo: con los cantos hacia el espectador. Borges había escrito un cuento. También lo habría escrito pensando en la gran esfera armilar, de madera dorada, que perpetúa el gran error ptolemaico, a despecho del acierto increíble de Copérnico. Pero ésta y otras historias son para contar en calma y en lugar distinto.



La «Relación de Michoacán» es una maravilla manuscrita. En la ilustración, un sacrificio humano.

Los hombres que cuidan hoy la Biblioteca son los Padres Agustinos, a los que les fue confiada en 1885. Continuando la tremenda labor de los Jerónimos, de los bibliotecarios de la Real Academia de la Historia, y, sobre todo, del polaco Félix Rozanski —un lejano y hoy misterioso clérigo que también podría ser un







Primera página de la Relación, de la que fue autor don Antonio de Mendoza, Virrey de Nueva España. – La gran sala de la Real Biblioteca. En primer término, esfera armilar ptolemaica, construida en Florencia, en 1582, por Antonio Santucci. La sala tiene 54 metros de longitud. Los frescos de la bóveda son de Peregrin de Peregrini, llamado El Tibaldi, y los frisos, de Bartolomé Carducho. (Foto Patrimonio Artístico Nacional). – *El hermoso Patio de los Evangelistas, uno de los rincones casi mitológicos del gran Monasterio y, con seguridad, el monumento que más sonetos ha inspirado a los poetas castellanos.*

cuento borgiano—, los Agustinos han venido catalogando la majestuosa colección: cerca de 60.000 obras impresas, unos 1.400 manuscritos latinos, unos 600 códices griegos, unos 100 hebreos, unos 2.000 manuscritos árabes —tal vez la más impresionante colección del mundo—, no sé cuántos castellanos, armenios, per-

sas, turcos, catalanes, valencianos, alemanes, gallegos, portugueses, franceses, provenzales, italianos, chinos, japoneses. Y uno, fascinante, mexicano.

NAHUATL

El códice D.IV.7 es un *Kempis* mexicano, manuscrito en lengua náhuatl. Me lo muestra el P. Teodoro Alonso Turienzo, hoy bibliotecario. Al parecer, fue escrito por Alonso de Molina hacia 1570, y, según leo en un texto del también Agustino Fray Gregorio de Andrés, fue traído a España por Jerónimo de Mendieta, que lo relata así: «*Yo llevé el año de setenta, que fuí a España, un libro del* "*Contemptus mundi*", *vuelto en lengua mexicana, escrito en letra de indio, tan bien formada, igual y graciosa, que de ningún molde pudiera dar más contenta a la vista; y mostrándolo al licenciado Juan de Ovando, que a la sazón era presidente en el Consejo de Indias, agradóle tanto, que se quedó con él, diciendo que lo quería dar al rey don Felipe nuestro señor.*»

OTROS DOCUMENTOS AMERICANOS

Pero hay otros muchos manuscritos e impresos sobre temas americanos en El Escorial, no muy conocidos, ni muy utilizados por los expertos. Antes de mencionar algunos de ellos, tal vez convenga dar otras referencias. Lo que hasta ahora, en orden a catálogos y recensiones, se ha publicado en torno al fondo americanista de El Escorial, no es mucho, pero sí interesante. Tres nombres han de ser citados: Mariano Gutiérrez Cabezón *(Noticias de manuscritos escurialenses relativos a la historia y costumbres de indios americanos);* M. Fraile Miguélez *(Catálogo de códices españoles. Relaciones históricas)* y Fernando Rubio *(Colección encuadernada...)*. Los tres pueden ser consultados en la propia Real Biblioteca, así como el gran *Catálogo de los mss. castellanos de El Escorial*, de Fray Juan Zarco Cuevas.

Predomina, aunque hay otros, el tema mexicano. Desde 1574, y procedentes de la biblioteca privada de Felipe II, hay en el fondo de manuscritos una *Crónica de la navegación*, de Colón, una *Descripción de Méjico* y hubo un *Códice de pinturas mejicanas*, magnífico, robado en los terribles años 1820-1823 y hoy en la Cámara de Diputados de París, donde es conocido como «Códice Palais Bourbon».



De la «Relación». Un maestro enseña a los niños el uso de las armas.

Desde 1576, y procedente de la colección de Martín de Córdoba, se conserva el códice *Ritos de los indios de Nueva España*, y, en 1580, se adquiere un monumento: la obra del médico Francisco Hernández, en 19 volúmenes, que describe la fauna, flora y costumbres indígenas de los mexicanos. La colección, ilustrada profusamente en colores, está encuadernada en cuero azul labrado en oro.

A principios del siglo XVII, se recibieron alrededor de cincuenta manuscritos, otrora del propio Felipe II



De la «Relación». Sacerdotes y oficiales de Michoacán.

y, entre ellos el libro de los *Caciques de Méjico y los días que sacrificaban en la semana, de mano, pintado en colores con figuras retocadas*. Asimismo es destacable la *Relación de las ceremonias y ritos de los indios de Mechuacán*, formidablemente ilustrada.

* * *

La Real Biblioteca es visitada por investigadores de todo el mundo, pero sería en exceso optimista asegurar que esa asistencia es formidable.

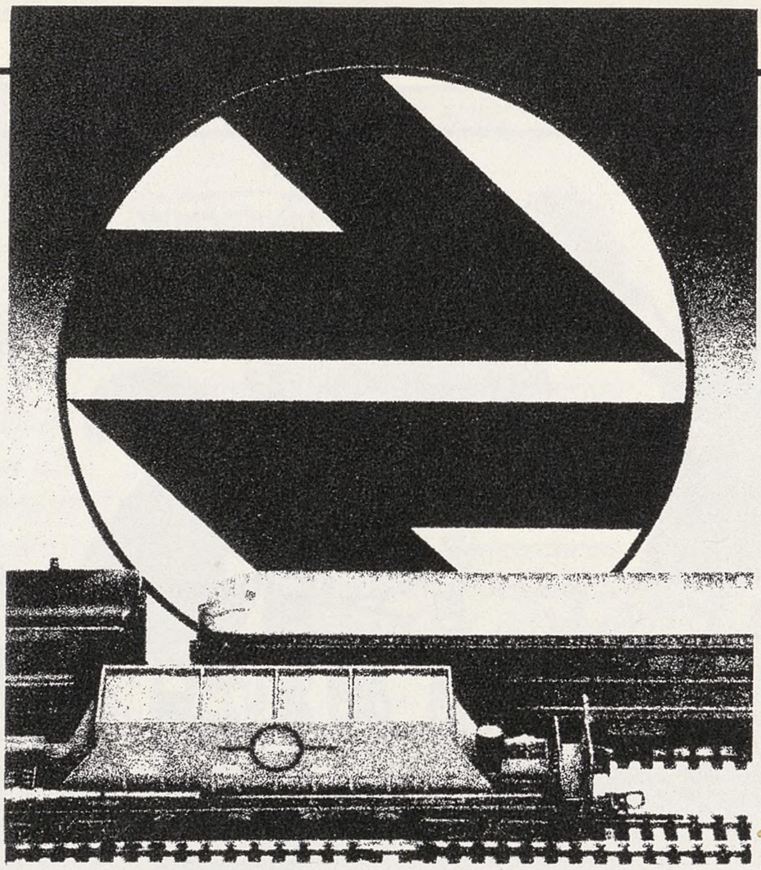
Lo cierto es que es más bien modesta.

Los turistas, por supuesto, acuden en grupos o individualmente, para aprender superficialmente algunas cosas.

Pero la sala de lectura, silenciosa, amable, no tiene tanta clientela. Esa sala es conocida como «Sala de Juanelo Turriano», por el célebre relojero del Emperador, y está decorada por una galería de bibliotecarios ilustres, presididos por el primero de todos ellos, Benito Arias Montano.

Está modesta, pero bien dotada de ficheros, aparatos proyectores, laboratorio de microfilmes, copiadora y todo cuanto un estudiante moderno puede necesitar.

Sería interesante que alguien acometiese un estudio profundo, sistemático, de los fondos americanos, que bien merecen una publicación cuidadosa y sólida.—F. M.



RENFE: memoria 1974

VIAJEROS

Renfe ha transportado en 1974, 199 millones de viajeros, con un incremento del 3,1% sobre el año anterior. En viajeros-kilómetro, la cifra correspondiente a 1974 ha sido de 16.079 millones, lo que supone un incremento del 2,8 por 100 sobre 1973. Estos incrementos si bien no alcanzan el ritmo de los últimos ejercicios, deben valorarse a la luz de las dificultades del entorno; así se advierte que los incrementos del consumo de combustibles y de la matriculación de vehículos (que pueden estimarse como indicadores del transporte por carretera) se mueven en valores claramente inferiores, y otro tanto puede señalarse en relación con el tráfico aéreo.

Principales mejoras en los servicios.

Entre las mejoras establecidas en los servicios de viajeros durante 1974 pueden destacarse las siguientes:

—Talgo directo, de camas, Barcelona-París y viceversa.
—Electrotrén Port Bou-Valencia (temporada de verano).
—Servicios directos de literas Madrid-París, Algeciras-París y Oporto-Lisboa-París.
—Ter Lérida-Barcelona.
—Se dio una nueva contextura a los servicios de cercanías de Barcelona.

Por lo que respecta a las principales reestructuraciones de servicios, cabe señalar:

—La de los trenes Expresos y Talgos de Madrid con Cataluña, aprovechando la terminación de la renovación de la línea de Lérida y la modificación del Expreso Madrid-Badajoz, vía Ciudad Real. Por otra parte, se retocaron los Expresos de Galicia con reducciones de tiempo de una hora.
—Se amplió el servicio de auto-expreso sobre Cartagena y Pontevedra.
—Se extendió la venta de billetes y reserva electrónica a San Sebastián, Irún y Lérida.

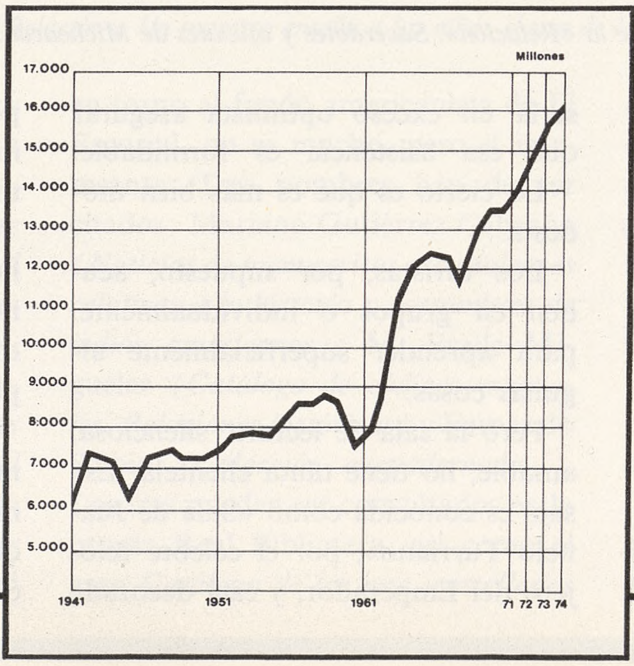
Venta de billetes a través del sistema electrónico.

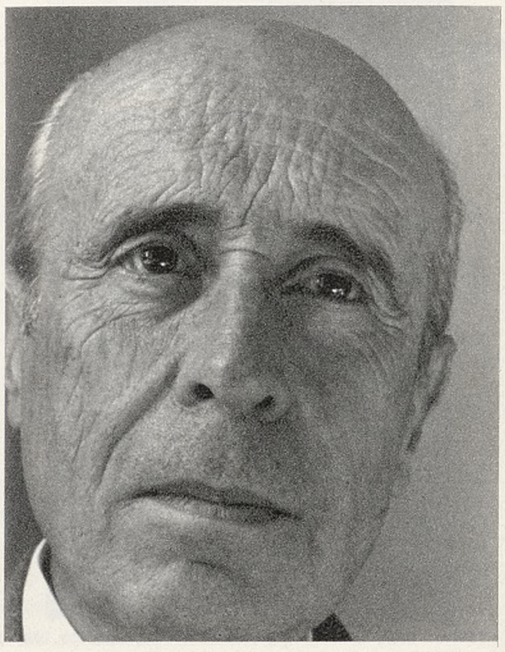
Durante 1974 se han instalado once nuevos pupitres: cinco en estaciones y seis en Oficinas de Viaje, incorporándose al sistema electrónico cuatro nuevas dependencias: la estación de San Sebastián y las Oficinas de Viaje de esta misma localidad de Irún, así como la estación de Lérida.

Todas las cifras obtenidas en 1973 referentes a billetes vendidos, recaudación obtenida, coches de aumento, trenes introducidos en el sistema, etc., que eran las más altas desde la iniciación han sido nuevamente superadas.

MERCANCIAS

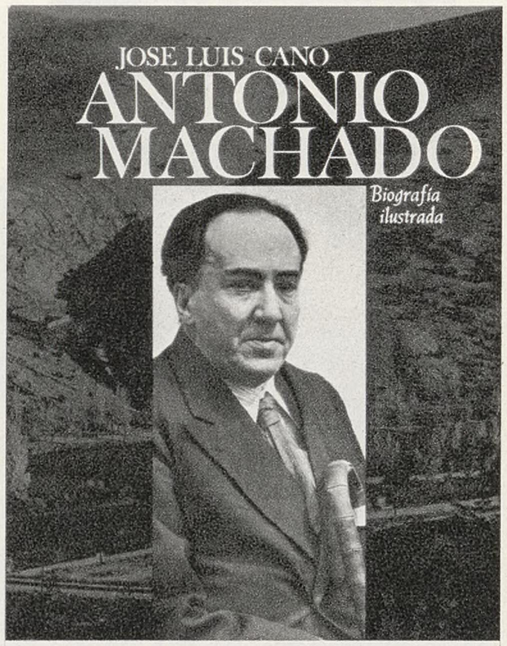
El total de mercancías transportadas por Renfe en 1974 ha sido de 42.131 millares de toneladas netas y de 12.669 millones de toneladas-kilómetro netas, lo que supone incrementos del 12% y del 9,6% respectivamente sobre las cifras correspondientes a 1973. Estos resultados pueden estimarse en el contexto del año como francamente satisfactorios.





MARAVALL: ESTUDIOS DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL

PROSIGUE el Instituto de Cultura Hispánica acogiendo en su catálogo de publicaciones obras tan esenciales para el conocimiento de la historia y de la filosofía en España como la reunión de «Estudios de historia del pensamiento español», del analista, historiador y filósofo de la historia José Antonio Maravall. En 1967 fue publicado el primer grupo de estudios, la serie dedicada por Maravall a la Edad Media. En 1975 apareció el tercer volumen, consagrado a aspectos y características del siglo XVII, hallándose en preparación el volumen cronológicamente intermedio, el del Renacimiento. Pero como no se trata de un desarrollo escolar de la historia del pensamiento, sino de amplios estudios sobre las materias esenciales de cada período, la lectura de este volumen sobre el pensamiento, las artes, la literatura y la sociedad del siglo XVII en España —el Siglo de Oro por excelencia en la cultura mundial— no pierde el más mínimo interés por la falta de los estudios sobre el Renacimiento, gracias a que los trabajos de Maravall pertenecen a una misma corriente y a una misma época, pero son en rigor autónomos. Véase si no este tercer volumen de los Estudios: Empirismo y pensamiento político (conferencia ofrecida en 1947 con el título «Los orígenes del empirismo en el pensamiento político español del Siglo XVII»), Maquiavelo y maquiavelismo en España; La corriente doctrinal del tacitismo político en España (se refiere a la influencia de Tácito como fuente de maquiavelismo en el pensamiento político español); La cuestión del maquiavelismo y el significado de la voz «estadista»; Un primer proyecto de Facultad de Ciencias Políticas en el siglo XVII (Sancho de Moncada); Saavedra Fajardo: moral acomodaticia y carácter conflictivo de la libertad; Antropología y política en el pensamiento de Gracián; Un mito platónico en Gracián; Juan Pablo Mártir Rizo, estudio preliminar a una edición de sus obras; Los «Comentarios Políticos» del tacitista Juan Alvarez de Lancina; La idea de la Historia en fray Pedro Simón (sobre el gran historiador que inaugura la historiografía en Venezuela); El tema de las Cortes en Quevedo; Velázquez en el horizonte intelectual de su época; y Pintura y realidad: un problema de Historia social de mentalidades (publicado en 1960 con el título de «Velázquez o la pintura como captación de la realidad»).



Cada uno de estos temas da motivo a la profunda ciencia histórica de José Antonio Maravall para un estudio lleno de sugerencias, de enseñanzas, y de iluminaciones.—L. S. B.

BIOGRAFIA ILUSTRADA DE ANTONIO MACHADO

LA mención de Antonio Machado sugiere una serie de temas, aspectos, planteamientos y cuestiones que no sería fácil recoger en varios libros. Machado ha sido objeto de abundantísimos, y no siempre felices, estudios y tratamientos que se han acentuado con su centenario.

Un libro nuevo viene a sumarse a la copiosa bibliografía machadiana: *Antonio Machado, biografía ilustrada*. Si tenemos en cuenta que se ha descuidado el estudio de la personalidad del autor de *Campos de Castilla* y que las publicaciones en torno al tema son muy escasas, se comprenderá que la aportación biográfica de José Luis Cano es importantísima. Prescindiendo de generalidades y motivado por su instinto de superación Cano ha recogido todos los materiales existentes para ofrecernos, con un criterio objetivo, un estudio que nos redescubre a un hombre-poeta, por este orden, desconocido.

Datos inéditos de quienes le conocieron y del mismo poeta perfilan su temperamento. Cano no se limita a ser un mero recopilador de datos y anécdotas, va más allá: comprueba crítico-comparativamente dos aspectos íntimamente interrelacionados en el escritor sevillano: su vida y su obra. La imagen machadiana aparece nítida, sin mitificaciones, profundamente humana: Machado se divierte en su mundo de bohemia, persigue a las mujeres cuando ha apurado unas copas de más, fracasa en las oposiciones a contabilidad, cuando a los cuarenta y dos años de edad decide examinarse de las asignaturas de Filosofía y Letras.

La biografía que presentamos al lector olvida todo propósito erudito (las referencias bibliográficas y notas no existen). Un libro sencillo, pero profundo, justo e iluminador, testimonio sincero, lleno de verdad y admiración.

La lectura del libro de Cano nos conduce a través de la peripecia vital, pero solitaria, del poeta. La inquietud personal de Machado como creador y hombre, inquieta, llena de dinamismo interior, está caracterizada por el compromiso. Su vida siempre mantendrá una actitud con los momentos por los que pasó, una constante lucha hasta el fin de sus tristes, desgastados y solitarios días.

El acierto de Cano estriba en el modo de enfocar su estudio: no se eliminan detalles, que, a muchos, pueden parecer insignificantes y anecdóticos. Todo tiene importancia, de esta forma se consigue que las imprecisiones se reduzcan y que la perspectiva sea más amplia.

Las afirmaciones del crítico vienen avaladas



por la referencia a hechos, cartas, testimonios (verbales y escritos) reales y concretos. Destaca el material bibliográfico y fotográfico inédito, propiedad de amigos de Antonio Machado. Basta mencionar las citas textuales de Alberti, Unamuno, Valle Inclán, su hermano Manuel, compañeros de teatro, etc. La importancia y el interés del libro se intensifica por el extenso número de ilustraciones documentales gráficas.—M. S. A.

LA PAZ DEL CHACO

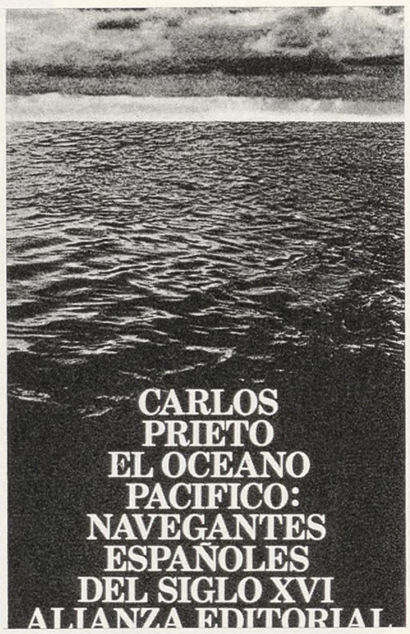
EN un sucinto prefacio explica el autor de esta obra, *La paz del Chaco* (Antecedentes del conflicto) impresa en Buenos Aires (1), el propósito que la misma encierra. Señala cómo el interés por el tema, tan importante para el conocimiento de la historia americana, se centró en los hechos bélicos, que cuentan con la más abundante bibliografía, quedando relegadas —especifica el autor— «las dos etapas de la fase incruenta» anterior y posterior a la contienda armada.

Este primer tomo de *La paz del Chaco*, lo consagra José Zubizarreta a los antecedentes del conflicto y al papel que en las laboriosas negociaciones pacíficas desempeñó el doctor Gerónimo Zubizarreta, cuya personalidad, al tiempo que su obra, sobrepasan el marco de su inteligente y tenaz labor, movida por la defensa de su razón y por el más acendrado patriotismo en esta cuestión concreta. Más el autor quiere dejar constancia de que «si desde el punto de vista del Paraguay la guerra del Chaco fue el esfuerzo de todo un pueblo, la Conferencia de Paz del Chaco fue la lucha desigual de un solo hombre»...

A lo largo de las páginas de este libro vamos tomando conciencia de la tesonera lucha diplomática que tanto Bolivia como Paraguay desarrollaron por la posesión de los territorios del Chaco en litigio y cómo hoy día, a la luz de los documentos, que el magnífico trabajo de José Zubizarreta pone ante el lector curioso, resultaron de complejas y arduas las negociaciones. Para el autor de *La paz del Chaco* el resumen es: «...los diplomáticos bolivianos procuraron tenazmente imponer al Paraguay un acuerdo directo que sancionase la repartija del Chaco. Gerónimo Zubizarreta —opuesto inconmoviblemente a las soluciones transaccionales— al defender la solución de derecho, representa el papel, perteneciente a su país, de dueño legítimo del territorio del Chaco».







Con las palabras que acabamos de reproducir concluye el autor el tomo primero que consagra, a la exposición y estudio de los antecedentes. Lógicamente el tema está enfocado desde uno de los lados, el del Paraguay y, además, lo trata para la Historia persona íntimamente allegada al gran defensor de los intereses de esa nación en las mesas de la diplomacia, donde habría, después de tantas vicisitudes, de quedar zanjado el conflicto.

Lo que ayer fue viva polémica es en la actualidad Historia. La de la paz del Chaco nos llega a través de la ordenación e interpretación de un enorme acervo documental en el cual se basa José Zubizarreta, quien lo ofrece en un alarde de investigación exhaustiva.

Como es sabido las discusiones diplomáticas para obtener la posesión del Chaco Boreal duraron más de cincuenta años sin que pudieran prevenir ni evitar la guerra, que fue sangrienta; y tampoco la pudieron impedir las intervenciones de los países amigos que hicieron en las discusiones, papel de mediadores... Y fue después de la contienda cuando el doctor Gerónimo Zubizarreta se emplea en solitario, poniendo a contribución todo su talento y fervor patriótico, en la defensa de los intereses de su nación.—M. P. F.

(1) Buschi, S.A. Cochabamba, 2.271. B. A. Argentina.

PERFIL MORAL DE ISABEL LA CATOLICA

DON Vicente Rodríguez Valencia, autor de este libro (1), es el canónigo archivero de la catedral de Valladolid y postulador de la Causa de beatificación de Isabel la Católica. Con estos dos títulos, dicho está que su libro es apologético. Tiene el mérito de que se adelanta a responder a cuantas preguntas enojosas o de difícil respuesta caben hacer sobre la actuación política, histórica, y aún moral, de la Reina. La documentación que utiliza el autor es de primerísima mano, y constantemente se refiere a documentos, seguro como está de que una figura histórica es siempre susceptible de interpretaciones y de deformaciones. La devoción a la Reina no ciega al autor, que se muestra muy apercibido de las leyendas que pretenden enturbiar su figura y actuación. Por eso este libro ocupará sin duda un lugar importante en la ya extensa bibliografía de los Reyes Católicos, y merece ser leído con atención. Esta es una obra apologética, pero hecha con rigor de historiador, con aparato erudito muy respetable, y con una abundancia tal de datos, que tácitamente queda el lector informado para decidir objetivamente. Un gran abogado defensor, que sabe anticiparse a las argumentaciones de «el abogado del diablo», es don Vicente Rodríguez Valencia. Sin decirlo expresamente, ordena su libro como si tuviese ante sí un sumario de inculpaciones, y sale a refutar una por una las que pretenden inducir a la condena de «la acusada».—L S. B.

(2) *Perfil moral de Isabel la Católica*, Valladolid, 1975.

ESTRUCTURA SOCIAL DE ESPAÑA

EL comentario sociológico *Estructura Social de España*, que publica la Confederación Española de Cajas de Ahorros, es un empeño riguroso y del mayor interés por abordar la problemática sociológica de nuestro país, y más en unos momentos de vertiginoso cambio en lo social y económico.

Una serie de temas componen estos volúmenes, temas relacionados siempre con la realidad social de España y de un incuestionable interés no sólo para el sociólogo sino también para todo lector interesado en los problemas españoles tocados con rigor y objetividad.

La complejidad de la realidad española configura, en cierto sentido, el contenido de esta publicación. En efecto, en ella encontramos temas específicos de la sociedad española, como la población, el nivel de vida, junto con aspectos más específicos (pero no por eso menos de interés colectivo), como la situación de la investigación española —por citar un tema muy concreto y muy de actualidad también.

Pero no se limita el notable esfuerzo de sus colaboradores a una mera recopilación, sino que existe un intento serio y logrado de sistematizar y, lo que es más importante, interpretar esa realidad. Es, por eso mismo, un esfuerzo en profundidad.

Y un esfuerzo, añadiríamos nosotros, que era necesario para dejar constancia de esa transformación de España en los últimos años. J. del A.

EL OCEANO PACIFICO: NAVEGANTES ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI

PROLOGADO por Salvador de Madariaga, este libro (1) apareció primero en edición de gran formato y ampliamente ilustrado en la colección de *Revista de Occidente*. Llevaba dos años en el prestigioso fondo editorial, cuando se ha querido ampliar su divulgación, reproduciéndolo en la colección de bolsillo de Alianza. Sin acogerse a una actitud reivindicadora en plan triunfalista o de resentimiento por la sucesión de injusticias cometidas contra los descubridores españoles de vastas regiones de la geografía, Carlos Prieto realiza sobriamente un acto de estricta justicia al reintegrar a cada cual el trozo de gloria que le pertenece. Ese cada cual es en este caso el navegante español del siglo XVI por aguas del Pacífico. Nadie niega, por supuesto, el descubrimiento de Vasco Núñez de Balboa. Pero se tiene la sensación, en muchos historiadores, como si todo hubiese terminado, en relación con esa gran puerta hacia el otro lado del mundo que es el Pacífico, con la hazaña de Balboa. Nada más lejos de la realidad. En 1513, lo que hizo el navegante español fue en verdad comenzar otro repertorio de metas, búsquedas, descubrimientos, como si hubiese sido poco lo que tenía ya ante sí, con los descubrimientos de Colón, los Pinzones, Ojeda, Grijalva, Cortés, Ponce de León, etc. Carlos Prieto nos nos hace recorrer con los navegantes del siglo XVI la geografía que habitualmente olvidan los historiadores. Luego de resumir la expedición Magallanes-Elcano, entra en las expediciones de Andrés Niño y García Jofre de Loaisa, de Sebastián Cabotto y Alvaro de Saavedra, de Hernando de Grijalva, de Ruy López de Villalobos, de Miguel López de Legazpi, de Urdaneta y su tornaviaje, así como del establecimiento del Galeón de Manila o Nao de Acapulco, y estudia los reconocimientos de la costa de la Alta California, hasta llegar a las expediciones por el Pacífico en la primera década del siglo XVII. Una curiosa inclusión es la de la expedición de Francis Drake entre el 1577 y 1580. Madariaga dice que es un acierto notable ocuparse «de aquel famoso pato (que es lo que Drake quiere decir) que no contento con nadar en los ríos de su país alzó el vuelo y se fue a meter en aguas españolas, robó a Cádiz y a Cartagena de Indias, y se alzó con pingües beneficios salteando galeones».

El aporte mayor, para los lectores poco versados en la historia de la navegación española, está en el recuento de los descubrimientos en archipiélagos como los de la Micronesia, las Carolinas, las Marshalls, etc. Una tabla resumen, diez apéndices, una bibliografía que cubre obras hasta de 1972 y notas a cada uno de los 16 capítulos, completan esta obra, breve en su número de páginas, pero extensa y total en su alcance y en su sabiduría.—L. S. A.

(3) Carlos Prieto, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

Nuevos autores ecuatorianos:

MARTINEZ QUEIROLO

POCO conocido es en España el teatro ecuatoriano contemporáneo. Sólo algunas colecciones de editoras especializadas y, merced a ellas, los esfuerzos de algunos Grupos de Ensayo y Teatros Universitarios, nos han aproximado al conocimiento de escritores como Humberto Salvador, Alfredo Baquerizo, Raúl Andrade y Julio Escudero, a la transición realista de Víctor M. Rendón y Nicolás Augusto González o las breves incursiones escénicas del novelista Jorge Icaza. Más conocidos son César Augusto Saltos («Tiburones Blancos», el Premio Nacional «Queriendo ser grande»), Demetrio Aguilera Malta, que a sus tareas de novelista y realizador cinematográfico agrega obras de positivo interés como «El Tigre», «Dientes Blancos» o «Lázaro»; el también novelista y poeta Pedro Jorge Vera, que desarrolla un esfuerzo ambicioso con las tragedias «El dios de la selva», «Los ardientes caminos» o «La mano de Dios» y comedias satíricas como «Luto eterno» y el poeta y crítico notable Francisco Tobar, con «La dama ciega», «La Rama desnuda» y «Cuando el mar no exista».

El Grupo de Teatro que, dirigido por la venezolana Germana Quintana está desarrollando una labor eficaz de divulgación de autores de teatro iberoamericanos en el Instituto de Cultura Hispánica —donde se estrenan las obras para llevarlas después a otras salas culturales— nos depara el conocimiento de José Martínez Queirolo a través de las comedias «El Baratillo de la Felicidad» y «Montesco y su señora», tras haber escenificado en sesión anterior «Réquiem por la Lluvia».

«MONTESCO Y SU SEÑORA», UNA PARODIA

José Martínez Queirolo, nacido en Guayaquil en 1931, destacado poeta y ensayista, obtuvo sendos Premios Nacionales de Teatro por sus farsas «La casa del qué dirán» y «Los unos contra los otros» (1962 y 1968, respectivamente). Es precisamente en este terreno de la comedia ligera, del entremés satírico, donde su talante de escritor se emplea con mayor eficacia. Su aparición en 1960 con el ya mencionado «Réquiem por la lluvia» apuntaba hacia una poesía social que se modula posteriormente con elementos burlescos en «La casa del qué dirán», estrenada en el Teatro Nacional Sucre en 1963: personajes-títeres —a excepción de la «Loca» y el «Crispín»— exponen las hipocresías de una sociedad timorata, a través de la casa sin paredes abierta a murmuraciones y ridiculeces circunstanciales.

Dos años después, el Teatro Universitario «Agora» estrenaba «Goteras» donde, como en la anterior, está vivo el realismo crítico benaventino, centrado en un magnífico tipo de mujer enfrentado a miserias ambientales hasta la locura. De la misma época es «Montesco y su señora», parodia sobre los eternos personajes de Shakespeare, sorprendidos después de su tragedia de amor y juventud, rescatados a la muerte lírica para incorporarse a una prosa matrimonial y desmitificadora.



«Mujer que iba a casar con anciano...»

Sobre este válido recurso de enfrentar el mito con la realidad —ya latente en «Goteras»— el autor traza una burlesca —y por ello más lacerante y efectiva— vivisección social, afirmando su segura capacidad de diálogo que provoca la sonrisa de un público al que se acercan los protagonistas coloquialmente, narrándole sus cuitas, aproximándole al conflicto que puede afectar a todos.

DISCIPLINA Y ENTREGA DE UN EQUIPO PROFESIONAL

Hay que registrar la disciplina y entrega de un conjunto de actores profesionales —Asunción y Pilar Ferrero, Raúl Alfonso, Manuel Gallardo— preparando para sesión única un recitado perfectamente ensayado de sus personajes. En el entremés inicial «El Baratillo de la Sinceridad» el juego de vendedores de alegría y tristeza ante la moza que va a casarse con anciano, Germana Quintana pudo haber apelado a recursos adjetivos de pantomima, música e incluso danza, para hacer «entrar» al auditorio desde la escena inicial, sobre todo teniendo en cuenta la brevedad de la pieza; pero prefirió una dirección honesta y sacrificada respetando íntegramente las acotaciones del autor.

En «Montesco y su señora» el ejercicio resultó plenamente cuajado en sus motivaciones y resultados: la directora dividió en dos planos el escenario y el matizado de voces y conductas marcaron con suficiencia las transiciones engarzadas entre las frases del pasado —Romeo y Julieta reviviendo su gran poema amoroso— intentando rescatar la decepción matrimonial del presente expresada, ya lo hemos dicho, con monólogos vertidos directamente al público.—■

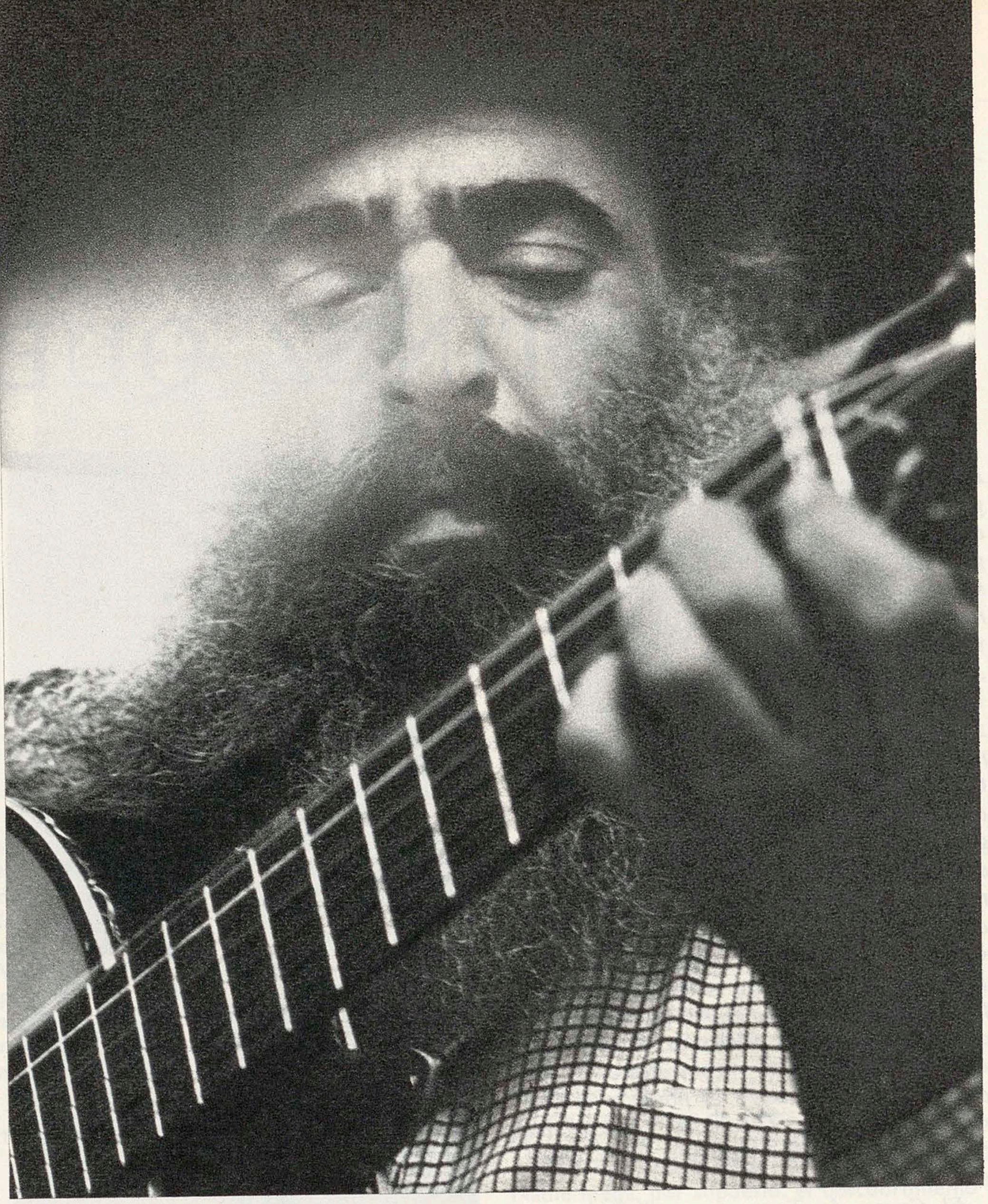
Los personajes de Shakespeare incorporados a una prosa matrimonial desmitificadora.

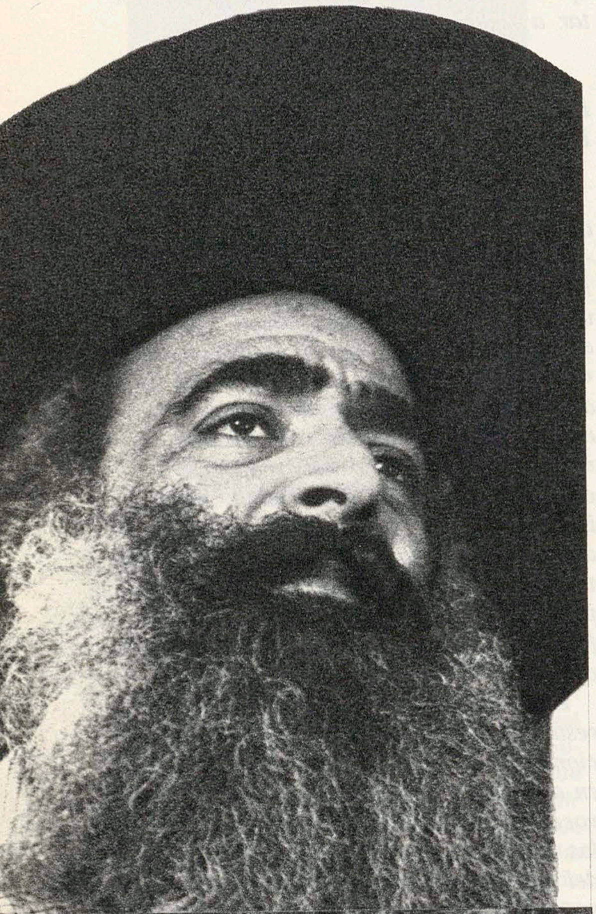


MUSICA

JORGE CAFRUNE:

Cuando se habla del pueblo en Argentina







JORGE Cafrune vive en Madrid. Seis meses aquí y seis meses en Argentina, su país. Cafrune sabe lo que es y hacia dónde va. «Yo tengo un norte y hacia eso iré. Dignidad y positivismo respecto a mi país y a un pueblo que vengo a cantar.»

Su aspecto físico, su talante humano contrasta con una agresividad contra todos los falsificadores del arte. «Para mí merecen respeto aquéllos que dieron su vida en su hacer de poeta. Para que venga ahora uno, con dos "guitarraditas" y se asocie el derecho autoral, primero, y el de figuración, después. Porque si yo al Martín Fierro le pongo una milonguita y digo: Martín Fierro de don José Hernández y Jorge Cafrune. Eso no es digno para mí. Lo que pasa es que todo está "cambiao".»

—Cafrune, ¿cuál fue su primer contacto con el folklore y música sudamericana?

—Bueno, mirás, el norte argentino es un pivot musical por las influencias de la gente que viene a trabajar acá: boliviana, chilena, del mismo norte argentino; el contacto con el folklore es de nacimiento, ya con la gente que canta en los caminos, en los boliches, en los negocios del campo... Se está respirando folklore. Los pueblos cuanto más pobres son más musicales.

—Su figura, su forma de ser, determina en el público una idea de cierto paternalismo. ¿Le molesta o le agrada?

—No me puede molestar. Lo que me molesta es cuando existe una opinión ajena a la vivencia que uno ha tenido siempre, en este hacer del canto. Puede que se haga una acción paternalista cuando se ha ayudado a mucha gente. Trato de hacer conocer mis cantores de mi tierra. No antepongo el yo ante mi país. Primero mi país, después el ego. Uno trata de decir —en lo posible— la verdad y el bien por medio del arma que se tiene: la canción.

—¿El canto es mensaje o dinero?

—El día que yo considere que lo mío es el cambio del canto por dinero solamente, ese día yo ya no cantaré más. Es mucho más el mensaje y la función del hombre culto, que el cambiar el canto por dinero. Desgraciadamente, vivimos en un sistema en el que tenemos que cobrar. El canto nunca tendría que tener precio. Sería el orgullo de ser escuchado, pero, desgraciadamente, vivimos en un sistema en el que hay que vivir así.

—¿Su mensaje nace de raíz popular?

—Mi canto es de raíz popular. A diferencia del cancionero moderno, o del «mercachifleo» actual, donde todo el mundo se cree con el derecho de ser músico, arreglador, recopilador; a diferencia de eso, el canto serio adquiere valor en esa raigambre que posee raíz netamente popular.

EL CANTO, UN LARGO CAMINO

—Usted significó en España el comienzo de la llegada de cantores del pueblo hispanoamericano a nuestro país. ¿Han variado mucho la situación y la respuesta del público español desde esa fecha?

—Bueno, mirás, el que realmente abrió la puerta fue Atahualpa, luego yo he tenido la suerte de reafirmar su hermoso «coplero» y su tremenda importancia como artista. La diferencia que encuentra uno de tres años acá es la tremenda cantidad de gente que ha venido por aquí. Demasiada. Las expresiones no todas son valederas. Acá hay un 90% que sólo viene a solucionar su problema económico. Ese canto que pueden traer, dado en cierta forma... no a nivel de país, pueda ser que haya golpeado en el pueblo español como si se tratase de una cuestión de moda. Cuando el canto está lejos de ser una moda, sino un largo camino andado. Tal vez sea uno de los últimos cantos de Sudamérica que conoce Europa, por su largura, por su profundidad poética, por su tranquilidad musical... Y toda esta cuestión de moda está realizada por la acción de la nueva inventiva de la protesta.

COBRAR CON LA DERECHA

—Cafrune, es que la protesta, la moda, da dinero...

—Claro, se canta con la izquierda para cobrar con la derecha. Lo que pasa es que hoy todo está «cruzao». ¿Entendés? Uno aparece ridículo, muchas veces, al decir ciertas verdades ante tanta porquería. Envenenar por el oído, igual que envenenar por la boca. Pero hoy hasta el envenenamiento está organizado. Los que mandan son las grabadoras. Se vende esto, se pone a ésta y se obtiene éxito de venta aunque lo que se escuche no sirva «pa ná». Y uno tiene que seguir luchando; pujando y pujando con lo suyo, como si lo suyo fuese anormal y lo de ellos normal.

—¿Qué tanto por ciento de gente existe en sus recitales que vaya a escuchar su mensaje tal como usted espera?

—Bueno, en mis recitales hay un gran número de estudiantes. El pretendido revolucionarismo de los jóvenes queda dentro de un público de «cristal». Hay que tener doble cuidado. No mentir y ser veraz. El joven la mentira la caza al vuelo, y pienso por tanto que hay un gran porcentaje de gente que le interesa este reverdecimiento poético hispanoamericano.

—Cafrune, pero, el estudiante no es todo el pueblo...

—Esa es la gran diferencia que hay cuando se habla de pueblo en España, y cuando se habla de pueblo en Argentina. Cuando nosotros hablamos de pueblo en Argentina, son todos.

—¿De qué forma ayuda usted al pobre, al hombre humilde?

—Despertando en la gente que me entiende una defensa ante el postergado. Generalmente mi canto es para gente estudiante, gente que en el día de mañana serán fuerza viva de una sociedad. Mi fundamental tarea es despertar en los que me escuchan eso que tiene que hacer el pueblo. El que se forma tiene la obligación de devolverlo multiplicado.—Enrique JURADO SALVAN.

Cristóbal Halffter:

TIEMPO Y ESPACIOS PARA FORMAS PLASTICAS

TRAS el largo servicio de las artes plásticas a la música, sobre todo a través de la ópera, la música ha querido ponerse al servicio y homenaje de pintura y escultura. Cristóbal Halffter ha estrenado,



Cristóbal Halffter, en su faceta de director, durante un ensayo.

en la nueva Galería de Arte de Juana Mordó, su «Tiempo y espacios», para clave y orquesta de cuerda. En el «tiempo» está su música; en los «espacios», su homenaje en sus cuatro partes a otros tantos artistas plásticos: «Volúmenes», para Eduardo Chillida; «Líneas», para Eusebio Sempere; «Formas», para Lucio Muñoz, y «Espejos», para Manuel Rivera.

«Tiempo y espacios» nació para cumplir el encargo del Festival Internacional de Royan, en Francia, y en el último celebrado en la primavera de 1975 se estrenó, con la clavicembalista Elisabeth Chojnacka, que lo ha presentado en Madrid, con un grupo de profesores de la Orquesta de la Radiotelevisión, dirigido, como entonces, por el propio Cristóbal Halffter. El ambiente de la Galería de Arte de Juana Mordó ha sido un complemento a la idea de homenaje, reforzado por la exposición coincidente de una muestra de la obra de Manuel Rivera, a quien corresponde una de las partes.

No es posible hablar de una interpretación musical de cuatro modos del hacer plástico, sino de la visión personal del compositor de esos cuatro estilos y de cómo inciden en su creación musical. Pero en el fondo, la «presencia» de los cuatro artistas en «Tiempo y espacios» es algo adjetivo. Importan el homenaje, por una parte, y el valor de la obra en sí misma, como un todo musical, por otra. El logro de lo primero es evidente y se ha visto confirmado por la singularidad del escenario y por el equilibrio músico-plástico del público. Queda, por tanto, el comentario sobre la obra misma.

Para situar el resultado en conjunto es preciso señalar que Cristóbal Halffter ha logrado una obra asequible a un gran público musical, pese a la novedad de muchos de los elementos que la integran. De este modo, cabe afirmar que está dentro de la línea de su última producción. Los «clusters» en el clave, los diseños rápidos, a veces de sonoridad agria, los bloques o las aglomeraciones sonoras no son accidentes, sino partes de un todo equilibrado de gran belleza.

El proceso creador de Cristóbal Halffter, una vez superada una primera etapa producto de influencias y de enlace con unas enseñanzas recién recibidas, toma una línea que a veces se muestra indecisa en su afán de quemar etapas, de ponerse al día. Después, estabilizado el cómo y adónde quiere ir, Halffter nos da pruebas de su serenidad en cada nueva obra. Si epatar tiene un interés secundario, estar al día no es más que una necesidad profesional, porque lo que cuenta es el resultado. Y en los resultados de sus últimos títulos, vemos al Cristóbal Halffter miembro activo y seguro de nuestra creación musical. Esta etapa de creación independiente y personalista, prescindiendo de aciertos anteriores, se hace más ostensible desde su «Symposion», para barítono, coro y orquesta, compuesto entre 1965 y 1966. Después están, sin duda, «Antiphonismoi», para conjunto de cámara; «Anillos», para orquesta (1967-1968); la cantata «Yes, speak out», de 1968-1969; «Noche pasiva del sentido», para voz, dos percusionistas y magnetofones (1969-1970); y, para no citar todas, «Procesional», estrenada la pasada temporada por la Orquesta Sinfónica de Radiotelevisión.



Cristóbal Halffter, a la izquierda, con tres de los artistas plásticos a los que ha dedicado su obra «Tiempo para espacios»: Manuel Rivera, Eusebio Sempere y Lucio Muñoz. Eduardo Chillida, el cuarto homenajeado, no aparece en la foto.

Esta clasificación a grandes rasgos no responde exactamente a la de su evolución técnica, pero sí a la expresiva. Y como ha señalado su biógrafo y también compositor, Tomás Marco, a partir de su «Formantes» de 1961, cuatro años anterior a «Symposion», incorpora algunos elementos del lenguaje expresivo de una etapa anterior. Es decir, seguro y por encima de la técnica que ya tiene a su servicio, se encuentra libre de aportar sin limitaciones su personalidad expresiva que había sido una de las características de su música previa y, por tanto, más espontánea.—Carlos-José COSTAS.

«AGUIRRE»

O LOS DELIRIOS DEL PODER

«AGUIRRE, la cólera de Dios» del alemán Werner Herzog, pudo haber sido la película de una epopeya. Y digo pudo haber sido porque el director ha sabido transcender de lo meramente histórico, de lo estrictamente épico, para ofrecernos una visión de las posibles interrelaciones entre el poder y la demencia. Todos los ingredientes eran propicios para esta truncada «Araucaria»: Pizarro, la expedición en busca de El Dorado, la imposibilidad de avance ante la exuberante selva amazónica, una avanzada que parte para traer alimentos y reconocer el terreno, Orsúa y Aguirre al mando de este grupo... y aquí es donde nos salimos fuera de lo previsto. Con la figura de Lope de Aguirre.

Dejando al margen el mayor o menor rigor histórico (es cierta la existencia de un documento firmado por Lope de Aguirre en el que se declara independiente de su rey castellano, datado en el transcurso de la empresa colonizadora) y ciñéndonos a lo puramente cinematográfico, la figura de Aguirre se alza como un análisis psicopatológico del ansia de «poder y la gloria», que diría Graham Greene. Hay una frase, en boca de Aguirre en el desarrollo del film, que me parece definitoria del mismo. Dice: «Mis hombres cifran sus riquezas en oro. Pero hay algo más: el poder y la gloria. Por eso los desprecio.»



El actor Klaus Kinski en la interpretación de «Aguirre, la cólera de Dios», de Herzog.

En ese «desprecio» por sus hombres, y en el «algo más», estriba el cordón umbilical que Herzog ha dado a su película. Nos encontramos con un Aguirre que traiciona, conspira, asesina, que no se detiene ante nada con tal de obtener su objetivo. Y aquí hay que señalar la magistral interpretación que del personaje hace Klaus Kinski. En una actuación contenida, caracterizada incluso por deformaciones físicas, un tanto cercano al modo de actuar del primer cine expresionista alemán, Klaus Kinski patentiza, de un modo visible, tangible, físicamente, las afecciones patológicas que Aguirre tiene en su mente.

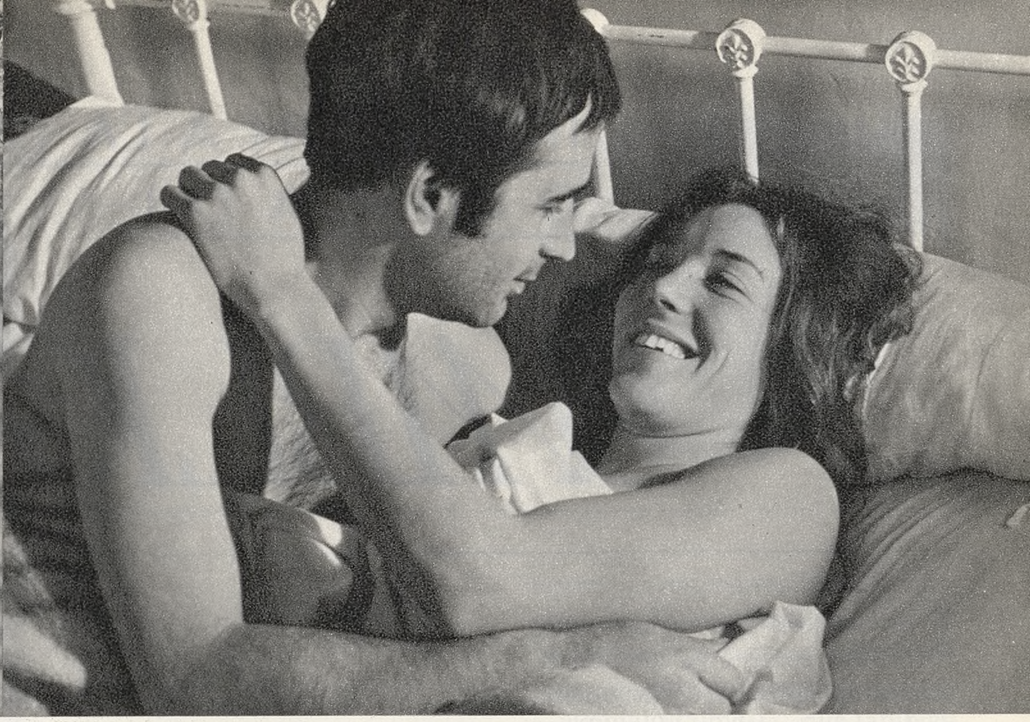
Pero ¿qué hay debajo de todo ello? El mismo Werner Herzog dice: «No muestro la locura patológica personal, de un individuo, sino la de una situación, una sociedad, una época. En paisajes ordenados, armoniosos, el hombre aparece todo desorden, todo angustia.»

Pero creo que esta afirmación aplicándola *solamente* a la acción española en la llamada «gesta americana», se ve privada de su sentido más universal. No se trata de exponer aquí y ahora todas las teorías a favor y en contra de lo que supuso la colonización de las Indias. Incluso en la misma película, Werner Herzog deja ver la diferente actuación de quienes estaban empeñados en la misma empresa. En el juicio que se celebra contra Orsúa (interpretado por el director brasileiro Ruy Guerra, quien también tenía en proyecto filmar «Aguirre...») se le acusa de dar monedas a los indios esclavos. A lo que responde su prometida que le parece justo, si en España pagaba a sus servidores, hacerlo aquí también.

Pero, repito, que entrar a fondo en ello supondría remontarnos a múltiples teorías y a las tesis opuestas de los teólogos españoles del siglo XVI, defendidas por fray Bartolomé de Las Casas, Bernardino de Sahagún, Zumárraga, Montolinía, Sepúlveda, Domingo de Betanzos, fray Tomás Ortiz... y tantos otros. Lewis Hanke, M. Bataillon y Octavio Paz, incluidos.

En cierta ocasión dijo el propio Werner Herzog que sus películas nacen de una Fascinación. Una fascinación perfectamente lograda con un ritmo lento, angustioso, en el que el barroquismo de la vegetación se inserta en la paulatina desmembración de los hombres que se adentran en ella. Una fascinación que llevó a los españoles a intentar una de las empresas más arriesgadas, comprometidas y controvertidas de todas las épocas. Una fascinación que va más allá. Que llega hasta la personalidad de Aguirre y cobra (de mano de este director alemán a quien André Vigo, de *L'Aurore*, califica como «un Orson Welles llegado de Alemania») validez universal en forma de reflexión. La crítica reflexión de los delirios del poder.—Sabas MARTIN.





El director José Luis Borau encarna también en «Furtivos» la figura del gobernador, para quien la caza es una razón social. Ovidi Montllor y Alicia Sánchez en una escena íntima de esta obra maestra del nuevo cine español.

«FURTIVOS» OPTA AL OSCAR DE HOLLYWOOD

La película «Furtivos», de José Luis Borau, ha sido seleccionada por España para concurrir al Oscar de Hollywood. Sin embargo, a pesar de su gran calidad artística (no en vano ha constituido la revelación del cine español en el pasado año) no tiene apenas posibilidades de alzarse con la famosa estatuilla por razones meramente comerciales. No basta que vaya avalado por diversos premios de la categoría de la Gran Concha de Oro, Perla del Cantábrico y Ticket de Oro del último festival cinematográfico de San Sebastián o del Hugo de Bronce del Festival Internacional de Cine de Chicago (Estados Unidos). Ni tampoco cuentan sus recientes éxitos en Londres y en Los Angeles (donde se pasó en los estudios de la Metro). El propio José Luis Borau explica las razones de ello:

—*«Furtivos» llega al Oscar totalmente desasistida. En primer lugar, existe una gran competencia. Concurren nada menos que veintidós países y muchas películas. Entre ellos hay países que tienen unas industrias cinematográficas poderosas o de alto nivel artístico como Italia, Francia y Suecia. Por otra parte, nadie vota a una película que no conoce. En los Estados Unidos el cine español no se distribuye, excepto algunos títulos destinados a un público de lengua hispana y que más valdría que no se conocieran. Tampoco existen distribuidoras americanas interesadas en airear la película, así que las posibilidades de obtener el Oscar son mínimas. A lo que sí aspiro es a la nominación, porque en sí ya constituiría un premio importante.*

PARABOLA DIAFANA

El film es un drama rural en el que unos seres aislados, huraños y salvajes se destrozan unos a otros en un impresionante duelo a muerte. Lo que cuenta es la supervivencia frente al medio exterior. La historia, que es en cierto modo un alegato violento contra la violencia, una parábola diáfana de un fragmento de la realidad española, está contada de una manera directa, sincera, sin truco ni efectismos. Quizás la mayor cualidad del film es la autenticidad de sus personajes, de sus situaciones y de su ambiente. Borau nos ha ofrecido una obra clara, eficaz, llena de tensión.

La acción de «Furtivos» se desarrolla en un bosque —el de Montejo, en la provincia de Segovia—. En el corazón del mismo vive Martina, una mujer autoritaria y curtida, con su hijo Angel, a quien domina totalmente. Viven de lo que caza él en el bosque, de una manera furtiva, ya que la veda y la protección oficial a diversas especies impiden matar legalmente a los animales. Angel vende la piel y la carne de las alimañas y los venados en los pueblos cercanos. El gobernador de la provincia, hijo de leche de Martina, trata de sacarlos adelante, pero sus afanes paternalistas chocan con la independencia de la familia.

Un día Angel acude a la Feria Provincial en busca de cepos y conoce a Milagros, una menor que se ha escapado de la cárcel para encontrarse con «El Cuqui», un quinqui cercado por la policía. El joven se siente atraído por el desenfado de la muchacha y la lleva a casa. La presencia de Milagros desata el drama. Martina hará todo lo posible para mantener su puesto en el hogar y evitar que la joven la desplace. Es significativa la escena en la que el hijo la despoja de su propio lecho. El trágico desenlace no puede ser evitado por el gobernador.

La idea principal de la película, cuyo guión se debe al mismo director y a Manuel Gutiérrez, es ésta:

—*En ese bosque que oficialmente está en paz, la gente tiene grandes problemas y viven la mayor parte de sus vidas, la más querida, la más íntima, de una manera escondida. Furtivo, según el diccionario ideológico de Casares, no es solamente el cazador, sino cualquier persona que hace algo a escondidas. El gobernador de la historia y todo aquello que representa —la sociedad, el poder, la represión e incluso la moral— es el que hace que los personajes sean furtivos.*

El guión está bien construido y en ello ha influido la experiencia de Borau; autor de la historia de «Mi querida señorita» y «Hay que matar a B», y la de Manuel Gutiérrez que cuenta en su haber con los argumentos de «Corazón solitario» y «Habla mudita», que realizada por él obtuvo el premio de la crítica en el Festival de Berlín de 1973.

José Luis Borau ha sabido planificar muy bien el film, no sobra ni falta plano alguno. Magnífica la labor de Luis Cuadrado al frente de la fotografía, que ha recogido magistralmente la cruda belleza del monte. Se nota que él y el director se compenetran a la perfección, no en balde Cuadrado ha sido el operador de todas las películas producidas por Borau.

Lola Gaos, en quien se pensó ya al escribir el guión, se ha encontrado con un papel a su medida y nos ha ofrecido una interpretación realmente soberbia. El cantante catalán Ovidi Montllor, impuesto por Lola Gaos, ha constituido una revelación, así como la actriz teatral Alicia Sánchez, que compone un personaje vivo y desenfadado. La música del conjunto Vainica Doble apoya la acción.

OBRA MAESTRA

Nos encontramos, en fin, ante una de las obras maestras de nuestro cine independiente. «Furtivos» es un film totalmente asimilado y aceptado por un público adulto, como lo indican los setenta millones que lleva recaudados la obra, frente a los quince que costó producirla.

Quedan atrás los problemas del rodaje. No había nieve porque el otoño había sido seco y hubo que rodar varias escenas en Francia. Los compromisos de Lola Gaos aplazaron la filmación hasta noviembre. José Luis López Vázquez, en el que se había pensado para el personaje de gobernador, tuvo que acudir al Festival de Chicago donde se presentaba «La prima Angélica» y una semana antes José Luis Borau decidió interpretar el papel. También superó los problemas de la censura, que cortó finalmente el plano del Gobierno Civil de Segovia, y por la que el film no se pudo estrenar hasta principios de verano.

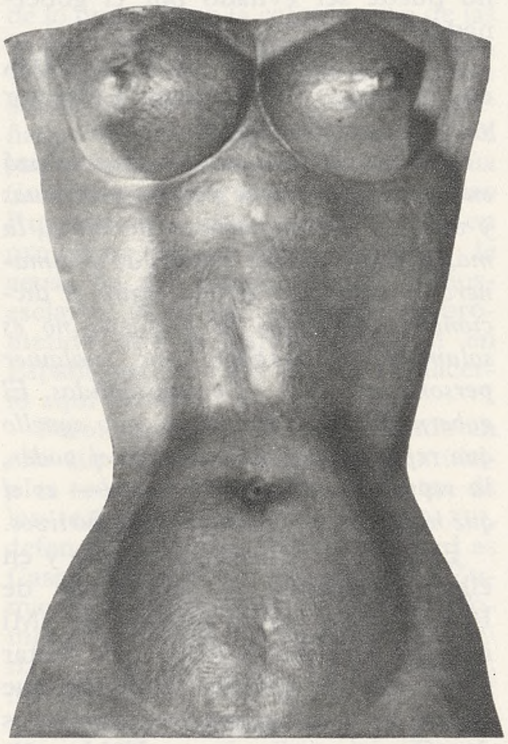
Incluso se ha olvidado la amargura del realizador porque oficialmente se mandó el expediente veinte días más tarde de lo previsto por los organizadores. Pero el triunfo está ahí y «Furtivos» pasará a la antología del cine español.—M. José SANCHEZ-BENDITO.

HUMOR

INICIACION A LA ONFALOSKEPSIS O CIENCIA DEL OMBLIGO

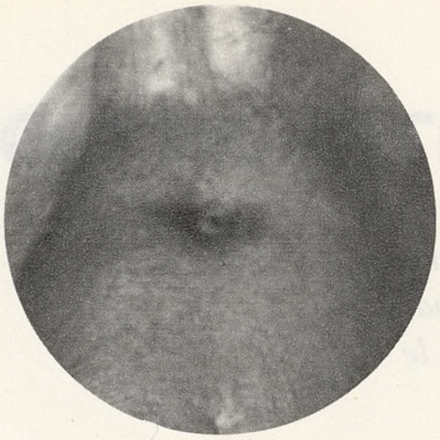
LA onfaloskepsis, como todos saben, consiste en la contemplación del ombligo, o, si se quiere, en la ciencia del ombligo. Pero, lo que muchos ignoran, es que su práctica, tan beneficiosa, en general, puede provocar malestares y dolencias de diversa índole e incluso llegar a tener fatales consecuencias, si no se la emplea con las debidas precauciones. El criterio genético, aunque insuficiente, puede ayudar a que los no iniciados tengan una idea aproximada de la onfaloskepsis moderna y de sus distintas aplicaciones. Por eso nos remontaremos, brevemente, a sus orígenes, que los manuales suelen olvidar.

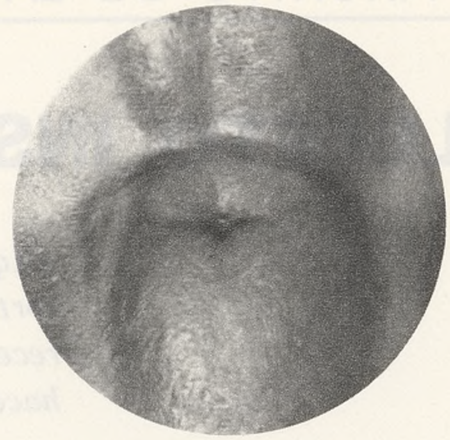
Como la mayoría de las disciplinas científicas, la onfaloskepsis comenzó por un período poético religioso; pasó, después, a integrar la filosofía y, muy tardíamente, se convirtió en una verdadera ciencia. Casi todas las grandes culturas han intuido, desde sus comienzos, que la contemplación del propio ombligo es uno de los principales caminos de la sabiduría. Sin embargo, hubo que esperar el desarrollo de la filosofía y de la ciencia en Grecia, para que el ombligo comenzara a ser observado con objetividad y espíritu lógico. Se puede afirmar que, si en la época de Pericles la onfaloskepsis está fundamentada en algunos principios teóricos, más o menos rigurosos, ello se debe a un largo proceso, que se inicia con Homero, por lo menos. En la *Odisea*, el poeta se refiere al templo de Delfos como «el ombligo del mundo», y los arqueólogos creen que, en los subterráneos del templo de Apolo délfico existió una piedra, así llamada, sobre la que se levantaba el trípode de la pitonisa y que servía, también, para cubrir la tumba de la serpiente Pitón, muerta por el dios. El pueblo siguió rindiendo culto secreto a la serpiente asesinada, cuyo cuerpo, al extenderse, se asemejaba a un cordón umbilical y al enrollarse, adquiría la apariencia de un enorme ombligo. Las sacerdotes ocultos de Pitón se miraban el ombligo, hasta que lo veían desenrollarse y transformarse en la gran serpiente resucitada, que les revelaba los misterios del universo, antes de devorarlos. Muchas ciudades pretendieron, más tarde, ser los ombligos del mundo, por tener piedras similares a la de Delfos y, en Irlanda, condado de Meath, hubo, hasta no hace mucho, una piedra que los irlandeses —por más modestos que los griegos, o por orgullo separatista—, llamaron «el ombligo de Irlanda».



Ofrece particular interés el mito de las relaciones de Hércules con la hermosa Onfalia, «la ombliguda», que nos cuenta cómo el héroe máximo llegó a vestirse de mujer y a manejar la rueca, mientras la princesa se cubría con su piel de león y empuñaba su maza. Algunas variantes del mito, de probable influencia asiática, dicen que, por la contemplación del famoso ombligo mágico de Onfalia, el terrible Hércules se convirtió en hermafrodita y, poseedor de ambos sexos, fue capaz de tener comercio carnal con hombres y mujeres y ser, a la vez, homosexual y heterosexual en el mismo acto.

Ambos mitos onfálicos, el de la serpiente Pitón y el del Hércules andrógino, se unieron y evolucionaron juntos, por dos vías esotericas: la de los Misterios de Eleusis y la de la secta pitagórica. Pitágoras era un hombre de ciencia y, al mismo tiempo, un espíritu religioso. Como hombre de ciencia, descubrió el célebre teorema geométrico que lleva su nombre y, como religioso, no comía habas. Por eso, señala Bertrand Russel, sus discípulos se dividieron en dos





sectas: la de los enamorados de los triángulos rectángulos y la de los aborrecedores de las habas. Lo mismo puede decirse con relación a la onfaloskepsis, pues si, por un lado, el pitagorismo se lanzó a las más estrafalarias especulaciones sobre las relaciones matemáticas entre los distintos tipos de ombligos, por otro, tiene el mérito de haber sentado las bases para el descubrimiento del segundo ombligo, u ombligo neutro, tan importante en la ombligología actual. Sería muy complicado seguir la ulterior evolución de la onfaloskepsis clásica y su indudable paralelismo con la geometría de Euclides, y se hace necesario dar un salto de más de mil años para referirnos, sin salir de Grecia a una secta del movimiento quietista, la de los hesiquiastas, que se inició en el siglo XI, en los monasterios del monte Athos, y que se renovó y alcanzó su esplendor en el XIV. Estos iluminados, llamados también onfalópsicos, entendían que en el ombligo se concentraban todas las fuerzas del alma, por lo cual, inclinaban la cabeza sobre el pecho y lo contemplaban fijamente, durante largo tiempo, hasta que lograban unirse con la Divinidad y ver la luz del Tabor, o sea, asistir, místicamente, al Misterio de la Transfiguración. Aunque herejes, los onfalópsicos de la Iglesia de Oriente perfeccionaron la técnica psicofísica de la onfaloskepsis, pues llegaban a estar dieciocho horas seguidas mirándose el ombligo, sin dar señales de fatiga muscular ni de cansancio mental.

Esta breve referencia al pasado nos permite comprender la importancia de la primera norma de la onfaloskepsis moderna: *Antes de observar el propio ombligo, es necesario contemplar un número suficiente de ombligos ajenos, alternando los ombligos de signo contrario al del observador con los del mismo signo. Se entiende por número suficiente de ombligos sexuados el que permite llegar a tener la percepción del ombligo neutro, o segundo ombligo.* Las últimas investigaciones han demostrado que la percepción del segundo ombligo —presentido ya por los pitagóricos—, se realiza por medio del tercer ojo y, para algunos ombligólogos, el ombligo neutro y el



tercer ojo son, en realidad, la misma cosa. Este es el caso de Gerald Morehead, que basa su cosmología sobre el ombligo ocular, o vidente —el onfalostalmos—, que también se podría denominar el ombligóptico.

Si el análisis experimental del segundo ombligo ha sido correcto, el experimentador podrá ver ombligos en todas partes, pues estará capacitado para descubrir el verdadero ombligo de cada una de las cosas y de cada una de las ideas. Sólo habrá de tener el cuidado de partir siempre de datos empíricos y de no caer nunca en lucubraciones meramente teóricas. Así, por ejemplo, es sabido que el sol es el ombligo del día y la luna el sub-ombligo de la noche, pero estos dos ombligos astrales no nos permiten asegurar, por ahora —como lo hacen ciertos astrónomos rusos—, la existencia de una galaxia onfálica, que sería un inmenso ombligo cósmico, verdadero centro del universo.

En resumidas cuentas: cuando un onfalópsico moderno tenga el ombligo neutro como eje de su mente y de sus impresiones sensoriales, podrá inclinar la cabeza sobre el pecho y —sin recurrir jamás al auxilio de espejo alguno—, comenzar a mirar su propio ombligo, empezando por una hora y aumentando cinco minutos todos los días, hasta llegar a ocho horas diarias, o, como máximo, a diez. Se ha comprobado que es peligroso sobrepasar ese límite y que una onfaloskepsis indefinida es inevitablemente mortal.—GUIDO CASTILLO.

ALBERTO INSUA Y LA CONTRADICCION

«Aquí nuestros escritores son por lo común cortesanos del público, hasta los que parecen querer contradecirle. A lo más, le hacen cosquillas.»

Miguel de Unamuno

UNA de las modas —o modos— de nuestros escritores de los años veinte fue el librepensamiento. La razón de estas modas está explicada, apuntada al menos, con las palabras de Unamuno con que empezamos estas líneas.

La ideología que desarrolla Insúa en el planteamiento de sus obras —y que, en ocasiones, guarda similitud con su propia vida, aunque ésta fue un cúmulo de contradicciones, como se puede entrever de una atenta lectura de sus *Memorias*— se disuelve hacia el final. Muy posiblemente para dar la necesaria satisfacción al gran número de lectores que devoraban sus obras (fijémonos en el ambiente literario que se nos muestra en *La mujer que necesita amar*), o simplemente para no crearse más dificultades en cuanto a un estilo que creía tener dominado, y que, a la postre, resultó mecanizado. (Por otra parte, es muy disculpable si, como él cuenta, escribía siete horas diarias; así, las modificaciones en su novela no pueden ser muy profundas.) Y dejando reparos a un lado, se convierte en cortesano del público: sus aficiones epicureístas, su afán por el amor libre y el divorcio, incluso su idealismo socialista, todo queda casi arrinconado.

Pero incluso en todas estas posturas se produce un retroceso y se queda, a veces, en una total indefinición, y al final no es posible siquiera emitir una opinión sobre la novela en cuestión. Hay excepciones como *El regalo de la muerte* (1923), con un final digno de Ibsen, al que sin duda admiraba, pero este desenlace es casi singular. Los que aparentemente pudieron parecérsele, como *Maravilla*, *El negro que tenía el alma blanca*, *La agonía de don Juan*, y otros más, toman un sentido de lección moralista, como invitando a una reflexión de la que él se mantuvo apartado, y que creó un tanto artificialmente para sus novelas.

Y ahora es cuando más evidente se me aparece esta clara contradicción a raíz de la lectura de *Cabecita loca*, comedia escrita en colaboración con su cuñado Alfonso Hernández Catá, y estrenada en 1914. (La edición es del 24, núm. 830 de *Los Contemporáneos.*)



Alberto Insúa: los personajes de este novelista cubano están sometidos a un contradictorio sentimiento de rebeldía y resignación.

Laura, la protagonista, «enamorada del amor», crea a su alrededor una atmósfera de lirismo erótico muy propio de su condición de colegiala. Al final es vencida, derrotada, por el sentido común, el buen sentido (!), y al igual que don Quijote, de quien heredan no pocos personajes de Insúa, la misma Laura reniega —¿convencida?— de su anterior personalidad. Es el triunfo del prosaísmo, la vulgaridad, sobre el ideal.

Su estoicismo —¿incredulidad?—, a veces verdadero, a veces no tanto, gana al final la batalla a sus mismas creencias, a su espíritu, aunque bastante dormido, de luchador. Ya desde la primera novela *(Historia de un escéptico)* pugnan en contradicción las influencias no demasiado digeridas de Epicuro y Epicteto, de Ibsen y Amiel, de Jorge Sand. Desde otra perspectiva serían ininteligibles *Las fronteras de la pasión*, *Un enemigo del matrimonio*, *Humo, dolor y placer*, la novela en dos partes que protagoniza Irene Acosta, y una lista interminable. Todos sus personajes resultan vencidos, apabullados, en una voluntad de resignación en la que aún se siente la autoafirmación y la voluntad de poder: el novelista habanero no llegó a vislumbrar la posibilidad de un Ibsen amieliano.

A esto habría que añadir su horror, verdaderamente patológico, por la violencia (véase, por ejemplo, *Ha llegado el día*), olvidando tal vez que es uno de los más altos grados de la emoción más íntima del hombre. Igualmente es preciso tener muy en cuenta influencias tan decisivas como la de Waldo Alvarez-Insúa, su padre.

Años después, en sus *Memorias*, escribirá estas palabras a modo de justificación: «Yo había aprendido la mejor lección de la filosofía estoica que consiste en no sufrir por aquello que no está en nuestra mano remediar. Aún para los santos la misericordia tiene sus límites.» — Eugenio COBO



La Editorial Edilan acaba de lanzar como joya bibliográfica una extraordinaria reproducción del famoso Beato de Gerona (año 975) de cuyo ejemplar brindamos a nuestro público una de las láminas más ricas y expresivas que representa el triunfo de Cristo.

HOY Y MAÑANA DE LA HISPANIDAD

UNA GESTA DE LA AVIACION MUNDIAL

ESPAÑA Y ARGENTINA CONMEMORAN LA HAZAÑA DEL «PLUS ULTRA»

EN febrero de 1926 cuatro españoles, Ramón Franco, Pablo Rada, Julio Ruiz de Alda y Juan María Durán, asombraron al mundo. En un hidroavión llamado «Plus Ultra» partieron de Palos de Moguer el día 22 de enero. El propósito era llegar a Buenos Aires, siguiendo la ruta Canarias-Cabo-Verde-Brasil-Argentina. Intentar tal cosa, en un Dornier de la época, sonaba a locura, como sonó a los oídos de los hombres del siglo XV el propósito de Cristóbal Colón. Había que recorrer más de diez mil kilómetros en una zona no explorada por la aviación hasta el momento. Repitiéndose el caso del Descubrimiento de América por una nación que no era la más marinera del siglo, ahí iban esos aviadores de un país que tenía en pañales su aviación.

Sortearon todas las dificultades imaginables, incluyendo, naturalmente, averías en los motores. Cuando llegaron a Río de Janeiro, el 4 de febrero, se les recibió ya como héroes, pues habían vencido el Atlántico.

El 9 de febrero salieron hacia Buenos Aires, en la etapa final del recorrido, pero una nueva avería los lleva a amerizar primero en Montevideo, donde se les recibe también con gran entusiasmo. Por fin, el día 10 de febrero, llegó a Buenos Aires el «Plus Ultra». El vuelo en sí había durado 50 horas y 50 minutos. El mundo entero reaccionó con grandísima admiración ante aquella hazaña increíble. Prácticamente toda la población de la capital argentina se volcó en el recibimiento, y los aviadores españoles quedaron convertidos en figuras mundiales, casi legendarias.

El rey don Alfonso XIII envió a Ramón Franco un telegrama en el que decía: «El Rey te felicita de todo corazón por la hermosa hazaña que acabas de realizar». Y el comandante del Plus Ultra respondió al Rey: «Tripulantes del Plus Ultra conside-



El embajador argentino en Madrid, don José Campano, recibe de manos del doctor Puigvert el sextante utilizado por el comandante Ramón Franco en el histórico vuelo del «Plu s Ultra», Madrid-Buenos Aires, del que ahora se cumplen cincuenta años.

ran el mayor galardón felicitación Vuestra Majestad, y dan vivas al Rey.»

Toda la emoción de aquella hora, y todo el significado que para la historia de la aviación mundial tuvo la hazaña del Plus Ultra, fueron evocados debidamente el mes pasado, tanto en España como en la Argentina. Allí, en el Museo de Luján, se conserva el Dornier, regalado a la nación argentina por el rey don Alfonso XIII en señal de gratitud por la acogida que ofrecieron los argentinos a los aviadores españoles. Aquí en España hubo ceremonias en Madrid y en Huelva, junto a La Rábida, en el sitio de la partida. La alcaldesa de Palos de la Frontera habló, el mismo 10 de febrero, a los representantes españoles y argentinos de la aviación, de la milicia, del periodismo, sobre la hazaña de 1926.

Pocos días antes, en Barcelona, en el despacho del médico don Antonio Puigvert, la viuda y la hija del comandante Ramón Franco entregaron al embajador argentino en España el Sextante que usó Franco en el vuelo, y que lo trajo con él en su regreso en 1926.

La finalidad del obsequio, dice el acta levantada, es que esta pieza fundamental vaya al Museo de Luján, a reunirse con el Plus Ultra.

En Buenos Aires, la Asociación Aeronáutica Argentina y la Embajada española, con don Gregorio Marañón al frente, rindieron cumplido homenaje al cincuentenario del Plus Ultra. Marañón recordó que el comandante Franco entregó al presidente argentino, don Marcelo de Alvear, un mensaje del rey Alfonso XIII. Por parte argentina habló ante el monumento al viaje el brigadier mayor César Guasco, quien detalló admirablemente lo que representó aquella hazaña y cuál fue la emoción del pueblo argentino al comprender que la España del Descubrimiento de América seguía siendo nación descubridora.

Subrayó el militar argentino que con el vuelo del Plus Ultra, España tendió por primera vez «el arco de las comunicaciones aéreas entre el Viejo Mundo y las tierras de promisión». «El navegante genovés, dijo, y el piloto moderno, uníanse históricamente en el amoroso servicio a estos pueblos.»— ■





En La Rábida (Huelva), lugar de partida del «Plus Ultra», se ha conmemorado la hazaña con diversos actos. Junto al monumento a Argentina, en la foto superior, fuerzas del Ejército del Aire sobrevolaron el lugar de las ceremonias. A la izquierda, el embajador español en Argentina, don Gregorio Marañón, coloca una ofrenda floral al pie del monumento conmemorativo.

ENTREGA DE LOS PREMIOS «LEOPOLDO PANERO» Y «TIRSO DE MOLINA»

CON asistencia del ministro de Educación y Ciencia, señor Robles Piquer, y presidido por el titular del Instituto de Cultura Hispánica, S.A.R. don Alfonso de Borbón, se celebró el acto de entrega de los premios Leopoldo Panero 1974, de poesía, en su duodécima edición, y el Tirso de Molina, de teatro, que se convocaba por quinta vez, dotados ambos con 100.000 pesetas. Asistieron, también, el director general de Iberoamérica, don Pedro Salvador de Vicente, que representaba al Ministro de Asuntos Exteriores, y los presidentes de los jurados que concedieron ambos premios, don Dámaso Alonso, director de la Real Academia Española, y don Joaquín Calvo Sotelo.

Resultaron ser los ganadores María Julia de Ruschi Crespo, argentina, y Jorge Díaz, chileno, quienes agradecieron emocionadamente el galardón, e hicieron hincapié en el prestigio e internacionalidad de los premios que convoca el Instituto de Cultura Hispánica.

Los presidentes de los jurados pronunciaron palabras de elogio al resaltar los méritos de los ganadores, tanto como los de los finalistas. Habló don Dámaso Alonso de la fraternal amistad que lo uniera con Leopoldo Panero y del asombro que le había producido el alto grado de perfección, así como de la profundidad, no exenta de misterio, que se advertía en la obra de María Julia de Ruschi. Don Joaquín Calvo Sotelo resaltó las dificultades que entraña la concesión de un premio de teatro a obras que no se han visto aún representadas, lo que es, dijo, «como leer una partitura». Recordó la bien merecida fama de que ya goza Jorge Díaz en nuestro país, así como su depurada técnica teatral.

Cerraron el acto las palabras de don Alfonso de Borbón, quien, después de agradecer la presencia del señor ministro, de los señores embajadores y demás personalidades, así como la de la señora viuda de Panero, y tras felicitar a los ganadores, subrayó la gran acogida que están teniendo estos premios en América, y su importancia al constituir un puente que se tiende de orilla a orilla del Atlántico.—■





El presidente del Instituto de Cultura Hispánica, S.A.R. don Alfonso de Borbón, hace entrega del Premio «Tirso de Molina» al dramaturgo chileno Jorge Díaz. Sobre estas líneas, don Dámaso Alonso, presidente del Jurado del Premio «Leopoldo Panero», glosa la obra de la poeta argentina María Julia de Ruschi.

PREMIO TIRSO DE MOLINA

JORGE DIAZ: HACIA UN TEATRO DE EXPERIMENTACION

«NACI en la ciudad argentina de Rosario, provincia de Santa Fe. Mis padres —asturiano y vasca— fueron los típicos inmigrantes que marcharon, poco después, a Chile, donde me eduqué y formé como personalidad y como ser humano. Mi orientación inicial y mi formación posterior no fueron literarias. Como bachiller, y en camino hacia la arquitectura, derivé al dibujo y a las matemáticas. Hice mi carrera de arquitecto —y durante diez años la ejercí— con mucho interés. Una situación inesperada me puso en contacto con un grupo chileno de teatro independiente. Pidieron mi colaboración como escenógrafo. Me integré a la compañía, y a través de esa relación cada vez más estrecha, comencé a escribir teatro...»

Estos fueron los primeros pasos de Jorge Díaz, ganador del Premio Tirso de Molina 1975 convocado por el Instituto de Cultura Hispánica, con su pieza «Mata a tu prójimo como a ti mismo».

Se presentaron 81 originales al certamen de una época «en la que los concursos florecen casi cotidianamente, cosa contraria a lo que sucedía en mi juventud», al decir del presidente del Jurado, don Joaquín Calvo Sotelo. ¿Acaso es Jorge Díaz un dramaturgo «que espera»?...

—En absoluto. Empecé mi carrera a una edad más bien tardía. (No soy una persona que haya escrito poesía y la haya guardado en los cajones...) Teatro es lo único que he escrito. De mis veintidós obras, veintiuna fueron estrenadas. La única inédita es la que el Instituto acaba de premiar y que ya se ensaya.

—¿Prevé un resultado comercial?

—Discutible y dudoso. Es obra para minorías esta historia destructiva de una ambigua relación entre mis tres personajes. Pero se cumplirá mi objetivo: estrenar y sentir yo qué pasa con el público.

Jorge Díaz mira hacia atrás.

—He pasado, en mi obra, por varias etapas. La primera, europeísta y con marcadas influencias de vanguardia, justificada en un profesional con formación universitaria que ha viajado por Europa y ha devorado teatro: a ese período corresponden las de mayor difusión: «El cepillo de dientes» —estrenada en toda América y en dos países europeos—, y «Réquiem para un girasol». Esa tendencia fue superada gracias a la oportunidad que tuve de estrenar y confrontar con el público hispanoamericano la validez o la caducidad de ese tipo de teatro. Posteriormente, me incliné hacia un contenido más enraizado con los problemas de nuestra América. Si bien no con raíz criollista o costumbrista,



incluye una serie de testimonios políticos o sociales característicos de aquel continente. De este ciclo son «Topografía de un desnudo» y «Americaliente».

—El Instituto de cultura Hispánica, en su labor de promoción de la cultura que nos es común a ambas áreas, creará este mismo año una sección de ediciones teatrales en la que se irán publicando los sucesivos premios Tirso de Molina, según anticipó S.A.R. el Duque de Cádiz.

—Eso me estimula, como todo lo que sucedió en mi prolongada estancia en España —a la que llegué hace diez años, por ese deseo que tenemos todos los hispanoamericanos de volver a las raíces—. Aquí encontré un medio apto para realizarme como dramaturgo. Una cantidad de vivencias y una toma de contacto con el medio cultural español que ha permitido a mi obra evolucionar hacia un sentido de investigación de las emociones del hombre. Así, he dejado un poco el teatro documental para acercarme más al teatro de experimentación.

Hay dos vertientes en el trabajo que desarrolla Jorge Díaz.

—La primera, con un grupo de teatro independiente, Teatro del Nuevo Mundo, pretende, desde su creación, en 1969, dar a conocer el teatro hispanoamericano en España, único repertorio que montamos. La segunda, con los mismos compañeros de Teatro del Nuevo Mundo, formamos una compañía profesional de carácter comercial, dedicada a los niños. Lo hacemos con mayor continuidad, porque este teatro tiene mayor salida y más factibles posibilidades de realización. Se llama «Los trabalenguas». Desde noviembre presentamos en el Teatro Alfil una obra mía que se llama «Cuentos para armar entre todos». Y con ambos grupos —el de adultos y el de niños— hacemos giras por España.

—¿Se considera más actor, director o autor?

—Procuro no diversificarme. Muy esporádicamente asumo las dos primeras disciplinas para no quitar energías y esfuerzos a la tercera.

—Curioso título el de la obra premiada...

—«Mata a tu prójimo como a ti mismo» es una frase recogida por mi de un libro de Ramón J. Sender, «La casa de las tres Moiras».

—Creo que no ha quedado nada en el tintero...

—Sí. Escribo guiones radiofónicos y televisivos. Soy un escritor profesional que, desde hace varios años, vivo exclusivamente de mi pluma y espero continuar haciéndolo.

—¿Elaborando una obra española o chilena?

—Hispánica, en la medida en que, a través del idioma común, trato de expresar vivencias múltiples que me han enriquecido en tan diversos medios y países. —Celia ZARAGOZA.

PREMIO LEOPOLDO PANERO

MARIA JULIA DE RUSCHI o los dones de la poesía

«*Yo diría que la mía es una poesía argentina y no de ciudad: argentina y de la provincia de Buenos Aires. No podría haberla escrito en España, ni en Italia, ni en Francia. Cuando regrese a mi tierra, dentro de dos meses, concluiré otro libro de poemas para el cual cuento ya con material suficiente. Tengo ganas de trabajar. Pero terminar un libro me requiere el cien por ciento de concentración. Y aquí hay demasiados atractivos en una etapa tan enriquecedora...*»

Así se expresa María Julia de Ruschi Crespo, Premio de Poesía Leopoldo Panero 1974 por su libro *Polvo que une*:

—*Lo inspiró el pasado: mi padre y la muerte. Prolonga mi primera entrega, «Amanecer cerca», que edité yo misma en 1970. Expresaba el caos y, al mismo tiempo, la sensación de nacer continuamente junto con todo: la ciudad, la naturaleza, la gente... Renovarse y permanecer.*

—¿Nostalgias siempre? ¿También hacia los amigos?

—*Trabajo con un grupo de distintas edades, desde la mía hasta los 40. Tuve la suerte de conocer —hace más de 6 años— a un núcleo de gente con una concepción afín de la poesía. Editamos una revista literaria —«Nosferatu», nombre del primer vampiro en la historia del cine—. En lo fundamental, estamos de acuerdo. Toda creación es individual —no la compartimos, a la manera de los surrealistas—, pero se enriquece con el trabajo en equipo. Por ejemplo, si alguien descubre a un poeta, lo hace conocer a los demás. Analizamos juntos textos propios y ajenos. Y nos reunimos cada viernes desde las 11 de la noche hasta las 7 de la mañana. También nos vemos durante la semana, porque somos amigos. Creo que más que ser poetas nos ayuda ser amigos....*

—¿Visión del mundo de esta poeta nacida en Buenos Aires en 1951?

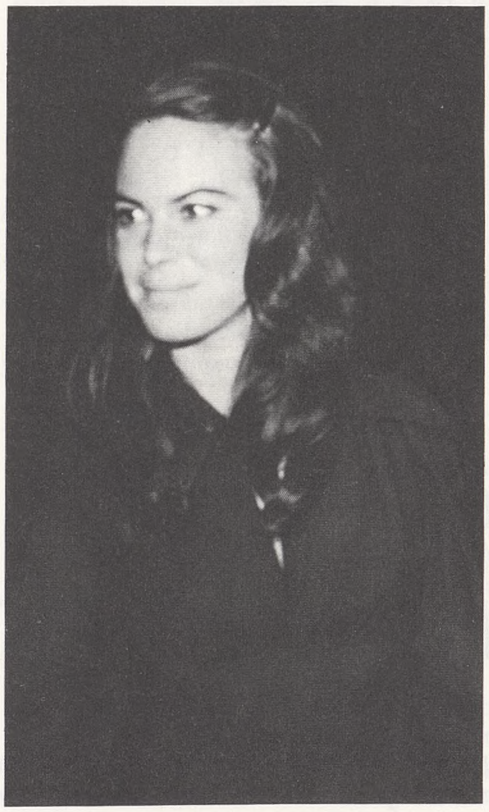
—*Esencialmente religiosa. Para mí, lo religioso es lo total. Trato de que todos los aspectos parciales de la realidad o del mundo estén inscritos en un plano unificador. Y casi toda mi poesía se puede centrar en un tema: la vida. Desde un punto de vista religioso, ningún momento se ve aislado, sino que participa de una continuidad. La muerte es sólo una transición hacia otra vida. Esa vida lleva hacia otra muerte. Y así sucesivamente...*

—Abandonó varios caminos: medicina, antropología, hasta encontrar la creación en poesía.

—*Un mero oficio, un trabajo de amor a la palabra.*

—Esa tarea dio nacimiento a los mejores poemas que se presentaron a la edición 1974 del Premio Panero.

—*Y me acobardó la noticia cuando la recibí en Roma, el 23 de abril del año pasado, aniversario de la muerte de Cervantes. Todo era demasiado maravilloso e irreal. Me sentía agotada y volví a la Argentina, incapaz de enfrentarlo. Hasta que combinamos la entrega en Madrid, para estas fechas.*



—Está en Europa. ¿Qué hará?

—*Daré una serie de conferencias y recitales de mis poemas organizados por el Instituto de Cultura Hispánica, cuya trascendente labor destaco como fuente espiritual tendida hacia los países de lengua castellana. Me nutre la comunicación que me proporciona la estancia europea. Libros que me interesan, disciplinas artísticas que me enriquecen, un pasado de romanos y etruscos, una perspectiva de iglesias románicas y catedrales góticas que me permiten establecer un diálogo con la cultura desde su origen. Aun así, no permanecería en Europa. No sólo por mi familia y amigos, sino porque siento mis raíces argentinas. Y aunque aquí encuentro mucha más lluvia, mucho más sol, retornaría igual hacia aquellos tiempos más nublados...*

—Aquí o allá, ¿cómo ve la María Julia de hoy a la María Julia Ruschi Crespo del futuro?

—*Como ahora. Siempre el crecimiento de la misma manera. Y esas etapas de mi crecimiento, plasmadas poéticamente. Creo que siempre voy a escribir, contando con el don...*

—A ese don aludió al recibir el Premio Leopoldo Panero.

—*...Como poeta, yo deseo ser uno más de los constructores de la catedral. Pienso en los artistas y artesanos que lo hicieron en la Edad Media, en conjunto y anónimamente, considerando su habilidad para crear, un don. Yo deseo trabajar dando a mi obra el mismo sentido que ellos dieron a la suya, trabajar con la misma fe. A María Julia de 100 años la veo igual: naciendo y muriendo continuamente. Si uno muere continuamente, uno nace continuamente...*

—¿Influencias? ¿Preferencias en distintas lenguas?

—*Holderling, Rimbaud, Dylan Thomas. Traduzco escritores franceses, ingleses e italianos. (Con los mismos fines comienzo a estudiar alemán.) Sobre esos poetas, que estudio a fondo, escribo ensayos que me propongo publicar, acompañando la creación original y mis versiones.*

—¿Y en lengua castellana?

—*Vallejo, Neruda, Luis Cernuda...*

—Cita a un inédito argentino.

—*Jorge Zunino. Lo considero un gran poeta. Ha recuperado el paganismo griego y lo ha unido a los temas cristianos. Y esto lo expresa con un lenguaje muy personal, muy ajustado, muy nuevo. En Argentina existe una generación muy importante de poetas jóvenes, desconocidos. Así como surgí yo, pudo haber surgido otro. No soy un caso aislado.*

—La autora de «Polvo que une» señala otras vertientes.

—*La presencia de mis padres. Producto de ellos me considero exactamente mitad y mitad. De mi padre heredo la sensibilidad poética y el goce de la belleza; de mi madre, la capacidad de expresarla y darle forma.*

—Viaja con su madre, ¿ausente todo conflicto generacional?

—*Creo que la crisis en los jóvenes no suele deberse a los padres. Nace en ellos mismos. Uno se divide en dos. Una parte la proyecta en los mayores. En la medida en que uno mismo supera su crisis interior está en armonía con todos. Y yo la he superado. Por lo menos ésa.*—C. Z.

RENACEN LAS ESPERANZAS SOBRE

EL ACUERDO DE CARTAGENA

ENTRE los últimos días de enero y los diez primeros de febrero se vivió una verdadera pesadilla en los países miembros del Pacto Andino —Colombia, Venezuela, Bolivia, Ecuador, Perú y Chile—, porque desde Lima, sede del organismo, se lanzaba un verdadero S.O.S. para ver si se salvaba este magnífico esfuerzo de integración regional.

El hecho de que el 31 de diciembre pasado no fuera posible dejar cumplido el reglamento en lo que determina en materia de aranceles externos, renovación de ejecutivos y aprobación de programas, parecía casi una partida de defunción. El Ministro de Relaciones Exteriores de Perú, general De la Flor Valle, hizo un llamamiento muy persuasivo para que se produjera en el mes de febrero una reunión del máximo nivel, una cumbre, a la que asistieran, si no los seis Jefes de Estado, por lo menos los seis cancilleres. Y al propio tiempo, la Comisión, máximo organismo del Acuerdo, decidió visitar personalmente país por país para explicar el alcance del problema, pedir la asistencia a la cumbre y preparar los ánimos para llegar en Lima a acuerdos que permitan salvar el Andino.

El objetivo inmediato es la aprobación de un protocolo adicional, que prorrogara por uno o dos años los términos fijados en el Acuerdo de Cartagena. Se prorrogaría el mandato de la Junta actual, e igualmente se aplazaría la obligación de aplicar ciertos aranceles y de distribuir determinados programas. El petroquímico y el del sector automovilístico siguen siendo los más conflictivos.



Salvador Lluch, Germánico Salgado y Alberto Galindo emprendieron una peregrinación, capital por capital, comenzando por Caracas, para celebrar conversaciones con los Jefes de Estado y con los Ministros de Exteriores y de Economía. En todas partes hallaron una respuesta muy favorable, una gran acogida. Lluch explicó en los medios informativos de cada país el alcance real del Pacto, y dijo, entre otros datos convincentes, que cuando el Andino comenzó a funcionar, el comercio entre los países de la subregión era de sólo 100 millones de dólares al año, y que diez años después, o sea, en 1975, ya había llegado ese comercio a 1.000 millones de dólares.

Pero esas gestiones de los ejecutivos de la Junta, y los llamamientos de la Cancillería peruana, recibieron inesperadamente un gran respaldo y una oleada de optimismo, cuando el pasado seis de febrero declaró en Bogotá el Ministro venezolano de Hacienda, Héctor Hurtado, que Colombia y Venezuela tenían ya perfeccionada una fórmula que consideraban idónea para resolver el actual «impasse» del Pacto, y dinamizar de nuevo su funcionamiento. Dijo Hurtado que ya en diciembre, cuando se reunieron Alfonso López Michelsen y Carlos Andrés Pérez en Paraguachon, los presidentes iniciaron la confección de una fórmula capaz de salvar el Acuerdo, y que ahora, con la visita de los ejecutivos de la Junta, esa fórmula ha quedado perfeccionada. Hay pues, en el horizonte, claridad y gran esperanza.—■

LAS JORNADAS HISPANOANDINAS DE COOPERACION ECONOMICA Y TECNICA

EL primer libro aparecido este año en las publicaciones del Instituto de Cultura Hispánica contiene los trabajos presentados en las Primeras Jornadas Hispano-Andinas de Cooperación Económica y Técnica, celebradas en Madrid, en la sede del organismo, en junio de 1973. El volumen recoge los textos completos de los discursos, ponencias, intervenciones, comunicaciones y anejos.

Las jornadas fueron patrocinadas por la Junta del Acuerdo de Cartagena, el Instituto de Cultura Hispánica y la Secretaría del Convenio «Andrés Bello». El director del Instituto, don Juan Ignacio Tena, escribe el preámbulo del volumen al que sigue una presentación, redactada por don José María Sanjuán García, secretario de las Jornadas. Respondiendo a un acuerdo adoptado en Lima, en 1972, por los ejecutivos de la Junta y los del Instituto, se organizó al año siguiente «un encuentro entre el Pacto Andino y representantes de entidades de desarrollo y empresas públicas y privadas de los países a él pertenecientes, por un lado, y de la administración y empresas públicas y privadas de España, por otro».

Se trabajó mucho y muy bien en esas Jornadas, y surgieron en ellas materiales, ideas, orientaciones y documentación realmente importantes. Todo eso queda recogido en este volumen. Los temas centrales fueron: «El Grupo Andino, sus realizaciones y perspectivas» (La programación industrial, el Programa Metalmecánico y la Corporación Andina de Fomento); «Líneas de acción española en los campos financiero, de inversiones, de transferencia de tecnología y de cooperación técnica hacia el exterior» (Créditos a la exportación, cooperación técnica en distintos niveles, transferencia de tecnología, consultoría y bienes de equipo y política de inversiones en el exterior); y «Programas de Cooperación Andina» (Acciones en el campo de la inversión y el financiamiento, cooperación en la formación de personal, provisión de transferencias de tecnología, consultoría y bienes de equipo y cooperación en el campo cultural y científico).

Se cierra la obra con documentos como el texto de la Declaración Constitutiva de la Comisión Mixta Hispano-Andina, y el de los Convenios de Cooperación Financiera entre el Gobierno de España y la Corporación Andina de Fomento. Como colofón, ofrece la relación de las personalidades participantes y asistentes, con sus cargos y direcciones, lo que equivale, en definitiva, a una guía espléndida.—■

Ante el I Congreso Internacional

IMAGEN UNIVERSAL DE LA PICARESCA ESPAÑOLA

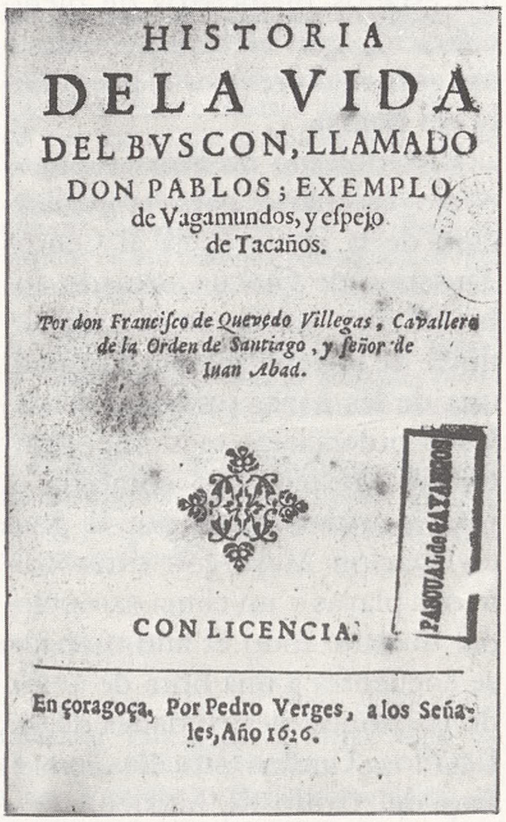
Por MANUEL CRIADO DE VAL

La picaresca está muy lejos de ser un juego literario, o el acierto de un autor genial. Representa una filosofía, una forma especialísima de vida, el autorretrato de una sociedad española, cuando estaba en su apogeo histórico y al mismo tiempo en su crisis más peligrosa. El «pícaro» es un prototipo humano español extendido por el mundo, que ha logrado interesar hasta el punto de que una verdadera legión de especialistas se congreguen para tratar de definirlo y conocer a fondo las circunstancias de su vida histórica.

El próximo mes de junio, del 21 al 27, se reunirá en Madrid y en Guadalajara el I Congreso Internacional sobre la Picaresca. Y no digo «literatura picaresca» porque el tema es más amplio y habrá también historiadores, sociólogos e incluso juristas en esta tarea.

Hace algo más de un año, hizo la convocatoria el Patronato «Arcipreste de Hita». La Dirección General de Relaciones Culturales, el Instituto de Cultura Hispánica, el C.S.I.C., los Ministerios de Educación e Información y Turismo, la Diputación y los Organismos provinciales de Guadalajara no dudaron en apoyarla. Pero de poco serviría ese apoyo si el tema no apasionara a los hispanistas de dentro y fuera de España. Y la verdad es que no podíamos ni imaginar que ese interés fuese tan grande. Un comité norteamericano se encargó de difundir la convocatoria por el enorme campo universitario de los Estados Unidos. Alborg, Cantarino, Ferrán, McPheeters, Ruiz Fornells, Dudley, Porqueras, Solá-Sole, Michalski, en Canadá, y, presidiéndolo, Carmelo Gariano. En Europa otras delegaciones, en Utrecht (Guzmán Alvarez), y en Londres (A. García), colaboraban con la secretaría instalada en OFINES a fin de que llegara a todo el mundo especializado este llamamiento. En Guadalajara la fundación «Marqués de Santillana» organizaba la participación regional.

Aunque sólo podemos suponer el contenido de este enorme material, cabe anticipar algunos informes: como representación de las Universidades norteamericanas acudirán delegados de Wisconsin (Ullman), California (Silvermann, Gariano, Rodríguez Puértolas, Parr, Portera, Rudder), New York (Stamm, Sicroff, Solá-Sole, Gutiérrez), Indiana (Ricapito, Febres), Texas (Becker, Cantarino), Massachusetts (Gostautas), Arizona (Iventosch), Missouri (Jones, Mancing), Ohio (Harter, Concejo), Virginia (Embeita), New Orleans (McPheeters), Illinois (Leal, Porqueras), Syracuse (Ayerbe, Lichtblau, Ferrán), New Jersey (Díaz Migoyo), Pennsylvania (Pincus), Alabama (Madrigal), Minnesota (Spadaccini, Zahareas). De Canadá: A. Michalski, W. Ross, I. Soldevila-Durante.


HISTORIA
DELA VIDA
DEL BVSCON, LLAMADO
DON PABLOS; EXEMPLO
de Vagamundos, y efpejo
de Tacaños.

Por don Francifco de Quevedo Villegas, Cavallero de la Orden de Santiago, y feñor de Iuan Abad.

CON LICENCIA.

En çoragoça, Por Pedro Verges, a los Señales, Año 1626.

Entre las Universidades europeas figurarán representantes de las de Londres (A. García), Edimburgo (Riley), Tours (Redondo), (Béroud), Amberes (Joset), Lovaina (Varea), Utrecht (Alvarez), Padua (Morreale), Nápoles (Rossi), Gottingen (Kellerman), Munich (Sánchez Regueira, A. Toro-Garland), Zagreb (Budor).

Las dificultades económicas hacen pequeña, hasta este momento, la participación hispanoamericana: Puerto Rico (Carrillo) y Colombia, representada por Martínez Delgado de la Academia de la Historia.



Para recibir a este despliegue del hispanismo internacional, la Universidad española, las Academias, el Instituto de Cultura Hispánica, el C.S.I.C. y la Biblioteca Nacional estarán bien representados: Camilo José Cela, Lázaro Carreter, Giménez Caballero, Hipólito Escolar, Fernández Galiano, Alberto Navarro, Sánchez Castañer, Real de la Riva, Ricardo Senabre, Martínez Cachero, Antonio Vilanova, Manuel Espadas, Benito Ruano, José Torres, José Antonio Maravall, Ibáñez Cerdá, Juan Cano, Fernando Toro-Garland, Juan Becerril, Alberto Sánchez, Joaquín Casalduero. Faltan todavía muchos nombres, algunos fundamentales, que a lo largo de los meses que faltan para el Congreso irán añadiéndose.

Esperamos con impaciencia la hora de contemplar el puro enfrentamiento dialéctico sobre Cervantes y los pícaros, comprobar la honda raíz sociológica que representa el pícaro; seguir la estela universal del Lazarillo, premio justísimo a su modestia; la despiadada aventura del Buscón, del Guzmán de Alfarache, del «aburguesado» Marcos de Obregón; contemplar a Camilo José Cela junto a sus críticos e historiadores; valorar la resonancia hispánica en Mark Twain y en el poco penetrable mundo árabe. Son unos cuantos temas de los muchos que saldrán a la luz en esta puesta al día de nuestra creación más universal.

Como ya es habitual en estos Congresos, que siguen la tradición iniciada por el del Arcipreste y el de la Celestina, a la clausura, que tendrá lugar en el marco maravilloso del Palacio del Infantado de Guadalajara, seguirá el Festival Medieval de Hita. Se representará en esta ocasión una versión de Gargantúa y Pantagruel, de Rabelais, el gran crítico francés tan próximo a los fines y a los procedimientos de la picaresca. Junto a los botargas y danzantes alcarreños, la música y el ballet medievales, será ofrecida al Congreso una gran «cena medieval» en Hita, la tierra de ese gran cimiento de toda picaresca que es el *Libro de Buen Amor*. Una excursión por la «ruta del Arcipreste», organizada por la Diputación de Guadalajara y su fundación «Marques de Santillana», son actos previstos para esos mismos días.

Y, probablemente, la Universidad Salmantina no dejará pasar la oportunidad de acoger a quienes se interesan por su tema predilecto. No sería lógico olvidar ninguno de los caminos por los que han pasado tantos protagonistas de la épica, de la mística y de la picaresca, libros y personajes camineros, en suma.—■

EN MAYO

CONCLAVE FINANCIERO DE IBEROAMERICA

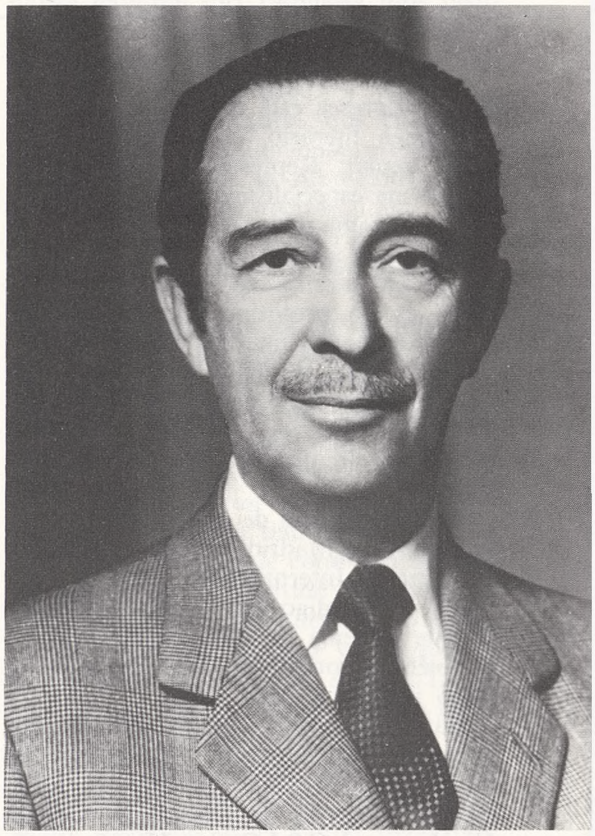
EL Banco Interamericano de Desarrollo ha convocado la reunión anual de la Asamblea de Gobernadores de esta institución para el 17 de mayo en la isla de Cancun, en México.

La reunión, considerada el mayor cónclave financiero anual de Iberoamérica, reunirá a los 24 gobernadores del Banco en representación de cada uno de los países miembros del BID. Presidirá don Antonio Ortiz Mena. La Asamblea de Gobernadores es la máxima autoridad de la institución y los gobernadores son, por lo general, los ministros de Hacienda o Finanzas, o los presidentes de los Bancos Centrales de los respectivos países.

La Asamblea de Gobernadores elegirá su presidente —que tradicionalmente ha sido el gobernador del país anfitrión— y considerará el Informe Anual del Banco correspondiente a las actividades llevadas a cabo por la institución en 1975, incluyendo los estados financieros de dicho ejercicio, que será presentado a los gobernadores por el presidente del Banco.

El Gobierno de México eligió como escenario para la realización de la conferencia al Centro Turístico de Cancún, situado sobre el mar Caribe en el extremo norte de la península de Yucatán, una de las zonas turísticas actuales y potenciales más importantes de México, que combina el interés arqueológico por la gran civilización Maya con extraordinarias playas y un clima excepcional durante todo el año. Cancún se encuentra a una hora de avión de las principales ciudades de los Estados Unidos situadas en el área del Golfo de México.

El proyecto Cancún ha puesto de relieve el formidable papel que el turismo puede jugar en el desarrollo económico y social de los países, pues ha permitido el surgimiento de un polo con cuyos ingresos en divisas se puede dar ocupación a núcleos muy importantes de población, en una zona cuya deprimida agricultura ha mantenido a las gentes en el nivel de subconsumo.



Don Antonio Ortiz Mena, reelegido presidente del Banco Interamericano de Desarrollo por otros cinco años.

El Banco Interamericano de Desarrollo está íntimamente ligado al nacimiento de Cancún como centro turístico internacional, ya que en agosto de 1971 concedió para ese fin su primer préstamo de infraestructura turística por 21,5 millones de dólares a fin de que el Gobierno de México desarrollara esta región extraordinariamente apta para el turismo.

Resulta interesante destacar que con una inversión pública de 64 millones de dólares en infraestrctura se ha logrado hasta este momento atraer inversiones privadas del orden de los 100 millones de dólares.—■

ALFREDO CARBALLO PICAZO,

un nombre de honor para la cultura hispánica

LA muerte del profesor Alfredo Carballo Picazo, ocurrida el 1 de febrero de este año, ha constituido una gran pérdida para la Universidad Complutense, para el Instituto de Cultura Hispánica, y para el Instituto «Ramiro de Maeztu».

Nacido en 1925, Alfredo Carballo se licenció en Filosofía, Sección de Filología Románica, con el Premio Extraordinario de 1948. Se doctoró, con premio extraordinario, en 1951. Desde 1949 ejerció el profesorado en el «Ramiro de Maeztu», y en el 48 comenzó su labor de profesor ayudante en la Universidad de Madrid. En 1951 comenzó sus cursos especiales de gramática para extranjeros, una de sus grandes especialidades, con el comentario de textos. En el Instituto de Cultura Hispánica, ha dirigido, hasta el día de su muerte, los cursos hispano-filipinos, la literatura en los Cursos Iberoamericanos, los cursos de lengua española para extranjeros, etc.

Deja Carballo Picazo una bibliografía que entre libros, artículos, reseñas y análisis, ocupa 200 títulos. Su primera obra fue la edición en tres volúmenes de la «Philosophia» de Alonso López Pinciano. Está en vías de publicación, dentro de las ediciones del Instituto de Cultura Hispánica, su libro «Español para principiantes anglonorteamericanos». La relación de sus viajes de estudio, de sus conferencias, de sus becas y honores académicos, dibuja a la perfección la andadura de una vida ejemplar. Alfredo Carballo Picazo deja un nombre de honor para la Universidad Española y para el Instituto de Cultura Hispánica.—■

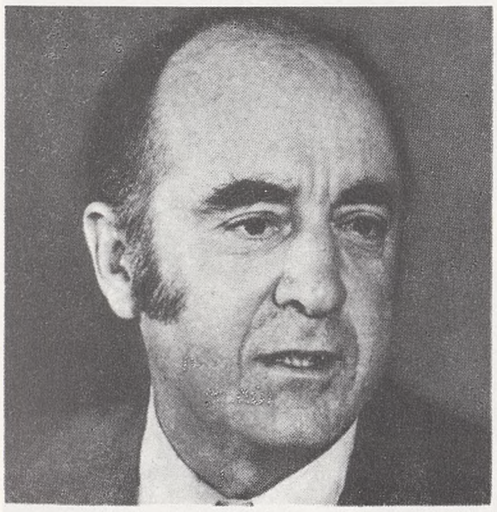
ELECCIONES EN EL CONTINENTE

EL año se presenta, en todo el continente americano, con tono electoral. Acaso como un reflejo de otras situaciones y realidades, el nerviosismo que se advierte en la vida política norteamericana, se deja sentir también en el clima electoral predominante en varios países hispanoamericanos.

MEXICO

El primero, México. Hace cuarenta años que no hay elecciones en México; hay una designación que hacen los líderes del PRI, y el día de las elecciones se abren los colegios, se exponen las urnas, y los mexicanos, simpáticos, irónicos, resignados, no pierden el tiempo en depositar ningún papel en el interior. La última vez que tuvieron esperanza de que se contasen los votos, cuando Padilla, ocurrió que todas las urnas sospechosas de contener votos para el candidato tuvieron la mala suerte de destruirse por incendio.

En las elecciones de este año, el presidente electo (electo el año pasado), fue don José López Portillo. Se lanzó, para cumplir con su papel, a una campaña electoral que se diferenció de las anteriores en que el candidato tropezó en varios sitios con la violencia universitaria y obrera.



López Portillo, sucesor de Echeverría, de acuerdo con la designación del PRI, en la Presidencia de México.

En Michoacan tuvo que «salir por piernas», y a poco la farsa se convierte en tragedia. El pueblo, donde no pudo manifestarse violentamente, lo hizo con el arma letal del chiste. La desolación de las casetas para el empadronamiento llegó a ser tanta, que se produjo un chiste: —«Cuando un novio quiere estar muy a solitas con su novia, la lleva a una caseta de empadronamiento.»

Y en ese clima será designado, para los próximos seis años, un nuevo presidente mexicano, que será exactamente el mismo de hace cuarenta años, sólo que variándose los chistes sobre el apellido. Así como a un presidente, López Mateo, le llamaron «L. M.», por la marca de cigarrillos norteamericanos, al nuevo presidente le llaman L. P. «long play» (disco de larga duración), por la extensión de sus discursos y por las iniciales de sus apellidos.

El señor Echeverría deja el país con veinte mil millones de dólares de deuda, con cuarenta mil millones de capital extranjero invertidos en empresas «nacionales», con un analfabetismo más alto que el de hace cincuenta años, y con un 48 por ciento de subalimentados en la población. Pero eso sí: el señor Echeverría recorrió el mundo, gestionándose la Secretaría General de la ONU, y llevó un séquito de mil cuarenta personas. Los mexicanos pagaron a razón de novecientos mil dólares diarios el viajecito. En febrero, la violencia por la ocupación de la tierra, se desató en casi toda la geografía mexicana. Hubo muertos en Sinaloa y en Monterrey.

El ministro de Hacienda de don Luis Echeverría era don José López Portillo, nuevo presidente dedocráticamente «electo» de la República.

COLOMBIA

Otro país donde el clima electoral va tomando caracteres de fiebre alta, es Colombia. El ex presidente don Carlos Lleras Restrepo se perfila como dueño de la situación ante las urnas. Se ha dividido el partido liberal, pero ni el Presidente López Michelsen, ni el pro-candidato Turbay Ayala, tienen fuerza para impedir que la masa liberal se vaya con Lleras.

Por su parte, los conservadores no tienen, a lo que parece, la menor posibilidad, ni aun cuando la escisión liberal llegase a presentar dos candidatos. No hay indicios de que vaya a repetirse el caso de Ospina, triunfador por la escisión provocada por Gaytan contra el señor Turbay. Ni este Turbay es aquél, ni el presidente López Michelsen tiene sobre el partido la autoridad que tenía Gaytan. De todos modos, las elecciones colombianas se preven «calientes», sobre todo en el furor oratorio de la campaña.

ARGENTINA

En la Argentina, el clima electoral aumenta por días. Hay augurios de que el peronismo va a la bancarrota en las urnas. Los partidarios de la reelección de la señora de Perón han lanzado un slogan poco afortunado, por lo menos en la forma: «Reviente quien reviente, Isabelita presidente.» Las divisiones del FREJULI, y dentro del propio Justicialismo no dan pie para el optimismo peronista por la vía electoral, que es la única ofrecida, porque las Fuerzas Armadas se mantienen imperturbables, observándolo todo, en su respeto a la Constitución. (Escribimos en febrero, con rumores constantes de posible «actuación» militar.)

Conservan lo que se denomina en el país «prescindencia política», que es lo llamado neutralidad o apoliticismo en otras latitudes.

Las fuerzas de Ricardo Balbin aumentan, y como no se produzca el milagro de una recuperación económica, reduciendo o al menos conteniendo la inflación, junto con el milagro de recuperar la paz, y desterrar la violencia de la subversión, no se ve cómo podrá el peronismo volver al poder por el camino de las urnas. Las elecciones señaladas primero para el 17 de Octubre, fueron diferidas para la segunda quincena de Diciembre. Pero sesenta días más no parecen suficientes para construir una victoria. La Presidente ha declarado que no irá a la reelección.

ECUADOR Y HONDURAS

En Ecuador, donde el eje del conflicto que dio al traste con la presidencia del general Rodríguez Lara fue la cuestión de las elecciones para retomar el orden institucional, el Triunvirato actual no acaba de diafanizar su pensamiento sobre dichas elecciones. El regreso de exiliados importantes, de significación política, pone de nuevo el acento de la polémica gobierno-oposición en la fijación de elecciones. Desde Buenos Aires vela Velasco Ibarra



Lleras Restrepo, ex presidente de Colombia.

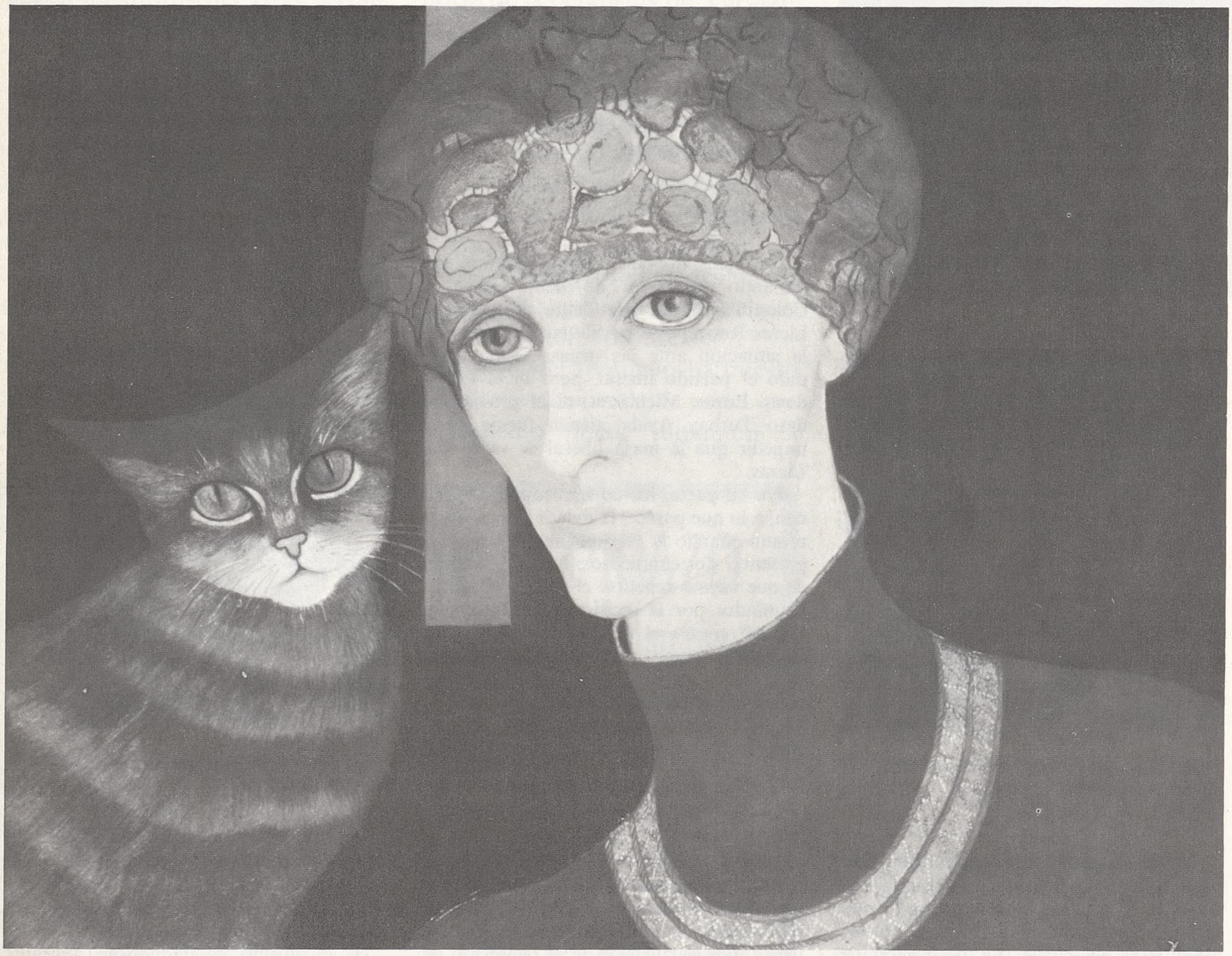
(a quien cabe llamar quincuexpresidente), y todo indica que la tensión seguirá en Ecuador. Al finalizar febrero, el Gobierno abrió un diálogo con todos los partidos y sectores.

Y lo mismo en Honduras. Durante 1975, se hablaba del 76 como año de elecciones para el regreso a la Constitución. Ahora, en el 76, se habla de finales del 77. Y en Guatemala, poco antes de producirse la terrible catástrofe del 4 de Febrero, había comenzado a agitarse el panorama político, con la vuelta al país de Maldonado Aguirre, hombre del M. L. N., que «suena» a los observadores como posible sucesor del general Eugenio Kjell Laugeraud por veredicto de las urnas.—■

NORMA BESSOUET:

LA pintora argentina Norma Bessouet, establecida desde hace algún tiempo en Europa, en cuyas galerías expone regularmente, se ha presentado en Madrid en diversas ocasiones ofreciendo una obra compuesta por pinturas y dibujos de notable calidad, que instauran su nombre entre los mejores artistas realistas contemporáneos.

La clave técnica de su obra es una apasionada laboriosidad y un concepto de constante perfeccionamiento en el que no se detiene ni regatea jamás dedicación o sacrificio.



Por este camino ha llegado a dominar un dibujo personalísimo, basado alternativamente en la estrategia de la línea o en la técnica de la mancha, empleando difuminados y sombreados misteriosos y exacerbando con rasgos de expresión y, sobre todo, con la utilización de la realidad como elemento simbólico, su profundo sentido de interno mensaje.

En la pintura, empleando el óleo sobre lienzo o sobre tabla, se afana en definir unas superficies plásticas de singular pureza y una materia equilibrada entre las dos propuestas de exceso que pueden significar la prodigalidad o la escasez. En este medio, la materialización de los elementos florales de los vestidos o del desnudo adquieren sorprendentes calidades y armoniosos contrastes, perfilándose como obras plásticas que constituyen un puente tendido entre la tradición más fecunda y la pintura de nuestro tiempo.

Pero el mayor interés lo alcanza en esta obra la temática empleada, utilizando el retrato, dando al desnudo una nueva dimensión y glosando lo que de esencial tiene la pintura como vehículo de comuni-

Alegorías de nuestro tiempo

cación, no solo con lo ostensible y lo evidente, sino también con los territorios secretos del alma humana, en los que se agitan, se instauran y se modifican estados de ánimo de los que muchas veces no se llega a tomar conciencia y a los que sólo en pocas ocasiones se da el nombre adecuado.

Unas veces la pintura de Norma Bessouet se vuelve al pasado para buscar el perfil de unas alegorías de nuestro tiempo, otras se aferra al presente intentando capturar el tiempo que pasa, pero en casi todas las ocasiones la artista se coloca deliberadamente en la posición del espectador, incluso cuando interpreta su propio retrato hay algo de imagen objetiva en la que el arte da cuenta, intentando no participar en los sentimientos y situaciones que está describiendo.



A este sentido de la pintura corresponde la serie titulada «La ventana», en la que, a través de diversos métodos compositivos, la pintora convierte al espectador en un «voyeur» inquieto y desasosegado al que sólo le es dado asomarse por el camino de la indiscreción al momentáneo retazo de una vida, a la imagen parcial de una mujer desnuda, a una mano que se crispa o que acaricia, a un gato, testigo impasible y mudo de la misma situación y que incluso en ocasiones devuelve la mirada.

En otros cuadros, estas mismas ventanas se abren alternativamente a una visión telúrica de la naturaleza muy propia de una concepción americana, paisaje sin hacer que todavía espera la creciente del río que lo modifique y lo preste su fisonomía definitiva, ó, por el contrario, paisaje consolidado por el discurrir del tiempo, incluso punteado de edificios como insinuadas presencias del hombre.



La curiosidad y la intromisión a que nos invitan estos cuadros se orienta otras veces a través de la visión de un patio de vecindad, escenario de idilios que se desarrollan por el solo vehículo de la mirada, diálogos sin palabras de patética estructura, alucinantes visiones que siempre nos confirman en la creencia de que nada hay más irreal que lo real y nos transmiten una inquietud sobre la exactitud de los sentidos.

Todo este conjunto marca un repertorio de símbolos que la artista deliberadamente se niega a aclarar como podrían hacerlo sus antepasados los artistas fantásticos de los siglos XVI y XVII y nos deja con la sensación de que leemos fragmentaria y precipitadamente una carta escrita en un idioma incomprensible. Todo este repertorio de sensaciones no es como pudiera parecer un homenaje a la frustración y a la enajenación del hombre, sino una evidencia de que existir y convivir es un misterio insondable que rechaza toda interpretación episódica y simple.—R. Ch.

«CEREBROS» EN EL INSTITUTO

UN VASTO SISTEMA DE DOCUMENTACION PARA LOS PUEBLOS HISPANOS

Secretario General: «Esperamos comunicar desde Madrid con las bases de documentos en los organismos internacionales de todo el mundo.»

ES creciente la importancia de las actividades de informática documentaria que realiza el Instituto de Cultura Hispánica. El Centro de Documentación Iberoamericana, con sede en el Instituto, aporta una valiosa fuente de datos acerca de los sucesos más importantes acaecidos en los pueblos iberoamericanos. Hasta ahora, sin embargo, el acceso a esta documentación, y su misma confección, resultaban difíciles. Las operaciones se realizaban manualmente, cuando hoy los tiempos corren que es una barbaridad, y la mecanización de los modernos métodos de investigación y acopio de datos se imponen en toda su realidad. Un poco de historia: En 1974 se redacta el Anteproyecto para Mecanización del Centro de Documentación, ya existente. Encargado del asunto es el profesor Rodríguez Delgado, asesor en Documentación y especialista en la materia. A iniciativa de la Presidencia, el Proyecto, una vez aprobado por los organismos directivos del Instituto, comienza a desarrollar un plan basado en dos puntos. Primero, la capacitación del personal propio del Instituto, de cara a la familiarización con las más modernas técnicas documentarias. Segundo, la elaboración de un programa de informática adaptado a las necesidades del Instituto de Cultura Hispánica.



Fachada principal del Instituto de Cultura Hispánica.

Para el Curso de Técnicas Modernas de Documentación se reciben 44 solicitudes. La asistencia, tras un corto período de selección, queda reducida a 27 personas. En el primer ciclo se expusieron los conceptos básicos de documentación, la teoría de la comunicación, la semántica y los vocabularios científicos y tecnológicos. A este respecto, las lecciones de informática corrieron a cargo de doña Irene Fernández-Flórez, don Rafael Rodríguez de Cora y doña María Teresa Molina; María Angeles Primo, subdirectora de la Biblioteca Hispánica, se refirió a la Clasificación Decimal Universal. El segundo ciclo, de especialización, abordó los grandes sistemas informativos internacionales y los sistemas de apoyo de información y de indización, sobre todo en lo que tiene relación con el Centro de Documentación del Instituto. El tercer ciclo se inició a primeros de octubre del año pasado, y se procedió a la evaluación de la Lista Provisional de Descriptores del Instituto, girándose una visita al Centro de Información y Documentación del Patronato Juan de la Cierva, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En total, 83 clases, a las que hay que sumar los respectivos seminarios. Un notable esfuerzo. La clausura del curso tuvo

lugar bajo la presidencia de S. A. R. don Alfonso de Borbón, y se hizo entrega de 23 certificados de asistencia, correspondiente al primer ciclo, lo mismo que 19 de curso completo.

LA UNIDAD INFORMATICA

Con el asesoramiento del profesor Rodríguez Delgado se desarrolló un sistema automático de indización al que se ha dado el nombre de IBERDOC-A, basado en programas de computadora obtenidos por el CLADES de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para Hispanoamérica, y adaptado a las necesidades del Instituto por un competente equipo de especialistas. Probado y puesto a punto el IBERDOC-A, el sistema fue presentado en una reunión iberoamericana de expertos en informática, celebrada bajo los auspicios de la Fundación CITEMA y del Instituto de Cultura Hispánica, con motivo de la última exposición de SIMO. Y a la vista del desarrollo de los trabajos, decidieron los directivos del Instituto crear una Unidad de Informática Documentaria, adscrita al Centro de Documentación Iberoamericana, que entró en funciones a mediados del año pasado.

EL SISTEMA ISIS

En el proyecto de Viabilidad aprobado se establecía la opción, que fue aceptada, de adquirir el sistema ISIS —mágica palabra— desarrollado por la Organización Internacional del Trabajo y actualmente implantado en organismos internacionales como la F.A.O., la U.N.E.S.C.O y la C.E.-P.A.L. La mayor ventaja del sistema ISIS, próximo a implantarse en el Instituto, es la de constituir «el germen de una red internacional de centros de documentación e información». Está firmado ya el convenio con la O.I.T. para la introducción del sistema en España, y al Instituto se espera que llegue, por primera vez en nuestro país, durante los primeros meses de este año.

AUTOMATIZACION

La idea básica es coordinar los trabajos de mecanización del Instituto. «A tal efecto —nos dice el secretario general, señor Abella—, se ha montado una Unidad de Informática con una serie de expertos. Completado nuestro sistema esperamos comunicar desde Madrid con las enormes bases de documentos acumulados en los organismos internacionales, y construir así el sistema nervioso documentario de los pueblos hispánicos.»

Efectivamente, la mecanización del Instituto beneficiará a los centros de documentación e información nacionales e internacionales. Y redundará en beneficio también de cuantos investigadores, funcionarios públicos, planificadores, empresas públicas y privadas y estudiosos de todo tipo quieran hacer uso de los medios que se pongan a su alcance. Se va, pues, hacia la creación del centro neurálgico de programación y mecanización de la actividad del Instituto.

Las primeras publicaciones automatizadas del Instituto aparecerán en este mismo año de 1976. La implantación de los sistemas automáticos suponen un trabajo de varios años. Sin embargo, se ha tenido la fortuna de contar con un entusiasta equipo y con la cooperación de organismos internacionales. Pronto, pues el Instituto estará en condiciones de prestar tal inestimable servicio a los pueblos iberoamericanos.



PRESUPUESTO

Ni qué decir tiene que el desarrollo de sistemas de informática documentaria requiere grandes sumas de dinero, que suelen cifrarse en cientos de miles o en millones de dólares. Para el señor Abella, «la experiencia acumulada por los expertos a los que ha encargado el Instituto este programa y la generosa aportación de la O.I.T., ha hecho que contemos con sistemas de informática disponibles que sólo hemos tenido que adaptar, ahorrándonos mucho tiempo y dinero». Se utiliza el equipo I.B.M. del Centro de Cálculo de la Universidad Complutense, en el que ya es operativo el sistema IBERDOC-A y se procede a instalar el sistema ISIS. Por otro lado, el Centro de Proceso de Datos del Ministerio de Asuntos Exteriores ha ofrecido una generosa aportación para la grabación magnética de las cintas de computadora que se precisan en el Instituto. Por todo ello, quizás la partida más considerable de nuestro presupuesto en el año en curso sea destinada a la adquisición de una pequeña unidad periférica dotada de dos pantallas de rayos catódicos para la intercomunicación entre el Instituto y las computadoras que tengan instalado el sistema, cuyo coste total estará alrededor de los dos millones de pesetas. La cantidad supone una verdadera marca internacional en cuanto a establecer sistemas complejos con un coste mínimo.

AMERICA, MAS CERCA

La pequeña terminal informática actualmente instalada en los locales del Instituto, pasará próximamente al nuevo edificio proyectado para la Biblioteca hispánica. Se piensa que la Biblioteca también se beneficie, en el futuro, de las ventajas que el sistema de mecanización va a permitir En cualquier caso, el proceso de mecanización antes expuesto contribuirá en la práctica al acercamiento e integración de los pueblos iberoamericanos. Y podrá ser establecida una comunicación más estrecha en los sectores económico, social y cultural y tener acceso a los bancos de datos referentes a Hispanoamérica. Igualmente podrán ser intercambiadas informaciones de todo tipo y, una vez desarrollado el sistema integrador, ahora en proyecto, a través del español, acceder directamente a la bibliografía mecanizada en cualquiera de los demás idiomas que contengan el sistema ISIS.—
E. MORALES CANO.

SELA 1976

IBEROAMERICA ENSAYA SU COMUNIDAD ECONOMICA

EL Presidente de Venezuela inauguró el 12 de Enero las tareas del nuevo organismo económico iberoamericano SELA, en el cual han puesto sus esperanzas las naciones en vías de desarrollo. Como es sabido, en el SELA están todos los países, habiéndose dejado fuera con toda intención a Norteamérica por su peso económico excesivo, y al Canadá, por no pertenecer a la OEA. Hay 25 naciones en el SELA, y la función principal que se le atribuye en esta etapa inicial es la de servir como portavoz colectivo, con toda la fuerza que da la representatividad, a los países iberoamericanos ante Norteamérica y ante los organismos internacionales, particularmente los de carácter económico, como la Comunidad Económica Europea, el GATT, la FAO y otros.



Gumersindo Rodríguez, ministro de Planificación de Venezuela.

En el acto inaugural, habló en nombre de los Ministros de Economía, Hacienda y Desarrollo presentes en Caracas, el entonces ministro de Economía de Argentina, don Antonio Cafiero, quien expuso la tesis general de Iberoamérica ante los problemas de la economía mundial, y concretamente de la economía regional. Por otra parte, el ministro Cafiero dedicó también su estancia en Caracas a cerrar las negociaciones entre Venezuela y Argentina, que van muy adelantadas, para un intercambio basado principalmente en el hierro venezolano contra los granos y la carne argentinos.

En los medios económicos de Iberoamérica, el SELA ha sido muy bien acogido aunque no faltan las reservas sobre la enorme complejidad que debe superar en su estructura y en su funcionamiento. Hay una especie de crisis latente en la ALALC, en el Mercado Común Centroamericano, en el Grupo Andino y en la Cuenca del Plata, donde se nota una cierta atonía o expectación, de pasos muy lentos. El SELA, en realidad, tendrá que ser el resumen de todas esas actividades y organismos, por ser la sistematización de los procedimientos y prácticas cotidianas de la actividad económica. Ya está creado, y ahora sólo necesita funcionar, luego de recibir en verdad los aportes económicos, las cuotas fijadas a los países. Ya representó el SELA al continente en la Conferencia de Manila, preparatoria de la U.N.T.A.C.D. de Nairobi.—■

Autor del himno nacional filipino

CENTENARIO DE JOSE PALMA

ENTRE los grandes de la historia filipina figura el poeta José Palma, de quien en este año se celebra el centenario de su nacimiento. Partidario de la independencia filipina, Palma presenta desde su niñez una vida rectilínea, llena de decoro y de humildad. Cuando la inspiración de Julián Felipe se volcó en una música adecuada para Himno de las tropas emancipadoras, ocurrió que los patriotas contaban con música, pero a diferencia de lo que sucedió en muchos otros países, no existía una letra del himno. Algo parecido a lo de España, donde la Marcha compuesta por el Rey Federico el Grande de Prusia, y obsequiada por el Monarca como un homenaje a la Infantería española, famosa en el mundo, se convirtió en Himno Nacional, pero sin texto. (Sólo muy cerca de nuestros días escribieron letras para el Himno los poetas Eduardo Marquina y José María Pemán, pero, en definitiva, no hay una disposición oficial española que establezca la letra del Himno.)



José Palma.

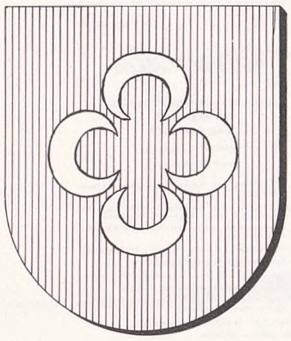
En Manila, el poeta José Palma, muy metido en las ideas de Julián Felipe y de los otros patriotas, decidió escribir una letra. Fue ésta del agrado de todos, y se convirtió en el Himno de Filipinas. Como Rizal, el poeta José Palma escribía en lengua española. Nació por lo tanto el Himno Nacional de Filipinas en la lengua que desde siglos atrás compartía con las hablas autóctonas la misión maravillosa de comunicar a los filipinos entre sí y afianzarles su personalidad histórica con una savia de siglos, con una raíz muy hundida y muy fuerte.

Por razones que no queremos analizar en esta oportunidad —sólo deseamos hoy dejar constancia del centenario de José Palma— en Diciembre de 1963, bajo la presidencia del señor Macapagal, se promulgó la prohibición de cantar el Himno Nacional en otra lengua que no fuese la autóctona principal, el Tagalo. Contra esta disposición se han manifestado una y otra vez figuras muy importantes en la intelectualidad filipina. Al no cantarse el himno en la lengua en que fue escrito, pierde como toda obra traducida. ¿A qué conduce alejar así de una de las raíces mayores de la cultura filipina al pueblo? La condición de bilingüe es una riqueza para cualquier nación. La escritora Nilda Guerrero Barranco, en su libro «Nostalgias» (1968) dedica una emotiva página a la memoria de José Palma y deja planteado a fondo este problema del himno en su lengua original.—■

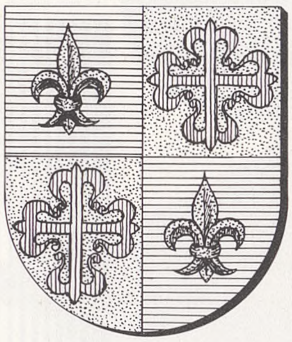
Heraldica

Por
EMILIO
SERRANO

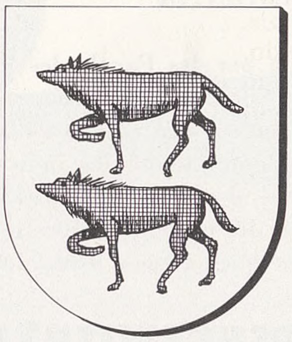
SOSA



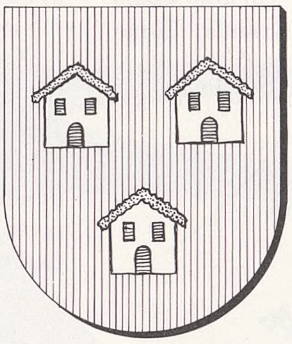
QUINTANA



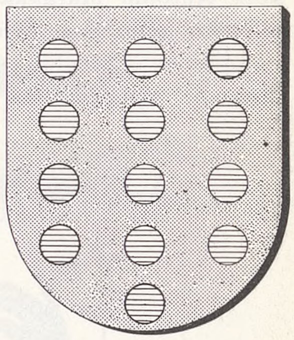
MAYOR



CASES



RUIZ DE BUSTAMANTE



Reynaldo de la Cruz. Norfolk.—SOSA: También Sousa. Muy antiguo y poderoso linaje oriundo de Portugal, que se encuentra enlazado desde sus comienzos con la Casa Real portuguesa. Es su progenitor Egas Gómez de Sousa, Rico-Home de Portugal y Señor de la llamada Sierra de Sousa, de la que tomó seguramente el apellido.

Sus armas: Las más antiguas: en campo de gules, cuatro luneles de plata. Los descendientes de Martín Alfonso Chicharro, y de su esposa doña Inés Lorenzo de Valladares, trajeron las siguientes: Escudo cuartelado: 1.º y 4.º: en campo de plata, cinco escudetes de azur, puestos en cruz y cargado cada uno de cinco bezantes de plata puestos en sotuer (que son las Armas reales de Portugal); 2.º y 3.º: en campo de plata, un león rampante de púrpura.

Ray Quintana. Albuquerque. N. México (USA). QUINTANA: Linaje vascongado, con casa solar en Sopuerta en el hoy partido judicial de Valmaseda en la provincia de Vizcaya. Una rama se estableció en Burgos, pasando sus Caballeros en tiempos de los Reyes Católicos a las Islas Canarias. Tienen probada su nobleza.

Sus armas: Escudo cuartelado: 1.º y 4.º: en campo de azur una flor de lis de oro; 2.º y 3.º: en oro, una cruz flordelisada de gules.

Jaime Mayor. Tarrasa.—MAYOR: Linaje castellano, que tiene probada su nobleza, ante la Real Audiencia de Oviedo, en donde en 1815 consiguió sentencia confirmatoria de la misma.

Sus armas: En campo de plata, dos lobos de sable, andantes, puestas en palo.

CASES: Linaje catalán que trae las siguientes

Armas En campo de gules, tres casas de plata, bien ordenadas, cubiertas de oro, y aclaradas de azur.

Josefa A. Ruiz. Managua. RUIZ DE BUSTAMANTE.—El linaje de los Bustamante es castellano con su primitiva casa solariega en el Ayuntamiento del Valle de Capoo de Yuso, en el hoy partido judicial de Reinosa, en la provincia de Santander. Los de este linaje descienden de un sobrino de Carlomagno, que se llamó don Rodrigo, y fue quien fundó la Casa. Una de sus ramas, pasó a Indias, estableciéndose en Méjico y en Chile. Tienen probada su nobleza.

Sus armas: En campo de oro, trece roeles de azur, puestos; 4, 5 y 4. Otros traen; en campo de plata, trece roeles de sable.

Angel Fernando Pineda. La Plata. (Argentina). PINEDA: El primitivo solar de este linaje fue alavés, con Casa solar en el Concejo de Valdegovía, en el hoy partido judicial de Amurrio. El primer Caballero de que se tiene noticia es de un Sancho Pineda. Sus descendientes llevaron el apellido a Vizcaya, Santander, Burgos y Toledo, pasando luego a Andalucía.

Sus armas: Las primitivas, son: En campo de oro, un pino de sinople, y dos lobos de sable, atravesados a su tronco y cebados de sendos corderos blancos: Bordura de gules, con seis cabezas de lobo de su color, perfiladas de plata. Existen otras armas, de otras ramas.

Silvia Margarita Kelly. Texas (U.S.A.).—POSADA: Todos los tratadistas están de acuerdo en que el origen de este apellido es asturiano, aunque procedente de Francia. Tirso de Avilés dice que el iniciador del Linaje fue un caballero francés, llamado Pedro, el cual vino de Francia huyendo de su padre, y llegando a las montañas de Asturias soltó su halcón diciendo: «Allá donde este ave sea posada, allí he de aposentar», y de ahí el apellido Posada. El halcón posó en Llanes, y allí estableció su Casa Solar. Esta casa se extendió posteriormente por toda España, pasando a Indias.

Sus armas: En la fachada principal del Palacio y Casa Solar de Posada en el Concejo de Llanes, ostenta en piedra el siguiente escudo: En campo de gules, una torre de oro con homenaje. A su ventana está asomado un guerrero, empuñando una larga lanza, en cuyo extremo aparece posado un halcón, también de oro: a cada lado de la torre, una flor de lis de oro.

José Gallardo. Nueva York. (U.S.A.).—GALLARDO: Escriben los tratadistas que el apellido GALLARDO se derivó de los catalanes «Gallart» y «Gallard», al pasar sus caballeros a ambas Castillas y a Aragón: pasó posteriormente una rama de este apellido a Indias.

Sus armas: Los de Aragón: En campo de oro. una banda de gules, engolada en cabezas de dragones de sinople, acompañada de dos gallos de su color; uno en lo alto y otro en lo bajo. Los de Santander: Escudo jaquelado de quince piezas; ocho de oro y siete de veros de azur y plata en dos órdenes. Los de Portugal: En campo de gules, un leopardo andante de oro, surmontado de una flor del mismo metal.

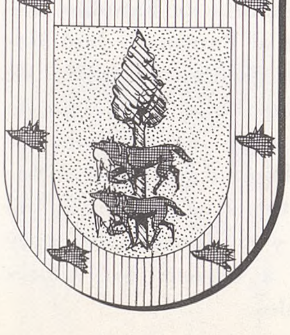
Juan G. Tarrago. Wayne, N. Y. (U.S.A.)—TARRAGO: Linaje catalán de mucha antigüedad, con casa solariega en Barcelona, llevando por

Armas: En campo de azur, una torre redonda de plata. En el centro del Jefe, una estrella de oro. En punta un lebrel de plata echado.

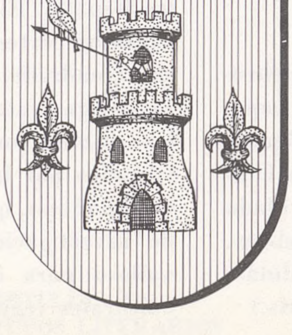
Luis J. Valcárcel Alfaro. Madrid.—VALCARCEL: Linaje oriundo del Reino de Galicia, desde donde pasó a Sevilla, fundando en dicha ciudad una nueva casa solariega. Probó su nobleza.

Sus armas: En campo de gules, cinco estacas de oro terrasados de sinople. Otros traen: Escudo cuartelado: 1.º y 4.º: En campo de gules, tres estacas de oro, y 2.º y 3.º: En campo de oro, un león rampante de gules; bordura de gules, con cinco peces de plata.

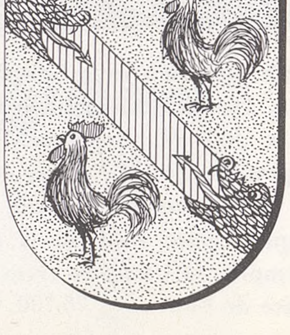
PINEDA



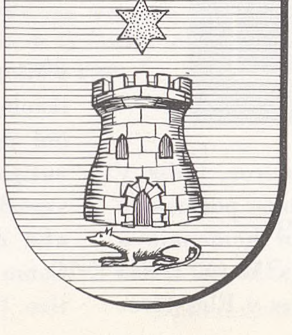
POSADA



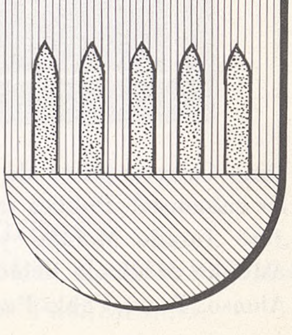
GALLARDO



TARRAGÓ



VALCARCEL



REVISTAS QUE LEEMOS

«CUADERNOS HISPANOAMERICANOS»

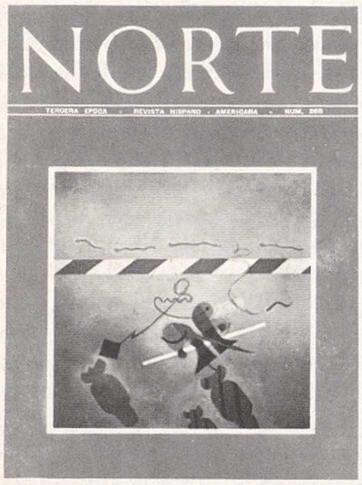
Acaba de publicarse el número 303 de *Cuadernos Hispanoamericanos*, que dirige José Antonio Maravall y cuenta, como redactor jefe, con Félix Grande. Como siempre, su contenido es atractivo, serio y libre. Se reproduce un texto de Ortega,



«Sobre ensimismarse y alterarse», seguido de un jugoso comentario de Sherman M. Stanage. Samuel Gordon escribe unas «Indagaciones históricas en torno a *España invertebrada*» y siguen en el índice, entre otras cosas, trabajos de Fermín Févre, Francisco Carenas, Luis Alemany, María del Rosario Fernández Alonso, Nivaria Tejera, Juan Manuel Azpitarte y las habituales secciones de notas y comentarios bibliográficos. (Instituto de Cultura Hispánica, Madrid.)

«NORTE»

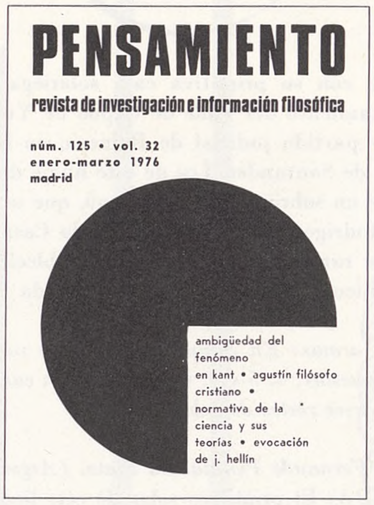
La revista mexicana *Norte*, en su número 268, Tercera Epoca, incluye interesantes trabajos de Heleno Saña («Don Quijote y los españoles»), Emilio Novas («Ramón y los entresijos de su juego»), Estrella Genta («José Enrique Rodó, precursor de la psicología profunda»), y, entre otros,



Dino Carrera («Eça de Queiroz, Cuba y los cubanos»). Publica también poemas de José Jurado Morales y un homenaje a Antonio Machado debido a María Luisa Alonso, Pedro Pablo Paredes y Elio Jerez Valero. (Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A. C. Lago Ginebra, 47, C, México 17, D. F.)

«PENSAMIENTO»

Editada por las Facultades de Filosofía de la Compañía de Jesús en España, *Pensamiento* es una revista callada y eficaz. Recibimos ahora los índices correspondientes al período 1961-1975 y el número 125 del presente trimestre. El contenido es bueno, pero destacaríamos un



trabajo de Gerard Radnitzky «Panorama crítico de las teorías de la normativa de la ciencia», agudo y documentado. (Pablo Aranda, 3, Madrid.)

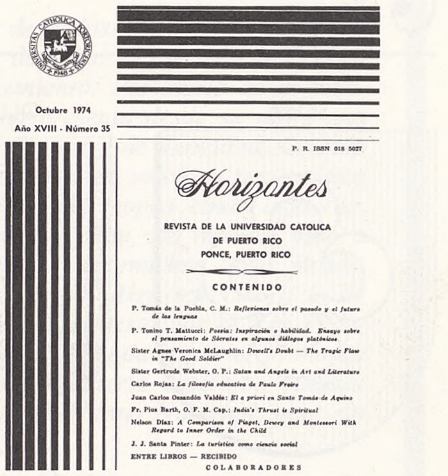
«EL CORREO DE LA UNESCO»

El número correspondiente a enero de *El Correo de la Unesco* está dedicado a «los secretos caminos del cerebro» y es una buena colección de textos de divulgación acerca de los problemas científicos



y éticos que plantea la investigación neurofisiológica. Destaca un artículo del español doctor José M. Rodríguez Delgado, antiguo profesor de Yale y hoy de la Universidad Autónoma de Madrid, titulado «La máquina para explorar el cerebro». Como siempre, *El Correo* es claro y didáctico. (Place de Fontenoy, 75 700, París.)

«HORIZONTES»



Revista de la Universidad Católica de Puerto Rico, en Ponce. En su número 35, que ahora leemos, destacan, entre una lista muy buena de colaboraciones, tres. Dos en castellano, de P. Tomás de la Puebla: «Reflexiones sobre el pasado y el futuro de las lenguas», y «La filosofía educativa de Paulo Freire», de Carlos Rojas. Otra, en inglés: «Satan and Angels in Art and Literature», de Gertrude Webter. (Universidad Católica de Puerto Rico.)

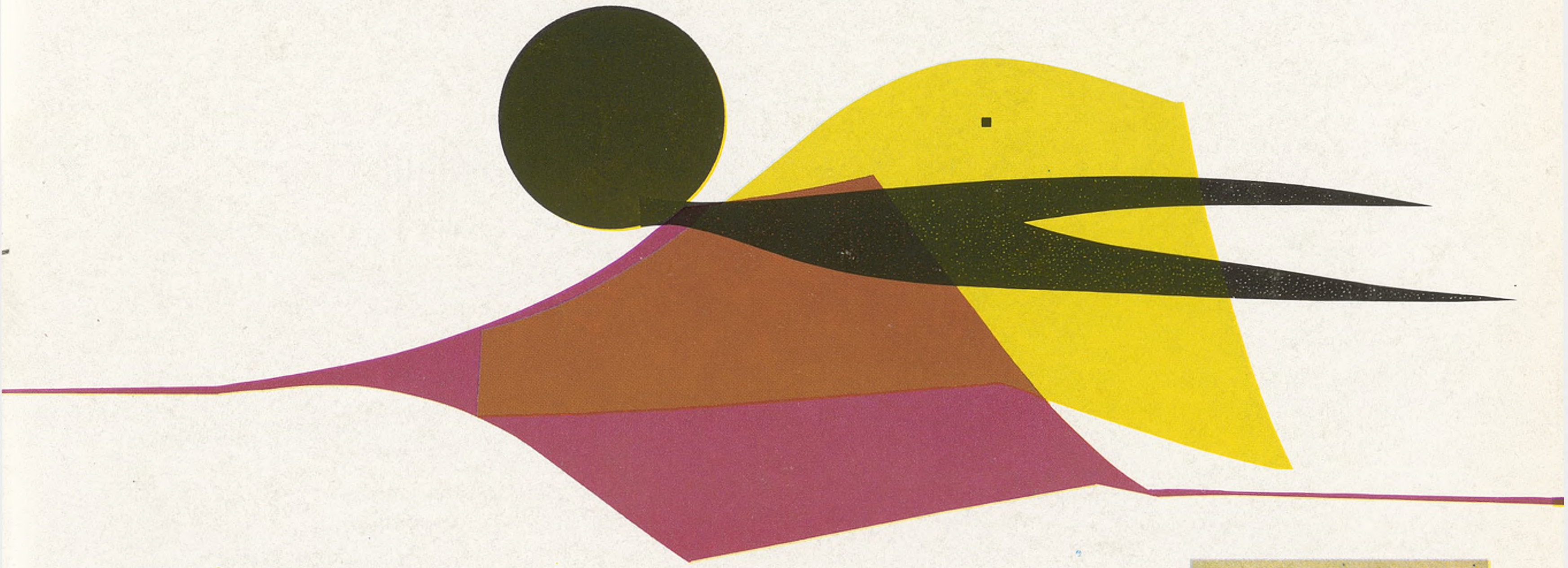
«ESTUDIOS ALICANTINOS»

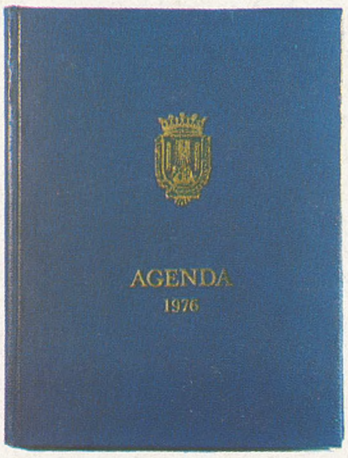
La revista del Instituto de Estudios Alicantinos, que edita la Diputación Provincial de Alicante, llega a su número 15. Referida siempre al ámbito local de la provincia, la revista ofrece estudios y artículos que sobrepasan el marco geográfico. Destaca el escrito del historiador



Juan Manuel del Estal sobre la «Conquista y anexión de Alicante al reino de Valencia», así como un trabajo de José María Balcells sobre «Miguel Hernández y Carlos Fenoll». El Instituto de Estudios Alicantinos pertenece al Patronato José María Quadrado, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y es una de las publicaciones más inquietas de las editadas por las Diputaciones Provinciales españolas, que tienen en ellas un órgano de investigación y documentación muy valioso para dar a conocer los valores culturales regionales.

EDICIONES CULTURA HISPANICA

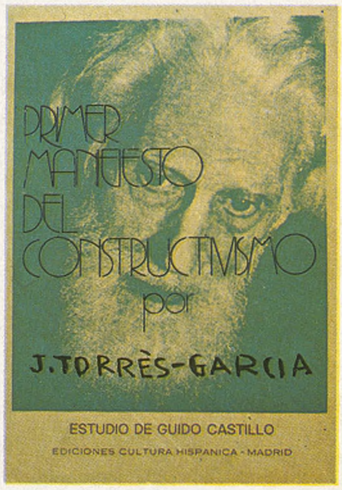




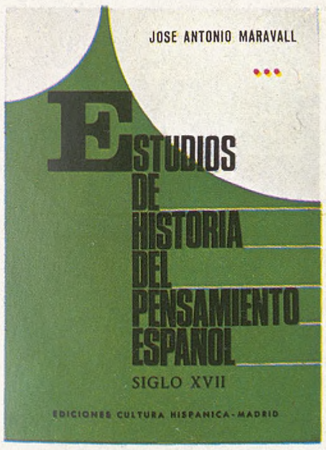
AGENDA DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA 1976
Precio: **600 ptas.**



ITINERARIOS POR LAS COCINAS Y BODEGAS DE CASTILLA
JULIO ESCOBAR
Precio: **100 ptas.**



PRIMER MANIFIESTO DEL CONSTRUCTIVISMO
J. TORRES GARCÍA
Precio: **2.500 ptas.**



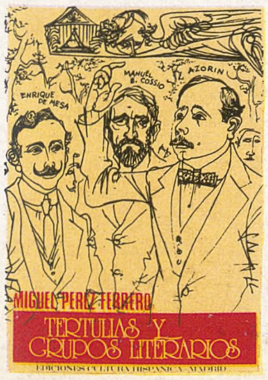
ESTUDIOS DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL (siglo XVII)
JOSÉ ANTONIO MARAVALL
Precio: **390 ptas.**



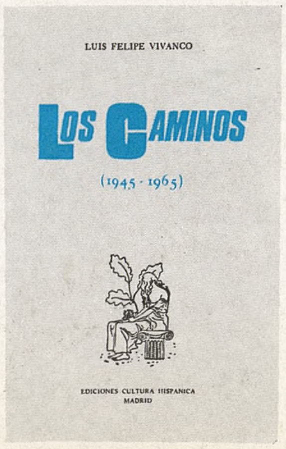
LOS MAYAS DEL SIGLO XVIII
FRANCISCO DE SOLANO
(Premio Nacional de Literatura «Menéndez y Pelayo», 1974)
Precio: **575 ptas.**



CANTES FLAMENCOS
DEMÓFILO MACHADO
Precio: **375 ptas.**



TERTULIAS Y GRUPOS LITERARIOS
(2.ª edición)
MIGUEL PÉREZ FERRERO
Precio: **275 ptas.**



LOS CAMINOS
LUIS FELIPE VIVANCO
Premio de la Crítica «Sitges», 1974
Precio: **300 ptas.**

PEDIDOS
INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
Distribución de Publicaciones.
Av. de los Reyes Católicos, s/n. - MADRID - 3.



DEL CUZCO ARCHIMILENARIO QUEDAN CALLES FUNDAMENTADAS EN ENORMES PIEDRAS MONTADAS SOBRE UN GEOMETRICO JUEGO DE ANGULOS COMBINADOS QUE SON LA DELICIA Y LA ADMIRACION DE LOS VISITANTES A ESTE PASADO DE GRANDEZA Y ESPLENDOR DE LOS INCAS.
(Piedra de los doce ángulos)